F. G. CALDERÓN

IDEOLOGÍAS

GARNIER HERMANOS

PARIS

3 1761 07962602 4

IDEOLOGIAS

DEL MISMO AUTOR :

Hombres é Ideas de nuestro tiempo.

Profesores de Idealismo.

Le Pérou contemporain.

Les Démocraties latines de l'Amérique.

La Creación de un Continente.

El Panamericanismo : su pasado y su porvenir (*folleto*).

Francisco GARCÍA CALDERÓN

Ideologias



PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, rue des Saints-Pères, 6

588593
21.7.54

D
210
G37



Este libro reúne artículos publicados en

« La Nación » de Buenos-Aires,

« El Fígaro » de La Habana

y « La Revista de América » de París.

I

DE LITTERIS

Mortuæ sacrum
filio memore

Para « De Litteris », colección de artículos de la primera juventud del autor, escribió Rodó, en 1903, un prólogo generoso :

Abunda, en la nueva generación literaria americana, el colorista instintivo; no es del todo escaso el poeta ó escritor de intensidad sentimental; pero lo son mucho los espíritus de serenidad y pensamiento.

Nuestra cultura ha pasado, sin embargo, de los comienzos en que la simple espontaneidad es natural y graciosa; y hora es ya de que procuremos hacer de nuestro arte (si es que de veras aspiramos á tener alguno) obra seria y consciente. Sean bienvenidos los que, como el autor de este opúsculo, traen á esa obra la promesa de un concurso eficaz, y muestran ya, en el esbozo de su fisonomía literaria, un gesto de meditación que la hace interesante é imprime en ella sello propio.

García Calderón empieza manifestando cualidades del juicio, ó más generalmente, de la personalidad, que suelen ser el premio de largas batallas interiores, el resultado de una penosa disciplina del espíritu. Este escritor nuevo sin dejar de ser muy juvenil por su hermoso y noble entusiasmo, nos da anticipados sabores de madurez. Suple con su talento firme la obra del

tiempo, sin las inferioridades que éste trae como reverso de sus dones. Y además de la aptitud cierta, manifiesta lo que es aún menos frecuente en tierras como las nuestras, inhospitalarias para las cosas desinteresadas del espíritu; ese hondo arraigo del amor á las letras, por el cual puede afirmarse que el entusiasmo que ha engendrado las primeras páginas no será pasajera nube de la juventud.

Yo veo en él una de las mejores esperanzas de la crítica americana. Es á la crítica á donde le destinan, claramente, las disposiciones de su espíritu : á la forma ó ejercicio del pensamiento que aun clasificamos con tal nombre, aun, que debiéramos buscarle otro más amplio y exacto, porque del modo como la crítica es hoy muy lejos de limitarse á una descarnada manifestación del juicio, es el más vasto y complejo de los géneros literarios; rico museo de la inteligencia y la sensibilidad, donde, á favor de la amplitud ilimitada de que no disponen los géneros sujetos á una *arquitectura* retórica, se confunden el arte del historiador, la observación del psicológico, la doctrina del sabio, la imaginación del novelista, el subjetivismo del poeta.

Cultive el joven escritor tan vasto campo, y cultívelo de manera que en él se hermanen la fecundidad y la gracia, enseñoreándose, cada día más, de los instrumentos que para ello son precisos : el criterio, rehacio á todo yugo, lo mismo tradicional que nuevo; la tolerancia, no sólo la que es luz intelectual, sino la que es también calor de sentimiento, penetrante fuerza de amor; el interés fácil y vario, siempre pronto á acudir á donde

quiera que un alma piense, sienta ú obre; la virtud de la expresión, inseparable de los matices del pensamiento, y por lo tanto auxiliar eficaz de la investigación y el análisis.

Tal será, como crítico, García Calderón; tal es desde ahora, y aunque no se si parecerá bien que estas palabras mías vayan al comienzo de un libro donde suele decirse de mí lo que no merezco, no las quito de aquí, porque de la sinceridad de cuanto dejo escrito estoy seguro, y de la aprobación que le dará quien haya de leer las páginas que siguen, casi lo estoy también.

SOBRE FERNANDO BRUNETIERE

I

Hay — en la admirable riqueza de la literatura contemporánea, — una raza noble de escritores, á quienes preocupa la cuestión moral : grandes espíritus, que, en medio de la frivolidad del alma moderna, dejan oír su voz robusta, como un canto de renovación, como una promesa de elevación humana, como un aliento viril que resucita aquellas edades remotas en que, á la voz del profeta, vibraban las multitudes. Son pocos, pero su energía ha dejado caer gérmenes en los surcos recién abiertos. Esos escritores, se llaman Vogüe, Rod, Bourget, Tolstoi... De ellos ha dado ya el gran paso hacia la tradición católica, Fernando Brunetière.

Comenzó Brunetière por la crítica y ha abarcado después — por el progreso de su espíritu — todo el campo de la lucha moderna. Llevó ciertas ideas que llamó con audacia « principios dominantes » y que eran herencia del ideal francés clásico, á la campaña intelectual, con altivez y energía. No fué su crítica vago impresionismo ó aplauso de innovaciones prematuras : su ideal firme, rigido, con toda la fuerza del pasado, era la objetividad artística, la imposición de las propias ideas, en nombre de las cuales fustigaba á los decadentes y á todos los devotos del culto sibarita

del yo. Odiaba la exhibición personal y el naturalismo estraño á las ideas morales. Todo arte, según su fórmula, debía trabajar en favor de cierta idealidad moral, ó no merecía los honores del templo : era el dogmatismo ético impuesto á la crítica. En esta primera época, su obra tuvo todas las temeridades del prejuicio; se mostró unilateral, atacadora y terca. Pero la salvó la robustez del pensamiento, la unidad sólida de su ideal, la fuerte erudición variada, el poder dialéctico que se oponía á los *esnobísmos* con el rigor de un escolástico templado. Todo lo investigó, todo lo criticó : su actividad no tenía límites, y en medio de estudios del pasado — en artículos sobre la poética de Boileau ó la filosofía de Molière (ambos del siglo XVII, predilecto de Brunetière) — su verva inagotable planteaba los principios de la moral tradicional, se hacía defensor de los derechos de la razón clásica, algo geométrica y fría. Su terrible libro contra el naturalismo en que se revelaba la influencia de la nueva literatura inglesa y rusa, desde Jorge Eliot, hasta Tolstoï, fué el ataque más osado contra Zola, el coloso, entonces triunfador y venerado como pontífice. Escribió Brunetière en esa época sus artículos más crueles y sarcásticos, hizo brillar al sol sus mejores armas, y se cubrió el pecho robusto con el triple bronce de su hermoso talento. Su crítica tenía arreos de novedad : no era Brunetière impresionista como Lemaître, ni psicólogo como Bourget ni, como France, tenía la sonrisa irónica y el arte de agitar las ideas, como juglar. Su ceño adusto, su palabra vibrante, la servidad de sus lemas, hacían de él un ejemplar nuevo, un individuo único á quien nadie podía negar originalidad, lógica y empuje de novador. La Revista de Ambos Mundos fué su tribuna, donde su voz tenía todas las inflexiones de la sátira y todas las tonalidades de la osadía.

Pero Brunetière era un espíritu ávido de ciencia,

curioso de libros y de artes, abierto á todas las influencias que venían de otros severos dominios intelectuales. No podía encerrarse en la crítica, aun bañada en aguas nuevas y dorada por la luz de la moral cristiana. Fué á la ciencia con pasión, con ese aire de triunfador que su esfuerzo ostenta, con perspicacia para amoldar todos los hechos nuevos á la síntesis ya formada. Y como la evolución era la doctrina reinante, como los nombres de Darwin, Spencer y Haeckel, resonaban en todos los ámbitos, como todas las ciencias se renovaban ante la nueva Maga; él creyó que su arte podía transformarse al impulso del nuevo ideal. Adoptar la teoría de la evolución fué su propósito audaz, y lo hizo con el talento de siempre, con la misma fuerza leonina. Y para dar mayor valor á su nueva tendencia se hizo continuador de Taine, y bajo la sombra augusta del gran maestro, su crítica se impuso, no sólo en Francia, y en las naciones latinas, sino también en los países sajones. Era, quién sabe si apesar suyo, discípulo de Spencer, imponía al arte que parece más plástico é individualista un molde férreo, y nadie pudo estrañar que de los Estados Unidos la llamaran para exponer, en conferencias célebres, el ideal de su arte y la complejidad de sus nuevas teorías. De esa época datan sus libros más sabios, eruditos y profundos : la Evolución de los Géneros, donde demuestra que los géneros literarios tienen vida propia, que se trasforman como las fuerzas naturales, que se mezclan y se integran, y que se debilitan y caen, en el *struggle* universal. En ese libro — consagrado al desarrollo de la crítica francesa — están sus páginas célebres sobre la teoría de Taine y el porvenir de su estética. Nadie como Brunetière ha atacado la teoría del medio, mostrando fuertemente que la personalidad literaria es siempre un misterio, una incógnita que se explica por sí misma, apesar de los ambientes y de las energías sociales. Ha llegado el escritor en esta

época á la cumbre : es creador, es original y poderoso. La crítica será, en el porvenir, su dominio propio, su regia morada, defendida por espadas de fuego. Los volúmenes siguen á los volúmenes, la teoría nueva adquiere aplicaciones desconocidas y parece que el ciclo de un espíritu potente se ha cerrado.

Pero el analista que ha estudiado con entusiasmo las modernas soluciones científicas, no ha abdicado de su libertad y de su criterio. Ante el ídolo acatado por todos, él se yergue con energía inspirado por su profundo pensamiento moral. Ha estudiado la teoría de la evolución, la ha adoptado, ha llegado á reconocer su relativa « moralidad », pero la ciencia, ante su crítica, ha caído; no ha podido responder á las interrogaciones formidables sobre el origen y destino de la humanidad, no ha podido derribar á la Duda; y el Absoluto, la X de toda la moderna filosofía, se levanta siempre sobre los fragmentos de ciencia y sobre las audacias de los reformadores intelectuales. Sólo la Religión — sin decir cuál ni definirla — puede dar la solución deseada al problema moral; sólo ella puede impedir el derrumbe de la vida espiritual ante el avance de las negaciones cientificas. Brunetière da un paso más y proclama, ante el mundo y con voz de hierofante desengañado, la « triste bancarrota de la ciencia ». Fué un gran escándalo, dado á la faz de sabios y pensasadores, por un hombre sabio y audaz. Sobre él cayó la falanje científica, desde Berthelot hasta Fouillée, y todos condenaron al prematuro escéptico, al negador de la obra de un siglo. Era exagerada la frase de Brunetière : la ciencia no había fracasado, era la gloria de la época; sólo los falsos sabios, los que creían que « el mundo no tenía misterios », podían proclamar la absoluta certidumbre de un criterio analítico, de una obra progresiva y contingente. Pero quedaba la atrevida sentencia, y la misma ciencia confesó después su ignorancia, y escribió sobre sus ten-

tativas engañosas, una palabra serena y resignada: *Ignorabimus!*

Huyó entónces el crítico de la popularidad falaz, y quiso escribir su nombre en bronce inmortal. Su pensamiento severo y meditativo, entró resueltamente en el camino nuevo, la histórica ruta de Damasco. Defendió — en célebres ocasiones — el « renacimiento del idealismo » y la moralidad del verdadero arte humano. Al mismo tiempo la idea de patria y de raza latina le hizo pensar en un porvenir glorioso de Francia, religiosa, idealista, dominado el « cerebro del mundo » por morales y regeneradores pensamientos. Y estudió, con acento convencido y noble sinceridad, la « necesidad de creer », fundada más que en consideraciones teológicas y elevaciones sobre los misterios, en necesidades morales, en el malestar social; en la profunda acción de una autoridad espiritual sobre el mundo entregado á las disputas de los hombres.

Era éste un « fideísmo » religioso y los apologistes celosos, atacaron eso indirecta sumisión á la Iglesia, provacada por el naufragio moral. El pensamiento de Brunetière se asemejaba al de Balfour — el célebre político inglés — en sus « Foundations on Belief ». La certidumbre de ambos pensadores era moral, social; el dogma, la tradición teológica, en todas sus manifestaciones, reposaba sobre una nueva « razón práctica ».

A la virtud estética que inspiró á Chateaubriand, al genio artístico del Catolicismo que había de convencer á Huysmans, sucede, en el austero y moralizador pensamiento de Brunetière como en el de Ollé-Laprune y hasta de Bourget, la sugestión poderosa de una autoridad secular, el sublime prestigio de su credo moral y político, el reposo aquietador después de los tormentos de la duda y de la inexhausta curiosidad.

Como respondiendo á la catolicidad de su creencia, la crítica de Brunetière aspira hoy á la literatura com-

parada. Iniciado ese estudio por los descubrimientos del *folklore*, y favorecido por los estudios de Mme de Staël, de Vogüé y otros, continúa hoy con gran pujanza, asociando todos los grandes productos del genio humano. Al choque de literaturas exóticas la celebridad se depura y la obra literaria adquiere un valor universal y humano. Con su energía siempre curiosa de todo pensamiento, Brunetière ha querido en estudios muy recientes, hallar en el positivismo de Comte una fuerte tendencia metafísica y hasta una anticipación de las religiones dogmáticas.

Por la penetración universal de su crítica, por esta amable curiosidad de su ingenio, por la nota social de su obra, por la autoridad acendrada de su palabra. Brunetière representa hoy una gran potencia de crítica sana, filosófica, tradicional y cosmopolita.

Estamos ya lejanos de aquella época en que la crítica era juego amablel de ingenio. En nuestro horizonte moral se ha apagado la voz del intelectual voluptuoso y del optimista risueño y si algo queda de Renan es la divina música de Ariel, el paladín del idealismo. Y hoy el acento de los « profesores de energía », como Brunetière vibra en el ambiente, como el tañido de un bronce poderoso.

II

La última faz del pensamiento de Brunetière es reveladora. Al volver á tierra de tradición, no ha abandonado el maestro sus métodos científicos ; es un positivest católico, aunque parezca paradoja la unión de estos términos. Brunetière discípulo de Spencer, admirador de Comte, continuador de Taine, no ha renegado es sus ideas madres, y su tarea nueva es la de « utilizar el positivismo ». La empresa es ardua, la selección es

difícil. Pero el crítico audaz la ha iniciado desde ese baluarte de sus luchas que se llama Revista de Ambos Mundos. (1) El autor de Degeneración condena este afeminamiento intelectual, y coloca á Brunetière al lado de Huysmans, el convertido por la estética. Pero no puede negarse que la actitud de aquél es más robusta y más lógica. Acepta un credo, no por ensueños de arte, por visiones retrospectivas, sino por convicciones sociales.

La Religión es una sociología, dice Brunetière; como había anticipado Guyau que la Religión es un sociomorfismo, una extensión del principio social á la totalidad del Cosmos, una explicación del universo *sub specie societatis.* Todas las ciencias se rejuvenecen hoy bajo el soplo creador de la sociología. Se ha cumplido la sentencia de Guyau. « La tarea más alta del siglo XIX ha sido poner en relieve el lado social del individuo humano y, en general, del ser animado. » Lo mismo la moral que la biología, tanto la historia como la crítica se han convertido en ramas del gran tronco social. Al estudio aislado, á la investigación individualista, á la ciencia solitaria ha sucedido la confederación, la síntesis, la unidad social presidiendo á todas las dirección especulativas. Alcanzó también al dominio religioso la empresa renovadora; y por eso al libro de Guyau ha querido contraponer Brunetière otra concepción que partiendo de la misma realidad — lo social — llegue á justificar una religión positiva en vez de condenarla.

El crítico francés sostiene que la religión, en todas sus formas, no es sino un fenómeno de unión, una sociedad de seres humanos, que participan de un credo, que se forman una idea común de la divinidad y que aceptan determinada organización religiosa. El credo de

(1) Vide La Religión comme sociologie, L'Équation fondamentale.

un hombre no puede ser religión: es opinión, *herejía*. Pompeyo Gener recuerda que herejía viene de *airesis*, que, en lenguaje griego, significa opinión y crítica. El hereje es el que se separa del grupo, el que renuncia á la comunidad y á sus beneficios. Pero como toda oposición aislada aspira al proselitismo, la herejía se vuelve religión ó cisma ó secta; y de aquí que, en el dominio religioso, en vez de oposición de opiniones, haya antagonismo de sectas; muchas veces, antinomia de culturas, de raza, de historia. Porque Brunetière recordando en esto quizás al gran espíritu de Fustel de Coulanges, defiende la solaridad entre una forma social y una organización religiosa hasta decir que toda reforma religiosa se convierte en disgregación social. El individualismo religioso responde así al individualismo social, y para socializar una religión hay que modificar la cultura. Actualmente, el pueblo norteamericano nos presenta un ejemplo de esta uniforme relación entre la fe y la cultura. El protestantismo abandona el seguro solitario de la conciencia para tender á unificar conciencias y á implantar una fórmula de renovación social. Dice un pastor ilustre, Herron, que el individuo no alcanza su fin sino por la asociación, y que la nación americana comprende que no es un simple agregado de individuos. Su misión, escribe el pastor, es derivar de la enseñanza de Jesús una filosofía social y económica y una nueva fórmula de paz en medio de las luchas de la concurrencia. La necesidad de modificar la vida ha inducido á extender la eficacia del credo, y á olvidar que Carlyle dijo que la religión era « un asunto individual ». El espíritu moderno se ha encarnado, para Brunetière, en el protestantismo, en el deísmo, en el escepticismo; otras tantas expresiones del individualismo. La razón personal ha tra do la disolución de la fe colectiva: la «airesis» va dominando, porque va creciendo el subjevismo. Todas las tentativas de un Renan, de un

Scheleiermacher, de un Vinet para conservar una religiosidad pura, fuera de las formas del culto y de las instituciones del dogma, para fundar en un suave anhelo de idealidad, en la célebre « categoría de lo ideal », que defendía el autor de los Orígenes del Cristianismo, la unión de las conciencias y la armonía de los espíritus, han perdido su prestigio. El vínculo es muy flexible, muy alado; como Ariel, se desvanece en las manos del hombre.

Para verificar su principio general, « toda religión es una sociología », lo aplica Brunetière á las dos grandes crisis sociales y políticas de la edad contemporánea : la Revolución Francesa y el Socialismo. El gran movimiento colectivo del 89, aquella renovación total y sangrienta del régimen antiguo no en vano quiso reformar el calendario y formar un nuevo culto : era una religión nueva que se levantaba sólidamente unida á un nuevo estado social. La muchedumbre se apoderó de los ideales de un Mirabeau ó de un Robespierre, los transformó, los renovó : agitada, como si pasara sobre ella la llama sagrada, levantó nuevos altares, sintió el delirio religioso y creó un panteón de « dii minores ». Todo gran movimiento colectivo tiende á tomar una forma religiosa. Brunetière no explica esta ley ; la extiende, la comenta con robusta dialéctiac; en la Revolución Francesa olvida el aspecto económico de Francia, para contemplar el violento fulgor de un culto y de una idea religiosa. Pero la psicología colectiva demuestra que el alma de las muchedumbres se agita por el sentimiento más que por la razón, y que en ella sobre las diferencias individuales se extiende un tinte uniforme y borroso, se forma una vida intelectual común, y más que todo una cálida corriente de sentimiento. Todo movimiento de multitudes llega á ser sentimental y por lo mismo religioso. En el socialismo de las masas, lo mismo Le Bon que el autor de l'*Europa*

Giovane han visto una religión. No solo guía el interés ó la cuestión del hambre á las muchedumbres : un culto ha reemplazado á otro culto, un sentimiento á otro sentimiento; y el libro de Karl Marx es para un socialista acendrado y ardiente, el Evangelio de la Edad Contemporánea. Hasta la ciencia, al pasar de una capa social á otra, de una etapa psicológica á otra inferior, se debilita y aplebeya. Los grandes verbos inspiradores se convierten en moneda corriente que todos llevan y traen, sin penetrar su virtud transformadora. La palabra se sustituye á la idea. Ante la invasión del « filisteísmo », quiso Renan que la ciencia fuese señorío aristocrático y privilegio de sabios. Esta idea egoísta prueba el poder disolvente de la democracia en la ciencia. La muchedumbre exige más que ideas, símbolos, más que gloriosas abstracciones alcanzadas por la razón discursiva, imágenes fervientes, ricas en contornos y en fuerza plástica, algo que se preste á la declamación y á la amena sugestión que las palabras ejercen sobre los pensamientos infantiles. Una colectividad razonadora, una homogeneidad de espíritus apta para la ciencia, serán siempre un ideal inaccesible.

Fouillée dirá que la ciencia también une; y que sobre ella reposará la futura hegemonía gloriosa de la razón. Pero la ciencia sólo une á los espíritus científicos, á los que respiran la sutil atmósfera de le disquisición paciente y sabia. Los une moralmente en una labor solidaria, en un culto común. Exige de ellos heroica consagración de energías y produce la noble sociabilidad de los espíritus que viven del mismo ideal. La ciencia es un vínculo ideal como la religión es un vínculo de sentimiento, como la familia es un vínculo de generación y de amor. La ciencia es una trama de dudas, en continuo tejer. Rara vez se presentan certidumbres robustas y permanentes. Como el espíritu que la engendra, es obra relativa y móvil; como la vida misma,

sufre integraciones y desintegraciones, retoques, regresiones, aditamentos, en un intenso y contínuo *devenir.* La religión es una « sociología » según el pensamiento de Brunetière; pero no lo es siempre en su dogma, sino en su acción práctica y en su riqueza simbólica. Hay ciertamente, en el fondo de esos elementos sociales, una idea ó un conjunto de ideas; pero en el sentido cartesiano, según el cual toda pasión es un precipitado de ideas. Si una religión ha de renovar toda la vida interior : el pensamiento con su dogmática, la voluntad con su regla práctica y con su ideal de vida, el sentimiento con el proselitismo, con las visiones imaginativas, con la pompa dramática de sus ceremonias; hay que confesar que unirá las almas, que será sociológica en la medida en que triunfen en ella sobre la acción intelectual, la grandeza ética y la unidad de la vida. La apologética crea opiniones y divergencias : es un germen de herejía, en el sentido original de la palabra griega. Es la invididualidad enervando el vigor colectivo y solidario.

Al sostener el gran crítico francés que la religión es social, no hace obra de apologista ni defiende los títulos de una religión divina. Es el racionalista de la moderna apologética. Sostiene el criterio humano de la unión y de la vitalidad social que lo mismo se aplica al cristianismo que al budismo, á las formas colectivas de la Revolución, que á las tendencias religiosas del socialismo. Afirma y hace más grave el antagonismo entre la explicación científica y el credo de una Iglesia. Opone la individualidad, la originalidad crítica de aquélla á la inclinación colectiva del precepto sagrado. Hace más humana la religión pero no más verdadera.

Brunetière se defiende contra los que lo acusan de « fideísmo »; no pretende que el valor social sea una prueba religiosa. Pero la constitución psicológica de sus facultades críticas, su tradición de apóstol de banca-

rrotas científicas, lo inclinan á ese camino. Él ve en la religión más que la verdad, la autoridad; el lazo humano, la organización moral y disciplinaria, la sociología, en fin. El crítico negador del impresionismo y el apologista enemigo de la individualidad religiosa es un mismo personaje; egregio partidario de la unidad y de la autoridad en la crítica, en la religión, en la vida. El Catolicismo es para Brunetière un principio unificador en las vacilaciones morales y en la tragedia del espíritu inquieto de nuestra época.

Para robustecer esta apreciación de la obra del crítico, basta leer sus célebres « Discours de Combat » (1). ¿Qué busca en ellos? El bautismo de todos los grandes sistemas filosóficos : hace hablar á Kant, á Spinoza, sobre todo á Augusto Comte, con gran perspicacia crítica. Anhela una selección de filosófías. Es un ecléctico á lo Cousin, que trata de separar los elementos que se adaptan á su idea autoritaria y social de la fe. Comte fué un pontífice laico y por eso Brunetière entra á saco, con el vocerío de las grandes victorias, en los dominios del fundador de la sociología. « En este grande y macizo edificio de la Filosofía positiva, puede hacerse una selección de materiales. » Su estudio de la obra de Calvino es una contraprueba de las tendencias de Brunetière. ¿Qué hay en la Institución cristiana del reformador francés de condenable, según Brunetière? Todo lo que nace del individualismo. « Ha individualizado la religión, la ha hecho cosa intelectual y aristocrática. » De un asunto del corazón, ha hecho cuestión de espíritu, creencia razonadora y razonable. El crítico francés llega á confesar su tendencia sentimental : « una religión que se demuestra, una religión intelectual no

(1) 1.ª y 2.ª serie que han llamado la atención en Francia y alcanzado varias ediciones. El 2.º tomo á que me refiero es de 1903. — Lib. Perrin, Paris.

es para mí una religión y todos los esfuerzos de la dialéctica no lograran hacer de ella más que una moral, una filosofía ó á lo más un culto ». En la lucha secular entre el corazón y la inteligencia, Brunetière defiende la fuerza del sentimiento.

Comparemos sus dos apreciaciones sobre la « obra crítica » de Taine. La una es reciente, figura en los « Discursos de combate »; la otra pertenece á uno de sus mejores libros, á la « Evolución de la Crítica » Taine ha sido para el crítico francés un gran inspirador; pero lo ha estudiado con distinto criterio en las dos épocas de su vida intelectual. La primera apreciación es el examen del crítico que redujo las literaturas, con toda la fuerza de su genio, á complicaciones de raza, de medio, de momento. Es una reducción de influencias y un ataque á la extremada generalización. La raza es un factor; el medio tiene influencia; pero no fatales. La « historia natural » de los espíritus que quiso escribir Taine es una generalización científica, precipitada é incompleta. La raza no explica la individualidad : es el *substrátum* de todos los espíritus, la base común sobre la cual nace la flor original de los grandes genios. Las dependencias mutuas entre las obras de un siglo literario no son necesarias. El medio no es una tiranía. Sólo el momento explica y resuelve muchos problemas literarios. Es la acción psicológica opuesta á las influencias naturales del medio y la raza. Crítica sabia y moderna la de Brunetière. En el fondo es el triunfo del criterio psicológico. La ciencia actual opone á las férreas cadenas de la naturaleza la acción social, la imitación, la sugestión, la solidaridad. Son vínculos más flexibles, más civilizadores, más humanos. El poder de la naturaleza retrocede á las edades prehistóricas, donde se forjan, ante el gran escenario, las razas y la impresión del choque exterior queda fija en el cerebro de la especie. Volviendo á estudiar á

Taine, Brunetière olvida su tesis crítica ó mejor dicho, la extiende á otro orden, el de la moral y de la religión. En medio de sus objeciones, Brunetière aceptó del gran escritor francés la tesis científica, aquella robusta manera de fijar caracteres dominadores, y de entregar el arte á la inflexibilidad de un criterio absoluto. ?Y qué busca ahora en Taine? Al investigador tenaz del *fundamento objetivo del juicio crítico*, al autor de las apreciaciones y de los postulados morales. El que escribió en una página inmortal que, hoy, después de diez y ocho siglos, el cristianismo es aún, para cuatrocientos millones de criaturas humanas, «el gran par de alas indispensables para levantar el hombre hacia arriba»; es un auxiliar poderoso para una apologética social, como la de Brunetière.

El gran mérito de Taine está en que al buscar un « fundamento objetivo » no se detienen en las ciencias naturales. Pensó « soldar » la moralidad á la naturaleza; pero halló que el criterio científico era débil. Era una arquitectura de analogías que no resistía á la crítica moral. Toda la civilización moderna, según el autor de los Orígenes de la Francia Contemporánea, reposa en dos ideas cardinales : la *conciencia*, como principio religioso, el *honor*, como regla laica y disciplina social. Ante estos dos principios, el Taine de la impasibilidad científica debería haberse limitado á la explicación impasible y al análisis. Son dos productos « como el vitriolo y el azúcar ». No lo hizo así. Estableció jerarquía de civilizaciones y su criterio aceptó y se asimiló caracteres morales. Sus críticas de la Revolución Francesa se inspiran en un ideal ético, enérgicamente trazado. Taine es para Brunetière, si puedo decirlo así, un apologista *malgré lui*. Estudió el fundamento objetivo de la superioridad humana, en el drama gigantesco de la historia, y se acercó á la solución cristiana.

El nuevo teólogo francés en vano lucha contra sus

inclinaciones intelectuales. Ha proclamado la « *bancarrota* » de la razón, olvidando que todo motivo de creer es un ejercicio racional. Ha condenado la ciencia, por sus audacias; pero descuidado el valor sintético de la filosofía, que construye con las últimas leyes científicas, una religión laica. Brunetière ha ido más lejos : ha dicho que la contradicción no es prueba infalible de error, ni la falta de ella argumento de verdad. Su apologética conduce así al *ilogismo*. Es la última y siniestra herencia del fideísmo. Nos aconseja renegar de la razón, de este inútil y engañoso poder; sus palabras recuerdan la frase triste de un genio atormentado. Como Pascal, nos pide afirmaciones sin base y casi llega á decirnos : *cela vous abêtira.*

Su odio al individualismo es otro de los grandes vicios de su sistema. Si los hombres buscan una fórmula de unión, no reniegan por eso de su individualidad. Toda forma de solidaridad debe ser aceptada por el espíritu. La « edad de la discusión » ha llegado definitivamente al dominio humano. Instintos y formas sociales se disgregan por el análisis. Y hoy para unir no se puede predicar, como lo hace Brunetière, una solidaridad sin razones ó negar el individualismo crítico. La prueba social de Taine y Brunetière es un gran principio sugestivo; pero hay que apoyarla en otras razones y en otra ciencia.

En resumen, el nuevo apologista anhela la acción social, halla en el catolicismo un principio unificador. Toda religión es una sociología : destruir la religión es romper un vínculo de sociabilidad. Es una posición audaz de apologista, que otros espíritus norte americanos defienden y llevan á la práctica. La religión debe penetrar en la vida, y agitarse con sus problemas. Una religión « actual » no puede olvidar el problema social. Todos estos son corolarios del principio fundamental. Son razones extrínsecas. Es una filosofía que gira

al rededor de la frase célebre : *le cœur a des raisons que la raison ne connaît pas*. En ella se encierra todo el misterio de muchos siglos. Explica lo mismo las inquietudes trágicas de Pascal que la oposición entre las dos críticas de Kant, lo mismo la tristeza contemporánea que la religión humana de Comte. Pero no puede ser la base de una apologética religiosa. La razón de hoy, con la crueldad del supremo esfuerzo, va separando las fibras rehacias del sentimiento y arrancando de ellas la suprema palpitación de la vida. (1903.)

¿ MENÉNDEZ PELAYO ES CRITICO ?

La interrogación es audaz; pero la han provocado ya voces de duda y ataques sinceros á la gran figura española. Mientras Boris de Tannenberg escribia en su « Espagne Littéraire », el más vibrante panegírico del crítico español, de América se elevaba un enérgico panfleto contra el escritor que ha simbolizado en nuestra época la unión prodigiosa de la memoria y del ingenio. Un distinguido escritor paraguayo, Manuel Domínguez, en sus cartas á Cecilio Baéz, ha desmenuzado la fama del célebre crítico y llegado á conclusiones de ruda negación y porfiado antagonismo. Singular fenómeno el del renombre literario. También sobre él cae la ley del ritmo, y pasan las enemistades de escuela y las antinomias religiosas; destruyendo las gallardas columnas, que había elevado la muchedumbre. Y cuando Menéndez y Pelayo llega en brazos del crítico Tannenberg á recibir la consagración que Francia da á los privilegiados del arte y de la ciencia, á los amantes de verdad y adoradores de belleza, un enérgico espíritu americano amengua el prestigio del que á porfía llamaron todos, desde Juan Valera hasta Rubén Darío, honor de España y cerebro prodigioso.

Leyendo la seis cartas de Dominguez se halla en ellas la afirmación de un espíritu sincero. No busca la paradoja, no quiere proclamar la bancarrota de un espíritu potente : anhela definir la obra crítica y reducir el papel

que nuestra raza ha atribuido al erudito de Santander. Voy á acompañarlo en este curioso *excursus*, afirmando desde esta página que admiro á Menéndez y Pelayo y que sobre las sombras de la intolerancia y los dogmatismo de la primera juventud, veo en el crítico maduro un fecundo equilibrio mental, una rara perspicacia crítica y una memoria mundial, en la que viven y se mezclan, sin perder sus grandes caracteres, los hombres, los libros y las épocas.

El arsenal del escritor paraguayo es la historia de los Heterodoxos Españoles. Allí, en esa obra de juventud, en esa anticipación de un cerebro precoz, halla Domínguez todos los defectos y todas las flaquezas de los espíritus fanáticos. En ese libro defendió Menéndez y Pelayo las guerras religiosas, levantó el famoso pedestal de granito á la obra de la Inquisición y se defendió con el recio broquel de la intolerancia. Allí puso en solfa la obra serena y paciente de Sanz del Río, llegó á defender el fanatismo y á llamar eunuco al que no teñía su brazo con sangre de impíos y en batallas de intransigencia. Hay contradicciones gravísimas en esa obra, dice Dominguez en su carta tercera : Menéndez Pelayo que acepta el fanatismo católico, condena el de Calvino. En resúmen, la primera obra del crítico español parece la consagración de todos los fanatismos, la creación perpetua de una fe robusta, batalladora y terca. Pero para juzgar á un crítico, no basta escoger en el acervo de sus producciones literarias, aquella que encierra con los arrebatos de la intensa juventud, la parcialidad intelectual del que siente ultrajado su credo por insinuaciones malévolas ó por ataques de ignorancia. Hay que recordar la época insólita en que Menéndez y Pelayo defendió la gloria de la ciencia española. Contra Revilla, contra Perojo, en frente de los denigradores de la ciencia tradicional, el gran español que tenía la rudeza de la tierra cantábrica, mantuvo

los fueros del pasado, y defendió la majestad de la ciencia castiza. El libro « la Ciencia Española » tiene aspecto de panfleto, encierra páginas de ruda defensa, abroqueladas por una malla robusta de hechos. El jóven crítico, lleno de entusiasmo, de ciencia y del fértil espíritu de los hombres del Renacimiento no toleró circunloquios y llegó á todos los estremos de la intolerancia. La fe atacada se convirtió en fanático entusiasmo, la oposición científica á los lugares comunes, á las negaciones sin fundamento, revistió aspecto de sátira ó de cruel antagonismo. La Historia de los Hetorodoxos ostenta este espíritu arrogante y de hiriente pugna. Allí ataca á Galdós, á Echegaray le niega ingenio dramático y hasta el insigne Valera, el maligno y volteriano helenista, le inspiró temores en materia de ortodoxia. Fuera de Balmes, de Donoso, á quienes consagra soberbias páginas, con la gallardía y el calor de la mocedad, todos los próceres del movimiento liberal despiertan en el jóven crítico, vivos resquemores de creyente. Hay que considerar en la intolerancia de Menéndez y Pelayo, la situación de sabio precoz á quien hieren la ignorancia y la ciega oposición; y la juventud, que no siempre trae entre sus dones, la madurez y la tolerancia.

¿El crítico debe ser intolerante? No ciertamente. Todo yugo inflexible es dañoso para la amable hospitalidad y el interés magno que hoy simboliza la obra crítica. No se concibe á Lemaître ó á Faguet erigiendo su ciencia en cerrado dogma ó condenando á toda una falange científica. La floración del espíritu crítico ha traído el desequilibrio en las fuertes convicciones del sabio. Los sistemas se disuelven, las ideas absolutas se relajan y un flexible impresionismo viene á coronar las cimas de la obra dogmática. Hasta el diletantismo, ameno tejido de apreciaciones ingeniosas, de frágil maniposeo de espíritus, se levanta en la fuerte disocia-

ción de los dogmatismos. El espíritu crítico debe ser tolerante; pero no puede decirse que la violencia de la primera edad sea signo infalible de incapacidad crítica. Si hay espíritus que se someten voluntariamente á la influencia exótica, hay otros, los de síntesis robusta ó de unidad sin diferencias que tienden al dogmatismo en la crítica, como en todos los órdenes intelectuales. Son dos tipos psicológicos que tienen su especial energía y su valor original en el mundo. Los afirmativos dan á su obra un sello más lógico, á sus ideas un trabazón más rigurosa, forman sistemas propios ó aceptan los que la tradicción impone, sin tolerancia y sin larga simpatía. Menéndez y Pelayo es un tipo afirmativo de críticos y lo es también Taine. La erudición moderna ha demostrado, siguiendo las vicisitudes del pensamiento de Taine, que desde su juventud, como discípulo de Spinoza y de los empiristas, construyó un sistema tan osado, tan inflexible, tan soberbio como un dogma. Sus críticas son un manifiesto de estética, más abierto que la de Menéndez, porque no están ligadas á un criterio tan absoluto como el católico. Su convicción es laica, su crítica lo es también, sin dejar de ser dogmática. Cuando juzga á un autor, aplica su sistema, busca la « faculté maîtresse », analiza los factores, aplica su inflexible determinismo : sus juicios obedecen á fórmulas ya hechas, á un sistema de la realidad y del espíritu. Es una concepción integral, con toda la inflexibilidad de un credo religioso. Comparando las dos maneras se halla en ambos dogmatismos un principio común, una afirmación impuesta al arte y á la vida.

No sé si este rigor especulativo se aviene con la serenidad de la obra crítica. De Sainte-Beuve se ha dicho que no reveló nunca su pensamiento sobre los grandes principios filosóficos y humanos; pero en esta eterna quietud se esconde seguramente la amable tendencia escéptica del autor de *Volupté*. Habría que discutir aquí

un problema curioso de crítica : si vale más para el mérito de la obra, el rígido dogmatismo — religioso, á lo Tolstoï, á lo Menéndez y Pelayo, filosófico á lo Taine — ó el escepticismo universal, esa ligereza del espíritu que conserva su flexibilidad en la opinión y en el juicio, que huye de todos los yugos, antiguos y recientes, y coge sólo la flor brillante de las cosas. Una crítica franca, inspirada por un ideal robusto, por una plena concepción de la vida, atrae y sugestiona. Al juzgar, no habla de la impresión vaga ó del mariposeo interior; define, construye ciencia, emplea á veces el látigo juvenalesco. Es análisis parcial, que procede por abstracciones, que representa una faz de las cosas. Cuando no hay principio ideal que llegue á abarcar la complejidad de la vida ó á imponer sus normas al futuro, ese juicio no puede llegar á la plenitud de la obra ni apreciar su valor humano. Para juzgar hay que hacer un difícil ejercicio psicológico, desdoblar la personalidad y reconstruir interiormente el ajeno proceso creador. Examinar desde opuesta escuela y con opuesto ideal es ya mutilar el oficio del crítico. A medida que se comprende mejor la obra analizada, que se adquiere el arte de ver en cada libro el sello de un alma, la crítica pierde su acrimonia y se suaviza con una gota de simpatía. Por eso, el ideal de los críticos se halla en el inmortal pensamiento de Guyau : « comprender es perdonar. » El espíritu que por don semi-divino, pudiera comprender todos los esfuerzos y medir el valor humano de toda obra, desde el quijotesco ensueño hasta la epopeya de Germinal, fundaría un exquisito examen de libros, rico en tonos de simpatía y de tolerancia. Sería el primero de los filósofos, porque habría descubierto á través de la infinita diversidad del arte, la unidad psicológica del alma de los hombres. El escepticismo acerca más á este ideal que el dogmatismo; pero aquél puede degenerar en frívolo examen y en endiosa-

miento universal. Renan, que pudo ser modelo de críticos, se inclinó al diletantismo y al juego quebradizo de las ideas. Los alemanes dicen profundamente que la vida es seria, *ernst ist das leben:* y Renan, tan germano en algunos aspectos, no comprendía la grandeza de esta frase, en que se encierra la psicología de un pueblo. Al dogmatismo hay que perdonarle su rudeza, en gracia de la profundidad de sus juicios, de la franqueza de sus principios, de la afirmación de tesis y de teoremas. Y mientras no llegue al mundo el ideal del crítico, yo creo que merecen mayor respeto quienes que han visto en la vida un principio interior, filosófico y religioso, los que han afirmado un ideal más firme y general que la indefinible variedad ó el eterno impresionismo.

Olvidemos, pues, la sequedad dogmática, porque de ella surgieron juicios tan admirables como el de Menéndez y Pelayo sobre la historia artística ó el de Taine sobre el medio y la vida literaria. Estudiemos al crítico dogmático dentro de su propio ideal. Para juzgarle hay que seguirlo en su obra imensa y confesar que si en sus libros posteriores se revela una mayor tolerancia, una flexibilidad que González Serrano llamó latitudinarismo; es que la comprensión es más recia y profunda en el cerebro robusto, en la personalidad crítica de 1886 que en la de diez años antes, cuando acopiaba la estupenda erudición de la Historia de los Heterodoxos.

Domínguez condena — como todos los espíritus imparciales — la obra de juventud; pero acusa de inconsecuencia á Menéndez y Pelayo, por algunos de sus juicios literarios. Galdós y Voltaire recibieron en aquella historia célebre un fuerte varapalo. A Voltaire le aplicó el tremendo juicio de De Maistre, en Galdós no pudo olvidar al pensador libérrimo, al defensor de la tolerancia. Después se trasforma el cuadro :

Voltaire es, en la Historia de las Ideas Estéticas, un gran espíritu dramático, dueño de misteriosos y variados talentos. Y á Galdós, al émulo español de la obra de Balzac y del simbolismo de la novela nueva, consagra el gran crítico, en plena Academia, confesando la injusticia de sus primeras condenaciones, el más completo y tolerante estudio que de la obra total de Galdós se ha hecho en tierra española. Allí los Episodios, el idealismo de Angel Guerra, la grandeza de aquellas novelas en que parecen agitarse los personajes indefinidos de la « comedia humana », la sajona y realista moralidad de Galdós y la plenitud de su vida consagrada al arte fecundo y ciclópleo, reciben nuevo aplauso y una crítica discreta y severa en sus líneas. Estos cambios de criterio no merecen la acusación de Dominguez : son un progreso en la obra del maestro, un vaho de tolerancia que va á fecundar la antigua aridez del criterio dogmático. Menéndez Pelayo conserva sus ideas madres; pero comprende que hay que juzgar la obra artística, con criterio estético más que moral y religioso, y que la unidad del arte, de la religión, del principio moral no puede darse eternamente en el arte, como no se da nunca en la vida. Comparad esta evolución, salvando las distancias de genio y de doctrina, con la de Tolstoï : á medida que llega el gran novelista á la cumbre de sus propósitos místicos é ideales, condena con mayor energía el arte independiente y trata severamente toda obra que no revele una inclinación docente, moralizadora y cristiana. El libro « ¿Qué es el arte? » es una ruda y porfiada invectiva; y sus escritos posteriores tienen el mismo sello severísimo. El crítico español, que va perdiendo las ataduras de la intolerancia, da hoy á su obra una unidad más flexible, un valor más general y humano y quizás más largo señorío, *ære perennius*.

A pesar de esta última y gloriosa tendencia de Menén-

dez y Pelayo, el crítico del Paraguay lo condena sin remisión y lo rebaja muchos codos de su antigua altura. Dice en su carta quinta, que Menéndez no es crítico, porque no es generalizador ni ordena sus ideas ni menos las condensa; no es filósofo, porque no sabe pensar bien, y quizás por que se contradice; apenas si le concede el título modesto de erudito, y hasta afirma que sus juicios han de ser recibidos y aceptados, sólo cuando los confirman los « grandes maestros de la crítica moderna ». Tan radicales apreciaciones me parecen muy apasionadas. Creo que Menéndez y Pelayo es un gran erudito, inferior á Feijoo en amplitud de visión y de curiosidad humana; pero más grande que él en extensión de cultura y en pasmoso poder retentivo, en magnitud de labor y de empresa. Decir de él que es un simple erudito inferior á Littré, es denigrarlo á todas luces. ¿Lo compareremos, por ventura, al bibliófilo Jacob, á los cervantistas, á los curiosos de museos y de bibliotecas, á todos los que tratan de agotar la biografía de un hombre ó estudian al escritor, no sólo en su obra, sino en su vida prosaica, en sus miseria y en sus *maîtresses*, como hoy sucede con Balzac ó Teófilo Gautier? Menéndez y Pelayo por la variedad inmensa de su obra y por la exactitud de su ciencia en cada fragmento del dominio erudito, resiste al paralelo con los más grandes eruditos de nuestra raza. El cerebro enciclopédico de hoy es más admirable que el de la edad antigua, por la amplitud de la ciencia acumulada y por la división indefinida del caudal erudito. En Francia, se publican las obras literarias, con la colaboración de muchos sabios : la « Histoire littéraire » es labor de benedictinos; en España, Menéndez y Pelayo ha emprendido la inmensa tarea de estudiar á Lope de Vega, de adivinar la ascendencia remota de cada una de sus fábulas, de seguir á través de la historia confusa de los mitos, del laberinto, del *folklore*, de los plagios y

de las refundiciones el hilo de cada drama. Ha consagrado á Quevedo un monumento; y en la antología de los poetas líricos castellanos ha apurado la erudición trazando la más fiel y gallarda historia del arte literario y consagrando admirables estudios al romance y á los grandes artistas de otra edad, lo mismo al Arcipreste de Hita que á Jorge Manrique. ¿Qué materia de historia literaria, de estética, de filosofía y de historia hay que el eminente santanderino no haya apurado sin límítes? Cuando Menéndez estudia á Marchena, ó á Rodrigo Caro ó al dramaturgo Torres Naharro, reconstruye la historia literaria, trae nuevos datos, reforma la antigua crítica, crea con portentosa ciencia un fragmento de arqueología literaria. No hablo de la erución de la Historia de los Heterodoxos ó de la Antología; pero en su Historia de las Ideas Estéticas, en la parte antigua, en la que dice relación al primer vagido de la ciencia, respecto á Platón y Aristóteles, ¡ qué seria y sólida erudición, que germánica honradez para no retroceder ante los estudios, por rudos y estraños que sean ! Quiero comparar á Gastón Paris con Menéndez Pelayo en el dominio erudito. Nadie negará la gran figura del primero que ha desentrañado la confusa y oscura historia de los ciclos y de las leyendas medioevales, su pasmosa memoria y su arte de composición y de estilo. Pues bien, Gaston Paris se consagró sólo á la Edad Media, brilló en su arcaica inclinación erudita como ningún otro especialista, fundó revistas y creó escuelas : pero Menéndez y Pelayo, no sólo es respetado en Europa por hispanófilos de la talla de Farinelli y Croce, como el primer historiador de las letras patrias, sino que todos recuerdan que su ciencia no se limita ó se encastilla en un período, y que tan profundamente podría escribir de los orígenes del teatro hispano y del místico Fray Luis como de Valera y de la ciencia de Milá y Fontanals y de Balmes. Tal

es Menéndez y Pelayo, asombro de eruditos, archivo estupendo de cosas históricas, dentro de las cuales se mueve un espíritu fresco y viril, que no se ha agotado en la obra del compilador y que sabe escribir, con cierta fantasía un poco *refleja* sobre los grandes períodos de todas las literaturas. ¿Le negaremos erudición propia al que siguió las vicisitudes de la filosofía platónica en España ó al que descubrió en Luis Vives un primer criticista y en Gómez Pereira un cartesiano prematuro? Y pensaremos que no es gran erudito en materia estética, el que ha penetrado hondamente por series de libros enmarañados y dificiles y ha expuesto magistralmente la estética alemana? ¿No sabe condensar el que no ha hecho otra cosa en los últimos tomos de su estética que reducir los grandes asuntos, sintetizar á Hegel y encerrar la estética de Guyau en unas cuantas páginas y el pensamiento de Taine en un capítulo?

Confesemos que como erudito no tiene Menéndez y Pelayo rival; que ni la ciencia de Taine ni la de Brunetière ó de Brandes alcanzan tan lejos en el dominio literario; que su cerebro escapa al molde general, en poder de asimilación y de síntesis. No creo que Menéndez y Pelayo sea filósofo, pero tampoco pienso que en filosofía sea un diletante. El ha estudiado los sistemas, ha convertido en ciencia viva y propia el pensar ajeno, ha comprendido la metafísica moderna, en sus egregias figuras desde Kant y Hegel hasta Ravaisson y Fouillée. Sus polémicas con el Padre Fonseca, sus paralelos entre Vives y Kant, su comprensión del pensar platónico, alguna opinión discretamente emitida sobre las leyes psicológicas de la historia de la filosofía, no acusan al simple curioso, sino al espíritu robusto que ha aceptado racionalmente una doctrina, sin desdeñar las demás. No es filósofo, en el estrecho sentido de la palabra, el que no crea un sistema; pero no es extraño á la filosofía el que la ha estudiado

con tesón y con gran espíritu de sistema. Menéndez y Pelayo es un crítico de la filosofía de personalidad bien definida.

Yo creo, contra la opinión del distinguido paraguayo, que Menéndez y Pelayo es un espíritu poderoso. Dice Dominguez que ha plagiado sus opiniones; pero si al estudiar la literatura inglesa se ha inspirado en Taine y en su juicio sobre el romanticismo francés no ha olvidado á Sainte-Beuve; ¿cómo negar la profunda originalidad de su estudio sobre Núñez de Arce y de su discurso sobre la historia considerada como obra artística? Este último me parece obra acabada de análisis : la interpretación original del pensamiento de Hegel, aquella sintética visión del desarrollo histórico en sus relaciones con el arte, alguna idea vigorosamente esbozada, como la que se refiere á la parcialidad de los historiadores clásicos y al valor que de ello derivada su obra, son observaciones y juicios dignos de grandes críticos.

¿No vale la monografía sobre Núñez de Arce, tan completa, tan profunda, tan llena de sabor sociológico y de bellos paralelos, lo que un estudio de Brunetière ó un análisis de Sainte-Beuve? No confundamos tampoco al crítico con el generalizador y el espíritu sistemático, ni creamos más grande á Brunetière que á Sainte-Beuve, porque aquél ha querido ver en la historia literaria, evolución de géneros y ha olvidado la manera libre, psicológica, fácil y amena del autor de los « Lunes ». Menéndez generaliza en todos sus estudios, ya sobre Núñez de Arce, ya sobre la poesía mística ó la historia; pero su espíritu no es sistemático; y en esto nada pierde su crítica, sino es la majestad y la arrogancia de Taine.

El que ha leido el estudio de la obra de Enrique Heine por Menéndez Pelayo, y su condensación en la teoría de la « poesía como música » ¿no ve en este examen

como un reflejo de los estudios sobre la « faculté maîtresse », iniciados por Taine? No le comparo con este forjador de ideas y de libros. Para mí Menéndez es un crítico egregio, sólo inferior en la edad contemporánea á Taine, esa alma de Prometeo, que evocó el mar riente de la Grecia clásica y comprendió el secreto de la atmósfera holandesa. Después de él, á quien todos veneramos como revelador y guía de espíritus racionales, como cerebro de profundo equilibrio y de infinita diversidad, coloco á Menéndez y Pelayo. En él admiro, como todos los espíritus de la generación nueva de América, al inagotable creador de libros, al que ha hecho vivir el alma de la tragedia antigua y el misterio de la *sophrosyne* en algunas de sus páginas, al que ha comprendido y analizado las almas más opuestas y se ha inclinado ante Victor Hugo y ante Goëthe como ante Schiller y Lamartine, al más elegante narrador de historia literaria para el cual tienen lenguaje especial los mamotretos y surgen de los códices violados las antiguas civilizaciones, al que ha dado á la lengua española algo de la plenitud ciceroniana y la animación y el brío de la prosa clásica, al que ha traído á tierra hispana el pensar de teutones y de sabios del Norte, no en fragmentos y en antologías, sino en su desnudez viril, en su perseverante sugestión y en su valor para la cultura humana.

Admiramos, por ultimo, en Menéndez y Pelayo al hombre representativo de una España que se va, al profundo creador de escuelas y de direcciones españolas, maestro de todos los eruditos é iniciador de todos los trabajos; y no creemos que en él sólo hayan de contemplarse los matices de la intolerancia, y se pierda para el observador imparcial, la virtud intelectual de un hombre, que en la crítica, en la historia, y en la filosofía, con su fresca imaginación, instruye y encanta, seduce y entusiasma. Ante él, como ante todos los pri-

vilegiados, callan las discrepancias de tendencia ó de escuela para que hable la simpatía de todos los que no han olvidado que el hombre es « una caña que piensa » y que « criticar es perdonar », lo mismo para los grandes que para los pequeños. (1903.)

HERBERT SPENCER

Al doctor Javier Prado y Ugarteche,
respectuosamente.

I

Ha muerto un coloso intelectual. En Brighton, lejos del tumulto y de la vida artificiosa, trabajada Spencer venciendo al cuerpo agotado y enfermo. Presentía el fin no lejano, y cada obra suya era un triunfo de la voluntad sobre la muerte. Como todos los grandes solitarios, buscaba el filósofo el placer aquietador del campo y el impetuoso estímulo de las energías naturales. Para arrancar al Cosmos su secreto quería escuchar su ritmo de cerca, obligarlo á revelarse y entrar en los grandes cuadros de la « filosofía sintética ». Seguía el consejo de Bacón : dominaba á la naturaleza obedeciéndola. Su obra tiene la originalidad y la fuerza de los contemplativos, de los que no ponen entre ellos y el mundo que observan, la muralla del perjuicio ó el bloque formidable de las escuelas.

Por eso, huyó Spencer del saber académico, del fácil eclecticismo, de todas las ligaduras de la tradición, en

el gran país de los atavismos sociales. Nunca se le vió en academias reales ó explicando, con el auxilio de la ciencia, la grandeza de las dinastías ó la majestad divina del imperialismo. Fué un filósofo independiente, un observador originalísimo, creador de síntesis y de leyes. Construyó su método propio y, de ingeniero modesto, llegó á ser el sabio más enciclopédico de nuestra época. Sus opositores más radicales lo confiesan : Mercier, el filósofo belga, dice que fué un hombre sorprendente. Toda la ciencia y todas las ciencias las estudió, en sus grandes leyes y en sus resultados aprovechables. Desde los descubrimientos biológicos hasta las hipótesis cósmicas, desde los resultados de la prehistoria hasta el valor y el desarrollo del socialismo, desde la remota filosofía griega hasta el pensamiento hegeliano y la crítica kantiana; todo lo movió, todo lo analizó, con el mismo vigor mental. Comprendió que no podía hacerlo todo y se rodeó de secretarios que seguían en sus estudios un plan admirable. En los « Principios de Sociología » se encuentra toda la ciencia política, económica y religiosa de nuestro siglo. Creo que podría formarse una historia de la cultura incásica sólo con los datos que contiene. Fué Spéncer el ejemplar clásico de la actividad mental y de la diferenciación del espíritu; y si todos los grandes eruditos tuvieran esa potencia unificadora, la ciencia habría llegado á su plenitud. Cuando cae un hombre de esta talla, parece que la humanidad perdiese una de sus fuerzas y que sobre el planeta se extendiera una intensa sombra. (1)

(1) Tendría que corregir hoy el autor su entusiasmo y establecer un paralelo entre Spencer, Stuart Mill y algunos idealistas, como Green. (Nota de 1916.)

II

Con ser Spéncer el filósofo humano por excelencia, el filósofo del siglo, el eco robusto de la marcha intelectual de una época, es también el pensador de su medio y de su raza. Nadie revela mejor que él las poderosas influencias que ha analizado Taine. Los ingleses, decía Emerson, son de la tierra; y Spencer es también el filósofo observador, que trabaja con hechos, que acumula observaciones, que trata de abrumar al lector con ejemplos de todas las razas y de todos los siglos. Sajón es también el afán del detalle, el rigor analítico, el sabio empirismo, el amor al fenómeno, la tradición intelectual de los Hámilton, de los Stuart Mill, de los Bain. Spéncer no procede por saltos, por anticipaciones, por vislumbres. Es el más formidable indagador de las partes, de los elementos, de las formas temporales. Es hijo de su raza y heredero de su filosofía. Otros grandes aspectos del espíritu inglés se revelan en el filósofo de la evolución : el criterio utilitario, el método genético y el individualismo. La utilidad, no en su acepción vulgar y rastrera, sino como sentido práctico, como adaptación de medios á fin, es la fibra más sólida del pensamiento de Spéncer. Su tesis educativa fundada en una diferenciación de actividades es un ejemplo de este criterio práctico : el filósofo sugiere que se eduquen primero las actividades útiles para la vida y que todos los refinamientos de la cultura no amenguen el desarrollo de las primeras potencias vitales. Spencer llega en este pensamiento de utilidad al ideal griego, al equilibrio biológico entre el espíritu y el cuerpo : ataca todo saber memorista y quiere que seamos ante todo « buenos animales ». Su misma filosofía del estilo es un capítulo

de una teoría utilitaria. El estilo debe exigir al lector el menor esfuerzo, provocar asociaciones fáciles y lógicas, entregar la realidad palpitante y ajena á circunloquios. Y el maestro dominado por este curioso sentido estético confiesa que siempre encontró palabras que suprimir en los « Primeros Principios » y que ha buscado en todas sus obras la adaptación más completa y más simple del estilo al pensamiento. Su prosa no tiene la soberbia elocuencia de Fouillée, la audacia colorista de los escritos filosóficos de Taine ni menos aquel dulce balanceo y aquella íntima armonía del estilo de Guyau. Son páginas de concisión admirable, estrechas para contener tantos hechos. Explica Fouillée (v. Le Peuple Anglais) la tendencia *genética* de la filosofía inglesa por el mismo afán de observar fenómenos y de investigar « por qué serie de trasformaciones los más complejos se derivan de los más simples. » Spencer es el filósofo de la evolución y del génesis, y su mayor mérito estriba en la indagación genial del origen de todas las formas sociales. Si la misma teoría metafísica es una hipótesis, si fué en la mente del pensador una idea apriorística, no puede negarse su extrema habilidad en la reconstrucción de los primeros tiempos de la historia y de las primeras fases del movimiento cósmico. La diferenciación y la integración se presentan con más pujanza en la formación intelectual del hombre primitivo que ha intentado descubrir Spencer. Su tentativa científica es á la vez una audacia imaginativa: grandes maestros de la historia, un Taine, un Mommsen, un Grote han hecho vivir en páginas inmortales la historia de muchas centurias complejas y el recuerdo de muchas razas cultas. El esfuerzo de Spencer ha sido más vigoroso: ha qnerido desmontar el cerebro de los « primitivos » y presentarnos, en admirable serie lógica, la sucesión de sus ideas, la génesis de sus creencias, la formación de sus instintos intelectuales. Acéptese este

primer ensayo arqueológico y se verá cómo, sin desviaciones ni oscuridades, se integran las tribus, se complican los cultos, se definen las ideas, se separan las profesiones, se dividen las industrias, se organizan las filosofías, se perfeccionan las lenguas, y el mundo contemporáneo se presenta ante el lector de « los Principios do Sociología » como el término de una integración secular. Pero donde mejor se presenta el sello de la raza es en el individualismo de Spencer. La tendencia genética puede vivir de otras fuentes, el utilitarismo es fruto de muchas formas sociales; el individualismo es sajón y lo mismo se presenta en el seno de las asambleas ó en la formación de sus grandes individualidades históricas que en la vida familiar y en la lucha por las libertades políticas. El inglés se aísla en medio de las asociaciones; vive de su idea y de su reflexión puritana. Si el griego nada concebía fuera de la ciudad ideal, el sajón nada acepta sin la libertad. Hasta la lucha áspera, la selección darwiniana es buena si ha de conducir al triunfo del individualismo. Spencer es individualista en su odio á la superstición legal, á la reglamentación excesiva, á esa esclavitud moderna, de que hablaba en su libro último, y que está constituida por la unión de los poderes contra el libre desarrollo de las energías personales. Y aunque profundo darwiniano no llega á defender la supresión de la beneficencia y el abandono cruel de los inadaptados.

Su fórmula es armónica : tiene admirables perspectivas. ¿Quién habría de vislumbrar en Spencer á un sucesor de Rousseau? Y lo es, sin embargo, en su gran teoría de los estados sociales. Al régimen militar, al « status », á la imposición máxima, al gobierno omnipresente, sucede, según el pensar evolucionista, el régimen moderno del contrato, la reducción de las funciones del Estado, el triunfo de la individualidad expansiva y libre. Spencer tiene su « República », como Pla-

tón : en ella desaparecerá toda función autoritaria y reinará el máximum de libertad. Es admirable la riqueza moral, el contenido, filosófico de esta nueva concepción : la sociedad se convierte en relación ideal sin imposiciones coercitivas; el respeto kantiano á la personalidad llega á ser independencia de voluntades y cooperación de seres conscientes, y la anarquía, el término de la evolución política como es el término de la elevación moral. Guyau, que predicaba la « anomia », el ideal moral que nace de la voluntad propia y de la plenitud de la vida, se une á Spencer, el defensor de la *anomia* política. La ley se convierte en relación cada vez más flexible y la sociedad, en un organismo moral.

Spencer es hoy el filósofo del pueblo inglés, el « representative man » de Emerson. En él se dibujan todas las grandes líneas de la psicología sajona, en él concurren muchas de su direcciones seculares. Pero no se crea que el gran pensador estuviera esclavizado al ideal de su raza. El concebía la ciencia en su valor eterno; y nadie condenó con más viril energía, con más convencido acento, los grandes vicios ingleses, el imperialismo, la extensión de la autoridad, la idolatría del deporte. ¡ Cuántos de sus recientes comentarios se dirigen á estos aspectos oscuros de la vida nacional! La guerra de Africa le parecía un signo de barbarie y atacaba con brío el culto desmedido de las energías físicas, que hacía héroes de los atletas y fundaba la gloria de una estirpe en la potencia del músculo. En la misma democracia norte americana, veía Spencer el aspecto brutal de la lucha, el utilitarismo vulgar, el olvido de los grandes intereses del espíritu. Mientras Kypling se convertía en poeta áulico, en Tirteo de una guerra inhumana, el noble anciano volvía la mirada cansada al ideal, soñaba con la ciudad futura y castigaba á su patria con el latigazo de la ciencia. Spencer se divorció así de su nación y de su ideal guerrero. Tenía como

suprema máxima intelectual una lección de tolerancia : « hay un alma de verdad en las cosas falsas ». Y aunque el prejuicio inglés, el mismo estrecho individualismo tendiera al aislamiento y al odio intelectual, Spencer amó siempre todas las ideas, comprendió todos los esfuerzos y no olvidó en su síntesis filosófica algún aspecto humano ó alguna teoría fecunda. Tuvo más que otros pensadores el don de adaptar á su idea madre muchos elementos exóticos.

Sobre todo, en poder sintético, supera Spencer al espíritu inglés y á su genio filosófico. Refiere Taine en sus admirables « notas » sobre Inglaterra que rara vez halló en el inglés instruído, en el mismo erudito, muchedumbre de ideas : su inteligencia es unilateral y simple. El filósofo de la evolución es, al contrario, el espíritu de más vigor sintético : su idea cardinal lo conduce á través de todos los dominios y con sólo la materia y el movimiento y sus redistribuciones, intenta construír el mundo. Todos los ensayos, todas las creaciones analíticas de los anteriores filósofos ingleses ceden ante la síntesis de Spencer. El análisis negativo de Hume, la crítica de la materia de Berkeley, la construcción lógica de Stuart Mill, el criterio naturalista de Darwin son síntesis parciales y no pasan muchas veces de análisis poderosos, de radicales ataques al pensamiento tradicional. La inducción, la teología natural, la crítica del conocimiento, el positivismo, nacieron en Inglaterra; pero les faltaba un metafísico, que trajera una nueva visión unificadora de los seres; y se presentó Spencer, educado en severa escuela de observación é inclinado á la « filosofía sintética » con todas las energías de su espíritu. El filósofo inglés, heredero del espíritu de su raza se ha elevado sobre sus aspectos parciales, para convertirse en el archivo de todas las ciencias renovadoras y construir el « novum organum » del positivismo.

III

Se ha negado á Spencer originalidad, se ha dicho que no es creador como Descartes ni universal como Leibnitz. Pero el pensador inglés no podía aspirar á la absoluta novedad : no pretendía ciertamente olvidar el saber antiguo á la manera cartesiana, y levantar su egregio torreón sobre las ruinas de todas las filosofías. ¿Qué importa, pues, que la evolución sea un trasunto del *werden* hegeliano, que la crítica de Hámilton haya sido la base de la teoría de la relatividad del conocimiento proclamada por Spencer; que en sus teorías estéticas se haya inspirado en Schiller y en su pensamiento jurídico en la austera crítica de Kant? Spencer se anticipó á Darwin, como éste lo confiesa, y aprovechó después de sus ideas científicas. Para una « filosofía sintética » debían contribuir todas las disciplinas y todos los ensayos unificadores. Spéncer no unió fragmentos, no hizo labor de taracea. Su idea — fuerza — *la evolución* — convirtió en materia homogénea toda aquella ciencia que no se cansó de almacenar. Su creación está en la manera originalísima de unir y asimilar disciplinas, en el poder de vislumbrar relaciones, en la fuerza gigantesca de su espiritu que renovaba todas las ciencias, en cierta facultad misteriosa y genial de ver el fondo de las cosas, de llegar al ápice y de dar á su tesis el poder sugestivo de la verdad.

La conciliación entre la religión y la ciencia que anhelaba Spéncer es uno de los notables aspectos de su filosofía crítica. Hámilton no concebía lo Absoluto : Spencer lo afirma como necesario postulado de la razón. Es el « incognoscible » ante el cual deben inclinarse de consuno la religión y la ciencia, aquélla renunciando á

sus explicaciones, despojándose de su aspecto dogmático; ésta confesando que sus últimas ideas son vanas y contradictorias, que en el fondo de la ontología sólo hay vaguedad y símbolos. Es una conciliación ante le misterio, la misma X indescifrable como término oscuro y límite infranqueable del pensamiento, de una ciencia que nada concibe sino bajo el aspecto de relaciones y de consecuencias. El absoluto no es ya, como en Kant y Hámilton, objeto de ciencia; es una afirmación necesaria, porque sin él no se concibe lo relativo ó se convierte en absoluto y entonces la negación llega á ser una afirmación temeraria y dogmática. Separado el dominio misterioso de lo incognoscible, la región de la eterna sombra, queda sólo el campo de lo cognoscible, donde el espíritu puede alcanzar un conocimiento real, relativo y de la mayor generalidad. Filosofar, dice Spéncer, es llegar al saber *completamente unificado*.

La persistencia de la Fuerza, el célebre postulado científico, es, en la filosofía de la evolución, la « verdad primaria » de la cual se deriva toda la construcción metafísica y es también el vínculo entre lo no relativo y la ciencia. No podemos concebir la aniquilación de la fuerza, porque esto sería establecer relación mental entre algo y la nada ó sea destruir el pensamiento. La Fuerza, es pues, la causa incógnita que se nos revela en la variedad de sus formas cognoscibles. Si persiste la fuerza, no puede menos de variar y transformarse; pero estas mutaciones no serán sino equivalencias de energías. Entre las formas de fuerza que nos presenta el Cosmos, las que siempre coexisten son las atractivas y repulsivas. El movimiento sigue la línea derivada del choque de éstas fuerzas; cuando dominan las de atracción, sigue la atracción máxima; cuando imperan las repulsivas, la dirección es la mínima resistencia.

Este sentido del movimiento no es rectilíneo; para

que lo fuera las fuerzas atractivas y repulsivas deberían formarse simétricamente en torno al punto inicial. El movimiento es rítmico, y esta ley es universal. En los sistemas de fuerzas, hay siempre un exceso en uno ú otro sentido; de otro modo se realizaría el equilibrio. Y este exceso no puede impulsar al móvil en una dirección constante, porque hay múltiples sistemas de energía que alteran esa orientación primera. El movimiento no es uniforme sino rítmico, con ritmo variable é incompleto.

Tales deducciones son parciales : saber que la fuerza persiste, que el movimiento es ritmico, no es conocer la ley uniforme de sus combinaciones, y de sus redistribuciones. Falta el saber integral, la verdadera Filosofía. Las ciencias aisladas sólo nos dicen que no hay reposo en el universo, que hay continuo cambio de fuerzas.

El principio dinámico, la clave del misterio cósmico, es la evolución, que Spencer extiende á todas las diversas manifestaciones de lo cognoscible. Este generalísimo teorema es un corolario de la persistencia de la fuerza. Si la fuerza persiste debe producir cambios diferentes en una masa homogénea, porque sus relaciones con las partes de esa masa son diversas, según se refieran á lo externo y á lo interno de ellas, y según sus relaciones de distancia y de posición; y como las fuerzas son múltiples, — gravitación, afinidad, trasformaciones moleculares, etc., — y actúan en diversas formas; el cambio operado debe ser mayor. Lo *homogéno* es, pues, *instable*, se vuelve heterogéneo, y desde la fuerza se mantiene, cada elemento va perdiendo su homogeneidad. A esta acción de una fuerza constante sobre las partes de un todo, hay que agregar la reacción de esas partes y la diversidad que producen en la energía incidente. La fuerza primera se modifica, y se fracciona, al obrar sobre partes heterogéneas; esas modificaciones reobran sobre los elementos de la masa; y esta *multi-*

plicación de efectos auxilia prodigiosamente el cambio de lo homogéneo á lo heterogéneo.

Pero este tránsito no produce una heterogeneidad vaga é indistinta. Los elementos semejantes del agregado sujeto á la acción de una fuerza, seran modificados análogamente por ella; los elementos diferentes de los primeros, pero que entre sí tengan relación de analogía, sufrirán una acción semejante por parte de la energía incidente. La consecuencia de este efecto es que las unidades de cada clase tenderán á separarse y á organizarse, en virtud de esta *segregación;* y lo homogéneo primitivo, la indefinición perfecta, será reemplazado por una heterogeneidad coherente y armónica.

« La historia completa de una cosa, dice Spencer debe considerarla desde su salida de lo imperceptible hasta su regreso á lo imperceptible. » La realidad de las cosas para la ciencia está en ser percibida, como formas de lo incognoscible. Parece que el filósofo inglés adoptara la fórmula de Berkeley : *esse est percipi.* Pero la completa afirmando y extendiendo el dominio científico : no sólo lo presente — el *esse* — sino lo pasado y lo futuro, la serie de las trasformaciones que preceden al estado perceptible y de los cambios que sufrirá el agregado después de su paso á lo imperceptible, son también objeto científico. La ciencia es así una historia de los seres y más que sus principios internos, le interesa el *devenir*, la evolución, el paso del estado difuso al estado concreto. La percepción, ó sea la realidad para nosotros, sólo empieza en determinado momento de la consolidación de los seres. Pero esta consolidación no puede producirse sin una disipación de movimiento y una integración concomitante de materia. Suponed un cuerpo cualquiera en estado difuso : para concentrarse necesita perder algo del movimiento; sólo así se integran y consolidan sus partes. Estos dos procesos no pueden concebirse aislados : no hay integración de

materia sin disipación de movimiento ni pérdida de materia sin integración de movimiento. La fórmula de la evolución, la historia de un agregado, es siempre una integración de materia acompañada de disipación concomitante de movimiento. A esta fórmula simple se unen los aspectos ya analizados de la historia de un todo homogéneo : la materia que recibe integraciones, el movimiento que aun no se disipa, no permanecen en un estado sin cambios y en una uniformidad sin variaciones. La evolución real es más compleja y puede encerrarse en esta otra fórmula : una integración de materia acompañada de una disipación de movimiento, durante las cuales tanto la materia como el movimiento aun no disipado, pasan de una homogeneidad indefinida é incoherente á una heterogeneidad definida y coherente.

Esta evolución compuesta que se realiza en el agregado y en sus partes, por redistribuciones primarias y secundarias, es la base de la filosofía sintética de Spencer. La aplica á las artes lo mismo que al lenguaje, á la sociedad como á la primitiva nebulosa. Su ensayo metafísico, su gran obra « Los Primeros Principios » estudia la múltiple trama de las evoluciones, la extensión paciente y genial de esa fórmula única á todos los órednes.

El arte literario, por ejemplo, ha pasado por todas las fases evolutivas. Ha habido integración, desde los viejos cuentos de Oriente, sin relaciones naturales, productos aislados de una fantasía exuberante, hasta la compleja novela contemporanea, donde los sucesos se eslabonan en seria lógica, donde las ideas y los personajes se coordinan, y la acción se convierte á veces en reflejo de toda una edad, en síntesis sabia de su cultura y de su vida. La heterogeneidad es también evidente; no pueden compararse los poemas primitivos, los ciclos homéricos, en que poesía, teogonías maravi-

llosas, filosofía embrionaria y hasta artes de navegación y de fuerza, se unen, haciendo de cada obra la síntesis expontáneamente formada por una edad sencilla y heroica, con la prodigiosa floración de la literatura contemporánea; la balumba de géneros, de artes, de estilos, de maneras, la complejidad de ideales y de orientaciones, el individualismo progresivo que ha llevado á los poetas, en el creciente desequilibrio de nuestra edad, á cantar su vida, su drama psicológico ó á formar escuela de versificadores y á consagrarse al arte mimoso del orfebre. Y la definición progresiva se manifiesta en el paso de una literatura fantasmagórica, de un arte encantador de leyendas donde se pierden las relaciones y se esfuma la realidad, al arte moderno en el cual la inverosimilitud y la confusión se estrechan y queda siempre, como fondo del drama ó de la novela, la representación de la realidad, la interpretación psicológica de un carácter, la amable claridad de las situaciones, el alejamiento creciente de lo maravilloso y de los viejos cánones retóricos.

Pero la evolución, con toda la multiplicidad de sus formas y de sus relaciones, no puede ser indefinida. La heterogeneidad, el movimiento disipado, tienen un término. Como el agregado sufre sustracciones continuas de energía, como la heterogeneidad tiene un límite en la adaptación de las condiciones internas á las acciones externas; el equilibrio, el reposo relativo, se presentan como término necesario de la evolución y como último corolario de la persistencia de la Fuerza. Por estable que sea este equilibrio no puede ser perpetuo : sólo la muerte universal, la eterna pasividad de la materia, podría producirlo. El universo es vida, reacción y movimiento; y el equilibrio, en un período más ó menos largo, sufre la acción de alguna fuerza cósmica. Llega

entonces el estado de disolución : ó el agregado triunfa de las energías que se oponen á su móvil equilibrio, ó se operan lenta pero seguramente desintegraciones sucesivas, adquisiciones progresivas de movimiento, pérdidas concomitantes de materia; y el agregado, rota su estabilidad, contribuye con sus elementos, con sus fuerzas disgregadas, á la integración de otros, á la renovación eterna de la materia y del movimiento.

El equilibrio es un estado simpático para Spencer, no sólo en sus atrevidas inducciones metafísicas, sino en el dominio moral y social. En el orden psíquico, el supremo equilibrio sería la perfecta conformidad entre las relaciones subjetivas y objetivas. La experiencia agotaría su fecundo ciclo y la vida mental adecuada, igual, complejísima se produciría al choque de la experiencia con la misma impasibilidad y el mismo rigorismo geométrico de las fuerzas mecánicas. La naturaleza, la madre universal, habría agotado su ensueño creador; y el hombre, sin desgarramientos, sin la herida perpetua del misterio, penetraría todos los secretos y reuniría todas las fuerzas. En el mundo moral, la teoría de la conducta de Spencer es un problema de equilibrio : la virtud es una adaptación y el hombre justo es el que mejor se adapta á las condiciones del medio. Por larga trama de hábitos, por secular y prodigiosa herencia, el hombre no tiene otros deseos que los que el medio puede satisfacer. La presión externa ha purificado el bloque psicológico : este es el ideal de la evolución moral. El verdadero ser moral no es el que se conforma sólo á condiciones pasajeras, á fases relativas del medio y de la raza. Cierto es que to da moralidad es parcial, que el mismo rudo egoísmo se justifica en ciertas formas sociales y que no ha habido nunca un fuerte equilibrio entre el amor del yo y el deseo altruísta; pero la sabia conducta del hombre moderno debe inspirarse en el pensamiento de la especie y venir del futuro. El

propósito de los filósofos ha de ser amplísimo: buscar el ideal, para nosotros absoluto, de la moralidad, el que se adelanta al porvenir y prepara el equilibrio final entre el hombre y el medio; é imponerlo, aunque hoy el sujeto moral no pueda comprender toda la grandeza de esa unión. Aquí parece que llegara al pensamiento de Spencer una ráfaga sublime del spinozismo. El verdadero sabio, es para el estoico holandés, como para el sajón positivista, el que mira las cosas bajo el aspecto de eternidad, *sub specie æternitatis*. Todo desco egoísta, todo pensamiento temporal, toda voz mortal debe ceder ante esa visión plácida, ante este idilio metafísico en que el filósofo presiente una humanidad fraternal, altruísta, en perpetuo equilibrio, como regla á que deben tender todos los esfuerzos.

Pero si hay algo de individual é interior es la moral. Spencer impone aquí un verdadero « status »; niega en moral lo que en política defiende : el pensamiento variado, móvil, curioso del hombre que no puede aceptar imposiciones de filósofos; y á quien la visión de hoy, el egoísmo, le hace olvidar todos los mirajes del futuro. La razón es el ácido disolvente de todo instinto que no justifica, ha dicho Guyau. Y ¿qué es la evolución en su faz social, sino una heterogeneidad en que las clases se oponen, en que hay señores y oprimidos y en que todo progreso moral debe realizarse no por gloriosos ensueños, sino por soluciones concretas, dentro del orden presente? La moral del Spencer, á pesar de sus vacíos y de su idealidad, ha vinculado el problema moral al social; ha visto en la felicitad no sólo su aspecto interior, sino también su relación con la sociedad y con la vida general; y ha vislumbrado así ese lado humano del socialismo, que apartándose de Karl Marx, ve en las conquistas del obrero, no sólo una cuestión de estómago, sino un problema de justicia y moralidad.

IV

Esa gran teoría, robustamente concebida é impuesta como molde intelectual á todo el pensamiento contemporáneo, no puede aceptarse sin crítica. Aunque niegue Spencer su materialismo, hay en los « Primeros Principios », en medio de su lógico rigorismo, una indecisión profunda respecto á los últimos términos de su explicación metafísica. No quiere ser ni espiritualista ni materialista; pero, en el fondo, es audaz partidario de la explicación mecánica de las cosas. Contra esta generalización abstracta y unilateral, se ha levantado la crítica moderna. Hoy se acepta el *devenir;* pero se le interpreta é integra. La conciencia no es un mero reflejo de la realidad, ni es el hombre un simple autómata. No es la conciencia tampoco un simple agregado inútil, un epifenómeno, y el ideal humano no puede reducirse á la formación de infinitas máquinas, en las cuales se pierde toda huella de espontaneidad. Queda la fórmula spenceriana, la evolución; pero la conciencia, el poder de las ideas — fuerzas, la modificación de la realidad por la acción del ideal, se sustituyen al eterno engranaje de fuerzas físicas y al ritmo de la máquina cósmica. Lo objetivo unido á lo subjetivo, la fuerza de la idea ante el determinismo de las cosas, son para la filosofía actual una solución armónica y unificadora. Spencer aspiraba al mecanismo y al equilibrio final; pero olvidaba que todo equilibrio es móvil é instable y que la perfecta adaptación del hombre á la realidad, sólo puede realizarse por una serie de modificaciones subjetivas que se acomoden á la perpetua variedad de las relaciones objetivas; en suma, por una acción continua y renovadora de la conciencia

¿Cuál es el valor de la teoría evolutiva? Ante esta cuestión se agita todo el pensamiento contemporáneo. Como después de Kant, la filosofía fué crítica; después de Spencer, la filosofía es evolutiva. Tras uno de estos creadores de un fuerte tipo ideológico, el cerebro de la humanidad parece entrar en un nuevo molde : la huella del genio persiste en intensa y prolongada vibración. Se inicia después una reacción, y el pensamiento especulativo, en su eterno ritmo, abandona al renovador ó lo sobrepasa para construir una síntesis más alta. Explicándolo en el lenguaje de Spencer, todo equilibrio es móvil, y un sistema es un equilibrio. Dentro de él se armonizan, se acumulan, se ordenan fragmentos del Cosmos, aspectos de la vida, refracciones originales de la realidad : el todo es un poema, y no en vano la olímpica frente de los metafísicos fué siempre acariciada por un beso de poesía. El equilibrio se destruye; la desintegración empieza, pero la síntesis filosófica avanza. El sistema de Spencer es así superior al de Hegel : la realidad ha puesto en él su trono. Es menos ideológico, más adaptado á las ciencias, aunque no más gigantesco ni más hermoso. Pero no puede ser la cima del pensamiento. Spencer hubiera renegado de este dogmatismo : pensó que se necesitaría un tiempo infinito para que la experiencia, con su brío plasmante, modelara el cerebro humano y se realizara la perfecta adaptación entre las relaciones del espíritu y las relaciones de las cosas. Su filosofía tiene partes caducas, audacias sin base, excesos de idealidad. La idea evolutiva quedará. Sufrirá cambios y retoques, pero sus grandes líneas vivirán. La integración, la diferenciación progresiva, fuera de todo concepto materialista, la definición creciente de los elementos y de las partes, son grandes ideas fecundas. A la noción del progreso, vaga y nebulosa, á todos los ensueños del perfeccionamiento indefinido, á los ensayos sintéticos de Vico, á

la ley célebre de Comte, á la admirable tricotomía hegeliana, ha sucedido una fórmula flexible, generalísima. ¿Queréis explicar la historia por los *ricorsi*, afirmáis, como los humanitarios, la idea del progreso? Spencer no niega estos principios : sustituye á la idea de Vico, la teoría del ritmo, como forma del dinamismo histórico; y á la retórica del progreso, la ciencia de la evolución. El progreso continuo no explicaría los períodos de ritmo, las grandes caídas humanas, la huella sombría de los atavismos sociales; los *ricorsi* de Vico dejan oscuro el período de avance social, la formación de las sociedades, las grandes épocas normales de la historia. El *werden* de Hegel reduce toda la trama de los siglos al juego lógico de la Idea. Las civilizaciones se oponen como antítesis; y sobre la ruina de los contrarios, se levanta una síntesis majestuosa. Esta explicación ficticia, este delirio de una metafísica ambiciosa sólo pudo triunfar por la pujanza sintética de su autor. Suponía — y este era su vicio interno — que la historia se explica por combinaciones de ideas, que la historia es una lógica viva, una erupción de contrarios. Olvidaba así el profundo ilogismo de la vida social, la complejidad de sus factores, la necesidad de una fórmula más general y más vasta. Ya, desde Aristóteles, se había dicho que la poesía es cosa más profunda y filosófica que la historia. No explicaba esa ley ni las revoluciones económicas, reivindicadas por una escuela reciente, ni el choque de fuerzas pequeñas, la complicada serie de retrocesos y avances, el « *petit fait* », el accidente, todos esos factores extraños que forman la historia. Una corriente frenética, como el torrente de Heráclito, un *werden* sin término se encerraba, por misteriosa organización lógica, en el triple círculo de la tesis, la antítesis y la síntesis. Comparad los Principios de Sociología con la Filosofía de la Historia : es el paralelo entre una visión genial y una explicación amplia,

complejísima, apriorística alguna vez; pero siempre severa, enriquecida por datos infinitos. Más que de evolución de la humanidad, como entidad ontológica, más que de misión de pueblos y de encarnaciones sucesivas de la idea, se trata en ella de evolución de formas sociales, de instituciones, desde el sacerdocio y sus poderes teocráticos hasta la riqueza del ceremonial en la vida, la complejidad de las formas políticas y la progresión de las explicaciones religiosas.

Hasta de Comte se separa Spéncer Condena la ley de los tres estados, como rápida intuición que no alcanza el valor de una serie lógica ó de una explicación científica. Aquella dualidad entre las fases estática y dinámica de la evolución social, la explicación del progreso como « desenvolvimiento dinámico del orden », las olvidó el gran sajón para fundar el nuevo positivismo sobre una teoría mas cientifica de la historia.

¿Cómo aplicar, á la manera de Spéncer, la integración de la materia y la disipación del movimiento á tantos fenómenos sociales, alejados de todo aspecto materialista y mecánico? La explicación por el mecanismo quedó reducida á una metáfora, á la idea de que todas las modificaciones sociológicas son resultado de redistribuciones de materia y de movimiento. Despojada de tales atributos, la idea de la evolución, con sus integraciones y diferenciaciones, con su heterogeneidad progresiva, se convierte en fórmula flexible y amplísima. El mismo principio de la homogeneidad primitiva ha sido criticado por el sociólogo Tarde. En el génesis de la sociedad, más que una homogeneidad indefinida de la materia, según el filósofo de la « imitación », hay elementos heterogéneos, cuya evolución es original y sigue líneas diversas. Esta crítica tiene para mí un valor especial, en relación con Spéncer. No destruye la idea de que toda heterogeneidad relativa vá acrecentándose, ni desdeña la idea de evolución; lo que

condena es el postulado primitivo y único. Y yo creo que si Spencer sostuvo lo homogéneo, en el origen de las cosas, fué sólo por su prejuicio mecánico, por su idea del equilibrio movil de las fuerzas, y por su misma generalización geométrica.

Limpia de estos aspectos caducos, sujeta al choque continuo de la crítica filosófica, la idea de evolución resistirá quizá al recio espíritu batallador de nuestro tiempo. Es un cuadro lógico y es también un cuadro científico. Los « Primeros Principios » son como la « Crítica de la Razón Pura » de Kant y como la « Filosofía de la Historia » de Hegel, grandes esfuerzos que la humanidad no puede olvidar. Rara vez la potencia humana se eleva á cumbres nunca holladas por la muchedumbre. Y cuando llega á ellas, después de hondos desgarramientos, deja en la obra un sello de unidad severa y genial, arrancado á las entrañas de las cosas. ¡ Quién puede vaticinar sobre el futuro del pensamiento de Spencer ! Hoy mismo muchas de sus ideas caducan, alguna piedra miliaria, que él había traído, desaparece del camino. Pero se juntan tantos elementos en su obra, desde la sabia originalidad de sus ensayos hasta sus amplias enseñanzas nuevas y educativas, que aunque en la renovación de los sistemas, se perdiera el suyo, quedarían siempre para las tentativas del futuro su idea esencial, que en todos los dominios de la investigación robustece y acelera la marcha de la ciencia.

Pero más que la huella pasajera de la obra escrita, vale para el porvenir la audacia del espíritu. En este sentido, el positivismo, el culto de la ciencia, el desinterés humano, la amable tolerancia, la labor infatigable, la continua sinceridad son virtudes que todo investigador debe poseer, en el grado en que las poseyó Spéncer. Le acusan de irreligioso y de prosaico en su teoría positiva los que no le conocen. El no predicó la ciencia única sino la ciencia como religión, y, en todo caso, la

religión como necesidad humana y como especial actitud del espíritu ante el misterio. Hay una página de su libro de la educación, sobre la religiosidad profunda de todo esfuerzo científico que es digna de meditación indefinida. Y aunque Spéncer no fuera adepto de ninguna religión positiva, no puede negarse que sintió el acicate de lo que llamó lo « Incognoscible » y que Hámilton había denominado lo « Absoluto ». Idealista fué en toda su vida y en su filosofía quien proclamó el valor científico del relativismo, quien annunció la ciudad ideal del futuro en que la humanidad viviría bajo la armonía más perfecta de deseos y de instintos, quien renegó de toda vida que no tuviera vagar para las cosas del espíritu, quien levantó el pendón de la fraternidad sobre las rudas luchas del imperialismo. Fué un grande y sereno idealista, un positivista que tiene su ensueño, sus grandes visiones y hasta su utopía.

En nuestra edad triste y desengañada, en medio de tantas visiones de crepúsculo, Spéncer conservó siempre su sereno optimismo. Fué sincero, pero no fué visionario. Buscó la verdad, con enérgico avance de conquistador, no con los tanteos del que abre una trocha en lo desconocido. Dijo lo que veía, lo que vislumbraba, lanzó al mundo su verbo de armonía y sus lecciones de tolerancia. Juntó á la prudencia de Bacon algo de la audacia germania. Sus creaciones no manifiestan huellas del esfuerzo inventivo. Nacen y crecen como un organismo, como una planta. Si no entusiasma ni envuelve el espíritu en un ambiente de poesía, se impone con la severa desnudez del esfuerzo científico. Otros visten su pensamiento en la clámide griega ó en la aparatosa vestidura moderna : él lo presenta sin arreos, con los rudos contornos de la piedra arrancada de una cantera. Su filosofía es un equilibrio en que todo se ordena severamente. Es una lógica, el « ars magna » del

pensamiento sajón. Le falta la espontaneidad, la prolífica elocuencia, la soberbia inspiración de Carlyle y de Ruskin. Spéncer huyó siempre de la paradoja voluntaria y de las grandes llamaradas geniales. Carlyle es un profundo germano que escribe en inglés; Ruskin es el más genial de sus discípulos. Spéncer es el sajón por excelencia, con su inclinación positiva, su tendencia ética, y su amor á la muchedumbre de los fenómenos.

Se le ha llamado el Aristóteles de nuestra edad. El paralelo puede ser interesante. Son los grandes creadores de sintétis, los grandes coordinadores. Aristóteles llega después de Platón, el metafísico de las ideas; y Spéncer aprovecha del pensamiento de Hegel, el metafísico del *devenir*. Pero con ser ambos vigorosos generalizadores, no se alejan de la realidad y de la experiencia. Aristóteles reune para fundar su filosofía muchas observaciones científicas y forma con ellas una arquitectura audacísima. Spencer es el más poderoso resumen de la labor científica de un siglo. El primero, en una edad de formación, es un gran novador; el segundo, en un período de plétora científica, es un gran sistematizador. Hasta en la fuerte organización y en la trama severa de sus obras, se hermanan ambos ingenios. Pero si Aristóteles es el filósofo del *esse*, Spencer es el filósofo del *fieri*. Aquél sólo ve potencias, substancias, posibilidades, en suma, la faz estática de las cosas; éste descubre variedades, selecciones, evoluciones, en resumen, el aspecto dinámico del Cosmos. Para separar y para distinguir, para formar categorías y entelequias, para establecer géneros de géneros y especies de especies, es maestro Aristóteles; para buscar relaciones y semejanzas, transmutaciones y equivalencias, Spencer no tiene rival. El uno es un lógico que desmenuza y sutiliza; el otro es un científico que coordina y unifica. Los dos aspiran al « saber completamente unificado », el uno

por el Motor inmóvil, el otro por la Fuerza. El primero crea la *meta-física*, Spencer la *meta-mecánica.* Y si Aristóteles fué el sátrapa intelectual de una edad, y si su pensamiento vivió fragmentario por varios siglos con menoscabo de la originalidad intelectual; Spéncer, aun antes de morir, ha visto que su reyecía no es universal y que junto á él se levantan otros dioses mayores de la filosofía y de la ciencia.

Pero, para su raza y para su siglo, con todas sus precipitaciones y sus errores, el filósofo sajón concentra la admiración del mundo que piensa. Quién sabe si hay que extender la frase de Carlyle y decir que Inglaterra antes quisiera perder la India, que despojarse del genio de Shakespeare y de la inteligencia multiforme de Spéncer. Si Shakspeare creó á Ariel, Spencer enseñó al alado personaje a amar la tierra, y á robustecerse á su contacto y con su vida

1903.

NOTAS SOBRE LA POESIA DE CHOCANO

Los poetas son dioses liberadores
(Emerson. El Hombre y el Mundo.)

Chocano fué primero el poeta civil, el formidable luchador del verso, que arrojaba sus « Iras Santas » á la frente de los déspotas. Tuvo entonces el acento y la viril entonación de los reformadores : sus estrofas valen por aceros. Defiende las glorias de la líbertad, quiere infundir en el pueblo un nuevo espíritu, siente la generosa fiebre del combate. No tiene su poesía la virtud demoledora de Mármol, el enemigo de Rosas; pero corre por sus venas la noble sangre de la juventud. Es declamador, se hace apóstol de la nivelación igualitaria, llama á la venganza « resurrección de los derechos »; pero en medio de las huellas de la retórica, surge briosa su musa, la férvida amante de bellezas, de épicos entusiasmos, de apostolados hermosos. La poesía de « Iras Santas » es un continuado grito de protesta, una acusación robusta, un endiosamiento del pueblo y de la libertad. El poeta ostenta sus primeras armas : nació batallador y altivo.

Hay alguna monotonía en este afán revolucionario; pero todo lo salva el entusiasmo del ideal, que en sus estrofas impera. Para tener el empuje de Hugo monarca, le falta grandeza en la acción, un Napoleón que atacar y la hiel del destierro, que convertía la isla solitaria en fragua forjadora de rayos de venganza.

En medio de ese campo de lucha, brota una rara flor : es el Sermón de la Montaña. Ha conseguido el poeta, por bizarría de su arte, hermanar en esta poesía la unción mística, la silueta venerable del maestro con la intención reformadora, y la ruda lección de venganza que Chocano quería consagrar. No es el Cristo evangélico, heraldo de paz y de nueva ley; ni siquiera el poético Jesús de Renán, que derrama su palabra amorosa, preñada de idealidad, entre la gloria del campo, la fiesta del ambiente luminoso y la paz sencilla de los corazones. Es un Cristo apocalíptico y vengador, trae la tea devoradora; pero el sermón es una joya de arte, de movimiento y de amor. El Maestro habla de los pobres y de su reino futuro, condena la tiranía y hasta quiere que la humanidad se gobierne á sí misma, como dijera un flamante profeta de anarquía.

Por curioso contraste, Chocano consagra después sus energías á la poesía de la paz. Su libro « En la Aldea » es la sinfonía del campo, el eco lejano de la sabiduría de Fray Luis, el amante del olvido. Su poesía se vuelve entonces variada, sin el antiguo fervor monótono. Si en « Iras Santas » el tumulto de la lucha no deja oir la voz amorosa del campo; en el nuevo libro, Chocano se entrega, con ardor de enamorado, á las caricias de la tierra y del sol. Su poesía recoge todos los rumores, todos los acordes, lo mismo se extasía ante un lago que ante la blancura misteriosa del cementerio, lo mismo canta al ceñudo dómine de escuela que á la majestad de la tarde. A veces lo persigue el fantasma de la lucha; pero la musa de la paz vence á los ardorosos recuerdos. Chocano siente la sugestión de la tierra, y su fantasía descriptiva tiene notas de mucha realidad y energía. No va el poeta á buscar las impresiones fugitivas y prosaicas : es un idealista del campo, y sin abandonar la realidad, sabe hallar en ella el sabor de poesía, el

poder de las fuerzas generadores, y alguna vez, en su poesía « Morir », un reflejo del entusiasmo dionisiaco, cantado por Nietzche. La impresión del campo es sedante, aquietadora, para el alma del poeta; y en la evolución de su espíritu, ha producido un renuevo de vida, una gran variedad de inspiración, un control fecundo á la fiebre luchadora de « Iras Santas ».

En « Azahares » decae la inspiración : la musa del amor esquiva las citas del poeta de la lucha. Chocano conserva aún el aliento guerrero, la visión poética enardecida. Podría haber surgido entonces esa poesía de erotismo agudo y doloroso, en que Swinburne ha hecho vibrar todas las palpitaciones de la carne; pero Chocano, sin sentir la agudeza de la pasión, canta el amor casto, con recuerdos retóricos. Le falta la nota intima y silenciosa, que hizo exclamar á Musset

Que l'amour d'une vierge est une piété.

Una poesía que evoca en su primera estrofa el recuerdo de « amores viejos » concluye con el énfasis oratorio que reemplaza el corazón por la fantasía, la confesión de amor por una cita histórica. •

En « Selva Vírgen », el libro de la madurez y de la plenitud lírica, se trasforma el poeta. Su fantasía robusta ha llegado á la selva, para espiar todos sus rumores y cantar con nuevo frenesí á la sombra de árboles seculares. Originales brotes de poesía nueva, notas líricas que nunca se escucharon en nuestra patria. Vuelve Chocano con la audacia del novador, á cantar lo que otros cantaron, trasforma la vieja inspiración, multiplica sus tonos y matices, dueño de los secretos de la rima y de las esquisiteces del arte. Las fantasías retrospectivas, las visiones del ideal futuro, el canto de la duda, las delicadezas voluptuosas de la inspiración femenil y hasta la preocupación trágica del misterio de

la vida, todo entra en ese marco augusto. Cuando no basta el verso gastado, la rima de abolengo ilustre, el poeta busca un nuevo verso, invoca al futuro ó remoza la clámide envejecida. Chocano ardiente, curioso, se hace eco de todas las impresiones y engrandece los temas clásicos.

Comprende y analiza los grandes problemas del pensamiento : las « voces de la duda » lo asedian. El recuerdo de « Tristezas » viene á la mente al leer esta estrofa dolorida.

¡Cuántas veces, de pie sobre una fosa
quise romper la losa,
Creyendo hallar tras de la losa el cielo!

Pero nada pierde el canto con el recuerdo del poeta hispano; sólo muestra que en Chocano y Núñez de Arce hay la misma sangre de poetas. Este siente más el triunfo de la ciencia, dibuja la silueta colosal de un siglo escéptico; aquél se halla subyugado por el misterio de la tumba.

¿Qué diré del poemita sobre D. Juan, sino que es una filigrana de arte y una bizarra fantasía de paz mística, aunque no tenga la energía satánica y la abundancia lírica de Byron, ni sea epílogo digno de las hazañas de aquel héroe de amores? También están inspirados en clásicas bellezas, el Nuevo Monólogo de Hámlet y el Fín de Satán. Aquél, apesar de la ingeniosa trasformación del monólogo, que del problema de la vida pasa al análisis inquieto de la pasión me parece estraño á las ideas del Hámlet moderno, que ha sentido el amor tan intensamente, hasta hacer de él el centro de su vida y de sus cantos; y más lejano aún de aquel extraño príncipe, envuelto en sombrías meditaciones, que nunca sintió otra cosa que compasión por las mujeres y que perseguía á Ofelia con requiebros de lupanar. « El Fin

de Satán », por su trágica poesía, por su sentido humano del dolor, por la ardiente inspiración, recuerda la poesía de Hugo, el bardo de la Leyenda de los Siglos.

No menos arte encierra « el Ultimo Canto de Nerón », donde el poeta, ha trazado la silueta de aquel extraño soñador y neurótico en quien se realizó el divorcio entre el arte y la vida moral, con tan graves caracteres, que va unido el recuerdo de su historia á la crueldad y á la infamia. Chocano ha expresado en admirables versos, esa apolínea serenidad del artista loco que jugaba con el dolor y la muerte; ha hecho de Nerón un defensor del « arte por el arte », un heraldo de novedades artísticas; ha sintetizado el carácter y la figura extraña del César romano en dos versos admirables.

Loado sea el mal, si el mal es bello, dice Nerón; y después de asesinar á su madre, al contemplar su desnudez hermosa, exclama :

¡ *Si yo hubiera sabido su hermosura*
la hubiese respetado como artista !

Al lado de estas poesías, merecen citarse la « Vejez virgiliana », plácido cuadro de una vida feliz, el « Diálogo de las tumbas », en que Chocano pone en labios de Hámlet una anticipación de las doctrinas darwinianas; y como pendón de gloria y de patriotismo, su « oda á la juventud », expléndida serie de estrofas, en que su viril entonación ha llegado á la plenitud. El poeta que ayer confió en el pueblo y en la lucha igualitaria huye ya de las utopías, y su verso de acero se dirige á la juventud, para pedirle elevación, enérgicos ansias y trabajo fecundo. No tiene la oda el movimiento ni el desorden pindáricos; pero sí el espíritu. Si no aclama á triunfadores, quiere inspirar el frenesí de la gloria. Es la poesía de la paz robusta y austera, sin precipitaciones, sin choques, con la mirada fija en los templos del

Progreso. Canto destinado á crear al hombre sano de alma y de cuerpo, semejante al griego de Taine, en vigor y en gracia intelectual. El poeta reniega del amor que encadena en traidores lazos; y no fija otro ideal que el del hombre normal y armónico, para el cual el amor viene sólo después de haberlo ganado « en las hercúleas lides ».



Chocano ha nacido para cantar epopeyas, homéricas contiendas, rabias de titanes, poemas gigantescos de la piedra, rumor de selvas seculares. Esta es la nota de sus cantos, la refracción de realidades extrañas y misteriosas en un cerebro amplificador. Por eso sus tres poemas — el de la guerra, el del siglo y el del bosque — son la más genuina encarnación de su genio poético. Aunque otros de sus cantos murieran, en el universal olvido, creo que estos tres grandes ensayos de epopeya, concentración de una soberbia energía sonora, tendrán larga vida en las patrias letras. El gongorismo del poeta, su fibra oratoria, la huella de la imitación y del recuerdo; todo se pierde ante la majestad del cuadro, el varonil corte de la estrofa, la alta inspiración humana y generosa. Le falta el fuerte sentido de objetividad, el relieve poderoso, la visión poética y animadora, de toda grande epopeya; tiene en alto grado el entusiasmo y el movimiento y el « *os magna sonaturum* » de los líricos.

« La Epopeya del Morro » parece un boceto trazado por inquieta mano febril; poema que tiene todos los defectos de Chocano, el exceso retórico, la falta de sobriedad y la continua evocación de la lucha griega. Pero también encierra bellezas y estrofas de altísimo poder. Ha acertado el poeta á encarnar en Bolognesi todos los rasgos del valor y todos los rayos de la gloria :

es la figura central, la luz en medio de la tormenta y de la sangre; y no puede negarse, que el héroe se destaca con brío, con audacia, como esculpido en bronce. El hombre unido al Morro, el peñón predestinado para la hazaña, la naturaleza que se humaniza y que vibra con las tormentas del alma; todo está ahí, en el canto tercero del poema. La figura del « último espartano » es bastante para inmortalizar al poeta, desde la entrevista noble, hasta el abrazo con la Inmortalidad. Chocano ha llevado más lejos esa figura central : ha hecho de Bolognesi un personaje representativo, un héroe de Emerson : es el « valiente », el que defiende y hace suyos los ideales de la patria adolorida y caballeresca. Así el poema ha perdido toda sombra de estrecho patriotismo; para convertirse en un cuadro de puro heroísmo, el « *súrsum* » de la nacionalidad adormecida.

¡ *Fuíste ayer corazón, hoy sé cabeza* !

A porfía se disputan en el poema las bellezas del canto los demás héroes, á quienes el poeta no dejó en la sombra. ¡ Qué brío en el verso, qué hermosura en los detalles, qué fuertes visiones, sin el carácter místico del canto de Junín ! En las descripciones triunfa el poema : para describir el caballo de Ugarte le bastan dos versos :

Es blanco su corcel, con cascos de oro
y pupilas de sol.

Pinta, á la manera de los grandes poetas, por rasgos sucesivos y acciones que hieran la imaginación. Las acciones son el objeto propio de la poesía, dice Lessing.

...... *rasga la bruma*
con su flecha veloz, y sobre el alta
cumbre, erguido en dos pies, salpica espuma
con relincho de horror....; y luego salta !

No puede darse mejor ejemplo de descripción concisa y sugestiva. Ahí la acción vale más que una pintura fría y analítica. Y para concluir el estudio del poema, diré que « el canto de los Héroes » no tiene ni la novedad ni la grandeza que anuncia el título : no está bién en el poema de la patria, el vaticinio de un humanitarismo indefinido.

El « Canto del Siglo » ostenta magníficos cuadros : el dios Napoleón, con la épica grandeza de sus victorias, ha sido para el poeta el tema de una hermosa evocación. No puede pedirse á Chocano el análisis de Taine; y es muy gigantesca la figura del capitán para que la musa guerrera y ardorosa del poeta, callara ante el héroe de leyenda. Pero el poema, en su conjunto, no es sino una sucesión de bellas visiones, sin el verdadero sello del siglo. La gran lucha de la ciencia, el prodigioso avance del análisis, toda la epopeya del positivismo está ahí vaga, sin relieve, perdida entre declamaciones y cuadros de efectismo. Si alguna visión debiera dominar en ese canto, es la del espíritu luchador y desconsolado, la amplitud de un drama psicológico que se ha encarnado en personalidades y en acciones, pero que ha sido siempre el mismo, humano, grandioso, trasformación de los valores cientificos, golpe de piqueta en las viejas canteras. El poeta canta á un Porvenir sin verdad y sin color : ¿qué es la « Eucaristía de la especie humana » sino una metáfora destinada á cubrir la indecisión y el fin obscuro de un canto, que no tiene la vida del siglo? ¿Qué idea se forma el poeta de Nietzche, al decir del filósofo que « va por el mundo predicando esterminio »? Hasta el maestro del pensamiento y del ritmo, — Sully Prudhomme, — envolvió en nieve sus versos, cuando quiso traducir en ellos cosmogonías y cuadros filósóficos : Chocano ha quitado también el nervio á su poesía, al convertirla en rápido catálogo de progresos y nombres ilustres. Cuando olvida nuestro poeta la revista cientí-

fica, lo exalta el soplo lírico y canta con la audacia y la majestad de un vidente. La figura de Bolívar tiene en el poema la pujanza de un héroea ntiguo:

La Eternidad fecúndase : en su seno
palpita como un trueno
el nombre de Bolívar......

En el « Derrumbe » hay nueva poesía : es el mejor poema de Chocano, por la soberbia exaltación imaginativa, por la visión de dos civilizaciones que pugnan, la extraña animación de la naturaleza que envuelve y domina el cuadro humano. Le acción es sencilla : una historia de amor, una trágica pasión, como en Tabaré. Un indio que ama á una vírgen cristiana, y en la tristeza y la rabia del desengaño, levanta á la raza vencida y muere, en la sangrienta hecatombe de su pueblo. El poeta no ha encarnado en « El Derrumbe » toda la grandeza de una lucha de razas, el fragor de una epopeya guerrera creada por el amor, como en el poema uruguayo. Es una visión confusa, en que Chocano quiere revivir la ingenua pasión de Rousseau por el hombre de la selva; es un ataque ardiente á las « mentiras de la civilización », por el hijo del bosque y de sus luchas sangrientas.

La civilización es sólo el manto,
el antifaz, el asqueroso traje.

Pero lo que pierde el poema por el simbolismo de su acción y por algún vislumbre de filosofía darwiniana como en aquellos versos :

Tal como en el derrumbe, su camino
en triunfo seguirán las razas fuertes;

se halla compensado, y con creces, por el cuadro magnífico de la naturaleza, por la personificación ciclópea de la selva y de los montes. Ha habido poesía americana, desde Bello hasta Zorrilla de San Martín; pero nunca halló el bosque un intérprete más audaz y pujante de su extraña vida y de sus rumores misteriosos. No hay en Chocano la gracia y la exactitud del detalle, aquella flora geninuamente americana de la oda de Bello; nadie le vence empero en poder de visión : en fuerza animadora, en la actitud de hierofante de religiones simbólicas, para el cual todo habla en lo inanimado y todo tiene personal valor en el paisaje. Es la naturaleza-símbolo, diría Emerson. En la poesía de Víctor Hugo, dominó esta personificación de la vida inorgánica, lo que ha llamado Renouvier *realismo*, en que la naturaleza llegaba á la conciencia de su ser y de su fuerza. Este simbolismo degenera en una extraña producción de mitos, cuya vida se desvanece ante el análisis. Enseñan las teorías estéticas que el poeta puede pasar por grados insensibles de la vida, pero no saltarlos á gusto. Chocano ha llegado á la confusión, al simbolismo ridículo; pero muchas veces, ha dado á sus cuadros una vida soberbia, majestad de fuerzas primitivas y generadoras. Entonces su poesía tiene un reflejo de las visiones de Hugo, el mago; y la naturaleza, á su conjuro, se yergue para invadirlo todo con su brío. « Corazón de Montaña » es una pintura gigantesca en que el poeta ha sentido la naturaleza en toda su realidad.

⁂

Hoy, cuando se analiza á un poeta, se pide su psicología. Es difícil empeño el de leer en las almas; pero como la obra conserva los lineamientos de la mente, en

la poesía de Chocano puede descubrirse el secreto de su espíritu. No puede afirmarse que el poeta haya llegado á la cumbre; se observa todavía en sus versos las huellas del modelo, los defectos de un lirismo verboso y declamatorio, la amplificación y el desorden. Son los signos de un joven impetuoso que no ha sentido en su frente el beso de la serenidad. Pero es poeta, no solo por la ciencia no aprendida del ritmo, y por « el estado de poesía » en que ha nacido, según González Prada, sino por la abundancia lírica, por la riqueza de imágenes, por cierto iluminismo poderoso, que le lleva á traducir la vida y la naturaleza en símbolos humanos. Podría llamársele *bardo,* en el sentido que aceptaba Macaulay al dar este mote a Shelley : es el poeta expontáneo, sin refinamientos de decadencia, es una fuerza avasalladora.

Su imaginación no entra en una clase definida : es más que todo « difluente », construye imágenes vagas y crepusculares. La imaginación difluente carece, según Ribot, de un centro estable de atracción. Esto explica la inclinación de Chocano hacia el simbolismo, y la vaguedad metafórica. Pero no creo que esta categoría psicológica sea la única en que esté comprendida la fantasía del poeta : tiene su canto un carácter declamatorio y profético que lo diversifica y le da nuevo valor. En sus estudios sobre evolución de los géneros literarios, dice Brunetière que la oratoria se derivó de la profecía : este génesis explicaría quizás el sentido profético de la poesía oratoria, sería un rasgo de atavismo literario. La tendencia oratoria de Chocano se armoniza con una visión tenaz del Porvenir, y un anuncio elocuente de gloriosas realidades : es la misma vieja unión entre el vaticinio y la elocuencia. Oratoria y difluente, su imaginación no está templada siempre por un fuerte amor de ideas generales. Cierto es que á Hugo se le tildó de vacío, y que Guyau

ha demostrado que en su poesía palpitan todas las luchas intelectuales del siglo; pero, en Chocano, el dominio de la imagen debilita la obra intelectual. Le falta la riqueza especulativa, la pujanza sintética, esa solicitación poderosa del misterio, al que llamaba Víctor Hugo, « la bouche d'ombre », en sus visiones de mago. Cada día nace una nueva especulación, un afán más vigoroso del análisis, una visión más unificada de las cosas : *novus sæclorum nascitur ordo ;* y esta vida nueva pide un canto más hondo y más vasto. Si Chocano no ha llegado á este pensamiento de otoño, su poder para hacer vivir emociones y la preocupación constante del ideal, traducida últimamente en apostolado de arbitraje, lo llevan suavemente á la tierra prometida.

Gran poeta objetivo, de visiones apocalípticas, ha sentido la naturaleza, con admirable energía. Su nueva tendencia lo conduce al americanismo, á reflejar en sus versos el mundo y la vida que le rodean. Por esta orientación realista del poeta, la cuerda del amor ha vibrado rara vez en su lira. Cantor de pasiones de leyenda, no ha acertado á penetrar en los abismos de la psicología amorosa. Cuando lo hace lo acompaña el recuerdo más que el sentimiento, el ensueño más que la realidad.

Con todos sus defectos, Chocano es el poeta nacional. Muy alto está para que se le confunda con el *servum pecus* de imitadores y rapsodas. No tiene la fina intención epigramática de Palma, ni la riqueza de tonos y la fresca inspiración de Amézaga ni el hondo pensar de Márquez ni la esplendidez marmórea de la poesía de Cisneros; pero es grande, por la plenitud del lirismo, por la arrogancia y la abundancia del verbo poético, por la épica, por la soberbia riqueza imaginativa, por el sentido no igualado de la naturaleza, por las visiones de iluminado que alumbran misteriosamente algunos

de sus versos. Fecundo, creador, ilustre ya, llevará su pendón á donde otros no soñaron.

ya que sobre su sien hay luz febea
y entre su corazón jugo de roble

Solo hay que pedirle calma y gracia serena.

Drink of the feeling of the quiet again,

como dijo Matthew Arnold.

(1903)

UNA NUEVA MANERA DE CRITICA

A Gil Guerra.

No voy á tratar de la obra de Rodó pensador, y victorioso púgil en la lucha por la idea latina. Es tan noble la acción de « Ariel », — el libro simpático y sugestivo — tan fuerte su acento de restauración latina que más que comentarlo hay que leerlo y admirarlo. Quiero dedicar este artículo al crítico brillante, al sutil intérprete de las bellezas poéticas de Rubén Darío.

La crítica en la América Latina ha sido generalmente labor de gacetilla ó triste glosa hermosillesca. José Enrique Rodó se ha apartado de estos trillados caminos, y ha querido que en su obra domine un pensamiento sereno y profundo. Cuando analiza un libro ó cuando escribe esos artículos vastos y penetrantes — *La novela nueva*, *El que vendrá* — observa tendencias generales, descubre el oro oculto del idealismo y señala orientaciones vigorosas. En este sentido nuevo de su crítica, su libro más hermoso es el que ha dedicado á « Prosas Profanas », la gentil obra poética de Rubén Darío. Análisis minucioso de esas poesías, en que la imaginación del crítico robustece la labor del poeta, precisa los vagos contornos y pide á la evocación histórica un cuadro de enérgico relieve para el pensamiento esfumado de Darío. Pero también es un animado estudio sobre la personalidad del poeta, en que discute su valor y la distin-

ción aristocrática de su numen y sus relaciones con Verlaine y hasta sus innovaciones métricas y el arte mimoso con que — en las portadas de sus libros — escribe nombres paradójicos ó títulos simbólicos : Azul, Los Raros, Prosas Profanas...

Es siempre la obra de Rodó completa, rica en intuiciones, animada de un nuevo espíritu. Como Guyau, piensa que, más que los defectos, deben ocupar el análisis las bellezas y excelencias. Por eso es su crítica tolerante y sabia, y se detiene en las cumbres. Enseña sin tonos magistrales y abre perspectivas renovadoras. Lo que en él encanta es la profunda ciencia literaria, esa erudición que exorna el pensamiento sin debilitarlo, la rica serie de recuerdos de arte y de libros, en que se deleita, y que en sus artículos tienen todo el valor de una afirmación magistral. Su pensamiento asocia por grados, por términos próximos, y el recuerdo viene evocado por el discurso, sin alarde pedantesco y como despertando al llamado de la idea. Es una unión de anillos, sin solución de continuidad. Nunca en América, el peso de una erudición abrumadora se aligeró tanto por el arte maravilloso del crítico. Y como Rodó no ha limitado sus estudios, como ha sido viajero ilustre por todas las literaturas contemporáneas, su obra reune á los encantos del exotismo, el fuerte sedimento de la cultura tradicional, la herencia del noble abolengo castellano. ¡ Y qué exotismo el de Rodó, que no se detiene en apariencias engañosas ó en obra aplaudida por muchedumbres, sino que busca también el fruto esquisito, nacido en jardines secretos. !

Esta varia cultura, unida á la seriedad de su espíritu, explica que Rodó haga obra nueva y generosa en sus artículos. Cada uno de sus escritos revela un estado de almas, ó una tendencia fecunda que anhela para la tierra americana. Son nuevas lámparas que quisiera encender en los templos desiertos. En « El que

vendrá », estudia nuestra época de transición literaria, en que se han agotado las grandes iniciativas del siglo muerto, y falta — para las almas ateridas, para los cerebros inquietados por la Duda, — un revelador que traiga el bálsamo nuevo a los corazones agostados. En « La novela nueva » defiende una expresión moderna en la novela, que responda á la nueva complejidad de las almas, y sea el símbolo de nuestra unión con el pensamiento de la Europa literaria. Y en el estudio sobre Rubén Darío, analiza magistralmente la pobreza del arte americano, y su impotencia para expresar un ideal *humano*, si ha de encerrarse en las estrechas mallas de un americanismo original y rancio. En todos sus escritos, Rodó deja siempre la huella de su espíritu prodigiosamente complejo y amorosamente abierto á las fecundas orientaciones europeas.

Si le preguntais por su estética, os dirá quizás que no la tiene; tan enemigo es de los códigos estrechos y de los cuadros rígidos. Pero si entendeis por estética cierta direccióne spiritual, cierta posición de espectador ante las agitaciones actuales, cierta predilección selectiva entre las obras de los grandes sembradores modernos, aceptará seguramente el dictado de esteta, y hasta os remitirá á sus libros, como á las mejores heraldos de su idealidad crítica. Yo voy á resumir aquí sus principios generales, desgajados de sus artículos más notables.

Para Rodó, la crítica debe ser tolerante y flexible, amante de ideales determinados, pero sin apasionamientos irreflexivos : « comprender es casi siempre tolerar ». La verdadera alteza de su espíritu estará en una comprensión infinita, en una plasticidad inagotable, para adaptarse á todas las obras y juzgarlas dentro de sus cánones. Nada es más condenable, más infecundo que el prejuicio, nada más torpe que la crítica

cerrada y exclusiva. Y Rodó podría hacer suya la frase simpática de Guyau : « criticar es perdonar ». En el arte, no hay más triste error que el de los que se erigen en poseedores de verdades absolutas, el de los predicadores del « arte inmóvil. » El arte, como la vida á la que lo asimilaba Guyau, es siempre evolutivo, movedizo, rico en cambiantes. El arte es sincero, debe traducir la idea de una generación, y no puede gustar de vestirse, por una imposible regresión, con arreos gastados. Cada forma de Arte, cada ideal que enriqueció el alma humana, vive en el futuro, depurado y ennoblecido, pasadas ya las tempestades de su aparición, y los entusiasmos de los novadores. La fórmula crítica de Rodó — demasiado impresionista quizá — podría ser ésta : « El arte es lo oportuno ».

¿Y cuál es en el momento actual, en el estado contemporáneo de las almas, la « oportunidad » artística? Rodó no cree en la existencia de un ideal que responda á las nuevas exigencias del pensamiento, y por eso llama, con la fe del profeta antiguo, á un Revelador. Ha historiado — en una síntesis brillante — el movimiento de las ideas literarias de la pasada Centuria, desde Hugo el monarca hasta Barrès, el maestro de la « cultura del yo », y ha hallado — en el individualismo moderno — una incapacidad profunda para formar el arte que una en el porvenir á las generaciones atormentadas y anhelantes. La obra del Revelador sería la misma de Goethe : expresar en un libro hondamente humano el tormento interior, ser el artista de un *Werther* moderno, más sabio, más complicado y quizás más doloroso. Las generaciones que hoy sonríen ante el *Werther*, sentirían por la obra nueva, la misma confusión desgarradora, la misma exaltación imaginativa, que siguieron á la confesión del Júpiter germano.

Pero el Revelador no llega. En vano las miradas temblorosas se dirígen á Oriente, en vano vibra en los labios

agitados la plegaria del Arte : « sólo contesta el eco triste á nuestra voz ». Rodó censura esta nueva esperanza mesiánica; y mientras llegue la hora en que se revele el genio triunfador, trabaja siempre, procurando ampliar el cuadro de la intelectualidad americana. A mi ver, más que la presencia muy lejana quizás de un Revelador, vale para el progreso literario de América, la solidaridad de los esfuerzos, la irradación de un gran entusiasmo, la amistad sostenida de los ingenios, el lento avance hacia la « ciudad ideal » cantada por los poetas.

No se crea por esto que Rodó, en esa actitud de anunciador de futuras exaltaciones, olvide el señalar los principales caracteres del ideal moderno. Su labor es ésa : sondear en las almas, escuchar su ritmo, y ser « modernista », en la extensión noble del concepto. La obra de hoy, en América, es para él la que mejor exprese nuestro pensar, la que no mire indiferente la emoción nueva, sino que la haga palpitar con energía, obra nuestra por la aspiración y por la riqueza interior. Y como el alma contemporánea se ha concentrado, no para escribir confesiones de soberbio egotismo, sino para scuchar el rumor de la espiritualidad discreta, para contemplar el drama sombrío de la Duda, para sentirse invadida por todo un mundo de sensaciones, de imágenes, de afectos, la obra de arte debe traducir este nuevo y pujante subjetivismo, en vez de volver al pasado para exhumarlo. Para este rumbo nuevo, el Arte Americano debe abrirse á los vientos del extranjero y á la vez concentrarse observando las vibraciones que en él despierta, « el eco de los gritos lejanos que vienen de las grandes cumbres del espíritu ». De estas voces nuevas, que vienen de afuera, Rodó acepta todas las que tengan valor de arte fecundo. No admite que se cierren las puertas del templo á las corrientes complejas, llenas de virtualidad y de melancolía, por

no despertar á la América de su ignorante y cándida juventud; ni cree que el arte debe sufrír limitaciones inspirándose en cierto concepto de la salud literaria traído por espiritu tan rígido como el de Max Nordau. Lo nuevo es siempre simpático y actual, nos habla en acento familiar, y vale más que los « ricorsi » literarios. Y Rodó llevando muy lejos este espíritu de ática distinción y de modernismo refinado, llega á afirmar que si hay espíritus quintaesenciados para quienes existen placeres desconocidos de los *filisteos*, venga el Arte que responda á su inclinación rara y alta, y fórmese quizás una aristarquía gloriosa y estricta. En este sentido Rodó tiene parentesco con Renán : ambos quieren exaltar á las individualidades superiores, y formar con ellas cerrada casta, ante la cual será siempre extraño el Calibán de la vulgaridad y de la prosa diaria de la vida. Pero el crítico uruguayo más moderno y generoso no quiere que esa elevación sea egoísta ni que sirva á propósitos de servilismo, como pensaba el amable escéptico, sino que vaciándose en generosa solicitud los tesoros intelectuales se produzca una elevación progresiva de las democracias y se purifique el bloque tosco de la muchedumbre.

Rodó es, por esta amable unión de tendencias actuales, un critico moderno, un espíritu á la vez refinado y tolerante, preocupado siempre de las más serenas orientaciones del alma contemporánea. Según confesión propia, es positivista y modernista, hijo intelectual de su siglo; pero en él, como en todos los espíritus bien templados, la corriente nueva del espíritu adquiere una solidez y una grandeza que no presenta en la muchedumbre de los prosélitos. En este gran espíritu el sentido de la realidad y de la experiencia, el espíritu de relatividad crítica, está templado por un fuerte idealismo, por un afán persístente de elevación y dignidad intelectual. El símbolo de su espíritu es Ariel, amigo de las almas

generosas. Discípulo de Renán y también de Valera, tiene de ambos la gracia del estilo, la amenidad inagotable, el toque suave de la palabra musical, la perfección majestuosa de la frase. Esculpe más que escribe; y sabe dar á su estilo esa hermosa languidez, ese dulce balanceo de un pensamiento sereno y animado. Pero los maestros de su arte no le han formado en toda la plenitud de su inteligencia crítica : no hereda de Valera la ironía maligna ni de Renán el escepticismo optimista, la habilidad volteriana de condenar en una leve *boutade*, les más altos ideales humanos. Rodó tiene la conciencia de la seriedad de su arte y del valer de las tradiciones sagradas, y, como el Próspero de su « Ariel », deja siempre en las almas una vibración persistente.

Creo que en América, y en la región serena del análisis, Rodó impera y es verdadero guía de espíritus. Iniciado en la técnica literaria y pensador robusto, está llamado á dirigir á la generación que avanza, con la triste incertidumbre del futuro. A ella podrá decirle lo que vale el camino nuevo, lo que puede esperar del exotismo en el arte. Alejado de toda trivialidad, de toda ligereza, por la orientación idealista de su arte, por la elevación continua de su crítica, por la poderosa sugestión de su estilo, por la familiaridad sabia con la obra europea, por la fuerte preocupación ética, por su amor al ideal latino, puede ejercer un verdadero señorío sobre los espíritus nuevos. Está llamado á entrar en esa categoría selecta de espíritus que tienen « cura de almas ». Ha de impedir la florescencia viciosa de un modernismo apasionado que, en América, sólo ha producido imitaciones sin realidad propia y sin fuerza directiva. Un crítico americano decía recientemente que Rodó había iniciado una corriente de originalismo en la literatura americana. Y debe continuar en ella. Asi, el espíritu nuevo, saldrá de la triste edad de las

imitaciones superficiales y procurará alimentarse de una cultura sana y provechosa.

La sinceridad es la cualidad principal de Rodó : sólo por ella triunfa y perdura la crítica. En vez del aplauso engañoso de Valera y del recio látigo de Clarín, tenemos en el escritor uruguayo una voz firme que habla en el raro lenguaje de la sinceridad y de la simpatía. A él debe ir el saludo de los espíritus que, en la indecisión crepuscular de nuestra época, en el confuso tumulto de ideales que chocan, buscan una crítica sabia, á la que no arrastre la moderna incertidumbre. Para esa crítica el porvenir tiene lauros inmortales y visiones generosas.

II

DIRECCIONES

LA CRISIS DEL BERGSONISMO

En la alegre colina de las escuelas, ante los muros envejecidos del Colegio de Francia, desfile de mundanas, trompetería de automóviles, viejas *douariéres* enjoyadas, todas las formas del esnobismo cosmopolita. ¿Que atrae á esta rumorosa multitud? Un curso del señor Bergson. En las graves tardes de invierno, entre un te elegante y una visita al costurero de moda, van las damas de la aristocracia á escuchar á un metafísico.

Como Michelet congregaba á liberales románticos, y Renán se veía rodeado de almas atormentadas ó de amables escépticos, Bergson sugestiona á las mujeres. Una hora antes de la sabia lección, na halláis lugar propicio en el anfiteatro pletórico. Cada conferencia recuerda á una « primera » de los grandes teatros. Y el maestro sufre quizá de esta popularidad del salón tan peligrosa, porque engendra violentas reacciones y pasa, como las modas, sin dejar un recuerdo.

Escuchándole comprendéis el éxito mundano de este profesor de sutileza. Grave, la frente alta, los ojos soñadores de celta (Bergson es de origen irlendés), una elegancia discreta, rara en estos maestros polvorientos, el gesto elocuente, la dicción precisa, la metáfora audáz; Bergson parece improvisar siempre, crear ante el público devoto, una metafísica vecina de la poesía, derramar en el severo ambiente de la sala las notas de esa música que revelaba á Próspero la sutil presencia de

Ariel. Ni sonora elocuencia ni largos periodos tumultuosos : gracia amable, extraordinaria, novedad en el análisis, palabra nerviosa, inquieta, rica en matices.

Mas allá de este pueblo perfumado, crece la reputación del filósofo. Se ha comparado su obra á la de Kant, á la de Descartes : este metafísico sin sistema cerrado, sin inflexibles dogmas, ocuparía en la historia del pensamiento humano una posición excepcional. A porfía se proclaman sus discipulos los sindicalistas, como Georges Sorel, los católicos modernistas, como Eduardo Le Roy. La juventud es bergsoniana. Existe una forma de pensar y un estilo bergsonianos. En música, en literatura, en psicología religiosa, halláis la huella del maestro. Le comenta Eucken en Alemania, en Estados Unidos le atribuye Wiliam James genio filosófico. Una gran revolución intelectual va realizandose bajo la influencia de este solitario de Auteil, que es hoy prodigioso conquistador de almas.

También se inicia una reacción contra su influencia : en Inglaterra condena el profesor Elliot á este « mistificador » y denuncia sus sofismas; en Francia uno de los jóvenes pensadores más vigorosos, Julien Benda, escribe contra él un libro de fuerte sátira. Ha llegado la hora severa de la crísis : apasionados discipulos y críticos implacables luchan en pro y en contra del gran metafísico. No merece el profesor del Colegio de Francia ni el elogio que se confunde con la apoteosis ni el envenenado sarcasmo de sus enemigos. *Ni cet excès d'honneur ni cette indignité.*

Fácilmente se explica su universal renombre. En vigor de análisis, nadie le supera. Estudia con admirable sutileza los misterios de la vida interior, los « datos inmediatos de la conciencia », narra la evolución de los seres, como si escribiera un gran poema cosmogónico. Su estilo es de una precisión, de una flexibilidad, de una elegancia a que en vano aspira la rugosa disertación

escolástica de tantos profesores. Este pensador es poeta : maestro en imágenes y símbolos.

No satisfechas con el intelectualismo y el positivismo, con doctrinas que niegan el misterio, vuelven las nuevas generaciones a una filosofía que no cierra toda perspectiva de eternidad á la humanidad fatigada de mediocres certidumbres. Como después de la fría sonoridad de las estrofas parnasianas, se impuso el simbolismo con su culto del misterio; así después de una orgía de determinismo y de racionalismo, triunfa Bergson, que devuelve á la intuición y al sentimiento la primacía en el orden moral. ¿Qué enseñaba antes la filosofía? La perfecta correlación entre la razón y la naturaleza, el universal imperio de las leyes de la mecánica, el determinismo que destierra toda contingencia del reino de la materia y del espíritu, la fe en la ciencia, el automatismo psicológico que desconoce la importancia de la vida consciente y ve quizá en ella, con Ribot, un fenómeno de lujo, un « epi fenómeno », sin el cual funcionaría perfectamente el mecanismo interior.

Degeneró a veces en ambicioso materialismo ó en crédula filosofía del señor Homáis, esta explicación racional del mundo. A la inquietud de los místicos, de los conservadores, de los espiritualistas, trae sugerentes respuestas el pensamiento de Bergson. En su primer libro, defiende la libertad; en « Materia y Memoria », condena el paralelismo entre los fenómenos físicos y psicológicos, aquella minuciosa correspondencia entre la sensación y la excitación, la voluntad, la razón, la emoción, y su equivalentes fisiológicos que juzgaron evidente audaces materialistas; en su último libro, « La Evolución Creadora, » acepta, renovándola, la vieja dualidad entre la materia y el espíritu, y se concilia á los teólogos atribuyendo á un « élan vital », obscuro impulso que puede ser obra de un demiurgo ó de un dios, el desarrollo del universo.

La crisis de la ciencia prepara el advenimiento del bergsonismo. Un gran matemático, Poincaré, reniega del dogmatismo científico, de esa superstición de las leyes matemáticas y físicas que corresponde á la superstición de las leyes humanas condenada por Spencer. La ley se funda en provisionales inducciones, es una fórmula cómoda para encerrar la multiplicidad de los fenómenos, es una creación del espíritu. La crítica que aplicó Kant á la inteligencia, el relativismo que de ella se deriva, debe extenderse también á los productos de la inteligencia. La física, la mecánica, la misma geometría sólo nos dan parciales certidumbres. El fanatismo científico es tan estéril como todos los fanatismos.

Si la ciencia aplicada al estudio de la realidad física no alcanza definitivas verdades, ¿cómo extender su acción y sus métodos al obscuro dominio de la vida moral? Bergson renueva el análisis kantiano y explica las limitacionesde la inteligencia por el largo comercio de ésta con el mundo exterior. El hombre ha necesitado conquistar la materia y vencerla : en esta lucha se ha adaptado su inteligencia á una función utilitaria. Operando sobre cuerpos aislados, manejando sólidos, desarrollándose en el espacio, ha conservado huellas de este esfuerzo secular. La inteligencia es naturalmente geométrica : mide, divide, sitúa, relaciona. La ciencia, obra suya, es admirable, en el mundo inorgánico : allí alcanza lo absoluto, y es la disciplina adecuada y perfecta. La deducción, su instrumento predilecto; procede con rigor matemático. Injustamente se reprocha á Bergson su desdén por la ciencia. Reconoce, al contrario, su parcial virtud, y ya, en su juventud, sorprendió por su rara maestría en el cálculo infinitesimal.

Cuando abandonando su dominio propio, la materia, invade la ciencia el orden de la vida, sólo llega á formular símbolos. Desconoce la profunda novedad del mundo orgánico. Aquí el instrumento esencial es la

intuición, como en el reino de las cosas inertes lo es la inteligencia. Donde se detiene la ciencia, empieza la tarea de la filosofía. El entendimiento se mueve de preferencia en el espacio homogéneo, en el tiempo divisible en fragmentos, en el mundo de la cantidad que hace abstracción de todo elemento cualitativo e individual. La vida y, sobre todo, la conciencia es movilidad, heterogeneidad, libertad. En ella no basta la causa para explicar el efecto, los estados de conciencia no se yuxtaponen, sino que se penetran. La corriente de la vida interior presenta perpetua novedad.

Es el mundo de la « duración », donde cada instante señala un enriquecimiento o un desgaste, un cambio inexplicado. Sin duda, hay un yo superficial, espacial, dominado por externas influencias y sujeto al determinismo; pero en otro yo, el yo profundo, se revela nuestra originalidad. Rara vez somos libres, porque sólo excepcionalmente escapamos al automatismo creado por los hábitos, á la terca presión del ambiente, á la esclavitud de las imitaciones; y somos entonces realmente, soberanamente, nosotros mismos, firme creación de realidad moral, admirable espectáculo bajo el sol.

Esta filosofía conduce á la acción, nos invita á descubrir nuestra conciencia profunda. Podría enseñar, como Goethe, que la libertad no es un don sino una conquista, lo mismo en la ascendente evolución de los pueblos que en la efímera vida de los hombres. La intuición que aconseja como método es un acto de simpatía : penetra, ahondando en el yo superficial, hasta lo esencial y primario de la conciencia. De análoga manera, venciendo las duras capas geológicas y las acumulaciones milenarias, irrumpe á veces el fuego central de la tierra.

« La intuición — escribe Bergson — es una especie de simpatía intelectual, en virtud de la cual se penetra

en lo interior de un objeto para confundirse con lo que en él hay de único y por consiguiente de inexpresable.» En la conciencia que es perpetua movilidad, la intuición descubre, con certeros golpes de sonda, lo íntimo, lo absoluto. Pero no se limita su eficacia al orden psicológico : en el vasto dominio de la vida puede ella ejercer su simpatía adivinatoria. Estudiando la serie animal, completa o corrige los resultados de la introspección de la concieucia.

No acepta el filósofo, como Spencer, la evolución unilateral que va de la materia al espíritu, del caos al orden, por la diferenciación progresiva y el paso de lo homogéneo a los heterogéneo; ni como Hegel, la virtud creadora de la idea que construye un universo con el juego lógico de tesis, antítesis y síntesis. Para Bergson la primitiva corriente vital, luchando con la pasividad de la materia, se dividió en tres grandes direcciones : creó en una los vegetales inmóviles, en otra llegó al instinto animal, en la última culminó en la inteligencia humana. El vegetal fijo á la tierra, el animal errabundo, el hombre consciente; he aquí las grandes etapas de la historia de la vida. ¿No recordáis el pensamiento de Plotino ó aquella teoría de los gnósticos que explica la formación del mundo por una degradación del « demiurgo », agente creador, al contacto con la materia impura?

El estudio del instinto puede revelarnos la esencia de la vida. El instinto es también simpatía, es el impulso vital en su forma más inmediata y profunda. Si la inteligencia se orienta espontáneamente hacia la materia, en su fervor utilitario, el instinto se dirige á la vida. « La inteligencia, valiéndose de la ciencia que es creación suya, nos enseñará progresivamente el secreto de las operaciones físicas; de la vida sólo nos da — y no pretende darnos otra cosa — la traducción en términos de inercia. » Humillar la razón ambiciosa,

exaltar el instinto desdeñado, tal es el programa de esta filosofía que, al invertir el orden secular del conocimiento, inquieta á los pensadores franceses, enamorados de claridad y de lógica.

El « instinto desinteresado », tal es la intuición. Si el animal pudiera reflexionar sobre su propio impulso nos revelaría profundos misterios de la realidad orgánica. El instinto es acción; pero acción inconsciente. Si el germen de conocimiento que encierra pudiera convertirse en intuición, en vez de los tanteos del racionalismo impotente, obtendríamos una filosofía adecuada á la simplicidad original de la vida. ¿Quién sabe si Fabre, el anciano patriarca que estudia minuciosamente la existencia de los insectos, podrá llegar á conclusiones de mayor valor filosófico que el ideólogo perdido entre clasificaciones estériles y fríos sistemas?

Si la razón ambiciosa construye teorías sobre teorías, la intuición sólo alcanza laboriosamente parciales verdades. No será ya la metafísica sistema definitivo, ideología orgullosa como en Spinoza ó Aristóteles. Trabajarán en ella las generaciones : anónimos obreros levantarán la catedral secular, como en la edad creyente de los templos góticos, y el idealismo humano vencedor de la grave materia, se reflejará siempre en la aspiración ascendente de las ojivas. La gran novedad de la filosofía bergsoniana está en reemplazar las antiguas « sumas » que encerraban la universalidad del conocimiento por progresivas intuiciones aplicadas á problemas parciales. No veo claro en la moral, me decía una vez el filósofo. « Mis meditaciones no han llegado aún á darme la clave del problema ». La filosofía no es, pues, un sistema, sino una actitud : no busquéis en ella, como en un maravilloso recetario, fórmulas para todas las inquietudes. Bergson que ha definido ya su pensamiento en el orden de la biología y de la psicología, no ha concebido aún una moral.

***

Contra la filosofía de la intuición se levantan los racionalistas. Oí decir en una ocasión á Fouillée, el filósofo de las ideas-fuerzas : « he pedido á Bergson que me explique cómo puede sentir en la profundidad de su conciencia, lo Absoluto ». La razón que explica y analiza, el « homo sapiens », no renuncian fácilmente á la inteligencia para glorificar la penetración misteriosa del instinto. ¿Cómo confiar á la intuición, especie de simpatía adivinatoria, la explicación del universo? Es demasiado fundamental esta revolución metafísica : desconfía no sólo del análisis sino también del lenguaje que, al nombrar los objetos, los aísla en medio de la continuidad de la vida. Al entendimiento que generaliza, al cuadro lógico, se substituye un instrumento personal y diverso, la intuición.

¿Qué es este método? pregunta el señor Benda. De su fino análisis, se deduce que, en el pensamiento bergsoniano, la intuición es « simplemente la inteligencia, en cuanto es penetración, invención, creación, personalidad, la inteligencia, en fin, en oposición á una especie de funcionamiento burocrático del espíritu — clasificación de hechos, de notas, aplicación de reglas — á una especie de escolar receptividad ». Es decir que la inteligencia condenada por los bergsonianos es sólo una forma de la razón. Pero, dirán los devotos discípulos del filósofo : la intuición no se define, no podéis explicar en lenguaje espacial esa sutil simpatía reveladora que nos va enseñando la ignorada riqueza del alma. Entre intelectualistas y bergsonianos, toda discusión es estéril : la experiencia interna á que éstos atribuyen la primacía desafía toda lógica, es extraña á racionales deducciones.

Fundada en interiores visiones, esta metafísica describe y no explica : es un poema « de rerum natura », que ha renunciado á la forma métrica. Bergson afirma que la inteligencia sólo opera fácilmente en la materia bruta, que la primera división que debió realizarse en el movimiento de la vida fué la de los reinos vegetal y animal; pero no demuestra estos trascendentales teoremas. Parece referir lo que ha visto como un iluminado, escribir una nueva cosmogonía fantástica.

¿ Qué es el « élan vital? » ¿ En qué difiere de la Voluntad de Schopenhauer, de la Fuerza de Spencer, del Apetito de Fouillée, de la Vida de Guyau? Qué es la evolución creadora? El bergsonismo no trae una nueva verdad : da un nombre diverso á aquel obscuro germen de la vida que desde los orígenes de la especulación humana es el misterio por excelencia.

En fin, nos hallamos no ante una filosofía sino ante un misticismo que viene de Oriente y se complace en lo indeterminado y fugitivo, en el búdico nirvana. A la razón viril opone el culto histérico de una vaga intuición; á los sistemas coherentes la indefinida perspectiva de una Revelación. ¿Será, pues, el bergsonismo una religión que atrae á místicos y anarquistas, á cuantos renuncian á la ciencia prudente y al análisis riguroso? Bergson es judío y sus contradictores se complacen en recordar el antagonismo entre la lúcida razón griega y el Oriente nebuloso, donde la filosofía profusa y complicada rivaliza con los bosques gigantescos e inextricables. En la decadencia de Occidente, traería Bergson como Proclo ó Jamblico, en el crepúsculo del mundo antiguo, la enervante doctrina del éxtasis.

Parece excesiva esta reacción contra un filósofo que defiende la libertad y nos invita á conquistar por el diario esfuerzo, la realidad de nuestro yo profundo. Al afirmar la autonomía del espíritu nos aleja del renunciamiento asiático. Ciertamente, contradice esta metafí-

sica nuestros hábitos intelectuales : no es antirracional, sino extrarracional. Pero si, como enseñó Pascal, el corazón tiene sus razones que la razón ignora; una filosofía que satisface la lógica del sentimiento, y agrega al pálido mundo de las abstracciones racionales, el orden humano de la fe y de la esperanza, se justifica ante la misma inteligencia orgullosa de seculares privilegios. Unidos el entendimiento y la intuición, la ciencia de la materia y la ciencia de la vida, una filosofía sin mutilaciones nos dará quizá soluciones que satisfagan al hombre integro.

A pesar de su reacción contra la inteligencia, Bergson profundiza en sus libros los resultados de las ciencias todas, de la biología evolucionista, de las nuevas teorías sobre la célula, de la psicología patológica. Sucesivamente completará las adivinaciones de la intuición con el análisis de las ciencias y explicará aquella irrestañable corriente de la vida que hoy narra como poeta. Vencida así la crisis presente, contribuirá este nuevo método á renovar los estudios filosóficos. Hoy es imposible prescindir — tan sugerente es en ellos el análisis — de algunos capítulos de la tesis bergsoniana sobre los datos inmediatos de la conciencia. Cuando el filósofo escriba su estética (y este será su libro próximo), derivará seguramente del estudio de la invención artística nuevos elementos para el estudio de esa otra magnífica y perpetua invención, la evolución de la vida.

Es útil, desde el punto de vista americano, esta filosofía que destruye nuestro dogmatismo. El positivismo se ha convertido en escolástica. Una metafísica ambiciosa ha querido explicar los estados de conciencia por leyes de mecánica ó de biología, conservación de la energía universal o complicaciones de células nerviosas. El bergsonismo representa la reacción necesaria : estudia los límites de la ciencia, el vicio radical del entendimiento, la originalidad del espíritu. No puede existir

hoy una metafísica americana, pero sí una crítica de nuestros valores intelectuales : á ella contribuye la nueva metafísica. En el tráfago de la vida industrial, en la construcción del edificio político, sólo cabe esa filosofía en que soñaba Alberdi, útil para la política, la moral, la industria, la historia, y sin esa utilidad « ciencia pueril y fastidiosa ». Como en la Florencia de Lorenzo el Magnífico, la riqueza prepara las vías al arte, á la libre especulación y anuncia el Renacimiento. « Primum vivere, deinde philosophari ». En la preparación de esa edad de belleza, una doctrina de libertad intelectual contraria á toda estrecha ideología, es el más eficaz de los estimulos. El bergsonismo es la filosofía de razas jóvenes, animadas de vencedor optimismo, que afirman, al vivir, la libertad moral, el valor del esfuerzo y de la lucha. Ha escrito el elocuente pensador : « Todos los seres vivos están ligados entre sí y todos obedecen al mismo formidable empuje. El animal tiene su punto de apoyo en la planta, el hombre se levanta sobre la animalidad y la humanidad entera, en el espacio y en el tiempo, es un inmenso ejército que galopa al lado de cada uno de nosotros, adelante y detrás de nosotros, en una carga avasalladora, capaz de vencer todas las resistencias y de derribar grandes obstáculos, aun quizás el de la muerte. » Gran visión aplicable á las ciudades tentaculares de América, donde libres generaciones, agitadas por invencible corriente vital, presiden á la transformación de la tierra, á la renovación de la raza, á la creación de códigos, escuelas y civilizaciones.

1913

LA CRISIS DEL SOCIALISMO

Saint-Simón hallaba en el desarrollo de la historia la sucesión de inflexibles períodos orgánicos y críticos. Después del pensamiento coherente, del sistema viable, del dogma consagrado en que se resume la obra dispersa de inquietas generaciones, surge una nueva edad de análisis que discute los fundamentos tradicionales de la fe, de la sociedad y de la política. Sin esta duda enervante abrumarían á la humanidad rutinaria seculares prejuicios; sin aquella quietud, revoluciones sin término impedirían la cristalización necesaria de ideas y costumbres. Armoniosamente concurren ambas etapas al progreso; cuando amenaza convertirse la creencia en hábito pueril, interviene la crítica, y cuando el exceso de análisis anuncia la final disgregación, la verdad organizada y comprobada detiene la disolvente amenaza.

Hoy también se duda de creencias y tradiciones. Es una edad crítica, curiosa, agresiva, rebelde. Viejos y nuevos prejuicios sufren rudos combates, lo mismo la arcaica monarquía que el principio democrático, el catolicismo milenario que la ciencia orgullosa. La última fe de los que desterraron del cielo inclemente á Jehová, el socialismo que se convirtió en mística cruzada y encendió, en los talleres sonoros, dulces lámparas votivas, y prometió á la humanidad lamentable un paraíso sin sangre y sin dolor, sufre hoy profunda crisis, porque al contacto de realidades calibanescas ha

perdido la inocencia. La burguesía lo adula, lo distrae de su vocación revolucionaria : convierte en ministros conservadores á los que fueron sus apasionados corifeos. Se ha dicho amargamente que cuando cambia de sastre un socialista militante y toma un abono donde la la manicura, está perdido para la causa santa. Continuamente abandonan al partido rojo sus directores por un ministerio ó una prebenda. ¿Odiaban quizá á la sociedad que les negaba su fausto, su refinamiento, el oro rutilante? ¿No era el socialismo sino la rebeldía aparatosa que aspira al reposo burgués? Como se formaban en los institutos de jesuítas donde se educa « para mayor gloria de Dios » los más audaces negadores, ninguna escuela de defensores del poder y de la riqueza es tan segura, tan brillante, como las obscuras filas del proletariado.

Mientras luchan por la futura liberación, los obreros angustiados en las fábricas destructoras; los más aptos, los directores, los que dominan á la multitud con el verbo tonante, olvidan sus promesas en los parlamentos. Bebel, Jaurès, permanecieron implacables; pero en la ambiciosa cohorte figuran candidatos al radicalismo atemperado, burgueses del porvenir satisfechos y tolerantes. De ahí el odio obrero á la democracia engañosa, al congreso oratorio y estéril, á la república que ofreció la igualdad y separa con muralla de diamante á las castas enemigas.

Al socialismo parlamentario, tímido, claudicante, se agrega el socialismo patriota. Mientras que luchan contra la ley militar de tres años los diputados franceses y llevan á los cuarteles de la frontera palabras de frenética rebeldía, en el Reichstag alemán votan los socialistas el impuesto á la riqueza, que es la base de gigantescos armamentos. El Káiser sonríe paternalmente á sus « buenos socialistas » defensores de la obra imperial. ¿Cómo conciliar esta doctrina nacionalista

con el antiguo espíritu que disuelve fronteras en nombre de la paz universal? Aquende el Rin, antimilitaristas fervientes que predican la deserción; en tierra germana, disciplinados patriotas que posponen la querella de clases cuando suena el clarín guerrero del César. Sufre de esta oposición el socialismo : en vez de credo unánime, es teoría parcial en lucha con el parlamentarismo y el nacionalismo. Vive en perpetua crisis bajo dos amenazas, y la burguesía orgullosa afirma su trono bamboleante en presencia de estas divisiones.

Existe ya un socialismo monárquico, un socialismo imperialista, que viene á disociar las ideas tradicionales de lucha social. Florece en Alemania, donde el duro reino de la fuerza halla siempre justificaciones doctrinarias. Hildebrand es su apóstol. Defiende la obra colonizadora, la apropiación de lejanos territorios donde funda el pueblo alemán colonias agrícolas. El excesivo desarrollo industrial amenaza á las viejas naciones, inquieta á la maternal Germania. Cuando se pueblen de fábricas los países nuevos, cuando su agricultura satisfaga las necesidades imperiosas de densas poblaciones, no podrá Europa comprar con los productos de sus talleres pletóricos el trigo y la carne de ultramar. La gloriosa civilización occidental perecerá en un bárbaro espectáculo de violencia y de hambre. El socialismo previsor exige la distribución equitativa de los dominios coloniales : preocupado de « los intereses vitales durables » de la patria alemana critica las « desproporciones increíbles » que existen en ese reparto y amenaza con futuras guerras si Inglaterra y Francia no ceden ante el imperial avance fragmentos importantes de su imperio ultramarino. Los intereses del proletariado se unen así á las ambiciones del capitalista. La expansión que condenaron los pontífices del socialismo militante; el éxodo de hombres que enriquecen, en tierras nuevas, á la oligarquía metropolitana; las gue-

rras coloniales denunciadas por Jaurès como obra impía de financistas ambiciosos, hallan hoy defensores en la abstrusa Alemania.

Graves contradicciones se acumulan en esta nueva faz del socialismo. Pierde la histórica fe su valor internacional. El proletariado lucha por sus intereses dentro de la nacionalidad y desdeña al obrero vecino, al paria de más allá de las fronteras olvidadas en un ensueño fraternel. La guerra, odioso instrumento de expoliación, se convierte en arma socialista. ¿Resistirá la teoría generosa á estas transformaciones? Las más grandes paradojas satisfacen á los nuevos profesores de lucha social : un socialista francés, Andler, cita á un colega de ultra Rin que considera el imperialismo como « doctrina revolucionaria ». El odio á Inglaterra conquista á los representantes del proletariado; no pueden combatir el « desquite económico tan fundado » de las clases ricas de Alemania. Y el viejo Bebel, rudo y patriarcal, ha aprobado los armamentos en un congreso fervoroso.

A la batalla de clases se substituye la solidaridad de ellas; á la campaña antipatriótica, el robustecimiento de las fuerzas nacionales, á la doctrina pacificadora, la organización de milicias para la agresión posible. ¿Qué queda de la religión que levantó á las generaciones desposeídas con la fiebre anárquica del 48? Lamentable y decadente, se transforma el socialismo en credo burgués. Transige con el orden social, se satisface con esas menudas concesiones — jornadas de ocho horas ó seguro obligatorio — que el patrón inquieto ó el estado protector ofrecen á multitudes famélicas. La rebelde multitud que hacía resonar su protesta bajo el flamear agresivo de negras banderas, se convierte en adocenado batallón que dirigen oficiales burocráticos.

Surge una nueva fe en el crepúsculo de los antiguos dioses : es el sindicalismo. No quiere paz social ó vergon-

zantes adaptaciones. Predica la violencia. Se agrupan las profesiones dentro de la patria; se forman federaciones nacionales; se congregan los comités dirigentes de esas vastas asociaciones. De la región á la nación, de la nación á la sociedad internacional, el vínculo de la profesión, concreto, firme, utilitario, forma una malla gigantesca, nueva religión que engendra fanatismos exasperados. Tiene ya su filósofo, George Sorel; sus manuales, sus corifeos que gobiernan con el despotismo de los clubs revolucionarios. Opone á la guerra la huelga general, la deserción, el « sabotage ». Persigue á los obreros independientes con la intolerancia de las antiguas religiones; erige cadalsos, con crueldad inquisitorial, contra los heterodoxos, trabajadores « amarillos », trabajadores católicos; protege todas las reinvindicaciones; hace práctica la solidaridad obrera alimentando á los huelguistas con los fondos de cajas previsoras que colma el proletariado silencioso, heroico, tenaz. La fraternidad creada por el cristianismo en las primitivas comunidades de Oriente llega á ser el credo eficaz de anónimas muchedumbres. Y otra vez la vieja simiente del profeta divino disuelve las cristalizaciones del egoísmo en un mundo miserable.

No confundamos esa unión con la vaga filantropía sentimental. Se unen los obreros para la lucha. Sorel enseña el deber de la guerra. Quiere obligar, á la burguesia mediocre, cobarde, á la batalla, á la defensa de sus privilegios. Los obreros organizados en clase ofensora impondrán á los burgueses la cohesión, la olvidada noción de clase. Odia el pensador el racionalismo; exalta el libre instinto, como Nietzche; admira á Bergson, sueña en esa profundas intuiciones que dan á un grupo social el secreto de sus futuros destinos. El obrero es el productor, el creador, el fundamento de la organización social. Sus necesidades, su voluntad de dominación, crearán moldes diversos para las agrupaciones

del porvenir. En vez de la reforma, será la revolución, transmutación de valores violenta, invencible.

¿Qué necesitan los proletarios en la nueva campaña? No una utopía, obra de ideólogos engañosos, sino un mito, como aquellos del juicio final y del reino de Dios que embriagaban como un licor divino á los mártires cristianos. Imágenes que llevan á la acción, intuiciones renovadoras que escapan á la crítica — la huelga general, la revolución violenta — agitan á la clase obrera, con la fuerza de un nuevo misticismo.

« El hombre, escribe Sorel, no destruiría nunca nada, indudablemente, si estuviera siempre bajo la influencia de la razón, y, sin embargo, son necesarias negaciones absolutas, aboliciones y renacimientos. » Una nueva fe contra todos los racionalismos anima á los trabajadores que construyen la ciudad futura. Se sacrifican en nombre de un ideal : insultan con su trágico desinterés á la burguesía avara y temblorosa. Luchan por el bienestar terreno de generaciones que ellos no verán, sufren persecuciones y prisiones, pródigos de su vida y de su bolsa, mientras que doradas promesas iluminan, como un largo crepúsculo, sus rostros empolvados y violentos.

¿Dónde termina la batalla y dónde empieza la anarquía? He allí el peligro para el sindicalismo agresivo. El socialismo moderado degenera en burguesa ambición; el socialismo rebelde se confunde con la anarquía. Para obtener resultados inmediatos, necesita claudicar; para vencer en un glorioso porvenir, ha de destruir la obra milenaria de las civilizaciones. Crisis radical, dilema doloroso á que no escapa á despecho de la habilidad doctrinaria de sus apóstoles. El idealismo del 48 se ha convertido en transacción parlamentaria. El misticismo de los sindicalistas ¿podrá librarse de esas turbias concesiones que el éxito impone á las más puras doctrinas, á las más ideales religiónes? Si periclita

su entusiasmo, una nueva fe redimirá á la humanidad fatigada de las miserias cotidianas, un avatar de ese misticismo eterno que estremece al viejo planeta con la presión formidable de hombres divinos y locos heroísmos.

Doctrina natural ó difusa aspiración en Europa, es el sindicalismo, cuando invade las libres soledades de América, ideología importada. Ni una organización centenaria de clases sociales ni la gravitación incontrastable de las tradiciones, ni la áspera lucha económica explican, como en el viejo mundo discorde, la aspiración de huelgas agresivas ó sindicatos tiránicos. Aquí, surge la protesta social cuando el individualismo, hacia 1830, trasforma la vida económica. La escuela de Mánchester ha impuesto un credo liberal : el dejar hacer, y la máquina libre, invasora, va triturando al obrero, estrechando el horizonte de su vida, multiplicando sus horas laboriosas. Un gran movimiento — cartismo inglés, religiosa cruzada del 48 — defiende al proletario contra la obra implacable del taller. En nuestras repúblicas sin vida industrial, en plena edad bucólica, no se ha formado aún esa vasta clase explotada por patrones voraces, vencida en la vasta concurrencia fabril, que aterra á las capitales burguesas con negros clamores de infortunio.

No tenemos densa población ni miseria irredimible. El obrero impone su salario, faltan jornaleros en las grandes propiedades agrícolas, la caridad se adelanta á la justicia para satisfacer las ambiciones del hombre miserable. ¿Cuándo recorrerá nuestras ciudades como en una visión apocalíptica la obscura procesión sajona de los hombres sin trabajo que piden á la aristocracia millonaria la gracia de vivir? En nuestras democracias es libre la ascensión social y será ministro ó terrateniente afortunado el hijo de vulgares inmigrantes. Dóciles plutocra-

cias aceptan, como blasón, el aúreo resplandor de arcas pletóricas. No posee el nuevo mundo inflexibles aristocracias, clase media ambiciosa, intelectuales, burguesía de órdenes diversos, jerarquía en la misma casta laboriosa; en suma, complicación excesiva de clases entre las cuales se mantienen rudas separaciones. El socialismo igualitario condena ese antiguo orden invariable. En América, la simplicidad del cuadro social, la nivelación democrática, el fácil avance de las nuevas gentes, la tolerancia plutocrática privan de base á los odios de casta.

Las mismas oligarquías flexibles, abiertas, que gobiernan, como en Chile y México, ó conservan, en otras repúblicas, privilegios sociales, no llegan á acumular fortunas, como los señores ingleses, los grandes burgueses de Francia ó la dorada aristocracia semita. Las familias ricas de América se rodean de inmensa prole y un código igualitario divide las fortunas heredadas entre los descendientes. El maltusianismo que domina á los « beati possidentes » de Europa, no ha llegado á ultramar. En Francia, Inglaterra ó Alemania, al obrero prolífico se opone el burgués previsor. En el nuevo mundo, rivalizan todas las clases en el amor á las biblicas familias, bendición de ancianidades patriarcales. Se desmenuzan las riquezas y se renuevan continuamente los grupos sociales; vuelven á la mediocridad los vástagos del millonario y adquieren preeminencia los nietos enriquecidos de gente anónima. Este perpetuo remozamiento de clases, ¿no es el ideal de los democracias? Sólo se justifica la violencia del socialismo donde la acumulación progresiva de grandes fortunas en un estrecho grupo perpetúa el vigor de antiguas oligarquías, como en la Venecia ducal ó en la imperial Inglaterra.

Existe ya una organización socialista en el nuevo continente; el gobierno es el tutor benévolo que distribuye las riquezas nacionales. Ninguna autoridad

puede luchar con ese poder centralizador. La burocracia creciente evoca los falansterios del socialismo paternal : el estado alimenta á los más aptos, al margen de la batalla económica. Crea puestos ó multiplica las obras públicas para « proletarios de levita » y proletarios de blusa. Comunidad indígena, minuciosa tiranía incásica, hermandades del Paraguay, ruda autoridad de virreyes y caciques, todas las tradiciones favorecen un difuso socialismo que se revela en el afán nivelador, en la abundante piedad, en el odio á los privilegios, en la fe en el estado providencial.

En vez de exacerbar esa herencia inquietante, nuevas generaciones laboriosas devolverán á la independencia personal su función en la vida pública. Una libre organización enonómica con sus útiles batallas, un eficaz industrialismo, la lenta organización de clases con intereses definidos, prepararán como indispensable etapa, esa remota edad de rebeldías proletarias, que llegará también á una América densa, rica, maltusiana, cuando se haya desplazado el eje de la civilización occidental, y las antiguas razas trasformadas en el nuevo mundo dominen á las naciones maternales y creen un Renacimiento latino.

1913.

LA REACCION CONTRA LA DEMOCRACIA

Era hace sesenta años la edad heróica de la democracia. Un nuevo evangelio sucedía, en las almas desencantadas, al cristianismo decadente. Con ardor profético enseñaban la flamante religión esos hombres del 48, trágicos y elocuentes, que oponían á la burguesía en progreso la rudeza de biblicas condenaciones. Del pueblo, de su miseria y de sus ambiciones hablaban Lammenais y Edgar Quinet y, desde la Irlanda inquieta hasta la Polonia dividida, un inmenso clamor de turbas rebeldes inquietaba á los reyes. Libertad é igualdad era el grito exasperado de los herederos de la Revolución y hasta la Iglesia fué dócil á este misticismo de barricadas y luchas civiles. Entonces escribía Tocqueville que había consagrado á los Estados Unidos un libro fervoroso : luchar contra la democracía es combatir contra Dios. En Lamartine ó en Michelet hallamos la prosa lírica que canta las glorias del credo igualitario.

Hoy reaccionan los ideólogos contra la antigua fe. Según la frase de Charles Péguy, ha degenerado la mística en política y es menudo juego de ambiciones y codicias lo que fué austera llama donde caían crepitando las escorias del mundo. La campaña contra la democracia es tan vigorosa que los más opuestos grupos coinciden en sus declaraciones. Cuantos elogiaron al superhombre y á los solitarios « enemigos del pueblo », a Nietszche ó Ibsen, odian el poder confuso de la multitud. Los aristócratas que perpetúan el sueño de

Renán claman contra el reino calibanesco de la mediocridad. Los artistas se sienten extraños á ese medio de filisteos y burgueses, estrecho, opaco, envidioso. Y el pueblo mismo desconfía de la república conservadora, de los demócratas oligarcas y anhela, terco y formidable, otra revolución. Asistimos á la crisis de la democracia, á su bancarrota, afirman sus enemigos; á su eclipse, sugieren sus tímidos partidarios. ¿No será, en estas perpetuas acciones y reacciones de la historia, una hora de inquietud que impone futuras renovaciones y no saldrá la democracia más robusta de este examen apasionado?

La igualdad, esperanza popular, ha llegado á ser un principio anticientífico. Si no hay dos hojas de un árbol idénticas, según la frase de Leibnitz, ¿cómo hallar ante la obra caprichosa de la vida, la esencial igualdad en que sueñan los demócratas? En vano quiere la educación destruir la obra de la herencia. Se multiplican las escuelas, se eleva al nivel de la cultura general, y surgen tenazmente las desigualdades de la obscura retorta donde trabaja un demiurgo invulnerable. La civilización acrece la diversidad, suscita, por la instrucción pródiga, por la concurrencia del trabajo, la aparición triunfante de la individualidad. A la antigua uniformidad de lentas sociedades se substituyen, en el vértigo moderno, la diferenciación progresiva de los cerebros y la bella discordia de las vocaciones. Pero, el credo democrático pretende detener esa corriente. Un notable filósofo francés, M. Boutroux, me decía una vez que el vicio capital de las antiguas y modernas democracias reside en la tendencia á nivelar y en el odio á las superioridades. Se aspira á la igualdad de cultura, de fortuna, de derechos y deberes, y para elevar al pueblo se impone á las aristocracias penosa declinación.

De allí el divorcio entre ideólogos generosos y la vida injusta. En nombre de la ciencia condenan críticos

adustos esta disminución de las virtualidades humanas. La aristocracia de la riqueza, del talento, de la virtud, es tan necesaria como la labor obscura de la multitud. Dentro del grupo se destacará pronto el director de hombres. En el régimen igualitario, la elección es el único medio de consagrar á esas figuras representativas. Pero ese sistema confía á la masa ignorante y pasiva la tarea sutil de designar á los más aptos para gobernarla é inspirarla. El pueblo odia las preeminencias, y aunque no las odiara, carecería siempre de la experiencia indispensable para descubrir entre los mediocres al civilizador eficaz. ¿Confiaríais al sufragio la tarea de escoger el ingeniero de una gran empresa industrial ó el médico que luche contra una peste voraz? Y sin embargo, el voto de ignorantes mayorías elige á los políticos, doctores en ciencia social, directores del más vasto de los organismos, cuyas acciones y reacciones no pueden definirse con la precisión habitual á las ciencias abstractas.

Por eso analiza Emilio Faguet, en las repúblicas, el « culto de la incompetencia ». El azar, el incierto tanteo, el horror á la responsabilidad individual, la tiranía anónima, presiden á estas democracias niveladoras. Esa es la más grave acusación contra el régimen igualitario que creó la Revolución sobre las ruinas de fuertes clases sociales y sólidas jerarquías. El parlamento es hostil á los ministros poderosos. Acusa de dictador á todo enérgico caudillo popular. Imperan el club ó la camarilla sobre la antigua acción de ministros imponentes. ¿Serían posibles Richelieu ó el cardenal Cisneros en medio de congresos que combaten toda justa primacía humana? Sólo se concibe la obra de los grandes creadores de historia, Cavour ó Bismarck, al lado de monarcas absolutos, frente á pueblos dóciles y ejércitos disciplinados. Donde el poder ignorante del número decide de las más grandes iniciativas, la guerra ó la paz, el honor

de un pueblo ó la caducidad de una dinastía, podrán formarse gobiernos impotentes cuyos órganos muestren, como cuerpos decapitados sólo, una efímera apariencia de vida. La defensa nacional, la política internacional, confiadas al ejército y á la diplomacia, no se armonizan con este instable régimen. El soldado es enemigo del pueblo, porque puede servir á futuros tiranos y robustecer las oligarquías; y la unidad y la continuidad de la función diplomática no pueden existir en repúblicas intensas agitadas por luchas internas.

La democracia invalida el principio de autoridad. Es escuela de individualismo y de anarquía. Destruye grupos, clases, asociaciones, todos los cuadros robustos donde crecía el hombre del antiguo régimen. La profesión, la corporación, el gremio, la familia, suaves presiones contra las cuales lucha el individualismo destructor. Es el satánico combate del hombre contra la especie, en nombre de la libertad; ha creado el divorcio que daña la estabilidad de la familia, la división de las fortunas para arruinar la herencia, el maltusianismo contra la fecundidad patriótica de los hogares, la igualdad civil del hombre y de la mujer que desconoce los saludables privilegios masculinos.

Pero, aniquilando la autoridad, no salva tampoco la libertad. Un polvo de átomos es incapaz de detener al estado omnipotente. Se condenaba la tiranía del grupo, pero se acepta la tutela del poder irresponsable, del estado centralizador y jacobino. La absoluta nivelación concede una ficticia igualdad. El hombre libre siente pronto, frente á sus ambiciones, la acción minuciosa del gobierno vigilante que ninguna institución limita ó contrarresta. Nada vale el individuo sin el grupo que lo sustenta, comuna, clase social, sindicato, asociación moral, familia coherente. Allí está la defensa del hombre contra todas las tiranías. El estado debe ser fede-

ración de sociedades parciales, fuerte unidad á que contribuyen la célula activa y el órgano necesario.

A pesar de estas críticas, la democracia vive é impera. No negaremos sus graves imperfecciones; pero inútil sería luchar contra ella, síntesis de tenaces ambiciones modernas. Ha llegado definitivamente lo que un elegante sociólogo inglés, Walter Bagehot, llamaba la « edad de la discusión ». El hombre examina tradiciones y prejuicios y rechaza presiones colectivas y sentimientos unánimes. El individualismo, principio disolvente, hostil á las duras jerarquías, domina hoy en las luchas humanas : violenta aspiración á la autonomía moral y material, escepticismo ante los credos históricos, frenesí de dichas ignoradas, egoísmo reflexivo que levanta al hombre contra la ciudad, la familia y la patria y desdeña el porvenir por el presente. La democracia es el reino del individualismo igualitario, agresivo, anárquico y por eso es formidable su vitalidad. Gana á la clase media en el Japón y en Turquía, en los « zemtsvos » rusos y en los parlamentos australianos. En la más grave de las monarquías, en Inglaterra, reclaman el referéndum, la consulta al pueblo soberano, los mismos conservadores enemigos del « home rule » para Irlanda. Donde la burguesía se ha convertido en cerrada oligarquía, exige el pueblo la iguåldad; donde conserva la nobleza sus privilegios, batalla la clase media por la nivelación y el sufragio. A la democracia masculina se agregarán pronto las mujeres que reclaman, en nombre del principio igualitario, el derecho á votar. Hacia la nivelación, avanza el mundo, aunque en el término sólo encuentre la final quietud vacía de deseos. En vez de oponerse á ese terco movimiento conviene canalizarlo y agregar al principio igualitario el respeto de útiles jerarquías. Que surjan lilbremente las superioridades del talento y de la virtud en el seno de la uniformidad inicial; que la escuela y la protección

financiera del estado faciliten la necesaria aparición del hombre superior, y que esta preeminencia, don de la vida, origine deberes hacia la masa humana, obscura y miserable; que, finalmente, no sea la riqueza el único título de poder en sociedades niveladoras. ¿Ensueño de idealista exasperado, diréis? Va realizándolo la clase media ambiciosa. Destruyó antiguos privilegios, llegó en el vértigo nivelador á la atómica dispersión. Urge hoy concentrar las fuerzas divididas y devolver á las asociaciones su virtud esencial. En ellas se desarrolla más seguro de sus derechos, más libre frente al poder, más rico en espíritu de disciplina y de sacrificio el hombre; y de la emulación y, de la lucha entre las sociedades cooperantes, deriva nuevas fuerzas la colectividad. Sin volver al antiguo régimen, se puede respetar el poder de la iglesia y del municipio, asegurar la continuidad de las familias atribuyendo al jefe de ella ciertos privilegios, proteger los sindicatos, los grupos económicos morales ó intelectuales, evitar los excesos del individualismo por la influencia de la asociación, y los peligros de la tutela eclesiástica ó política por la multiplicación de instituciones y clases que defiendan su autonomía dentro de la nacionalidad.

En América también es la democracia el ideal político de constituciones generosas. En el norte la realizaron, con fervor protestante, esas pequeñas repúblicas que dominan hoy, agrupadas, sobre dos océanos.

A despecho del avance plutocrático, reina la igua dad en los códigos y en la vida y diariamente surgen del pueblo hombres dominadores. La escuela y la opinión nivelan y la misma riqueza es instable privilegio ante la continua elevación de nuevos multimillonarios.

Frente á esa democracia simple, ingenua en medio de su grandeza, hallamos, en el sur, oligarquías y resabios feudales, castas libertades por las leyes y esclavas por la fuerza del hábito, poderes autocráticos,

razas que no han alcanzado la deseada fusión. El principio democrático no ha pasado aún del abstracto cuadro politico á la realidad diversa. Lastarria, Bilbao, Montalvo, repitieron en nuestras soledades el himno lamartiniano á la democracia. Ingenuos estatutos atribuyen al indio servil los mismos derechos que al criollo dominador.

Sin la inmigración, no hubiera podido realizarse, en el nuevo mundo, el ideal de sus fundadores. Una escuela de sociólogos franceses ha demostrado que la igualdad se halla vinculada á la densidad social. En el desierto, domina el caudillo ó la divinidad implacable de las religiones monoteístas. Poblada la América, por gente europea, podrá ser la república realidad en las costumbres como fué prematura declaración en las cartas políticas. Ya en los pueblos que han resuelto el problema de la diversidad étnica, como la Argentina, anuncian nuevas leyes sobre el voto obligatorio que termina el período de los combates caudillescos, con la participación imperativa á la vida cívica, con la representación de las minorías por simple que ella sea. La formación de una flamante población laboriosa que los barcos pródigos arrojan á las costas hospitaliarias disuelve pronto los antiguos partidos y se forman esas agrupaciones de base económica, que ha anunciado el doctor Ingenieros. En los pueblos ricos, densos, complicados, donde la diversidad no llega á disolver la unidad necesaría, puede ser la democracia realidad política y social. El individualismo es nuestra herencia moral : la república lo satisface, lo afirma hasta desconocer útiles tradiciones. Contra el hombre rebelde á toda disciplina y revolucionario por hábito, hemos de consolidar las escasas presiones colectivas que subsisten, la familia todavía poderosa, la Iglesia que conserva los penates morales, las incipientes sociedades que sirven de fuerzas intermediarias entre el hombre anàrquico y

el Estado tutelar. Así será la república en América, si no el reino de Dios en que soñaba Tocqueville, siquiera el cuadro indispensable donde se formen multitudes libres y laboriosas, que amen la igualdad pero sin envidiar justificadas preeminencias y exalten el progreso, sin desdeñar recuerdos tutelares y gloriosas tradiciones.

1913.

LAS IDEAS MONARQUICAS EN FRANCIA

La república es, en Francia, realidad y tradición. Ha vivido 40 años un régimen político en la nación inquieta, donde desaparecieron los tronos en un vértigo popular y se levantaron imperios sobre las ruinas de democracias excesivas. Ha hundido entamente sus puntales en la tierra propicia, ha creado hábitos tenaces, ha vencido reacciones y obtenido la paz social. ¿Será una faz perdurable de la vida francesa? Lo niegan, con rara persistencia, los miembros de un cenáculo agresivo, la Acción Francesa, en las páginas de un diario, en conferencias frecuentes, en una « revista crítica de ideas y de libros », en toda una biblioteca de restauración histórica y política donde interpretan hechos pasados y recientes sucesos con criterio monárquico. Una joven guardia, los « Camelots du Roy », acompaña con actitudes violentas la ideal propaganda y un curioso fanatismo va conquistando á las estrechas huestes realistas.

Charles Maurras es el jefe de este movimiento. Director político, ideólogo y pontífice, reúne todas los atributos. Por la más extraña de las contradicciones, engendra un misticismo el más sereno de los intelectuales, racionalista enemigo de excesos en el sentimiento, de rudezas en el instinto. Fué en su brillante mocedad crítico notable que predicaba, contra la pasión romántica, el noble señorío de la razón y defendía el ideal

romano — clasicismo, orden, disciplina poética — frente á las delicuescencias de las pequeñas capillas. Recordamos algunos de sus juicios armoniosos en la « Revista Enciclopédica », páginas definitivas sobre Afrodita, apasionadas « ejecuciones » de Brunetière. De pronto el analista de prosa cristalina, afirma y afirma rudamente. El « Affaire », la agitación francesa en torno a la cuestión Dreyfus, le ha revelado su misión política. Es su camino de Damasco. Desciende á la inflamada palestra en nombre de la gran tradición francesa. Monarquía, catolicismo, he ahí sus principios directivos. Pero él no cree en la religión ancestral. Es pagano y se inclinó, como Renán, ante las ruinas clásicas, para comprender el orden de una civilización racional y bella.

Aceptará á la Iglesia, obedeciendo al imperio de la razón, porque ella disciplina, congrega, unifica; porque, en las grandes etapas francesas, se unieron la vitalidad católica y la fuerza nacional, desde Juana de Arco hasta Richelieu. Será ateo católico, si es necesario, defenderá a Roma, símbolo de unidad, y al rey, símbolo de continuidad. Demostrará las tesis más retrógradas este incrédulo apasionado — la inquisición, el odio al semita, un nuevo edicto contra los protestantes. Para obtener la unidad subscribiría los rojos decretos del duque de Alba ó repetiría las escenas del terror; un terror elegante y saludable.

Una doctrina firme, coherente, una pequeña « suma » política para uso del príncipe que vendrá y de los mancebos ferverosos que le esperan, ha elaborado este ceñudo director de conciencias. Su primer dogma es la necesidad de un rey que imponga unidad á la nación disgregada, y represente á la patria francesa, á su familia centenaria, que creó desde los Capetos, esta admirable realidad nacional. Con él la continuidad, la tradición, la permanencia, todos los factores de la estabilidad

contribuirán al poder futuro de este pueblo, sin normas y sin fe. Dondequiera que un rey impera, hallan los realistas solidez y progreso. Monarquía es la mágica palabra, el « schibóleth ».

Sin ella, no hay política internacional. Tal es la enseñanza perenne de Charles Maurras. ¿Cómo queréis en democracias parlamentarias, mudables e irresponsables, ese grave pensamiento de imperio exterior, que se apoya en el tiempo, que exige una dirección lenta, rectilínea, progresiva? Las casas reinantes, por alianzas de familia, por la continuidad hereditaria, pueden fundar una política más allá de las fronteras, evitar coaliciones y preparar desquites. La república gasta su esfuerzo en las querellas internas : á ellas se limita su autoridad y su influencia. Un socialista parlamentario de brillantes campañas, Marcel Sembat, ha venido á apoyar este pesimismo doctrinario en un libro que acaba de publicar y propagar la prensa sonora. En él dice á los partidarios del régimen actual : ó sois pacifistas ó aceptáis un rey. Renunciad á la guerra, desarmaos ó traed un monarca. Es el mismo dilema de Maurras.

No sólo tiene la república vicios esenciales, según este jacobino de la derecha, sino que, bajo su gobierno, esta Francia brillante que admiráis y donde buscáis las huellas del alma antigua, no es sino un pueblo dominado por extrañas castas. Cuatro estados hostiles se han adueñado del estado tradicional, parásitos que consuman su obra de muerte. El judío, el protestante, el masón, el extranjero (« meteco »), usurpan esta tierra católica. Son agentes de revolución, de hostil individualismo, de disgregación riente. Los partidarios del rey ven al judío en todas partes, en la finanza, en el teatro, en la sociedad y lo execran. Y no sólo persiguen al semita, tanto más rebelde á la asimilación cuanto más perseguido, sino que denuncian el peligro protestante en un pueblo donde la reforma es gran tradición

de austeridad y de alteza intelectual. Reconocen que puede ser excelente esta minoría de pastores y profesores, pero, lógicamente, la condenan, porque destruye, con el análisis negativo, la unidad nacional. El masón es enemigo, como el judío, enseña un anticlericalismo vulgar contra la robusta tradición católica. Y lo es también el extranjero que explota esta civilización á que no ha contribuído, eslavo extraño á la claridad francesa, alemán que invade los servicios domésticos, italiano que se convierte en dócil obrero, gentes de Oriente y de Occidente que ponen notas discordes en la armonía francesa.

¿Cómo destruir un régimen, una sociedad, un orden centenarios? Los realistas ambicionan la más audaz, la más utópica de las restauraciones. Vuelven al antiguo régimen, más allá de los siglos áureos, ambicionan la reconstrucción de formas y privilegios medioevales. Sueñan en las corporaciones, en los gremios, antecedentes de los sindicatos actuales; oponen al parlamentarismo la reunión de delegados gremiales; restringen el sufragio ó lo destruyen; acrecen el poder real; quieren para el judío y aun para el protestante, estatutos especiales, leyes privativas que los separen de la comunidad, como en Rumania, ó en Rusia. Imponen el éxodo al extranjero, robustecen el espíritu regional en la Francia unificada, confieren á la Iglesia una autoridad tutelar. Contra la obra revolucionaria, levantan, evocando antiguas almenas y orgullos feudales, la antigua ciudad donde la nobleza provincial, el tercer estado sumiso y los reyes formidables construían pacientemente la nacionalidad.

Pero, ¿podrá destruirse así la obra de los siglos, y el río abundante, cargado de sangre y de ruinas, violento é irrestañable, volverá á su fuente remota? Un sociólogo, Tarde, pensaba que el curso de los sucesos humanos es irrevocable, y que no se puede volver de lo

complicado á lo simple, de lo diverso á lo homogéneo, en la más inquietante de las abdicaciones. Los realistas preparan una contrarrevolución, en hechos y en ideales, y olvidan que la religión del 89, igualitaria y popular, vive todavía en grandes templos cívicos, donde se pronuncian palabras elocuentes.

De las frases mágicas, palabras de ese credo generoso, ha realizado la revolución una libertad tan completa que amenaza degenerar en licencia. La ironía, don francés, el sarcasmo violento, nada respetan. La prensa discute ó insulta, el cancionero pone en solfa, el *music-hall* lleva á burlescas escenas á presidente, diputados y ministros, graves académicos y mundanos sonrientes. La igualdad, favorecida por la menuda división de la propiedad, por el código napoleónico, por la inmensa burguesía que ahorra y aspira, es la base de este sistema político y social. No se ha conquistado la soñada fraternidad; pero la república acumula leyes previsoras en favor del obrero; impuestos agresivos contra la riqueza, y, en sus declaraciones, el programa de reformas sociales es tan esencial como la defensa laica ó el viejo radicalismo.

Un código, obra cesárea, favoreció la división de los bienes tradicionales. Caducaron los mayorazgos en que fundaba la nobleza su elegante vitalidad; y una profusa multitud aspiró á pequeñas propiedades, fragmentos de la tierra ubérrima, ó casitas que rodea un jardín minúsculo en los arrabales de las ciudades. A medida que se extiende esta clase de modestos propietarios, diríase que se arraiga más la república burguesa. Maternalmente sonríe, bajo el empolvado gorro frigio á esta activa muchedumbre que restringe la prole para ascender en el orden social, que ama la igualdad para aspirar á todas las funciones, que no quiere castas invulnerables ni ceñudos privilegios. ¿Cómo restaurar la monarquía ante este inmenso tercer estado rico, incrédulo,

económico, liberal en política y conservador en finanzas?

La república, dicen los realistas, no puede mantener, en el orden internacional, propósitos durables. Su política exterior es tan errabunda como la vida de sus parlamentos. Pero esa tercera república ha realizado admirables pactos, la alianza rusa y la « entente » con Inglaterra, quizá el final acuerdo con España. El aislamiento germano, ¿no fué el empeño de un político de este régimen instable? De las república recibió el ejército serio impulso, base de una firme diplomacia. Alrededor de la alianza francorrusa gira la incierta política europea.

El judío concentra en sus manos sutiles la riqueza mundial. No se vincula á la tierra sino al oro nómade, á los valores bursátiles, á la finanza internacional. Fundar contra este poder difuso un régimen político, hacer del antisemitismo la base de una reacción, es, en una edad plutocrática, el más funesto de los errores. Por eso los imperialistas concilian su ambición de gobierno con la tolerancia hacia la dinastía voraz que ha levantado el definitivo templo á Mammón. Los Napoleones ennoblecieron al semita y fué su amistad el sésamo de las arcas cerradas.

El imperio traído por el oro judío, he aquí la ambición de los plebiscitarios de la prensa aristocrática, de indóciles parlamentarios. Se murmura ya que una princesa viene de Flandes á coronarse en París, denso empeño belga que hace sonreir a esta ciudad escéptica. La sombra augusta del César vela desde los Inválidos sobre la ciudad amada; pero el segundo imperio está ligado á Sedán. Víctor Sedán, llama al pretendiente la agresiva Acción Francesa. ¿Cómo redorar el blasón humillado? La aristocracia está dividida. El « Affaire » ha excitado su antipatía para la raza de Israel. En vano el Napoleón anhelante que espía desde Bruselas el

rumor francés, dice á los políticos que admira su obra y su fe, y les ofrece, entre sonrisas, el gobierno de mañana. Nadie le escucha, y sólo los cancioneros de Montmartre, al imitar los rasgos de un Millerand-Bonaparte, sostienen, desde brillantes estrados, su ambición.

Weiss, el crítico diletante, decía en Burdeos, después de la guerra, al presenciar las luchas de Gambetta y Julio Simón, y el fervor de una asamblea trascendental : « la república durará, porque los franceses la tienen en la sangre. » Son peligrosos los vaticinios; pero no puede negarse la verdad de esta opinión. Una república conservadora, una república consular, parece el ideal francés. Largos períodos presidenciales, robustecimiento de la autoridad contra la instabilidad parlamentaria reclaman los políticos y publicistas. Y después de los jefes de estado honestos y borrosos, la gran figura de Poincaré significa el triunfo de esta dirección nacional. La ley de tres años, que asegura la defensa nacional, la presidencia de un hombre de estado de primera línea, alejado del radicalismo y de la demagogia, la lucha contra la tiránica Confederación del Trabajo, robustecen á la república amenazada por los excesos de un parlamentarismo disolvente.

Ni reacción ni revolución : tal es la fórmula francesa, moderada, serena, eficaz. La monarquía sería la reacción; el socialismo antipatriota, la revolución. Fatigada de un anticlericalismo estéril, la sensatez burguesa critica y aleja el peligro socialista. Lo detiene con un « coup de barre » á la derecha, uno de esos cambios tan frecuentes en este pueblo nervioso, á quien fatigan todos los excesos, de la religión ó de la irreligión, de la autoridad ó de la libertad.

Frente á la república norteamericana gobernada por « clergymen » de levita, amenazada por « trusts » invasores, tumultuosa, advenediza, se levanta en el centro del mundo esta república ateniense, audaz, liberal,

donde surgen de la obscuridad plebeya, para llegar á las doradas cimas de la gloria, diariamente, hombres nuevos; donde la razón, el « logos » antiguo, se extiende á todos los hombres; donde parecen haberse fijado por centurias las altas formas del ingenio, del arte y de la gracia.

1913

EL CONFLICTO DE DOS PEDAGOGIAS

El « primario » que afirma dogmáticamente y simula ciencia, el erudito que duda en nombre de un enciclopedismo ostentoso; tales serían los tipos humanos creados por dos escuelas extremas. Utilitario, áspero en la lucha, el primero; elegante y escéptico el segundo, dulcemente inclinado á las seguras posiciones burocráticas. No hallamos en el ambiente de hoy ni á aquel señor Homais ni á este Fausto desengañado; pero si dos pedagogias en conflicto llegaran á sus últimas conclusiones, crearían seguramente esas humanidades incompletas.

Luchan dos escuelas por el predominio. Tenaz antagonismo que se extiende á Europa : en Alemania la práctica « realschule » rivalizao con los clásicos gimnasios; en Dinamarca, las escuelas para el pueblo, para el hombre de campo, progresan á despecho de la enseñanza tradicional; en Inglaterra, universidades modernas disputan la hegemonía á Oxford y Cambridge, baluartes del saber aristocrático; en Francia, una reforma de vastas proyecciones desarrolla, desde 1902, la enseñanza utilitaria. En todas partes se desdeña el latín, se considera que el griego es inútil arcaísmo y se sustituye á la retórica elegante el estudio de las ciencias y de las lenguas modernas. Es una transformación de espíritus y de métodos. « Non scholae, sed vitæ discimus, » dicen los novadores : preparamos para la vida y no para la escuela. Modernizan el cuadro escolar, derriban el claustro, relajan la disciplina, aspiran á

educar á una juventud enérgica, que se agite en los mercados y conquiste los mares. Ni escolástica ni antiguos prejuicios. El imperal avance que enseñan á la Europa aletargada los yanquis invasores : culto del dólar fecundo, olvido de escrúpulos morales, progreso industrial sin esa nostálgica mirada al pasado que petrifica al hombre moderno, como una bíblica maldición.

El industrialismo y la corriente democrática explican el éxito de las nuevas escuelas. Las máquinas imponen, en el siglo último, una complicada división del trabajo. La tarea humana se hace menuda, parcial. Urge adaptar al obrero á una función reducida en el vasto organismo industrial : se estrecha su horizonte, se ensombrece su vida. En el mundo que pueblan nuevas fuerzas como el vapor ó la energía eléctrica sólo conocerá bien el fragmento de máquina que construye, un tornillo minúsculo, un detalle de llave. Es útil la enseñanza profesional que improvisa hombres aptos para esta edad de las máquinas. El éxodo del campo á la ciudad voraz llena los talleres de una multitud famélica rica en nociones prácticas. Se le enseña un catecismo industrial. La escuela utilitaria que arma para la dura concurrencia de las fábricas, la escuela especializada atraen a estas generaciones laboriosas. Se puede ignorar la historia patria, la religión tradicional, el lenguaje; pero no aquella ciencia homeopática que facilita el cotidano esfuerzo en las inmensas salas, bajo al sonora tutela de poleas y calderas estridentes.

La democracia odia el privilegio escolar. El colegio donde se educa la burguesía enriquecida, le parece fábrica de desigualdad y de orgullo científico. Enseña disciplinas inútiles, separa á las clases sociales, mantiene arcaicas tradiciones. En vez de elevar el nivel de la escuela, la corriente democrática condena el régimen de los colegios, la instrucción secundaria. Su ideal es la nivelación en la cultura, reflejo de la igualdad en la

vida. El verdadero democrata es el « primario » de la novela de Daudet : rudo, limitado, agresivo, bloque humano que ningún sabio cincel depuró.

La vida moderna exige escuelas adecuadas y una pedagogía ambiciosa las multiplica en nombre de la igualdad y de las luchas comerciales. De Rollin á Rousseau había cambiado el sistema educativo : después de exaltar el cultivo de las letras, enseñaba el amor á la naturaleza en un libro idílico, el Emilio. Los antiguos modelos, el refinado saber clásico, el perfume de sociabilidad, las maneras desarrolladas en la vida del salón, todo era inútil para este directo coloquio entre el hombre ingenuo y la naturaleza magistral. A las severas escuelas jesuíticas que forman al hombre de mundo, suceden los famosos « jardines de niños ». La cátedra adusta se convierte en recuerdo, gracias á Froebel y á Pestalozzi. Spencer, discípulo de Rousseau, quiere formar, en nuevas palestras griegas, « buenos animales ». Se vuelve á lo espontáneo, se endiosa el libre instinto, en las clases primaverales. Se opone la práctica á la vetusta erudición, la inducción á la escolástica, el saber sugerido por la vida al servil respeto de las tradiciones.

Y los excesos de esta reforma engendran reacciones. Toda revolución provoca una contrarrevolución, lo mismo la obra jacobina que la pedagogía del Emilio. Son los « corsi » y los « ricorsi » de Vico, que forman la curiosa trama de la historia. Culminaba hace veinte años la tendencia utilitaria en la enseñanza: el Káiser criticaba el exagerado clasicismo de los gimnasios y un profesor francés pedía para la nueva juventud un « baño de realismo ». Pronto conquistó el empirismo á las generaciones fatigadas de ciencia. Desdeñaron aún la preparación científica. La práctica se convirtió en clave del éxito industrial. Si la cultura clásica había engendrado pedantes envanecidos, la inspiración moderna

conducirá, en sus aplicaciones extremas, á una ignorancia estéril en la misma vida del taller. Lord Rosebery explicando el estancamiento comercial de Inglaterra, enseñó á la multitud británica la necesidad de una amplia cultura. El libro no fué ya el enemigo ni la escuela una absurda prisión.

Se realizaba así una vasta experiencia humana. En la lucha entre la naturaleza y la cultura, entre el instinto y la disciplina moral, vencía la tradición. Sin duda, convenía, según las enseñanzas de la escuela moderna, robustecer el cuerpo con las luchas del deporte, armar á la juventud para la vida; pero el hombre fuerte, hostil á rudas reglas, empujado á la lucha por la exuberancia de todos los apetitos, ¿no era el « gorila lúbrico » de que hablaba Taine? Aquella fe en el instinto, en la bondad natural del hombre, de la época de Rousseau, parecía un sarcasmo ante el angustioso espectáculo de la batalla social. Crecía la criminalidad juvenil, la viciosa precocidad de los nuevos vástagos, al mismo tiempo que se extendía el imperio de la escuela laica. Esta coincidencia á la que atribuyen espíritus reaccionarios el valor de una explicación causal, decía á todos que la enseñanza profesional sin fe en la patria ó en Dios, hacía de cada hombre como en el formidable Leviatán de Hobbes, un lobo famélico para todos los hombres.

Contra esa peligrosa simplificación de la cultura se levantan los tradicionalistas. A la preocupación profesional, agregan el sentido de humanidad. Repiten con Guyau, que nuestra primera profesión es la de ser hombres. La educación de la voluntad y del juicio, el culto del patriotismo, supremo vínculo en naciones disgregadas, el respeto á la religión ancestral forman armoniosos tipos humanos. Poblar la memoria de nociones ó afinar el brazo indócil, no puede ser en las escuelas modernas, el término exclusivo de la actividad

magistral. Las universidades populares, la extensión universitaria, las diversas formas de enseñanza post escolar se proponen enriquecer la inteligencia del obrero. Luchan contra la influencia de la taberna en nombre de la literatura, del arte, de altas inquietudes. La escuela es tan sólo preparación para más amplia cultura; la completa la vasta experiencia del trabajo dirigida por una curiosidad siempre en progreso.

Elevan el espíritu de la enseñanza primaria y profesional y no olvidan la educación de los colegios, estos enérgicos reformadores. En el liceo, en el gimnasio, se da la cultura general sin finalidad utilitaria. Antes de escoger una profesión, reciben allí los hijos de la burguesía ó de las clases dirigentes el sello del humanismo. Es decir que seguras disciplinas, operando sobre el espíritu informe, desarrollan todas las facultades. Ni crece la memoría á expensas del juicio, ni se olvida la voluntad, ni el cuerpo adquiere una viciosa supremacía. Se ambiciona formar hombres de niños obedientes á la espontaneidad del instinto ó á la viciosa veleidad del sentimiento. Una firme jerarquía reinará en el alma juvenil lo mismo que en la sociedad y en el estado. El maestro utiliza la antigua experiencia humana, desde la palestra griega hasta el liceo francés, y aspira á formar individualidades completas.

La universidad perfecciona la obra de los colegios. Crea la « élite » de la nación. Sin ellas monarquías y repúblicas se convierten en triste Beocia. Al prejuicio democrático que mide el progreso humano por la significación numérica de la multitud, se opone hoy la convicción de que, sin la influencia de clases directoras, cultas, activas, refinadas, una turbia mesocracia extiende su fanático imperio. De la *élite* llega á las clases inferiores, por la acción de la imitación y del prestigio, la cultura, el gusto, la moda. Si la confusión niveladora es estéril, la creación de aristocracias intelectuales ó el

refinamiento de los plutócratas ennoblece á las sociedades contemporáneas.

Un ejemplo parcial ilustra este conflicte de dos pedagogías. Es la crisis de la universidad francesa. Como la Sorbona domina á liceos y escuelas y forma el stock de maestros para la república, al decir enseñanza universitaria se entiende aquí educación nacional. Programas y textos, ideal pedagógico, maestros, todo nace en la antigua mansión del saber.

Una fuerte campaña proclama contra ella la bancarrota de la cultura primaria y democrática. Dos libros publicados por « El Mercurio de Francia » denuncian el malestar de escuelas y colegios. Agatón — seudónimo de dos jóvenes escritores, Henri Massis y un hijo del sociólogo Tarde, Alfredo de Tarde — Pierre Lasserre, uno de los más vigorosos talentos de la Francia tradicionalista, atacan el saber oficial en libros virulentos. La Sorbona, representante del estado republicano, creó una metafísica nacional, protegió á las escuelas en detrimento de los colegios, formó al « primario », aspiró á nivelar en vez de distinguir, desconfió de los recuerdos ligados á la monarquía, defendió las ciencias contra las letras, la cultura moderna contra el clasicismo, el espíritu laico contra la religión, la democracia contra la « élite ». Realizó la más funesta de las reformas en la Francia ateniense.

Diversas supersticiones se han impuesto en la universidad moderna. Se cree en los idiomas vivos, en las ciencias naturales, en la erudición y se olvida la importancia pedagógica del latín, de la historia, de la formación del gusto. Nadie negará que las matemáticas disciplinan la mente. Obligan á la precisión, al vigor deductivo, á establecer lógica dependencia entre fórmulas y ecuaciones. Así se forma lo que llamaba Pascal « espíritu de geometría », pero otro espíritu necesario, el de « *finesse,* » sólo lo dan las letras. Una inteligencia

que carece del sentido de los matices, y aplica á la vida fríos teoremas, fracasará en las luchas cotidianas. Existen grandes sabios ingenuos que viven en un pálido mundo algebraico, incapaces de adaptarse á la vida. Aun desde el punto de vista práctico, son útiles las letras que desarrollan el juicio y llevan á comparar y distinguir. Los franceses elogian la influencia de la versión latina : es una escuela de análisis. El espíritu adquiere flexibilidad al estudiar esa lengua de libre sintaxis y admirable precisión verbal.

Lasserre condena en su libro sobre la « Doctrina oficial de la universidad » la guerra á las humanidades, es decir, al latín y á las letras clásicas. Un profesor de la Sorbona, Gustavo Lanson, reprocha á esta educación liberal, inspirada por antiguos modelos, su carácter antidemocrático. « Era sobre todo burguesa, escribe, tendía á glorificar y á conservar una clase social ». La Francia igualitaria y revolucionaria que ataca á la sociedad explotadora debe renunciar al clasicismo en nombre de la igualdad. La enseñanza general que dan los colegios le parece « formalista, brillante, superficial ». Defiende la escuela primaria, la escuela técnica contra el liceo burgués. Pero entre las primeras letras y la escuela profesional ó la Facultad universitaria, debe existir una institución de cultura desinteresada y armoniosa. Los norteamericanos lo han comprendido en su mismo afán positivo y democrático : antecede á la escuela de derecho ó de medicina, en las grandes universidades, el « *college* » donde se forma el espíritu en el estudio de las letras y de las ciencias, se excita la curiosidad, se robustece el juicio, se afina el gusto, se puebla la memoria de clásicos recuerdos. Libremente, sin la restricción utilitaria, disertan allí los jóvenes sobre los grandes problemas de la naturaleza y de la vida y dan á sus inteligencias flexibilidad, gracia y armonía. Del colegio secundario, surge la aristocracia

futura. Políticos ú hombres de negocios, abogados ó médicos que llevan á la especialidad profesional ideas generales y un noble sentido de humanidad.

¿Cuáles son estas ensenanzas liberales que forman el espíritu? Lasserre defiende el latín, gran instrumento de precisión, ciertas ciencias, como la astronomía y la física general que extienden la visión humana, las reglas esenciales de la gramática y de la lógica, los principios de la geometría y de la mecánica. Es decir, no una engañosa enciclopedia, sino firmes normas para el espíritu. Salvar á la enseñanza media de la superficialidad primaria ó del utilitarismo profesional, es contribuír al ennoblecimiento de la juventud.

En la Sorbona que admiramos hallan modernos críticos una enseñanza germanizada. ¿Oposición de estos dos grandes pueblos, de alemanes y franceses, se dirá? La erudición, las « fiches » ó sea esos cartoncitos en que acumulan notas los universitarios estudiosos, el odio á la exposición elegante, al arte de la prosa, el triunfo de la bibliografía : he aquí el germanismo para los escritores franceses. Olvidan las vastas síntesis de un historiador teutónico, Lamprecht, ó los ingeniosos ensayos de un profesor de Berlín, Simmel. Considerando estas dos culturas en grandes bloques, la profundidad parece privilegio de ultra-Rin y la claridad excelencia parisiense.

El genio alemán arroja verticales golpes de sonda en la conciencia, en el misterio y trae del subsuelo de la vida joyas informes que necesitan del cincel francés. Se completan ambas civilizaciones. Mezclarlas es renunciar á la originalidad nacional. De aquí el rudo antagonismo entre germanizantes y tradicionalistas. Después de la guerra del 70, se creyó que el maestro de escuela prusiano había vencido en Sedán. Se alteró, á imitación de la nación victoriosa, el espíritu de las universidades. Una polvorienta erudición invadió los claustros

donde resonara la elocuencia sibilina de Michelet. Soñaron los franceses en ser pesados como un palimpsesto, renegaron de la gracia tradicional y escribieron, con supremo esfuerzo, libros monótonos. Hoy Agatón y Lasserre y Bouasse, innúmeros polemistas, defienden el ideal castizo.

En literatura, el profesor Lanson impone métodos científicos. Ante un cuento irónico de Anatole France, en vez de opinar o criticar, reuniremos curiosidades bibliográficas, estudios de influencias, compararemos y glosaremos ediciones. Sabremos así á quién imitó el gran novelista, pero no leeremos su prosa cristalina. Hay temas de tesis doctorales que hacen sonreir : estudio del infinitivo en Tácito ó del « que » en el novelista Bourget. En cuatrocientas páginas disertan los jóvenes maestros sobre asuntos minúsculos. Se convierten en ratones de biblioteca. Preparan en ocho ó dies años grandes infolios de la más hórrida pedantería. Se cita, como obra maestra del género, una edición de las cartas filosóficas de Voltaire preparada por Lanson y el estudió de las fechas de las poesías que reunió Víctor Hugo en las « Contemplaciones ». Es la obra de un discípulo predilecto de aquel maestro. Se propuso el profesor francés descubrir en los escritos de la época, en los « folletos y sobre todo en los periódicos, la imagen de los hechos y de los movimientos de ideas que, por medio de intermediarios muy difíciles de descubrir, ejercieron influencia sobre Voltaire de 1726 á 1729 ». Y para ello leyó todos los periódicos ingleses en el British Museum y trató de investigar las sugestiones « orales » que pudo sufrir el gran negador en esos años. Su libro tiene 550 páginas.

El estudio sobre las Contemplaciones es más curioso aún. Está lleno de fórmulas, como un tratado de cálculo analítico. Para descubrir las fechas de las poesías no se compara el espíritu de cantos diversos ni se ana-

liza la evolución artística de Hugo. Más científico es el procedimiento : se estudia en todos los versos del poeta el lugar de la cesura; si está en el hemistiquio, la fórmula del verso será 6x6; se establecen otras fórmulas para las diversas posiciones de la cesura; se construyen cuadros en que se fija cuantas veces usó el maestro, entre 1830 y 1854, año por año, de los diversos cortes métricos, y con arreglo á esos cuadros, se llega á determinar, con gran aproximación, según la fórmula del verso, la época en que fué escrito. Estos eruditos trabajos entusiasman á la Sorbona. Son juegos pacientes en que no intervienen ni el juicio ni el gusto. La mediocridad erudita se substituye al espíritu crítico.

Igual afán erudito domina en los estudios históricos. Se desconfía de la síntesis, del cuadro evocador, á la Taine ó á la Thierry; se condena la literatura. Pululan obscuros doctores en los archivos amarillos reuniendo cartoncitos de menuda erudición : la Sorbona los alienta. Ciertamente, la historia romántica de Michelet abusó de las generalizaciones temerarias. Pero no se concibe estudio del pasado que se detenga en la simple erudición. Relacionar hechos, organizar los datos adquiridos : tal es la ambición del historiador. Escribe Lasserre con gran precisión : « sería vano buscar una demarcación de los dominios de la erudición y de la historia; ésta es el coronamiento inmediato y sin transición de aquélla ». Cita á Fustel de Coulanges como ejemplo de estos historiadores que unen la erudición y el espíritu sintético.

En filosofía triunfa el kantismo en la nueva Sorbona. Importación alemana de que abominan los nacionalistas franceses. La posición crítica de Kant, profundamente ligada al protestantismo, no corresponde al espíritu católico y clásico de Francia. Desde Lachelier hasta Delbos, esa filosofía es el credo oficial de la uni-

versidad; dicta una moral estoica y favorece un pensar escéptico. Los críticos de hoy exigen una restauración de la gran tradición francesa, de Ravaisson. No creemos que en las ideas filosóficas pueda practicarse una patriótica selección; pero ¿cómo aceptar, en la enseñanza oficial, el olvido de grandes maestros del siglo XIX, como Augusto Comte ó Le Play, Bonald ó Cournot? La Sorbona ha creado una metafísica revolucionaria. Defiende « la religión » de 1789, exalta á sus profetas: á Quinet, á Michelet, á Pierre Leroux.

El Estado no puede tener su filosofía e imponerla á la juventud: el gobierno no elabora ciencia, dicen los enemigos de la Sorbona. Y sus partidarios replican: la universidad no tiene doctrina propia; analiza todas las especulaciones. Es el baluarte del espíritu crítico contra todos los dogmatismos. Pero insisten los contradictores: un filósofo que enseña doctrinas contrarias á la República y á la Revolución no tendrá cátedra en las grandes escuelas oficiales; indirectamente, el Estado consagra determinada ciencia y moldea cerebros en un taller cerrado. Larga querella de pueblos viejos abrumados por contradictorias tradiciones.

¿Cuál ha de ser la actitud americana en este conflicto de dos sistemas de enseñanza? Imitando sin reservas extrañas direcciones, podemos consagrar el empirismo de los « primarios » ó exaltar tradiciones que no son nuestras. Ningún pasado secular nos impone direcciones irreductibles. Nuestras democracias necesitan de abundantes escuelas elementales y de escuelas técnicas: ellas enseñan el ideal cívico y vencen la antigua barbarie. Tal fué el propósito de Sarmiento y de Benito Juárez al fundarlas. A ejemplo de Estados Unidos, ambicionaban formar al ciudadano, civilizar á la muchedumbre. Una multitud analfabeta, agitada por un viento de discordia, amenaza á las ciudades cultas y á las repúblicas que se organizan. Crece aquí el aluvión

extranjero, allí la prole mestiza, y urge nacionalizar por la cultura á la abigarrada multitud. Pero no olvidemos tampoco la función esencial de universidades y colegios. Debemos á los doctores las mejores direcciones de nuestra evolución social. Sin ellos, el rudo caudillo hubiera sido tan sólo una fuerza asoladora. Primero, el universitario colonial, lector de la Enciclopedia, prepara la independencia; después el doctor escolástico forma el cuadro legal en las sociedades revolucionarias. Legisla, discute, silogiza, Le temen ó le odian los generales, lo mismo el argentino Quiroga que el venezolano Páez. Por él se perpetúa el orden colonial y crece en el marco antiguo la nación renovada.

Las universidades fueron siempre institutos civilizadores. Les corresponde hoy levantar sobre nuestras turbas igualitarias la aristocracia de la cultura. Libremente, según el ideal democrático, surgirán de escuelas y colegios los espíritus más aptos después de riguroso escrutinio. El Estado educará á los talentos que necesiten la protección oficial : corregirá las desigualdades económicas llevando á las universidades á espíritus realmente superiores, sin distinción de clases. Renovará la « élite » con estas nuevas contribuciones selectas. Al excesivo industrialismo opondrá la universidad el desinterés científico. No será ya fábrica de presunción titulada, como decía Alberdi, sino gran centro de educación nacional. La erudición, el enciclopedismo, vicios de nuestros programas imitados de Francia, caerán en desuso; y la nueva pedagogía formará inteligencias finas, curiosas de ideas generales, enemigas de dogmas exclusivos.

Destruir tradiciones, tal es el ideal revolucionario en Europa; afirmarlas, robustecerlas, ante el espectáculo del desorden civil ó de la renovación étnica, me parece necesario esfuerzo en América. Al culto de las letras clásicas, debemos preferir el estudio de la historia

nacional y continental. Si se realizan las profecías de Rufino Cuervo, asistiremos á la formación de idiomas locales en el nuevo mundo. El castellano no sera la antigua lengua que detendrá esa precoz diversidad. El estudio del idioma ancestral, de sus clásicos, la enseñanza histórica, servirán de bases seguras á la pedagogía de ultramar. El culto de los héroes y la lectura de los grandes escritores americanos constituyen una disciplina tradicionalista. Las viejas naciones, fatigadas de ideas, aceptan el pragmatismo y exaltan la acción; nosotros, pueblos amenazados por el materialismo de la riqueza, necesitamos de la razón moderadora. Todo nos empuja á la victoria mercantil, á la áurea embriaguez, al amor de la tierra sensual; un intelectualismo prudente, un arte tenaz, una religión conquistadora, tradiciones respetadas, traerán el deseado equilibrio á la tumultuosa mocedad de nuestros pueblos.

1913

LA RESTAURACION CATOLICA

Después del pontífice liberal, anciano marfilino de volteriana sonrisa, un papa intolerante detuvo á los reformadores con el rigor de un nuevo Syllabus. Declina el catolicismo, dijeron los enemigos de la tradición; renuncia á la vida moderna, contradice á la ciencia inflexible. Lo cubrirá pronto la yedra trepadora de las ruinas. No se cumple sin embargo, el sombrío vaticinio. Asistimos hoy al resurgimiento de la religión condenada. Triunfa el partido clerical en las elecciones belgas; en el parlamento inglés vence el « home rule », centenaria ambición de los católicos irlandeses á despecho de los agresivos protestantes de Ulster; en Francia, discuten los políticos sobre un probable « viaje á Canossa ». En Austria se realiza en medio de una pompa medioeval el congreso eucarístico, y el alcalde de Viena, la ciudad galante, recibe de rodillas, en las puertas de la metrópoli, al delegado del papa. Tenaces jesuítas alemanes aspiran á destruír los efectos del « Kulturkampf ». En todas partes un catolicismo remozado se prepara á nuevas conquistas espirituales. Donde le es hostil la política, gobierna en las familias; si es laica la escuela, atrae á los obreros; es aristocrático en las monarquías y popular en las repúblicas.

Hablar de una restauración católica es confesar la realidad de una crisis. Una larga inquietud llegó hasta Roma. El « modernismo » dominaba en los seminarios, transformaba á la joven iglesia. Era una nueva reforma,

tan peligrosa como la germana. Se fundaba en la historia, aspiraba á un fervoroso misticismo ó defendía un cristianismo democrático. Nada escapaba á su audaz examen : jerarquías, dogmas, devociones, política romana, celibato eclesiástico. No era un vano cisma ó una herejía parcial. Ambicionaba trastornarlo todo en la casa de Dios. Y elegantes cardenales, obispos reaccionarios, clérigos de ricas prebendas se indignaron de esta invasión de un « tercer estado » revolucionario, que denunciaba los antiguos privilegios de la curia.

¿Qué era el modernismo? Como en literatura ó en pinturan el ataque á lo arcaico, transformación, de métodos e inspiraciones, aceptación de modernas formas de la sociedad y de la ciencia, democracia, análisis, tolerancia. El Vaticano representaba para los novadores lo que el Instituto ó la Academia para artistas y escritores : el envejecido torreón, la Bastilla de dogmas y tradiciones, que es necesario derribar ó vencer. No se decían modernistas los reformadores : Roma les impuso este nombre para revelar su falaz empeño. Pretendían ellos, en cambio, volver á la verdadera tradición eclesiástica, al cristianismo olvidado por la Iglesia.

Cuatro figuras encarnan este movimiento : Loisy, el crítico de la Biblia; Tyrrel, el místico; Rómolo Murri, el demócrata; Edouard le Roy, el analista del dogma católico. A su lado estrechas legiones, en los seminarios, en las pequeñas parroquias, comentan los evangelios, estudian las viejas leyendas, dudan y oran. Una espléndida agitación se extiende á Francia, Inglaterra, Alemania é Italia; invade los Estados Unidos donde el « americanismo » del Padre Hecker, condenado por el papa, es la religión de una raza tolerante, enemiga de símbolos de fe y teologías bizantinas. Crece el ejército modernista. Pretenden sus admiradores que está formado por quince mil sacerdotes. Por cuarenta

mil, dicen otros. Una juventud pálida, enflaquecida por las vigilias y la crisis de su fe, una orgullosa generación casta, laboriosa, creyente, aspira á renovar la iglesia desde « adentro ». Oculta su ambición, concilia la independencia del examen con el respeto de la autoridad, vive en perpetua angustia entre delaciones y esperanzas.

No olvidaré el espectáculo de una de esas secretas reuniones en Roma, hace cuatro años. En casa de un profesor eminente se congregaban jóvenes sacerdotes de raro liberalismo. Allí se discutían los dogmas, se hallaba tan sólo hermosos símbolos en la resurrección de Cristo y en la virginidad de María. El último libro de Loisy, los estudios de Minocchi eran los evangelios de esa inquieta generación. Sonreíamos nosotros, laícos sin fe, ante la fuerza demoledora de estos clérigos. Y alguien evocó la milenaria historia de otra creencia que surgió de obscuras catacumbas para levantar basílicas y fundar nuevos tronos. Vencería también el modernismo á la iglesia oficial, y en vez del catolicismo petrificado, se impondría una religión flexible, progresiva, democrática.

Reprochaba al Papa su alejamiento del pueblo un modernista italiano, Rómolo Murri. Fundó la liga democrática cristiana para dar á la vieja religión catolica influencia sobre la multitud. En las diarias luchas entre el capital y el trabajo, la iglesia aconseja caridad á los ricos y resignación á los pobres. Es una gran fuerza conservadora. Tiende á ligarse con la propiedad y la aristocracia, poderes semejantes. Donde los socialistas hablan de justicia, Roma predica caridad. Al primitivo cristianismo fraternal, desdeñoso de la riqueza y del poder, se ha substituído una vasta organización teocrática que gobierna el mundo en armonía con una civilización metalizada. Murri se propone restaurar el espíritu de las antiguas sectas cristianas : enseña la igual-

dad, la intervención en la política para introducir en ella reformas sociales, la lucha contra la religión formalista en nombre de la fe simple. Condena, sobre todo, el despotismo papal.

Las modernas sociedades aceptan la democracia, el libre sufragio, la ascensión de hombres y clases en el estado. Sólo la Iglesia enhiesta y tradicional, mantiene su constitución autoritaria. Una estrecha oligarquía de cardenales orgullosos, una cábala de misteriosas congregaciones la dominan, definen dogmas é imponen ritos. A ellos no llegan las aspiraciones de clérigos y laicos que antaño elegían, en democráticas asambleas, á los obispos. No se renueva la cerrada institución romana : en sus puertas de bronce resuenan estériles los vientos del mundo. La absoluta obediencia es la regla de esas devotas muchedumbres enfeudadas á la autoridad « perinde ac cadaver ».

Si el autoritarismo denunciado por Murri es contrario al espíritu moderno, se oponen al dogma la filosofía y la ciencia de hoy. En una época de relativismo y humildad agnóstica, la enunciación de verdades indiscutibles, morales ó religiosas, es un escándalo para la razón. Le Roy, católico modernista, ha explicado la gravedad de este divorcio entre la fe impuesta y el moderno examen. Ambiciona cambiar la significación de los dogmas. Olvida su carácter intelectual para sólo servirse de su contenido moral. Corresponde esta religión á la filosofía imperante que establece el valor pragmático de las creencias. Atribuyendo á la acción y al sentimiento la primacía, justifica los dogmas por su eficacia en el orden de la vida. Hoy se mide el valor de la verdad « por los servicios que presta, por los nuevos resultados que de ella se derivan, en suma, por su influencia vivificante en todo el organismo del saber ».

El pensamiento moderno se esfuerza por analizar hasta los mismos axiomas de la ciencia; y el dogma es

considerado como indemostrado é indemostrable. He aquí una primera objeción. El dogma ha sido formulado en relación con filosofías caducas : la doctrina del verbo corresponde al neoplatonismo alejandrino, la teoría de la materia y de la forma en los sacramentos está ligada á conceptos aristotélicos y escolásticos. De manera que si analizamos las fórmulas dogmáticas retrocedemos en filosofía; y si no las pensamos, renunciamos á la crítica. Ante esta inquietante disyuntiva, se propone Le Rey, filósofo creyente, descubrir bajo la obscura apariencia de los dogmas verdades prácticas.

Así, ante las ideas de un Dios personal, de la resurrección de Cristo ó de la presencia real, no buscaremos analogías racionales; no preguntaremos qué género de personalidad pertenece á Dios. No diremos : si Jesús resucitado no estaba semetido á las leyes físicas y fisiológicas ¿qué vida poseía su cuerpo glorioso?; si en la hostia nada percibimos después de escuchar las palabras que la consagran, ¿cómo figurarnos esa realidad no perceptible? El orden intelectual, el dogma, misteriosa verdad, es demasiado extraño á las leyes universales del espíritu; pero su « sentido vital » resuelve las contradicciones. Así, Dios es personal, significa que debemos « comportarnos en nuestras relaciones con Dios como en nuestras relaciones con una persona humana ». El dogma de la presencia real nos impone ante la hostia consagrada la misma actitud que ante Jesús visible. El cristianismo, regla de la vida, se armoniza con esta interpretación moral. Acumula Le Roy las citas de los Santos Padres para demostrar la función inferior de la dialéctica en la Iglesia. Decía San Ambrosio que no se vale de ella Dios para salvar á su pueblo; San Agustín escribe que, en la divina enseñanza no existen verdades inútiles para la salud del alma; y Santo Tomás afirma que « en el conocimiento de la fe tiene parte esencial la voluntad ».

Respetuosa de esta admirable tradición, la Iglesia no define los dogmas positiva sino « negativamente ». Amenaza con anatemas á determinadas interpretaciones de la verdad cristiana, condena herejías como el panteísmo; pero deja siempre á la discusión teológica ó á la mística visión un rico dominio por explorar en los libros santos y en la tradición. Proclaman los modernistas con Pablo el apóstol : « El reino de Dios no consiste en discursos sino en obras ». Abandonan las disquisiciones eruditas para reformar costumbres y exaltar la vida interior. Un gran místico se unió á los reformadores, un antiguo jesuíta, el padre Tyrrel. Recuerdo su fisonomía de asceta, su modestia, el fervor de su palabra santa. En sus ojos soñadores parecía reflejarse la verde Irlanda, su tierra maternal. Me presentó á él uno de los grandes modernistas, crítico y místico, el baron von Hügel, personaje tolstoyano, émulo del solitario ruso en desinterés y en nobleza. Nos reunimos una tarde en Londres ,en los jardines de South Kensigton, penetrados de bruma crepuscular. Y el dulce celta me dijo su inquietud ante los errores de Roma y su esperanza en la iglesia eterna.

A los modernistas en lucha con el Vaticano, les predicaba esta doctrina : « no estáis, les decía, en lucha con la Iglesia, sino en conflicto con los teólogos. La sociedad eclesiástica de todos los tiempos, no la de una edad ó de un siglo, es la gran institución divina. La revelación continúa. Se descubre en el dogma un progreso ». Tyrrel es el heredero intelectual del célebre cardenal Newman que abandonó el protestantismo y escribió bellos libros de apología religiosa. ¿Cómo condenar en el modesto jesuita aquellas declaraciones que tienen la majestad cardenalicia? Explica el místico irlandés, enemigo de todo escolasticismo, que la revelación divina no se realizó plenamente en el origen de los tiempos, en la infancia intelectual del hombre.

Creció y se complicó la sagrada enseñanza, expresó eternos misterios en el lenguaje de épocas diversas, usó de sucesivas filosofías, y continúa hoy, á través de la Iglesia, su acción permanente. Sin duda existian en la primitiva doctrina las bases del dogma futuro; pero si comparamos dos épocas en el desarrollo del cristianismo, si pasamos del sistema católico del concilio de Nicea al que deja como imponente legado el de Trento, hallamos esenciales diferencias.

¿Dónde reside, pues, la inmutabilidad de las creencias en que encierra la Iglesia verdades saludables? Newman y después de él Tyrrel hallan imperfectas estas cristalizaciones de sentimientos religiosos. Según ellos, el dogma es la expresión intelectual de una creencia profunda. « Pueden haber transcurrido siglos, escribe el cardenal sajón, sin que una verdad que fuera largo tiempo la vida secreta de muchos millones de almas, sea expresada formalmente ». Para él, las fórmulas dogmáticas son « símbolos de un hecho divino », imperfectos, provisionales.

Antiguo protestante, atribuye Newman mayor autoridad á la conciencia que á la enseñanza de la Iglesia. Dice de ella : la conciencia es el « vicario de Cristo ». Ningún poder se sobrepone á sus mandatos. La obediencia á Roma es condicional : se funda en el libre asentimiento de esa voz interior. Tyrrel exalta también la religiosidad íntima superior á fórmulas y convenciones.

Le acusaron sus enemigos de volver á su antigua fe protestante; pero ni él ni ninguno de los modernistas reniega de las ideas esenciales del catolicismo, la tradición y la Iglesia. La doctrina de una sociedad cristiana es contraria al individualismo protestante, para el cual la revelación se realiza secretamente en el alma dócil á la visita divina. La Biblia es el código supremo, el texto invariable : nada representan la

acción conservadora de la Iglesia, la solidaridad entre las generaciones creyentes, la autoridad tutelar y la tradición, que explican ó completan el legado de Cristo. El modernismo opone á esa religión esclava de la letra, hostil á la organización y á la jerarquía, un flexible catolicismo. Atribuye precisamente á la lucha contra las sectas protestantes la actual rigidez de la Iglesia. Sin la Reforma, la admirable religión de León X y Julio II, artística, humana, imperial, libre de la inquietud de la Edad Media, hubiera enseñado el evangelio latino á todas las razas.

Ciertamente no olvidaría ese libre catolicismo la Biblia, monumento de divina inspiración. Pero tampoco aceptaría la interpretación literal de sus enseñanzas. León XIII entregó los libros santos á las disputas de los hombres y toleró audacias de exégesis. Pío X reacciona contra esta actitud tolerante : su Syllabus condena las eruditas afirmaciones de Loisy en sus libros sobre el Evangelio y la Iglesia, los Evangelios Sinópticos, la Religión de Israel.

En 1881, enseñaba en el Instituto católico de París, el padre Alfredo Loisy. Era maestro de exégesis, comentaba la Biblia en sentido liberal. Educó á una generación erudita, curiosa, de fe inquieta. El clero francés manifestó desde 1888 gran libertad espiritual. ¿Qué enseñaba el austero maestro? Aplicaba á los libros santos los nuevos métodos de la crítica histórica Olvidando su valor divino, analizaba vacíos y contradicciones, practicaba la duda cartesiana como los teólogos protestantes. Sus revelaciones preocuparon á la Iglesia, porque derribaba el implacable crítico la creencia secular. Se atribuía á Moisés los cinco libros del Pentateuco; y Loisy demostró que eran obras de diversas épocas; descubrió en ellos interpolaciones, influencias de otras religiones orientales, un largo desarrollo contrario á la pretendida unidad. El cuarto evangelio

no era un documento histórico sobre la vida de Jesús, sino la visión de un místico penetrado de fervor cristiano. En los mismos evangelios sinópticos se contradicen las narraciones. Parece que al relato original hubieran agregado las primitivas comunidades cristianas la propia experiencia religiosa. El reino de Dios que anunció Cristo, la « Parusia », era la visión de una próxima realidad. Creía el profeta divino en su vuelta imperial á la tierra, y de ese error sublime nació en las primeras generaciones cristianas el largo terror del milenario.

Contra estas audaces negaciones, contra este ambicioso movimiento, se levanta el pontífice, y la encíclica « Pascendi » condena, en 1907, las nuevas herejías. Es un pequeño tratado de escolástica precisión. Pío X, inexorable, excomulga, suspende « a divinis », amonesta ó amenaza. Sucede un silencio á la agitación creadora : Loisy, el padre Tyrrel, Rómulo Murri, quedan fuera del hogar romano. En los seminarios, maestros vigilantes persiguen, con celo de inquisidores, los libros modernistas. El Papa devuelve al catolicismo su rigidez. Desconfía de la política clerical, de la ciencia, de la crítica irreverente, modernos « enemigos del alma . » El antiguo patriarca de Venecia, simple, sincero, fervoroso, ambiciona la restauración de la fe sencilla, del « credo quia absurdum » de Tertuliano. Es una reacción necesaria porque una vasta organización religiosa no puede tolerar la obra corrosiva del análisis. Un exceso de sentimiento, el misticismo; un exceso de razón, la crítica del dogma, amenazan disolverla. En la Iglesia hallamos un equilibrio de sentimientos y definiciones intelectuales; cristalización eficaz, ordenación saludable que urge defender contra la violencia del cisma ó la agudeza del examen. Vigorizada por el rudo combate, ha vencido otra vez á los reformadores. Lo confiesa uno de los modernistas, separado hoy de

Roma, Alberto Houtin, en un libro reciente : « después de intestina crisis, escribe, se presenta la Iglesia Romana libre de su pasajero malestar; ha arrojado de su seno á los profetas que se atrevían á señalarle los peligros del presente y del porvenir ».

Triunfa el Catolicismo. Como después del Concilio de Trento, la Contrarreforma derriba á los nuevos sectáreos. ¿Cómo explicar esta restauración de un credo envejecido? Será la fatiga de un mundo estable frente á la institución secular que presenció impasible la disolución de los tronos y la diversa fortuna de las razas? Para la perpetua interrogación humana ante el misterio, representa la Iglesia un orden, una solución. De allí su prodigiosa vitalidad. Ni la verdad del dogma, ni la excelencia del rito bastan para justificar su imperio. Sus modernos apologistas profesan un curioso pragmatismo : para ellos es « útil » esta religión milenaria. Ofrece una disciplina á discordes naciones, funda una moral, disuelve el instinto revolucionario. Brunetière y Paul Bourget elogian la acción social de la Iglesia, buscan un refugio en su tienda imperial. Fatigados de dudar, ansiosos de certidumbre, vuelven al catolicismo, exaltan el dogma, humillan la razón. Dice Charles Maurras : « la conciencia humana, cuyo mayor mal es quizá la incertidumbre, saluda en el catolicismo el templo de las definiciones del deber ».

A medida que crece la inquietud de nuestro siglo, representa el Catolicismo una cura moral. Admiran los políticos su virtud aquietadora : hay ateos católicos que niegan á Dios y bendicen á su Iglesia. De ellos es Maurras, creador del movimiento de reacción monárquica en Francia. Contra el individualismo, contra las doctrinas de negación ó de revolución — socialismo, antipatriotismo, antimilitarismo — Roma es el último baluarte. Se ha dicho irónicamente que existen hoy dos « Internacionales », roja y negra, el Socialismo y el

Catolicismo; grandes fuerzas sociales capaces de organizar inmensas muchedumbres en nombre del pasado ó del porvenir. Análogo misticismo las empuja á la conquista del hombre. El lilial Paraíso de ultratumba ó la Ciudad futura armoniosa y rutilante, se ofrecen á las ávidas miradas de la multitud devota. Se disputan el dominio del mundo, la doctrina que nivela á los hombres después de la muerte y la que promete la igualdad en la tierra. Ante el formidable combate de estas dos Internacionales, el pálido liberalismo y el radicalismo aburguesado desaparecen. La Iglesia que comprende la magnitud de la actual querella, reúne á los felices poseedores de la riqueza y á los buenos proletarios, organiza á las clases conservadoras, eleva el nivel de la vida obrera, estimula á los sindicatos. Adelantándose á las promesas socialistas, acaba de aprobar los progresos del sindicalismo femenino en Bélgica.

Admirable religión que se adapta á la vida, flexible, plástica, creadora. Sin renegar de la tradición, arranca al turbio desarrollo humano su riqueza esencial. Abandona las catacumbas y acepta de Roma la misión política; de Oriente el neoplatonismo; en la Edad Media, construye con las ideas de Aristóteles una robusta teología cristiana; en el Renacimiento exalta la belleza y transforma, con la sonrisa de Venus, la austeridad de los templos góticos, bajo la sabia tutela de papas galantes. En el siglo último, transige con la democracia y canaliza la aspiración social del hombre moderno. ¿A dónde no llegará su genio político? Aunque todos sus dogmas fueran falsos, justificarían su preeminencia la pureza de su moral y el vigor de su idealismo. Es siempre el par de alas necesario al animal humano, de que hablaba Taine : en la lucha contra el barro tenaz enseña al creyente la necesidad de superarse.

En nuestra América, representa el catolicismo la unidad y la tradición. Donde el espíritu revolucionario

no desquicia las bases sociales, un vulgar materialismo — culto exclusivo de la riqueza, desordenado fervor industrial, desdén de los valores espirituales — amenaza convertir en ciudades fenicias á las arcaicas metrópolis. La Iglesia será allí una gran fuerza moral. Como en Estados Unidos, depurará su noble magisterio á los nuevos conquistadores. Ella fundó la patria en el Brasil, protegió y civilizó á los indios contra el español despótico, imprimió á la vida de las colonias turbulentas firmes rasgos morales. Hoy debe presidir á una restauración religiosa venciendo la indiferencia que reina para las cosas del espíritu. El catolicismo americano se ha convertido en fórmula social, en rito elegante. Prácticas parasitarias ahogan la creencia tradicional. El precepto minucioso se substituye al fervor místico, á la elevación moral, á la inquietud del destino y de la muerte. Muchos de nuestros católicos carecen de vida religiosa profunda y viven, según la expresión de un crítico italiano, en la adoración fetiquista de sus santos á quienes piden la gracia de una buena cosecha y de un premio en la lotería.

Ese credo exterior es impotente para fundar una moral. Sin un renacimiento religioso que enseñe cómo la letra mata y el espíritu vivifica, la América amenazada por Calibán será el teatro de impuras codicias y orgías utilitarias. Si la escuela enseña el nacionalismo, la Iglesia sugerirá, mejor que ella, altas preocupaciones morales : el culto del deber, la seriedad de la vida, la fecunda inquietud de la muerte. Permanente é inviolable, entre una sociedad que declina y la confusa democracia que avanza, mantendrá penates y tradiciones. Y cuando la turba inmigratoria sólo sueñe en la apresurada explotación de la tierra, enseñará á los hombres voraces, la virtud de la continuidad y de la esperanza. « Patiens, quia œterna, » dice su orgulloso blasón.

1913

EL RENACIMIENTO FRANCES

En diarios y folletos se habla de renacimiento francés. Cronistas elocuentes cantan el salmo de la vida nueva, como en los versos de Longfellow :

« ¡ Life is real ! ¡ Life is earnest ! »

Pero renacimiento supone decadencia, y ese himno equivale á una confesión. Diríase que una lenta decrepitud amenazaba á la Francia escéptica y que hoy reniega un pueblo activo de disolventes teorias. Detengan su juicio acerbo cuantos contemplaron el cinematógrafo sensual de las avenidas y olvidaron el rumor fecundo de las escuelas. Hallarán pronto en este París ateniense severidades espartanas.

Un ministro de perfil enérgico Millerand, reorganiza el ejército. En las noches otoñales, perfumadas y sonoras, recorren la ciudad delirante batallones al son de himnos guerreros. El bulevar cosmopolita los aplaude y las mismas cortesanas se extasían ante el patriótico desfile. Renace el espíritu militar en el país de la « cocarde » y del chovinismo. Una tumultuosa asamblea elige en Versalles presidente de Francia á un gran político moderado y vidente, que nació en Lorena, la provincia de las nostalgias patrióticas, á Poincaré. En las majestuosas salas del palacio tradicional, sólo se escuchan acentos de esperanza. La juventud abandona los « music-halls » para luchar en los campos de « foot-ball ». Vence en los campeonatos á los sajones, aspira al predominio en los deportes. Un héroe del pugilato. Carpen-

tier, se convierte en figura nacional. La burguesía dorada consagra á un « swing » o á un « knock out » la devota atención que antes dedicaba á la sutil ironía del abate Coignard ó á las encantadas sugestiones de Afrodita.

Son diversos signos de una restauración. Se multiplican las enquestas y se acumulan los libros. Todos sueñan en la nueva Francia, en la juventud viril que será mañana madurez conquistadora. Asistimos al « renacimiento del orgullo francés » según la frase de Étienne Rey. En diez años se transforma esta gran nación inquieta. Cuando la cuestión Dreyfus — « l'Affaire », como se la llama por antonomasia — dividió en hostiles bandos á la nación francesa; el ejército, el clero, la aristocracia, defendieron la razón de estado y condenaron al capitán semita. Fueron vencidos por una reacción intelectual y humanitaria. La apasionada lucha por la justicia, noble querella de un pueblo idealista, dividió á las familias y exasperó á los hombres. Judíos, burgueses, intelectuales, políticos, en firme alianza, formaron la república anticlerical, que desconfiaba del ejército y quería la paz externa en medio de la discordia civil. Esa es la Francia que nosotros amamos, hospitalaria y jacobina, armoniosa y escéptica. Surgieron negativas doctrinas, el antimilitarismo y el antipatriotismo, se arrojó á las congregaciones religiosas, se separó el estado de la iglesia y, en la república laica, vigilantes sociedades secretas imponían la irreligión como dogma esencial.

Después de esa larga batalla, un ministro previsor, Briand, predica la paz social, « l'apaisement ». Antiguos valores desdeñados recobran su virtud. La nueva generación afirma y cree. No es antidreyfusista ni anticlerical : es francesa. No halláis, sin duda, en ella, uniformidad de doctrina. En la joven Francia, republicanos y monárquicos, católicos y protestantes luchan por

ideales diversos. Los une el mismo culto de la acción, el favor de un gran entusiasmo. Tal es el rasgo común de muchos libros recientes. Leed « A quoi rêvent les jeunes gens » de Emile Henriot, la « Renaissance de l'orgueil français » por Etienne Rey, y « Aux écoutes de la France qui vient » por Gaston Riou, ambos publicados por el simpático editor Grasset; leed, en fin, el vigoroso libro de Agatón, « Les jeunes gens d'aujourd'hui » y observaréis la identitad de las conclusiones esenciales. Son pequeños evangelos de una fe ignorada, confesiones de una noble juventud.

A una generación enferma de análisis sucede otra que ama la acción, y cree en la virtualidad del esfuerzo. Lee menos, pero se agita más. Practica todos los deportes, desdeña la duda enervante, va de la escuela á la palestra y aprecia la utilidad del músculo más que la riqueza de las células nerviosas. « El espíritu que lo guía, escribe Agatón, es de afirmación, de creación. Es como un estado de salud del alma que va de su ser á su pensamiento. » Optimistas resueltos, conquistadores, avanzan á la vida. No son intelectualistas, temen á la discusión, al clásico conflicto entre la inteligencia y la vida. Ambicionan para sus ideas los mismos caracteres de la acción : firmeza, decisión, claridad. No los abruma como á los personajes románticos, la fatiga de vivir y el horror de pensar. El hábito del esfuerzo les inspira confianza y alegría. Buscan una profesión, se especializan, sienten el orgullo de las responsabilidades tempranas, y la vida se convierte para ellos en seria batalla cuyos simulacros han conocido ya, al aire libre, en las tardes de golf ó de football.

Un culto concreto estimula estas renacientes energías. Es la exaltación de la patria francesa. Al vago internacionalismo de otras juventudes opone la mocedad de hoy una fe agresiva. Alsacia y Lorena, las provincias trágicas, la inquietan. Habla de la guerra y cree

en el heroísmo. Es nacionalista contra el enemigo tradicional. « Nuestro juramento, escribe Gaston Riou, compromete lo más secreto de nuestra vida. » Y refiriéndose á recientes crisis, dice Etienne Roy: « el renacimiento del espíritu público, el despertar del patriotismo, la unión de todos los partidos en presencia del extranjero, se han manifestado repentinamente con fuerza y amplitud imponentes ». Resueltamente, sin reservas del espíritu ó del corazón, aceptan los nuevos franceses la amenaza alemana. Desde Agadir, la violencia germana halla, más acá de la frontera, una patria enhiesta. Orgullos concordes favorecen la restauración francesa. Los triunfos de audaces aeronautas se deben al heroísmo de la raza. Conquistan el más sutil de los elementos en perpetua aventura y en duelo con la muerte. Inventan y luchan, precursores en el dominio del pensamiento y de la acción. El poder del oro, la inagotable fecundidad de las arcas francesas, dan á la moderna generación conciencia de su fuerza en las luchas mundiales. Detrás de las legiones están los bancos dominadores. Se asocian en el nuevo Olimpo, Marte y Mammón, el dios gallardo de la guerra y la plúmbea divinidad que guarda los tesoros.

Los galos se sienten fuertes en el aire y en la tierra, ricos y viriles. Su patriotismo se convierte en fuerza imperial. En Marruecos continúan la obra romana y un ejército negro se agregará pronto á los batallones metropolitanos. ¿ No es el general Lyautey un nuevo Escipión? Pacificador de una tierra fecunda y discorde ha exaltado el patriotismo francés.

Activa y nacionalista es la nueva juventud. Del culto de la energía, de la perpetua inquietud ante el peligro teutónico, ha derivado una fe moral. Ama las vidas ejemplares, cree en el amor, disciplina sus pasiones. Algunos observadores afirman que va formándose en este París libertino una juventud casta. « No es menos

viva su sensibilidad, leemos en el libro de Agatón, pero quiere preservarla de experiencias en que sólo se agita un voluptuoso egotismo. » En el mismo barrio Latino se pierde en la bruma del pasado la bohemia galante y graves cuestiones morales ponen arrugas precoces en las frentes juveniles. Pero no se crea que es triste esta moralidad. A la curiosidad sinuosa y perversa se substituye el gusto de la salud moral.

Esta generación se inclina al catolicismo. En la escuela normal donde sufrieron tantos espíritus selectos, Taine ó Prévost-Paradol, la crisis de la fe, vuelven al dogma tradicional juventudes fatigadas de escepticismo. A la disciplina de la acción corresponde el orden en las ideas, un sistema de verdades aceptadas. Hace diez años, había tres católicos en esa escuela que forma las más refinadas inteligencias; hoy la tercera parte de ella practica su religión ostensiblemente, ante la mirada respetuosa ó nostálgica de los alumnos sin fe. Es la más curiosa de las reacciones en el país de la claridad y de la lógica. Enumera uno de estos jóvenes las causas de esta transformación : « el disgusto de la seudociencia, del materialismo triste y de la tontería doctoral alemana, la bancarrota de la religión humanitaria y del idealismo republicano, la rebelión de la inteligencia contra la bestia, la increíble estupidez del personal librepensador, la necesidad cada día más vivamente sentida de restablecer el orden en sí mismo. »

La actitud religiosa reviste varias formas. A la exteriorización brillante prefieren los jóvenes la vida interior. Quieren un método, una disciplina de los sentimientos, certidumbres que den un sentido á la vida. El catolicismo significa para unos norma preciosa, para otros la forma religiosa de la sociedad ó la más segura realidad moral. Bergson les ha enseñado la superioridad de la intuición sobre la inteligencia; los hombres de

ciencia, un Poincaré, un Le Roy, les han revelado la relatividad de los teoremas científicos. La moral laica sufre una crisis profunda. La ciencia se convierte en provisional verdad y la nueva literatura, la de Charles Péguy en sus líricos misterios, de Francis Jammes en sus dulces geórgicas, la de Paul Claudel en sus dramas profundos, es sinceramente católica.

En política, la república parlamentaria no satisface á los jóvenes. Las intrigas de los pasillos, la querella personalista de los grupos, el anónimo jacobinismo de las asambleas, la formación de efímeras mayorías, la injusticia del sufragio numérico; en suma, el malestar de los congresos legisladores preocupa á la nueva generación. Los franceses de mañana profesan un realismo político. Condenan la centralización en nombre del regionalismo, aspiran á reformar la democracia ó sueñan en la restauración de la monarquía. El sindicalismo, la reyecía, es decir, firmes cuadros sociales, útiles jerarquías se imponen á su atención apasionada. El idealismo republicano ha engañado con vagas sonoridades : hoy se le pide precisión, y continuidad. Se busca ya una autoridad fuerte, se quiere parlamentos menos poderosos, una descentralización eficaz que devuelva á las provincias su antigua autonomía. Y en armonía con las modernas tendencias obreras, representan las organizaciones profesionales y una gran cámara del trabajo que congregue á sus representantes, la aspiración de los pensadores. Han llegado al Palacio Borbón rumores de la nueva cruzada y la reforma electoral tan discutida es una cuestión de regeneración republicana. Dando representación á las minorías,,liberta á la nueva Francia de la tiranía de las asambleas irresponsables y convierte al parlamento en imagen precisa de las diversas voluntades nacionales.

Audaz y optimista, afirma en todos los dominios su robusta ambición la juventud francesa. Es religiosa y

positiva, enérgica y optimista, enemiga del desorden sentimental, del impreciso idealismo, del análisis destructor, de la retórica parlamentaria. Generación epónima que funda una edad de afirmación y organización. ¿No será un estéril impulso, un pasajero « esnobismo? » ¿No veremos después de estos musculosos efebos que repiten en muchos ejemplares la antigua figura del Discóbolo, una nueva enflaquecida bohemia, sensual é irónica, que buscará, en galante compañía, reclusas torres de marfil? Novedad por novedad, es más útil para la raza este culto de las fuerzas viriles, de los « prejuicios necesa rios », según la frase de Emilio Faguet, familia, patria, fe y tradición. « Nada es más provechoso para la renovación de un país, escribe Agatón, que una generación deportiva, realista, poco ideológica, casta y apta para las luchas económicas; nada asegura mejor el remozamiento y la salud de la raza. »

Una juventud reformadora busca naturalmente nuevos maestros, para afirmar su originalidad. Desdeña el pasado. Es orgullosa porque es diversa. Imita otros libros porque ha levantado nuevos altares en su corazón. Y sus elogios á los precursores hacen pensar en esos sudarios de púrpura en que envolvía la ironía de Renán a los dioses muertos. No pidais á la ardiente mocedad fría justicia. Gusta de las demoliciones, y hoy derrumba ídolos ó fetiches, alegremente, porque mueve su piqueta irrespetuosa el vigor de la nueva fe. Anatole France, profesor de ironía; Remy de Gourmont, admirable disociador de ideas, tienen pocos discípulos. Un joven filóso fo estudia la « nefasta influencia » de Taine á quien considera como uno de los espíritus más falsos del último siglo. Es excesiva la reacción contra France. Su perpetua claridad, su ironía, su alegre paganismo aburren á esos jóvenes de intensa vida interior, que abandonan, sacudiendo el fino polvo de sus sandalias, las rectilíneas avenidas del Jardín de Epicuro. ¿Cuáles

son hoy los maestros, preguntaréis? Diversas corrientes se mezclan y no se puede reducir este complicado movimiento á estrechos cánones.

Barrés domina en los cenáculos, pero no el sutil amante de Berenice ni el egotista exasperado, sino el sereno defensor de las disciplinas tradicionales. Los profesores de clasicismo y de humanismo se inspiran en Charles Maurras. Al desorden romántico, á la frase sensual de Chateaubriand ó á las cínicas confesiones de Rousseau oponen el orden severo y el claro racionalismo de los clásicos. « Una poderosa necesidad de arquitectura y de lógica nos caracteriza, escribe uno de ellos. Queremos orden, claridad, equilibrio, fineza; huímos de la confusión, del vago sentimentalismo, de la hinchazón. » Desconfía esta juventud de la pasión abundante y del rebelde individualismo. Condena lo mismo á Flaubert que á Loti y llama « ciegos sacerdotes de la palabra y de la imagen decorativa » á Heredia y á Henri de Regnier. Su biblia es el libro apasionado de Pierre Lasserre contra el romanticismo francés; su pontífice, el restaurador de los valores monárquicos, Maurras.

Para otros grupos, es indiscutible autoridad Henri de Regnier, ayer parnasiano y hoy maestro en letras clásicas. Una escuela que va definiendo sus ideales en libros vigorosos, el unanimismo, se inspira en los rudos poetas de la democracia, un Verhaeren, un Paul Adam ó un Walt Whitman, evocadores de ciudades tentaculares. Kypling ha tenido imitadores. Wells ha excitado la imaginación francesa, y la meditación de los novelistas rusos explica la manera piadosa, humana é intensa de un precoz escritor, Charles-Louis Philippe. Espiritualistas, criticistas, paroxistas, futuristas, independientes, se disputan la herencia del simbolismo : profusión de escuelas, de individualidades y de libros. En esa rica variedad se distingue un grupo que confunde

sus aspiraciones con las de la nueva juventud. Los unanimistas renuncian á la literatura de confesiones. Quieren expresar « el alma de los grupos humanos, de las colectividades vivientes, y describir el universo tal como lo perciben estas colectividades ». Piensan que una familia, una ciudad, una calle, una multitud son seres enteramente nuevos que laboran hechos de conciencia nuevos también. Describen intensamente la realidad, sin lógicos discursos. Escuchan devotamente el rumor confuso de la vida que nace en las vastas ciudades, en la turba anónima, en las avenidas sonoras, en la democracia soberana.

Ejercen sutil magisterio otros maestros como Paul Claudel, Francis Jammes, Charles Péguy, que presiden á una reacción católica, en el drama, en la poesía ó en el ensayo. Son educadores, inspiradores de una generación creyente. A André Gide precursor y maestro, siguen los colaboradores de una revista tan importante hoy como el « Mercurio de Francia » en los tiempos del simbolismo,« la Nueva Revista Francesa. » Espíritu protestante, inquieto, místico, ha escrito libros admirables. Es el director espiritual de los individualistas, si tolera este nombre relación de discípulo á maestro; como Charles Maurras enseña doctrinas de orden á los enemigos del subjetivismo.

Entre tantos cenáculos ambiciosos, escogerá la generación que avanza á conquistar la vida, definitivos inspiradores. Porque ama la acción, olvidará á los intelectualistas impasibles y á los juglares de la ironía. Su fervor religioso elegirá á los que traen un orden de eficaces certidumbres. Como le interesa el espectáculo contemporáneo, será quizá unanimista. El culto de las ideas le hará desdeñar, tal vez con exceso, la orfebrería verbal. Y una literatura política, en forma de himno cívico ó drama inquietante, vencerá al entusiasmo por el símbolo ó la imagen parnasiana.

¿Qué enseñanza pueden derivar los americanos del renacimiento francés? Es una demostración de vitalidad latina contra los teóricos de la decadencia, Sergi, Bazalgette, Gustavo Le Bon. La acción, la fe en el esfuerzo, la religiosidad, el sentido de la disciplina que exaltaron en Inglaterra, aparecen en la Francia rediviva. La raza de navegantes y de conquistadores readquiere la perdida energía. Ya no es pasión exclusiva la ideología. Ningún grupo humano goza, pues, de definitivos privilegios, y, si hoy confesamos que la Francia renace, que en Italia se revela un agresivo nacionalismo, quizá lamentaremos en el porvenir la decadencia sajona, el estancamiento germano ó cantaremos el resurgimiento español.

Una lección de fe en nosotros mismos, vástagos de pueblos latinos, miembros de esa familia espiritual, nos viene de aquel renacimiento. Y aun el espectáculo del continente anarquizado ó de la América excesivamente industrial, no debe inspirarnos un tenaz pesimismo. En las mutaciones de la historia, los pueblos presentan sucesivas fisonomías. Esas variaciones constituyen el interés del drama humano. La Inglaterra individualista, el país de las oligarquías duras é impasibles como pirámides de granito, practica hoy un socialismo irreverente. La Alemania discorde y liberal de 1806 es un vasto imperio centralizado y despótico. El Japón místico y solitario se convierte en potencia novísima, y hasta la China encerrada en siete murallas canta el himno revolucionario. Como de la barbarie feudal surgieron naciones modernas, en las anárquicas democracias americanas, se formarán firmes estados al doble impulso del oro y del inmigrante extranjero. Y la civilización material de orgulloso industrialismo, será quizá allí la base de una edad de belleza. No olvidemos que los mercaderes de Florencia prepararon el Renacimiento.

Después de períodos de cosmopolitismo generoso reaccionan los pueblos fuertes contra la influencia extranjera. Se recogen, trabajan en silencio. Tal es la lección francesa para nuestras repúblicas, que imitan fervorosamente ideas y costumbres exóticas. Necesitamos de un prudente nacionalismo en finanzas, por la formación de un capital nacional; en religión, por la protección al clero castizo contra las congregaciones extranjeras. En pedagogía, robusteciendo la tradición de cada pueblo, afirmando el imperio de su lengua, la virtud cívica de su historia; en arte, estimulando la obra propia, condenando la imitación servil en nombre de inteligentes adaptaciones; en modas, en industrias, creando estilo nacional y consagrando los productos nativos, se substituirá el americanismo á las múltiples corrientes invasoras.

Una nueva Francia hostil al « meteco », que levanta en los bulevares de París su áureo trono, inquietará á los americanos. Melancólicamente seguimos en los artículos de Maurras y en las páginas de los diarios patriotas la cruzada contra el exotismo. Es el mismo orgullo griego ante los bárbaros. Se condena á Tolstoy y á Ibsen, representantes el uno de la barbarie eslava y el otro de las brumas septentrionales. Se busca fervorosamente lo castizo y así el meridional locuaz sufre los ataques del hombre del norte, el judío es odiado como extranjero y el protestante se convierte en enemigo de la tradición. Los nuevos franceses sólo aceptan el clasicismo, el catolicismo, la cultura de la « Isla de Francia » entre el Loira coronado de gloriosos castillos y la severa Lorena, baluarte contra el rudo teutón. Se estrecha así el horizonte nacional. No admiraremos ya el quijotismo revolucionario, ejércitos que invaden Europa en nombre de derechos humanos; el viejo idealismo se inclina ante el nacionalismo intolerante. El extranjero amará menos á esta Francia robusta y cerrada y quizá la imitará menos.

Pero, no será definitiva esta transformación. El galo siempre expansivo luchará otra vez por el imperio de las ideas. De su reclusión actual saldrá nuevamente, peregrino ó cruzado de nobles propagandas. Bulevar de civilizaciones y de razas, esta nación-atalaya aspira á un magisterio saludable. Suya es la tarea de congregar á las naciones atentas á sus lecciones sutiles. Del legado clásico recibió el arte, la gracia, el don de la claridad y de la lógica, como otros pueblos el fervor místico ó la vocación imperial. El renacimiento francés será primero hostil aislamiento y después exaltada predicación de un nuevo evangelio á todas las gentes. Esperemos atentamente el futuro mensaje.

1913.

LA MISION HEROICA DE FRANCIA

La verdadera Francia, la Francia de Montesquieu y de Voltaire, ha dicho el novelista sutil del « Lirio Rojo », en un gran banquete londinense —No, replicaría desde las orillas encantadas del Sena, el severo Charles Maurras, la Francia verdadera es la que engendró, afanosa de orden y clásica armonía, á Bossuet y á Racine. Perdura este debate apasionado. Dos Francias se alternan en el tiempo, con regularidad inflexible : la una estrecha su horizonte ideal, defiende, contra los bárbaros, la razón castiza, aplica á la vida política y á las ideas un celoso proteccionismo. Para la otra, el mundo entero es pequeño escenario de expansión y de gloria. Nada le es extraño, como en la comedia de Terencio, porque suyo es todo lo universal y humano. « Homo sum... » Repite sin meridional jactancia, el mito del pelícano : se desgarra para redimir gentes cautivas. Impone al planeta tembloroso sucesivos evangelios.

Creo que la más genuina representación del genio francés es este quijotismo elegante que desdeña provechos inmediatos para servir nobles causas de justicia ó libertad. Hoy domina el nacionalismo, la inquietud ante el *meteco* invasor, y se condena el humanitarismo y el pacifismo. Pero no se satisfacen con esa pequeña Francia los intelectuales. Y he aquí otra vez, en el libro de Marius-Ary Leblond, el examen de los deberes internacionales de este pueblo orgulloso. Por exceso de altivez ó exceso de temor, se le quiere reducir á la solu-

ción meticulosa de los problemas nacionales. No, dicen los herederos de la Revolución; otra es la función de esta nación milenaria, misión de heroísmo que exaltabadiaba Carlyle en los hombres tutelares : Napoleón, Lutero ó Mahoma.

Estudiando la posición moral de Francia en Europa — tal es el propósito de su libro inquieto — exclaman estos jóvenes escritores : « Tenemos una misión, somos la cuna necesaria de los futuros Estados Unidos ». Vuelven al ideal del 48, « grande y bello como una revolución que no ha decapitado ni á Chénier ni á Danton ». Hablan de esa alta función con justo orgullo, misión que beneficia á toda la humanidad, « misión apropiada á la capacidad intelectual de la raza ». Para ellos, sin ese encargo sagrado, no hay personalidad ni existe patria.

Han analizado estos autores fervorosos los aspectos de la expansión francesa en el mundo. Primero en Italia, la « hermana latina, » que se alejó de París en los años de la hegemonía política de Crispi. Melancólicamente comprueban los dos novelistas reunidos para este examen político que si aquí se estudia las letras transalpinas, si emigrantes piamonteses invaden la rica Provenza, todavía impera en las escuelas romanas la influencia del germanismo. En España, descubren los Leblond sinceras simpatías hacia Francia á despecho del alejamiento que otros rumores señalan. También el alma portuguesa les parece ligada por históricas afinidades á la mente civilizadora de los nuevos galos. A tierra lusitana emigró, lo recuerdan después de Teófilo Braga, « la civilización galorromana del Languedoc empujada por el aluvión germánico ». Persiguen, entre los eslavos, la huella obscura de la acción francesa; estudian la rivalidad francoalemana en Rusia. En Holanda, en Suecia, hallan clientes dóciles para la exportación intelectual. Podrían continuar el grato viaje y encon-

trar en los Estados Unidos un espléndido mercado para las creaciones francesas. Olvidan en su análisis un mundo abierto sin reservas al espíritu francés, nuestra América que imita á París y vive en un perpetuo éxtasis ante el sutil encanto de la metrópoli. Desdeñan, por humana flaqueza, aquellas regiones generosas donde nada hay que conquistar porque la más curiosa espontaneidad vincula ideas y modas al ademán señorial de París. Pero, ¿no temen perder con esa indiferencia hacia veinte naciones en crecimiento la graciosa primacía de que disfrutan?

El imperialismo intelectual que defienden los Leblond se funda sobre todo en el prestigio del lenguaje. ¿Quién discute la elegancia aristocrática del francés, su interna lógica, la claridad propia para la exposición científica, sus matices útiles en las sinuosidades de la diplomacia, su precisión, su valor arquitectónico, la secular depuración á que lo han sometido nobles letrados? En este libro se defiende el progresivo enriquecimiento del francés « en energía, en brillo metálico, en ritmos de elocuencia », se ambiciona darle « verbos viriles en vez de tantos epítetos explicacitos », hacer de la lengua afinada, nerviosa, el más musculoso de los idiomas de Europa. Al humanitarismo corresponde un habla de propaganda, intensa, ágil, democrática. En suma, un francés sonoro como el español, musical como el italiano, fino y pletórico, popular y artístico. Pero ¿no hay contradicción en este vasto empeño? El idioma de la expansión debe ser la síntesis sabia que olvide la riqueza vernacular de los dialectos. Sólo así es instrumento universal y álgebra útil.

Por la lengua y por la gracia, por la severidad hostil á toda violencia, por la constante lucidez y la fría serenidad, impera sobre el mundo inquieto esta civilización refinada. En ella buscan, dentro de la armonía realizada, la nota propia las más diversas

razas, como descubrían en la clásica Helena las mujeres griegas un rasgo de su propia belleza. Al centro del mundo, á Francia, vienen y de ella emigran transformadas, ricas de fuerza expansiva, las ideas y las ambiciones de todas las gentes. Esta nación-crisol depura y embellece el don impuro de los bárbaros. Le falta quizá la originalidad violenta, la imaginación épica, el sentimento tumultuoso; pero en ella escogió Minerva, privada de olímpico solio, su refugio. La razón significa aquí medida, gracia, armonía, orden, serenidad. Cuantos crean en todas las regiones del mundo ideas, ritmos, ó quieren expresar sensaciones inéditas, buscan en Francia equilibrio á su turbación, disciplina á su riqueza. La originalidad puede ser exótica, pero la obra perenne es francesa. En cambio de su rudeza y de su fuerza autóctonas adquiere ese intenso poder de irradiación que no reconoce límites ni en el Amazonas oceánico ni en el Ganges sagrado. Universalidad, he aquí la huella francesa sobre la obra diversa del mundo. ¿No pierde este espíritu en valor nacional, en densidad, en autonomía, lo que gana en expansión conquistadora? Sólo la razón serena, abstracta, une á través de enérgicas variedades sentimentales. Para adquirir universalidad se desdeña el fuerte sello castizo, la huella formidable de instintos y pasiones vinculados á la patria ancestral. Así se explica cierta limitación francesa, el poder absoluto de las reglas, instrumentos de orden racional, el terco amor á un clasicismo empobrecido. En otras literaturas, autores asimilados al arte de Francia, un Turgueneff en Rusia, un Heine en Alemania, un Macaulay entre los sajones, nos parecen exponentes menos seguros de la originalidad eslava, germana ó inglesa que Dostoiewsky, Uhland ó Carlyle. Han pagado ambién su tributo al cosmopolitismo.

Pero, consagradas las ideas, ajenas ó propias, limpias de fervor nacional, humanas y evangélicas, avan-

zan sin que ninguna aduana las detenga. Cuando París se inquieta, una inmensa repercusión estremece á los pueblos lejanos : no concebís el 48 sin una cruzada universal contra los rezages feudales, de Berlín á Praga, de Bogotá Santiago de Chile. La inocencia de Dreyfus, capitán semita nacido para gloria de su nombre vulgar en la ciudad resonante, preocupa al mundo. Cuando los jóvenes turcos destierran al sultán de su maravilloso jardín de suplicios entonan la Marsellesa. Los armenios escriben á Rostand para pedir justicia, al poeta que fijó el orgullo galo en el himno al sol. Ayer Lamartine « bajá » era personaje sagrado en Damasco y esperaban de Hugo el salmo de la libertad los pueblos irredimibles. ¿Recordáis la campaña de Pierre Loti en defensa de los buenos turcos vencidos por la Fatalidad?

No fué la libertad invención francesa, ni nació en París el movimiento igualitario. En la Inglaterra de la Carta Magna, en la España de orgullosas cortes, en la agitatión de las comunas, hallamos antecedentes de la futura cruzada. Le faltaba sello de humanidad, don de simpatía y la revolución que libertaba á los pueblos después de haber guillotinado á los reyes, convirtió aquellos deseos precisos en evangelio. Desde entonces, donde se clama por libertad ó se destruyen monopolios, en la Rusia de las estepas ó en las aldeas menudas y pletóricas de la Nueva China, se exalta el nombre de Francia y un misticismo humanitario, postrera religión de los desheredados, rodea de un halo de leyendas las rudas cabezas de sus personajes representativos, de Danton á Gambetta, de Mirabeau á Jaurés.

Se condenará la injusta exaltación de virtudes comunes á muchos pueblos, en una nación que fué tambièn conquistadora y despótica. Ese privilegio no puede medirse con rasero de utilidad. Porque Francia ambicionó redimir y fecundó con sangre aventurera tierras lejanas, olvidaron las razas favorecidas su liberal men-

saje. La gratitud es carga dolorosa y una Némesis vigilante devolvió en olvido los dones de progreso, de independencia y de paz. Sin el auxilio galo, no se hubiera realizado la unidad italiana. Hoy el reino desdeñoso confunde su órbita política con la de la Triple Alianza. Grecia recibe oficiales renovadores de su ejército y su rey atribuye las victorias helénicas á la estrategia alemana. Francia protege la autonomía belga y los flamencos buscan inspiración en Berlín.

No derivan lecciones de pesimismo de esa tenaz experiencia los franceses modernos. Leemos en la exposición elocuente de Marius-Ary Leblond que si Suiza puede aspirar á la neutralidad, no es esa la función de su patria agobiada de gloria y tradiciones. « La Francia, escriben, no podrá sentirse feliz mientras existan pueblos sujetos á servidumbre en Europa y en las otras partes del mundo. »

Tal desinterés despierta inquietudes en las naciones protegidas. Un gran crítico inglés, Matthew Arnold, ha expresado esa incomprensión del esfuerzo francés en elegantes páginas. Simplificando la historia antigua, atribuye á griegos y judíos el múltiple desarrollo humano : para éstos la vida se resumía en justicia; para aquéllos, arte y ciencia tenían la primacía en las inquietudes del espíritu y en las direcciones sociales. En la descendencia de Abraham, dice el docto sajón, no fué Ismael, brillante, joven, audaz, el elegido sino el rudo Isaac. Así también muere la Grecia armoniosa y de entre los hebreos mediocres y farisaicos surge la divina promesa que transforma al mundo. Francia heredera del espíritu helénico, sensual, ágil, fina de alma y de actitud, perecerá también para que triunfe en la Prusia austera, el grave mensaje bíblico.

¿No olvidaba Mr. Arnold aquella pasión de justicia que levanta al francés escéptico sobre la elegancia del « calembour » y la frivolidad de la hora frágil, sin inquie-

tud y sin añoranza; y lo empuja á titánicas luchas de Prometeo dueño de olímpica centella que ha de alumbrar pródigamente al mundo ingrato? Desde la revolución y su odisea europea hasta los mitines del pueblo de París en favor de un anarquista como Ferrer, un gran fervor mueve á las turbas en nombre de principios tutelares de libertad ó de humanidad. Desdeñando la ironía cotidiana, padece persecuciones por la justicia y se torna austero y bíblico, el mismo pueblo sonriente y danzante, que ama el vino y la carne, el festín pantagruélico y el encanto de Venus.

Necesitamos en el nuevo mundo español de naciones que aspiren al heroísmo, que ambicionen conquistar la riqueza, la gloria y una generosa misión. En la edad de los libertadores floreció el bello quijotismo y se pobló la tierra pródiga de quimeras. Del Orinoco al Plata, generosa odisea de legiones y fraternal intercambio de capitanes. No abandonemos en esta época positiva, ese fervor romántico. Sólo valen los pueblos, escribía Michelet, por su parte de humanidad. Sólo se inmortalizarán nuestras repúblicas por su fidelidad á un americanismo esencial. Aisladas, estrechas, hostiles á la expansión ideal, serán soberbias Cartagos sin la gracia de Atenas ni la sonrisa de Francia. Renunciará la América á su originalidad no discutida, á la fuerza de congregar veinte pueblos y ochenta millones de hombres en torno á herencias comunes, á la superioridad de la unidad moral y del liberalismo político sobre la discordia europea, á la servidumbre africana y á la lucha de credos y de razas en el Asia iniciadora.

Contra todas las modernas direcciones del pensamiento y de la acción que trabajan en favor de vastas síntesis — teorías generales de la ciencia, hipótesis que explican el universo, federación imponente en el sur de Africa, sindicatos que desdeñan fronteras y extienden su red de acuerdos económicos á través del planeta,

uniones defensivas del capitalismo —contra esfuerzos tan precisos, defenderá la dispersión el Nuevo Mundo donde precisamente el pasado es la más severa lección de unidad, en raza, en religión, en crecimiento político, en lenguaje y en vida moral.

A cuántos prepararon en Europa la fusión de razas afines, á los fundadores de imperios, á Bismarck, á Cavour, á Disraeli, opondremos, en inciertas democracias, la obra suicida de políticos sin grandeza. Condenemos sin tregua á estos « pequeños americanos » tan peligrosos como « los pequeños ingleses » que inquietaban á un creador de historia y unidad, á Chamberlain.



1913.

EL NACIONALISMO EN LA POLITICA EUROPEA

Desde la paz de Westfalia realizan penosamente las potencias europeas un instable equilibrio. La Cristiandad, congregación de naciones atadas por el vínculo seguro de la fe, desaparece como entidad política. Intereses, ambiciones de hegemonía, sirven de base á nuevas agrupaciones de pueblos. La Razón de estado se substituye á la religión tradicional. Ya Francisco I se había aliado al sultán. Richelieu auxilió á los estados protestantes á despecho de su dignidad cardenalicia. El predominio de España, de Francia ó de Austria, el ensueño imperial de reyes despóticos transforman el mapa indeciso de Europa. La Santa Alianza ensaya nuevamente una mística cruzada : los monarcas de derecho divino quieren detener el avance liberal.

Y un nuevo principio, el de las nacionalidades, interviene en las combinaciones políticas. Los congresos internacionales luchan contra ese tenaz agente de discordia. La Confederación germánica, la Italia una, se levantan sobre el polvo de estados dispersos al enérgico impulso de Bismarck y de Cavour. La guerra del 70 aisla á Francia y concede á Alemania duradera prepotencia. Alrededor de este conflicto se agitan pronto las ambiciones y se organizan alianzas. Se ha roto el equilibrio, y como se unieron los grandes pueblos de Europa contra Napoléon conquistador; Rusia é Inglaterra, que ob-

servan inquietas el progreso teutón, se preparan á detenerlo. La nación británica renuncia á su histórico aislamiento, la Rusia teocrática vincula sus destinos á los de la Francia socialista. Italia, pueblo latino, forma parte de un conglomerado de estados germánicos. Dos grandes sistemas políticos se disputan el señorio de Europa : la triple alianza y la triple *entente*. Los dos imperios místicos y feudales, Alemania y Austria, se unen á la Italia anticlerical mientras que franceses, sajones y rusos llegan á un firme acuerdo de política exterior.

Los ministros que han realizado esta obra maestra de precisión y desconfianza defienden celosamente el « statu quo ». Toda agitación exterior les irrita. Prolongan la agónica existencia de Turquía, « el hombre enfermo »; se oponen á las reivindicaciones de pueblos olvidados, se distribuyen el planeta; imponen la paz y el silencio.

Han desdeñado uno de esos « imponderables » de que hablaba Bismarck, un factor eficaz que destruye las cristalizaciones de la diplomacia. Contra ésta trabajan la raza, el espíritu nacional, el instinto secular que se ha convertido en conciencia activa. No existen ciertamente razas puras en Europa, pero sí razas históricas como las llama el doctor Le Bon. Presiones concordes de la religión y del lenguaje, la larga convivencia en el mismo territorio, la majestad de comunes tradiciones crean estables agrupaciones humanas. Se forman en ellas un espíritu colectivo, el « volkgeist », que estudian los místicos historiadores alemanes; y la ambición castiza se define ante el dominador extranjero.

La política del equilibrio lucha contra el sentimiento de las nacionalidades. De allí la perpetua inquietud de este viejo mundo discorde. Existen problemas no resueltos que buscan solución, grupos naturales que aspiran á vencer las artificiales combinaciones de cancillerías

y congresos. No se ha realizado la unidad definitiva en los estados europeos : Austria, mosaico de civilizaciones y de razas, vive en constante desequilibrio. La agitan los impulsos contradictorios de croatas, germanos y eslavos, húngaros y checas. En las grandes naciones, alguna cuestión palpitante amenaza la fusión deseada. Si Francia ha conquistado la paz social, y ha agrupado armoniosamente regiones antagónicas, Alemania combate á los polacos en Posen y á los daneses en Schleswig, y la tenaz protesta de los alsacianos inquieta á los pangermanistas.

En España, las reinvindicaciones de Cataluña alejan á Maura del poder y preocupan á los gabinetes liberales. Frente á la orgullosa supremacía castellana, esta provincia hostil reclama privilegios, exige concesiones en el régimen de las aduanas, defiende su lengua y su tradición foral. Opone á la pereza de los hidalgos su actividad de colmena rumorosa, y, en nombre de un modernismo apasionado, desdeña el arcaísmo de las ciudades señoriales. En Inglaterra, la rebelde Irlanda impone su voluntad insular á los parlamentos liberales: sus diputados son árbitros en Wéstminster. El celta soñador odia al sajón práctico y el « home rule » divide á los partidos ingleses, á las sectas del reino y provoca terribles luchas fraternales. Después de siglos de unión política, ni los catalanes se inclinan ante la aristocracia castellana, ni aceptan los irlandeses el feudal señorío de los « landlords ».

La autonomía que reclamen estas provincias se opone á la centralización realizada por duros monarcas. Las diversas regiones españolas piden franquicias; aspiran á federarse, según la ley de mancomunidades y enervan la sólida unidad tradicional. Si triunfan los irlandeses, ¿no exigirán Escocia y Gales el reconocimiento de antiguos privilegios y la constitución de parlamentos nacionales? Asistimos, pues, á una conti-

nua revalidación del pacto político. Si la nación es, como pensaba Renán, un constante plebiscito, hoy las construcciones de la historia luchan contra la voluntad de las regiones. Para devolver á la unidad amenazada su antigua virtud, exigen las provincias progresivas libertades. El contrato social de Rousseau no estuvo en el origen de los estados; parece estarlo en el porvenir de las agrupaciones federales. El estado reunirá provincias autónomas.

Rusia combate a los nacionalismos irreductibles de finlandeses y polacos. Finlandia gozó siempre de libertades locales reconocidas por los zares rusos. Un parlamento, una constitución eran el orgullo de esa provincia fiel. Catalina II había respetado esas libertades, y en 1869 Alejandro II reconoció que sus derechos son los de un monarca constitucional. Desde 1899 el emperador destruye las franquicias provinciales y las leyes finlandesas se dan en San Petersburgo. ¿Vencerá la autocracia moscovita a este estado orgulloso? Por la religión y la lengua, se separa de la Gran Rusia; geográficamente, ostenta curiosa unidad. Su cultura, su liberalismo le conceden preeminencia en el vasto imperio. Se agitará siempre en nombre de la tradición y de su raza contra los reyes niveladores.

La Polonia rusa no ha sido vencida por la ambición unitaria. Rebelde, anárquica, combate por sus antiguas glorias; en ella se refugian los enemigos del zarismo. El conquistador la gobierna despóticamente: apenas tiene representantes en la Duma, y no existe para los polacos la autonomía municipal. Su religión y su lengua se oponen á la tiranía extranjera. Vive en estado de sitio, y los rusos detienen su desarrollo industrial, corrompen y explotan á la nación vencida. Tenazmente reclama el pueblo polaco su parlamento provincial, el uso de su lengua, la administración de sus propios intereses, funcionarios de su raza; y su voluntad irre-

ductible inquieta á la burocracia despótica de la capital rusa.

Alemania combate también á los polacos en las provincias del Oriente. El « junker » prusiano los hostiliza en nombre del pangermanismo. Compra las tierras para venderlas á los cultivadores alemanes; expropia por razones de pública util dad; destierra la lengua castiza de las escuelas; oprime al obrero, desnacionaliza por la violencia. Una tiranía minuciosa pesa sobre la región inconquistable. Pero la raza fecunda resiste á la invasión, adquiere tierras en Alemania, y se venga del germano en franca lucha comercial. Agregad al polaco tenaz, el danés no asimilado y el alsaciano que ama la cultura francesa : son nacionalismos fervorosos que atacan al despotismo prusiano.

Alsacia, provincia anexada, reclama la autonomía dentro de la organización imperial. La gobierna un « statthalter », representante de Guillermo II, y el parlamento provincial obedece por su composición á la personal voluntad del Káiser. El vencedor ambiciona germanizarla, restringiendo el dominio de la lengua francesa, oprimiendo á los viejos alsacianos que conservan la elegante tradición de Francia en una provincia invadida por pesados doctores y rudos oficiales. Alsacia sólo pide un régimen de igualdad, los privilegios de que disfrutan otros estados de la Confederación y un « acuerdo » con la nación vecina que detenga la progresión de los armamentos. Su autonomía evitaría futuras guerras europeas y consagraría la conquista germana.

En todas partes, la unificación violenta y la imposición extranjera se contraponen á firmes voluntades provinciales. Parece que en la Europa envejecida, se preparan nuevas revoluciones en nombre de la raza. La guerra de los Balcanes es también la protesta de los nacionalismos desdeñados. Bismarck se mofaba de la ambición búlgara en el congreso de Berlín y hoy el

enérgico zar Fernando construye una gran federación eslava, entre el Danubio y el Adriático. En vano los estados cristianos protegen al sultán y toleran las crueldades musulmanas en Macedonia. Defienden el « statu quo » y olvidan el vencedor impulso de la raza. Contra sus artificiales combinaciones, griegos, servios, montenegrinos y búlgaros, en firme alianza, conquistan vastos territorios y sólo se detienen ante las puertas historiadas de Bizacio. Los mueve un impulso certero, el eslavismo, el parentesco espiritual, contra el dominador oriental. Albania se convierte en estado independiente bajo la protección de Italia y Austria; servios y búlgaros extienden sus dominios y buscan los límites naturales de sus estados; los macedonios sólo aceptan plena independencia, las islas griegas reniegan de las autoridades turcas. Se forma en el sur, bajo la maternal vigilancia de Rusia, una confederación de pueblos eslavos, destinada quiza á detener la invasión germana y á disolver la complicada unidad de Austria. Los turcos marchan, en penoso éxodo, al Asia originaria, porque olvidaron la protesta de comunidades hostiles.

El nacionalismo surge también en América, como espontánea corriente ó imitación de europeas inquietudes. A la hospitalaria doctrina de Alberdi suceden celosos patriotismos. Es necesario distinguir en estas flamantes teorías, la afirmación nacional contra el predominio extranjero y el orgulloso aislamiento dentro de la comunidad americana. La multitud inmigratoria fecunda las tierras de América; lucha contra el desierto, como quería el sociólogo de las « Bases ». Pero la tierra imperiosa conquista al dominador exótico. El Nuevo Mundo posee una gran aptitud plasmante. Nacionaliza al invasor y así desaparece el peligro de las colonias hostiles dentro de la patria unificada.

El estado y la escuela deben afirmar la obra del territorio, imponer la lengua, enseñar la historia en las es-

cuelas, dar al patriotismo la fuerte base de una tradición. Este nacionalismo previsor mantiene la unidad de las patrias y es útil, en tal sentido, la obra de los que denunciaron la invasión cosmopolita, de Ricardo Rojas que no quiere colonias rusas en el territorio argentino, de Sylvio Romero y Graça Aranha, inquietos ante la incrustación de provincias germanas en la nación brasileña.

La ambición nacionalista se propone vincular el colono extranjero á la tierra, crear industrias castizas, formar el alma común por la obra de presiones constantes, la religión, la lengua, la historia, el cuadro legal. Los americanos practicarán quizá la xenofobia; después de haber exaltado al extranjero, sentirán el orgullo indiscutible de su tierra y de su raza.

Pero, en el continente, sería injustificado un nacionalismo que separara estados fraternales. La originalidad del nuevo mundo estriba en las innúmeras afinidades de las gentes que lo pueblan: religión, formación social, idioma, historia, tradiciones, constituyen una fuerte unidad moral. Sobre las naciones divididas se observan los grandes lineamientos de una confederación ideal, arquetipo platónico que resuelve las presentes contradicciones y prepara un futuro armonioso. No tendrá quizá en el porvenir eficacia política este acuerdo; pero dará al continente una fisonomía original frente al Africa colonizada, y á la Europa y el Asia divididas. Poblado por doscientos millones de hombres, de Panamá al Cabo de Hornos, uniforme en el credo político, en la moral, en el lenguaje americanizado por la obra disolvente de los siglos; unido y concorde en la fe y en la esperanza, pletórico de riquezas y de ideas, altivo y liberal, será el nuevo mundo una fuerza incontrastable en los destinos humanos. Al « milagro griego » admirado por Renán, se agregaría el « milagro americano », obra inaudita de razas congregadas en una tierra pródiga á la luz de otras estrellas.

1913.

LA CRISIS DE DOS MONARQUIAS

No sólo se inquieta la América nuestra, ebria de batallar anárquico. También la Europa grave tiembla y las monarquías, pacientes como la Iglesia Católica porque se creen eternas, no se libertan de la universal caducidad. En vano enseña Charles Maurras que el rey galante, heredero venusino de Enrique IV, es panacea á todos los males de un pueblo. Los imperios más antiguos se dividen, y ya no es la república sinónimo exclusivo de discordia ó de ruina.

Un Emperador á quien respeta el tiempo y fatiga el dolor, un émulo vienés de los antiguos Atridas, testigo solemne de diez tragedias, sufre nuevo asalto de la Fatalidad. Muere el archiduque heredero del trono en Serajevo, centro de la protesta eslava. Le asesina el odio de raza, vicio de ese gran mosaico de pueblos, del Austria complicada y babélica. En la corte aburrida, difícil, suntuosa, se ha representado, en cincuenta años, el drama de la Razón de Estado y del Amor; auto, como los de Calderón, en que combaten símbolos y tras ellos, realidades dolientes; conflicto cuotidiano del sentimiento indisciplinado y de la fría razón política. El hijo del emperador rey, el archiduque Rodolfo, perece en oscura orgía; tres príncipes renuncian á sus prerrogativas para contraer matrimonios burgueses Una hermana loca, la emperatriz asesinada en Ginebra, la pareja derribada en Serajevo, todos los males que agogian á este Edipo enhiesto que se obstina en vivir como

si renunciara á la majestad de las consagraciones trágicas : se explican por el pecado imperdonable, de que ha hablado Ibsen, el pecado contra el amor.

La burocracia minuciosa determina en laboratorios sutiles la diferencia entre la sangre azul y la sangre imperial, separa grados y clases en la aristocracia. Profesores de heráldica se abisman en genealogías sinuosas. Nadie ignora, entre los dóciles cortesanos, la trascendencia y el número de los cuarteles de nobleza. Uno de más ó de menos en el blasón de una familia, decide, como las dimensiones de la nariz de Cleopatra, del destino de los imperios y de la armonía ó del choque de las estirpes. El archiduque Fernando pide en matrimonio á la condesa Chotek, de noble familia bohemia, y la corte severa se indigna de ese desdén á la química de las uniones reales. ¿Acaso se olvida impunemente la proporción y la calidad de las sangres mezcladas, la dosimetría establecida por técnicos rigorosos?

Desde entonces, el problema austriaco y el problema europeo cambian. El archiduque va á luchar, como en los torneos medioevales, por la Dama ideal, á imponerla en el palacio hostil, á vencer á escuetas y acerbas archiduquesas. Conquista lentamente nuevas posiciones, á costa de su pueblo imperial, se inclina á una ú otra raza, impulsado por el amor. Ha de ser emperatriz la condesa aunque se coaliguen contra ella todas las fuerzas del pasado, y si es necesaria una guerra europea para fundar la grandeza de una mujer, el príncipe audaz provocará hecatombes porque es esposo terco antes que pastor de gentes diversas. El catolicismo será su apoyo, le auxiliarán los jesuitas que saben de casuística. Dicen las crónicas que soñaba en devolver sus estados al Pontífice recluso, en ser paladín de una religión que declina, para que la ilustre condesa Chotek, lectora en las alcobas perfumadas de una archiduquesa, gobernara a eslavos y croatas, polacos y bohemios. Una

victoria militar decide de los más duros prejuicios: el archiduque proteje al partido de la guerra y excita el fervor chovinista. Se rodea de generales, dirige maniobras, ordena repentinas movilizaciones de soldados que turban la paz europea. Impone á provincias hostiles el áspero señorío vienés. En un imperio de lenguas y castas diversas, defiende los intereses católicos y militares hasta el punto de no conceder jamás audiencia al conde Tisza, protestante, que es presidente del Consejo de Ministros y defensor de los intereses dinásticos en Hungría. Todo anunciaba al gobernante de la Santa Alianza, místico emperador que modela á los pueblos en la paz de las mazmorras é impone un credo rígido en cadalsos.

En torno á una unión morganática, se agita Europa. La Corte austriaca no perdona al archiduque su desvío. Caen los príncipes, unidos siempre como lo fueron en la vida, sin una desviación en la curva de su amor romántico, y el protocolo implacable establece, frente al túmulo, separaciones aristocráticas. Olvida la vanidad de los cortesanos el poder nivelador de la muerte, su visita pálida é igual á todas las moradas, *pauperum tabernas regumque turres*, decía Horacio. Refieren testigos fidedignos, que el ataúd del heredero era más amplio que el de la esposa repudiada, y que la mayor elevación en que le colocaron los dignatarios de la Corte invulnerable, revelaba la superioridad del cadáver de linfa monárquica y el imperio de la realeza sobre los errores del destino. Políticos inflexibles en estos bizantinismos de la sangre, no temen, imponiendo á Servia el peso de sus ejércitos, provocar la más funesta de las guerras modernas. La gran inquietud del mundo acumula suicidios y bancarrotas. Su origen remoto es el desdén de severas archiduquesas á la advenediza que va á presidirlas en los cortejos reales.

¿Quién dudó de la serena fuerza inglesa? Demolins

y sus discípulos impusieron al mundo el evangelio de la superioridad sajona. Doctores en ciencia política, que habían leído á Montesquieu, admiraban, en el reino singular, la extraña conjunción de la libertad máxima y el orden perdurable. Enseñanza deleznable, porque, en la monarquía ideal, se anuncia la más inquietante de las revoluciones.

Cuando Irlanda se subleva, muere Chamberlain. Sincronismo piadoso : el creador de vínculos imperiales no ha presenciado la disolución de la amada unidad. Este « Joe » esbelto é impasible que contemplaba con desdén monocular á todas las razas, es el personaje representativo del gran pueblo insular. Como él, ambicionaba la expansión romana, el *regere imperio populos*. El utilitarismo provisorio del sajón, le enseñó á construir en las fábricas de Birmingham, la fortuna que servirá de base á su ideal político. El « hombre de la calle » le comprendía y admiraba, porque en él se confundían todos los atavismos de una raza de piratas y místicos, de especuladores ascetas y egoístas benéficos. Cuando se levantaba florido y rasurado en la tribuna de Westminster, un fervor de poema agitaba sus cuadros estadísticos y, á través de sus oraciones trepidantes, parecía que la lírica de Kypling levantara aplausos en el prosaico anfiteatro. El ministro cesáreo hablaba de imperio y de federación, agrupaba razas discordes, creaba síntesis de pueblos, soberbiamente, más allá del bien y del mal. Fué radical imperialista y socialista monárquico. Demagogo con la elegancia de un moderno Alcibiades, acumuló paradojas, porque buscaba, fuera de toda lógica estéril, la grandeza del municipio de Birmingham y el señorío perdurable de Inglaterra sobre los continentes y los mares.

Abandonó á Gladstone, al anciano majestuoso y sagrado como una encina, porque la autonomía de Irlanda que éste defendia, aniquilaba su plan impe-

rial. Para unir á la metrópoli y á sus dispersas colonias, propuso la reforma del arancel y el círculo invulnerable de todos los pueblos sajones, el *zollverein* apretado y agresivo. El liberalismo defendía, contra esa cohesión, las más amplias franquicias, parlamentos locales, la multiplicación de iglesias independientes del Estado, la regresión al protestantismo atómico, al individualismo extraño al cuadro social. Proclaman los observadores la decadencia inglesa. El respeto, el orden, la disciplina histórica, la explotación elegante del hombre, todas las terribles presiones que pulverizaba Carlyle, van á perderse en el aluvión democrático.

Y hoy contemplamos la revolución en marcha, una querella medioeval en el país de la sensatez y de la codicia fecunda. Va á intervenir el monarca, árbitro estéril que sólo ostenta la pompa de arcaicas procesiones contra el tumulto de multitudes exasperadas. Se estremece el gran reino de alma y cuerpo insulares que pareció inatacable. ¿Será, como en Austria, la crisis de un régimen, el crepúsculo de los reyes divinos, la creación de un nuevo orden de siglos y de razas?

Volvemos quizás á la tesis de Max Nordau sobre las mentiras convencionales de esta civilización, á su crítica densa del malestar monárquico. La estabilidad, la unión, la virtud del rey que se levanta sobre las pasiones contradictorias y los intereses violentos; esa superioridad pregonada sobre las democracias inciertas, parece un brillante apotegma que presentes realidades condenan. ¿Podrá el rey sajón detener la anarquía religiosa? Ha « ordenado », dice la vieja fórmula ineficaz, que se reunan, en conferencia permanente, delegados de todos los grupos que luchan. ¿Impondrá una solución ó será el testigo suntuoso de un *match* castizo? La prensa anuncia que, después de agitadas, reuniones se disuelve la asamblea sin resolver el problema palpitante.

La Europa respetable y maternal, avanza á la anar-

quía, al mal inicial, en un *ricorso* doloroso. Enseñanza para nuestras democracias que se organizan, lección de optimismo para pueblos nuevos angustiados por el fervor revolucionario, América avanza hacia la paz y Europa hacia la guerra.

¿Queréis luchas religiosas como en Colombia hace diez años? En Irlanda se preparan á una guerra frenética, resucitando antiguos emblemas, los nacionalistas irlandeses y los protestantes de Ulster. Escritores como Wells, piden un dictador. ¿Es Crómwell, es Porfirio Díaz? En los viejos pueblos y en las nuevas democracias, los mismos problemas, soluciones idénticas. El orgullo étnico, la superioridad aristocrática del mundo antiguo, periclitan. En todas partes, la discordia y el odio antiguo y formidable como el amor. ¿Qué es la confusión americana de razas si estudiamos á un pueblo artificial como el austriaco, donde difieren credos y tradiciones, lenguas é ideales? Los reyes no pueden vencer la división interna sino provocando guerras continentales. En vez de localizar el mal para dominarlo, lo extienden como ola negra sobre el mundo. Fueron árbitros de querellas provinciales y se convierten en profesores de discordia internacional. Triste crepúsculo de un antiguo señorío.

« *Le rêve ancien est mort et le nouveau se forge*; »

canta Verhaeren.

1914.

LA NUEVA EDAD ITALIANA

Un presupuesto con superávit cuando el imperialismo guerrero parece agotar las reservas fiscales, una fe soberbia, intolerante en los destinos nacionales, momentánea paz política como si ante la empresa de la expansión callaran los viejos antagonismos; todo manifiesta que otra Italia orgullosa, aventurera, impone al mundo escéptico respeto é inquietudes. Después de la unidad la conquista de Trípoli : en un siglo, avanza esta nación primitiva de la discordia feudal á la organización, de ésta á la acción internacional en la Triple Alianza; luego, la « gran potencia » reciente ambiciona colonias en el Mediterráneo, *mare nostrum*, escenario azul de la ambición latina.

Quisiéramos fijar algunos aspectos de este renacimiento. El nacionalismo se ha convertido en credo unánime de la nación trasalpina. Los libros de Conradini expresan la común esperanza. Desde la edad gloriosa del Petrarca un deseo de autonomía violenta se impone á la conciencia italiana. En todos los siglos, el *risorgimento* la conmueve como una dulce esperanza. En la *Nave*, d'Annunzio recuerda á los herederos de Venecia bizantina el suntuoso imperio sobre el Adriático. Los futuristas proclaman la necesidad de una guerra con el Austria, quizá para vengar la memoria doliente de Silvio Péllico. Se quiere robustecer lo castizo, levantar el prestigio italiano contra la presión extranjera, devolver á la tercera Roma su histórico predominio.

Nada ofende tanto á los italianos como la curiosidad del turista que busca en el país, museo de civilizaciones, sensaciones artísticas. La nación moderna quiere vivir de la vida nueva sonora y prosaica, y desdeña la actitud hierática. « Las ruinas de la vieja Roma, ha escrito Marinetti, son más epidérmicas que el cólera ó la peste. » Odia el espectáculo de las viejas ciudades, Florencia ó Venecia, « mercado de anticuarios fraudulentos, polo imantado del esnobismo y de la imbecilidad universales ». Sin la manía iconoclasta de los futuristas, piden cuantos defienden el nuevo ideal italiano, menos admiración al pasado muerto que los agobia como un sudario de siglos. En la misma Roma, junto á magníficos arcaísmos, un monumento excesivo y vulgar parece simbolizar la afirmación rotunda de la edad industrial. Es el monumento á Victor Manuel que ha mutilado el histórico palacio de Venecia y que parece vencer al Capitolio. Estatuas de Mazzini y de Garibaldi, constante evocación de la blusa roja, revelan que la tercera Italia aspira á definir su acción y su ideal, á defenderse contra el pasado que la abruma, contra los grandes muertos imperiosos.

De la afirmación de la individualidad nacional se pasa lógicamente al odio al extranjero, á la rivalidad violenta con el émulo latino. Roma no acepta el privilegio de París. Quiere ser otra vez metrópoli del mundo. En sus teatros, en sus libros, en sus universidades impone el ostracismo á las ideas francesas. Cuando d'Annunzio ó Riccioto Canudo buscan, renunciando á su lengua armoniosa, la consagración de este París esquivo, los sigue más allá de los Alpes la enardecida condenación de un pueblo. Un nuevo fervor domina en las escuelas. Los italianos recuerdan orgullosamente que Agostino Bassi se adelantó á Pasteur con sus estudios sobre el carácter parasitario de las enfermedades contagiosas, que Paccinotti figura entre los precursores

de la teoría electromagnética. Nadie niega á Marconi la alteza científica del inventor. Aun cuando imperan corrientes exóticas en la peninsula altiva, el genio nacional asimila y trasforma las ideas importadas. El puntillismo de Segantini difiere del impresionismo francés; el positivismo de Ardigó, del de Spencer. Enriques estudia los conceptos fundamentales de la ciencia, y no repite ó traduce á Mach ó á Poincaré. Croce, el fuerte pensador napolitano, renueva á Hegel y construye un vasto sistema italiano. Guglielmo Ferrero escribe su brillante historia, sin el aparato doctoral de Mommsen y evoca, frente á las antiguas luchas, modernos combates como si quisiera sugerir á la Italia presente la vocación del imperio. El marxismo alemán ha sido corregido y depurado por Labriola y por Loria. Una ciencia, la criminalogía, la evolución del derecho penal, son obra trasalpina. En el orden social, pocos pueblos rivalizan con Italia : sociología, materialismo histórico, renovación de las ideas sobre la Roma clásica, sobre el aspecto económico del mundo latino. Una escuela jurídica, con Cimbali y sus discípulos, trasforma la doctrina del derecho civil y sustituye el individualismo que consagró la ciudad cesárea, el derecho quiritario de usar y abusar por vastas perspectivas sociales : sobre la justicia impasible el reino humano de la equidad y de la solidaridad. De los fundamentos filosóficos del derecho trata la obra diversa de Icilio Vanni tan original como los mejores ensayos alemanes. En economía política, en finanzas prácticas que reflejan el próspero avance de los negocios, revela la Italia enérgica su vitalidad.

¿Como renunciará á su propia tradición excelente esta nación de artistas y filósofos? Excesivos en la reacción, destruyen los futuristas las bases de un verdadero nacionalismo. En el pasado hallará la ciudad imperial promesas de eternidad, en la autoridad de los Papas y de los Césares, en la grave paz romana im-

puesta al mundo; en Florencia magnífica, en él espectáculo de ciudades armoniosas que olvidan sus discordias seculares para inclinarse ante Roma paciente y eterna como la Iglesia. No imitará porque agotaron ideas y formas sus personajes representativos. Desdeñará á Rodin porque la enorgullecen Miguel Angel y Donatello que son sus precursores. El prarrafaelismo le hará sonreír porque ama al Perugino y á los primitivos. En la literatura de confesiones descubre reminiscencias dantescas, en la lírica amorosa petrarquismo, en los profesores de duda discipulos de Leopardi. Maestra en la intriga política, en el arte de las *combinazione*, realista desde los tiempos remotos, verá en Bismarck á un discípulo de Maquiavelo. El superhombre de Nietzche no es sino repetición de un tipo que ella realizó, en el fervor pagano del Renacimiento, en los maestros de vida intensa y peligrosa que triunfaron más allá del bien y del mal. Opondrá Galileo á Newton y en la metafísica moderna encontrará reflejos del pensamiento creador de Giordano Bruno. El Imperio, el Catolicismo, la segunda Grecia de los Médicis, el nuevo cristianismo de Asís, la epopeya en la piedra, con Miguel Angel, en tercetos dolientes, con el Dante, ¿qué gloria humana rivaliza con esa perpetua novedad religiosa, artística y política?

La restauración del orden clásico, el señorío de Roma sobre todas las gentes, he aquí el fervor de los nuevos italianos, la fuerza oscura de su expansión y de su fe. Sueñan en el *imperium* y el príncipe Borghese, al analizar, en un libro reciente, las razones de la ocupación de Trípoli, señala, como presión inicial, las tradiciones. Como en la edad clásica, ó en el Renacimiento, se unen para el dominio el poder espiritual y el poder civil, el Papado y la Monarquía. Pio X autoriza á los católicos á votar en las elecciones. Giolitti, ministro omnipotente, ofrece la paz religiosa al Vaticano. Sacerdotes patriotas saludan el avance

imperialista de la reacción católica contra el Islam. El modernismo representa, en el seno de la Iglesia, una nueva reforma, el sentido religioso en lucha contra el sentido político; lo vence el vigor dogmático de Pio X y la enemistad de los estadistas. En Italia, la religión tiene un valor cívico y los Césares aspiran al pontificado. Calla la oposición parlamentaria a Sonnino, porque un silencio devoto debe acompañar á la dura campaña en el desierto. Italia une todas sus fuerzas morales y materiales, como en la época de César conquistador de los galos. Cubre á los *bersaglieri* la sombra aquilina de Roma invicta. Se comprende la bella exaltación del pueblo fatigado por el Austria en las mazmorras, humillado en Abisinia por el error de sus políticos y de sus generales, Cenicienta desdeñada del concierto europeo, ante la conquista, obra perenne del genio romano. Cuando la Europa curiosa de sagradas vejeces admira á Venecia, á Florencia, á Ravena, incrustación oriental en un reino cristiano, á Asis y su santa leyenda de pobreza, á la Umbría discreta y perfumada, los nacionalistas señalan desdeñosos el desfile de los navíos empenachados que llevan al Africa á un nuevo Escipión.

Obedecen á esta dirección común los intelectuales que parecían alejados de la vida política. Los poetas aspiran á una función civil. Después de Carducci, el de los cantos bárbaros, d'Annunzio abandona alcobas dilectas para comentar, en versos admirados, la «gesta» de Trípoli. La juventud florentina de *La Voce* estudia la topografía de la nueva colonia. Papini, director genial, cree en la virtud de la acción y renuncia á sus cuentos poeanos. Ferrero, enemigo del militarismo parece inclinarse ante la aventura colonial. Un patriotismo heroico, exasperado, agita á la peninsula : el diletantismo, la ironía, la duda se desvanecen en medio de la fe violenta y creadora.

No justifican todos los aspectos de la vida italiana este bello entusiasmo. La Italia del sur es todavía el país « bárbaro » que ha descrito Nicéforo, la tierra sombría de las vendetas. La Mafia y la Camorra extienden su red negra por esas regiones trepidantes. A la seria organización del norte se opone la primitividad del sur, el clan y sus pasiones exclusivas, una religión sombría de maleficios y temblores históricos. No vencen al analfabetismo las nuevas escuelas. La corriente inmigratoria revela no sólo la fecundidad de la raza sino la rudeza de la vida en la patria ancestral. Escándalos de ministros concusionarios han revelado la miseria de la vida política. Un anticlericalismo vulgar, filosofía simplista de los Homais peninsulares, envilece las querellas intelectuales. Para la supremacía artística faltan á la Italia dividida un ideal arquitectónico, escultura original, música que, sin abandonar las tradiciones de una raza melodiosa, defina su ambición y renuncie á la fácil simplicidad. Admirable en el desarrollo científico é industrial, en la ambición conquistadora, en el recio positivismo no lo es igualmente este pueblo en las artes que parecen atributos exclusivos de su genio. ¿Que puede oponer, después de la dulzona facilidad de Puccini ó del arte más refinado de Mascagni á la reforma musical de Debussy y de Dukas? Ninguna novedad imponente en la escultura sino fuertes ensayos rodinianos y, en arquitectura, las tentaciones de renovación se realizan siempre en Viena ó en París.

¿ Llegará á nuestra América la pasión nacionalista de la nueva Italia? En vano proclama en el parlamento que las tierras de la expansión italiana son « colonias sin bandera »; en vano sueña en imperios de ultramar Sólo recibe el oro ganado por los inmigrantes : el alma de la raza se aleja de los lares sin añoranza. Caducan los patriotismos históricos. La energía plasmante de América trasforma á la gente aventurera. Italianos de la

Argentina, del Brasil, del Uruguay, del Perú han contribuido á un renacimiento de ultramar, han fecundado la patria que los recibe con la fuerza antigua de su raza. La América asimiladora conquista á todos los emigrantes. Y entre las utiles invasiones ninguna como la italiana, extremadamente prolífica como lo ha demostrado en sus estudios sobre la expansión europea, René Gonnard. Ella corregirá, en los vástagos, la tristeza india con la pasión solar y el ademán estéril del hidalgo con la sensatez de los mercaderes genoveses. En la confusión de las influencias latinas de España y de Francia dominará pronto por la virtud de la sangre fecunda, la acción italiana que sabe unir el entusiasmo por la belleza al cuidado del peculio adquirido, la larga paciencia que parece atributo germano, al sentido positivo que no estan sólo privilegio sajón, y a ese maquiavelismo ancestral tan útil en la política y en la vida modernas. Mientras escuchan en éxtasis los italianos de hoy el, « *tu regere imperio populos* » del verso antiguo no olvidemos que le fervor americano de los piamonteses y sicilianos del nuevo mundo prepara en ultramar un Renacimiento castizo.

1914.

DOS POLITICAS

Es interesante, ante la crisis mexicana y la amenaza de intervención, seguir las opiniones de la prensa europea. En el silencio prudente de los gabinetes, refleja ella la opinión media, condena ó aplaude en nombre de la burguesía imperante. Curiosa lección de política moderna que revela el antagonismo esencial de dos mundos.

El *Times*, grave y doctoral, critica al presidente norteamericano y denuncia su parcialidad en favor de los revolucionarios mexicanos. El *Figaro* elogiaba irónicamente á Mr. Wilson y á Mr. Bryan, hombres de « gran virtud » que dividen con ciega intransigencia al país azteca y perpetúan la discordia para salvar la moral. El *Temps*, condenó á estos doctores extraviados en política, que gobiernan con ideas generales y viven en un mundo pálido y abstracto. En los órganos mesurados del periodismo, ataque franco ó respetuosa lección. En la prensa popular, la más amarga de las burlas, pérfidas insinuaciones ó acusaciones formidables. En Alemania, donde el monroísmo ofende como *nec plus ultra* impuesto á un gran pueblo expansivo, los diarios sensatos y los agentes de exasperado pangermanismo, protestan en nombre de la civilización contra ese derecho peligroso de intervención y de tutela moral. Diríase que, en el mar Caribe, luchan dos políticas y que el general Huerta, presidente exótico, defiende ideas europeas.

Los Estados Unidos que representan en ultramar á la raza blanca y, en nombre de ella, aspiran á fuerte preeminencia; la democracia imperial de que hablan los sociólogos, ocupada en redimir y civilizar al hombre mestizo, sufre de la misma Europa que cree defender acusaciones perentorias. Cuando Mr. Kidd exige el dominio del trópico para salvar á la civilización de Occidente, olvida que el centro de ella, el viejo mundo archiculto, reniega de Mr. Wilson y de sus métodos. El presidente moralista, escueto y rasurado como un *clergyman*, no halla simpatías en Francia, en Inglaterra, en Alemania, grandes potencias de raza blanca, centros tutelares de cultura cristiana.

¿Bastará para explicar esta lucha llamarla guerra del petróleo, como la bautizan los financistas? Más allá de las declaraciones sonoras de los políticos, descubren codicias ciertas. No se combate ya en el prosaico mundo actual, por la posesión de Troya y la belleza de Helena, sino alrededor de densos pozos de aceite, en nombre de sindicatos rapaces. Si fuera cierta esta acusación constante, se convertiría el universitario puritano de la Casa Blanca en hipócrita representante de expoliaciones financieras.

Grave afirmación, digna de un novísimo La Rochefoucauld que no creyera en la virtud. De ella nos alejamos prontamente para atribuir á la terquedad de Mr. Wilson más alta explicación. Es un ideólogo protestante. Ejerce bíblico magisterio sin sonreir ni claudicar. Cree en la « nueva Libertad », en la moral pura, en la democracia, y gobierna entre mercaderes, en el mundo turbio de la especulación, sobre vastas metrópolis de impureza. Vió, una vez, como Lady Macbeth, obsesa y errante, en las manos del dictador mexicano una mancha que ninguna fuente de petróleo podría borrar. Y no olvida la trágica visión. *All the perfumes of Arabia will not sweeten this little hand.*

Desde entonces, el noble presidente quiere ser el espectro del remordimiento que vaga por los salones del palacio mexicano. Y la conciencia del general Huerta no cede ante la amenaza, ni quiere hacer penitencia. México se divide hasta la muerte. Los Estados Unidos favorecen la anarquía, se niegan á reconocer el dictador sombrío é invulnerable. Van á parecer intereses y hombres, va á hundirse un pueblo de historia imperial. ¿Qué importa? Se salva la moral. Triunfa un principio en las ruinas crepitantes de una raza. Admiramos al jacobino tras el profesor engreído por el éxito, al fanático de sana intención que gobierna con teoremas y mezcla todos los géneros. El drama se complica y Europa se inquieta.

Y esa inquietud progresiva revela la degeneración del cristianismo. Introducir en el juicio político consideraciones morales, purificar la realidad cotidiana, es el más grave de los errores de un estadista. ¿No ha leído, en los vagares de su cátedra, el profesor adusto la historia de los palmípedos, que simboliza la evolución humana? Allí hubiera aprendido que el crimen presidió á la fundación de las monarquías, que la usurpación fué el primer título de propiedad, que la justicia sin la fuerza es un nombre vano y la fuerza sin la justicia una realidad imponente, que la religión ungió siempre á los tiranos victoriosos, que la sangre fué el cimiento de todos los imperios, que el hombre, el gorila lúbrico de Taine, sólo se satisface con hecatombes. Por olvidar la gracia de France ó el cinismo científico de Maquiavelo, debe sentir, en su conciencia protestante, raras angustias Mr. Wilson.

Hoy se apodera de Veracruz, « terriblemente triste », dicen los testigos palaciegos. Quiere la guerra pacífica, la dominación sin sangre vertida, el desembarco silencioso de los cañones. Nuevas contradicciones escolásticas que espantan á Europa, fervor de « honra-

dos pastores», dice El *Fígaro*, que puede crear la más larga y dolorosa de las guerras. ¿Cómo podrá detenerse la invasión y la resistencia en zonas limitadas? Impulsado por la moral más sana y el más severo idealismo, habrá traído á la América el presidente de la universidad de Princeton, una de las más grandes catástrofes de su historia.

Su aventura doctoral á través de realidades sinuosas nos inquieta, porque señala una vez más el fracaso de los ideólogos frente á la vida. Admiro su rigidez de moralista; no creo, hasta hoy, en su hipocresía trascendental, ni en su afán de conquista. Me parece un universitario empolvado que se extravía en política. Así le conocí en el Club de profesores de Nueva-York. Oscar Wilde ha enseñado que la acción es impura. Y cuando va á ella un hombre de conciencia difícil y recta, titubea y claudica, ó es más peligroso que esos políticos oportunistas que saben extraer de la realidad jugos raros y especies favorables.

¿Qué es la política? A las definiciones clásicas opongamos la experiencia cotidiana. Juego menudo de transacciones y de usurpaciones, maquiavelismo discreto y perverso, olvido de los medios por el fin, perpetuo himno á la fuerza inmoral y á la riqueza impura. ¿Pediremos á Talleyrand, á Bismarck, á Chamberlain, lealtad, nobleza permanente, respeto de los pactos y de los derechos de los débiles, justicia inflexible y lógica? Os dirán que, para fundar realidades necesarias, la grandeza de Prusia y la expansión de Inglaterra, hay que transigir con medios irregulares y que la voluntad de dominio es extraña á la tímida moral burguesa.

La política idealista está en crisis. Muere en Wáshington, solemnemente, al son de himnos litúrgicos. Mefistófeles sonríe al profesor que creyó hallar en su laboratorio la clave de la vida. Y desde Sirio, reposado y abacial, nos explica Renán cómo fracasará siempre el pen-

sador si abandona su celda austera : « el gran inconveniente de la vida práctica y lo que la hace insoportable para el hombre superior, está en que, si se llevan á ella los principios del ideal, vuélvense pronto defectos las cualidades; de tal manera que muy á menudo el hombre de sana intención, tiene menos éxito que aquel á quien sólo guían el egoísmo ó la rutina vulgar ».

II

A la política moralizadora del norte se une la política suicida del sur. A la intervención para la civilización ó la paz, quizá en favor de recias ambiciones calibanescas, se agrega la discordia en nombre del patriotismo, la revolución constitucional, la turbulencia legal ó el asesinato restaurador. En el Caribe ó en el trópico la ambición septentrional halla divisiones favorables y fervor suicida. Después de haber condenado el imperialismo yanqui, la pacificación impuesta en tutela agresiva, escribamos el *peccavi*, estudiemos brevemente nuestra culpa seria.

Es facil explicar el malestar de diez naciones por intrigas norteamericanas ó vastos peculados de Wall Street. ¿Que oponemos á la república invasora? El caos, revoluciones sucesivas, caciquismo sin ideales, codicia de presupuestos generosos. ¿Dónde la organización, el desinterés patriotico, gérmenes de estabilidad, creación de estatutos administrativos que curen el mal anárquico ó levanten contra la dictadura intermitente esfuerzos de resistencia interior? Vemos presidentes que exigen la intervención para mantenerse en el poder, revolucionarios que asolan como si pudieran fundar la grandeza de un pueblo sobre ruinas humeantes, odios formidables que ningun sentimiento nacional detiene, refinamientos orientales en la cruel-

dad, en el engaño, en la usurpación, bancarrotas económicas en ávidas democracias. Es el espectáculo general, el mal tenaz de diez repúblicas. Nos amenaza una de las potencias « civilizadoras » y protestamos con noble energía y proclamamos nuestro derecho á vivir. Pero, ¿es derecho á vivir ó á morir? Pedimos la libertad para aniquilarnos, el nombre engañoso de nación para cubrir campos que debieron ser fecundos con la sangre de razas altivas. ¿Por que se ha de respetar en nosotros ese suicidio lento, consciente, trágico? No somos fuertes porque ignoramos el beneficio de la unión y todo reino dividido será desolado, dice una antigua sentencia. Somos ricos y nuestra fortuna excita la codicia extranjera.

Constituimos una promesa de abundancia para pueblos agotados, redentores que olvidan su misión renovadoray que manchan su vida en contubernios.

Cuando vivian aislados los pueblos y abundaban en los mapas las tierras ignotas, la muerte de una raza era tan indiferente como la caducidad de una estrella en el cielo infinito. Hoy, en un mundo organizado como inmenso Leviatán en el oceano del tiempo, repercutan las crisis de un pueblo en regiones remotas del planeta. Una revolución de Guatemala arruina á mercaderes de Hamburgo y una huelga en California inquieta á los banqueros de Yokohama. La protección al azúcar en Rusia empobrece á los agricultores peruanos. Una crisis argentina provoca la quiebra de banqueros londinenses. ¿Como queréis que asista el mundo que acucia riquezas, impasible y lejano, á nuestras turbulencias? En Persia, imponen la paz, unidas, Inglaterra y Rusia; en Turquía, todas las potencias dictan soluciones; en la China anarquizada favorecen los Rusos la división y aseguran la autonomía de Mongolia. Sólo nosotros podemos entregarnos, sin responsabilidades ante el mundo, á la danza macabra de revoluciones y asesinatos políticos.

Existe la doctrina de Monroë, diréis, salvaguardia continental, baluarte centenario contra el avance del mundo antiguo. Pero, los Estados Unidos tampoco toleran la anarquía sempiterna. Su imperialismo es tan grave como la amenaza europea. Quieren colonias fáciles donde emplear capitales expansivos y tierras pródigas que colmen, con productos del trópico, la avidez de noventa millones de hombres. Les acusamos en discursos sonoros y cada revolución los llama, como un conjuro, cada dictadura voraz atrae legiones de negociantes fenicios. Para alejarlos, tenemos un *schibboleth*: orden, continuidad política, seguridad en los negocios, seriedad en los pactos. Empujados por extraña maldición, invertimos los valores políticos y ofrecemos á la ambición extranjera, instabilidad, fe púnica en los contratos, perenne, discordia inseguridad lamentable. Nuestro patriotismo declamatorio y jacobino no llega á concebir, sobre la violencia de las pasiones, el ideal permanente de la nacionalidad ni opone á la ambición personalista y al reparto fervoroso de los presupuestos la grave noción de la patria histórica.

El dilema angustioso de esta América revolucionaria exige interna solución. La autonomía es la disolución frenética y la barbarie. La intervención extranjera es la humillación, la tutela provisoria, orden y crédito exterior. Sólo se podrá evitar los agudos extremos de este dilema, realizando la paz civil. ¿Acaso intervinieron europeos y norteamericanos en el Salvador, en Costa Rica, en Chile? En la América Central, dos brillantes repúblicas serias y estables viven en plena libertad política. Concebimos un Nicaragua pacífico, un Santo Domingo sin revoluciones anuales donde no había sufrido la independencia ataques deprimentes. Si los Estados Unidos sólo siembran la división en el nuevo mundo, ¿por qué limitan su acción sombría á las repúblicas anarquizadas y respetan á los pueblos sóli-

dos? Colaboran á su política agresiva las repúblicas desconcertadas que agotan sus reservas y sus hombres, en perpetua orgía financiera y militar.

Un gran diario parisiense estudiaba hace poco « la obra de cuatro años de anarquía » en México. Espantables cifras que simbolizan la ruina de un gran pueblo : treinta por ciento de depreciación en la moneda, supresión del servicio de la deuda, emisión de bonos que van á sufrir inmediato desmedro en la decadencia castiza. Las acciones del Banco Nacional de México bajan de cuatro años (de 1910 á 1914) de 1240 francos á 499; las del Banco Central, de 517 á 69; las de una institución resguardada por la City, el Banco de Londres y de México, de 707 á 261. A los famosos presupuestos sin déficit de la época de Limantour suceden, á despecho de nuevas riquezas explotadas, ejercicios fiscales abrumados por los gastos públicos. Un funcionario mexicano resumía en términos dolientes la grave situación de su patria : « hemos visto, decía, disminuir los rendimientos de la industria minera, desaparecer la paridad legal de nuestra moneda, crecer de manera considerable nuestra deuda extranjera, hacerse más lento el tráfico interior de las mercaderías y que arroje déficit, en vez de los provechos habituales, la explotación de los ferrocarriles nacionales ». En un país tan vigoroso como México, denso y rico, diverso en zonas, de subsuelo abundante en sinuosidades matalíferas y aceites útiles, en un pueblo de gloriosa tradición imperial que podía rivalizar con el Canadá, el Brasil y la Argentina, revoluciones y dictaduras en impía emulación, han acumulado peligros y ruinas.

Pero, no es el desastre privilegio mexicano. ¿Dónde no se agita la raza que los sajones consideran ingobernable? Montoneras en el Ecuador, revolución inminente en Venezuela, estado de sitio en Río de Janeiro,

guerra civil en Santo Domingo, rebeldía fustrada y trágica en el Paraguay, sombrías agitaciones en Haiti, aquí dictaduras vencidas, allí complots militares. En tanto, la nación se disuelve, caduca el crédito, el extranjero desaloja al criollo de todas las fuentes de riqueza.

¿Qué importa el crédito, el prestigio extranjero, dirá el chovinismo? Si la América fuera libre en el orden financiero, si tuviera industrias expansivas y reservas fiscales, el desdén extraño haría sonreír á pueblos que se bastan á si mismos. Pero, un continente colonial que pide capitales y préstamos, que necesita de productos, de capítales y de hombres, no puede olvidar que, sin la City de Londres ó la Banca de París, serían sus tierras prósperas un desierto y sus puertos flamantes caletas deleznables. Su orgullo indisciplinado no acepta exhortaciones ó intervenciones. Sólo finanzas serias, economías progresivas que constituyan un capital nacional podrán justificar ese ademán de bella nobleza. Y precisamente, sin paz civil no habrá economía saludable. Las revoluciones son un despilfarro de oro y de sangre. En esta edad prosaica, la hidalguía no se concilia con la pobreza y el romanticismo necesita apoyarse en cajas fuertes. Abandonemos el quijotismo del derecho abstracto, disfraz muy frecuente de personalismos exasperados, para fundar esa política utilitaria de la paz con riquezas que nos permitirán dentro de dos siglos, imponer al mundo un ideal, el que surge de la llanura manchega y de los campos de América cuando brilla en el horizonte la lanza inexpugnable y se agita, en un brazo escuálido, la adarga altiva.

1914.

DOS PACIFISMOS

I

El uno vive en blancos palacios, en propicias ciudades neutrales ó en congresos románticos de reunión periódica y estéril. Coincide irónicamente con su clausura una nueva guerra bárbara, de refinamiento oriental, de violencia antigua. Se desarrolla en Ligas múltiples, de la paz, de la fraternidad, del derecho, multiplica arbitrajes y limita con malla de codificaciones precisas el asesinato colectivo. Su profeta es Tolstoi, Buda extraviado en una civilización artificial y mediocre ; su apóstol retórico, el barón d'Estournelles de Constanti su Mecenas multimillonario Mr. Carnegie. La Haya y Ginebra, sus gloriosas capitales. Generoso evangelio que se extiende por el mundo oponiendo á la rudeza de la conquista la música de viejos salmos y la ingenuidad de dulces vaticinios. No avanza la idea de paz en las asambleas ni la invasión de folletos y « tracts » aleja la perpetua amenaza. Nace, ante la impotencia de estas promesas, un segundo pacifismo, teoria positiva que discute el provecho de la guerra y desvanece el prejuicio de los campañas útiles. La funda un sajón hostil á verdades impuestas, Mr. Angell. Disocia dos ideas que parecían ligadas por nexo ineludible : la conquista y la fuerza comercial, el poder militar y el engrandecimiento utilitario de las naciones. Discute, con fuerte sentido realista, verdades clásicas, como Malthus el

problema de la población y Adán Smith el de la riqueza : actitud original de pensadores humoristas que disuelven las cristalizaciones intelectuales, que predican la duda cartesiana y asaltan, con armas irreverentes, los torreones ambiciosos de la fe antigua. Su libro sobre « la gran ilusión » de la guerra ha sido traducido á todas las lenguas modernas. Sus ideas agitan á los estadistas y del pálido ambiente de los gabinetes avanzan á la justa parlamentaria. Con tenacidad de pueblos brumosos, el autor fija sus doctrinas en diarios y nuevos libros, desmenuza los lugares comunes aceptados, se irrita, ofende al sentido común y, contra la densa experiencia de los siglos, construye elegantes silogismos. Un sano optimismo le sostiene en su larga campaña. Se multiplican las luchas armadas y él, terco y apostólico, repite su lección.

Como el Proteo del mito clásico, la guerra se transforma, se adapta á las costumbres y á las inquietudes de cada siglo, escoge defensores letrados ó Atilas formidables, declina y renace como un instinto eterno, augusto como la Fatalidad. Es campaña santa, cruzada mística para extender el imperio saludable de la fe. ¿No escribió de Maistre el elogio del verdugo, instrumento de venganzas divinas? El Dios de los ejércitos protege esas expediciones de dominación espiritual, inmensa peregrinación generosa contra el Islam. Conflictos bélicos entre católicos y protestantes, guerras en nombre de un dogma desconocido, de un dios familiar, de una casta sacerdotal solemne y orgullosa. Cuando el poder religioso declina, mueve á los pueblos hostiles el interés dinástico, la expansión agresiva de la patria, un vasto sueño de hegemonía, desde Carlomagno hasta Richelieu, del canciller maquiavélico á Napoleón. Los Césares, que han secundado la ambición de la Iglesia tutelar sueñan en substituirse á su poder majestuoso. No defienden ya el dominio

claudicante de las religiones, sino la civilización, noción vaga que define el éxito en grandes batallas. Se combate por la patria y por el rey, pero ambos no son sino representaciones armadas de un magno interés de orden, de cultura y humanidad. Metternich civiliza levantando cadalsos; la Santa Alianza invade el territorio de naciones inquietas para vencer la revolución, hidra infernal, según la literatura política de la época.

A la guerra mística, á la guerra de influencia ó de hegemonía, á la aventura civilizadora de corsarios divinos y legiones sagradas, se agrega pronto la campaña prosaica. El comercio inspira grandes luchas: Mercurio usurpa la función olímpica de Marte. Se imponen mercaderías con cañones, se preparan mercados con batallas y el opio que adormece, con beatas promesas, la virilidad de las razas, llega á costas exóticas en barcos imperiales. Es la moderna forma del viejo conflicto, el avatar flamante de un instinto eterno. Se guerrea para tener colonias, para mantener la supremacia comercial contra rivales en progreso, para conquistar mercados, extender las zonas de influencia que el desarrollo industrial ambiciona, se impone el orden á pueblos bárbaros; y ese orden lo dictan banqueros y comerciantes afortunados.

Contra estas campañas de penetración financiera que escudan cañones y barcos, protesta el escritor sajón. No dice que son injustas, sino que son inútiles. Las condena en nombre de la economía, no de la moral. Es el doctor necesario para pueblos prácticos. Demuestra que la conquista y la destrucción de un pueblo aniquilan al vencido y al vencedor. En edades remotas, naciones de aislamiento insular, defendido por fronteras invulnerables como los dominios almenados de los barones feudales, preparan conquistas provechosas. La ruina de la nación vencida no tenía repercusiones en el terri-

torio recluso del vencedor. La economía moderna ha transformado las relaciones humanas : el capital internacional, la importancia de los valores bursátiles, la fraternidad de los grandes mercados constituyen, á despecho de las combinaciones bélicas, una gran red nerviosa donde circulan la misma avidez é idéntica inquietud. Una crisis argentina arruina á banqueros londinenses, el malestar en Wall Street se expresa por quiebras de joyeros de París, se sufre en Liverpool la baja de un producto peruano ó australiano. El éxito de las plantaciones de caucho en Java destruye fortunas de la fecunda región amazónica. La crisis financiera de Nueva-York obligó al Banco de Inglaterra á elevar al 7 % el tipo del descuento : fracaso consiguiente de casas inglesas. El mundo se convierte en inmenso organismo, el Cosmos de los filósofos griegos, donde conspiran las partes á la armonía total y perturba la nota discorde el vasto plan sinfónico. Estriba la « gran ilusión » en olvidar esta menuda interdependencia. Es una idea anacrónica : se vuelve al período caduco de los grandes estados solitarios. « La complejidad de las finanzas modernas, leemos, hace depender á Nueva-York de Londres, á Londres de París, á París de Berlín, en proporción sin ejemplo hasta hoy en la historia. Esta ramificación deriva del uso diario de productos de la civilización que sólo datan de ayer : el correo rápido, la difusión instantánea de las informaciones financieras y comerciales por el telégrafo y, en general, del progreso increíble de la rapidez de comunicaciones que ha traído un acercamiento financiero más íntimo entre las cinco ó seis grandes capitales del mundo cristiano y las ha colocado en mayor dependencia, unas respecto á otras, que la que existía, hace un siglo, entre las principales ciudades de la Gran Bretaña. »

Examina Mr. Angell el caso de una guerra posible entre Alemania é Inglaterra, rivales hoy en los mares

y continentes, émulos en fuerza naval y en hegemonía económica. Conquistada la isla sajona por los germanos orgullosos, no podrían éstos « destruir de manera permanente ó siquiera por un período un poco extenso, ni aun dañar en gran escala » el comercio inglés, porque éste depende de la riqueza natural y de la población que la explota. Subsistiendo ambas, el invasor no logra aniquilar al vencido. Sólo obtendrá la verdadera ruina comercial, « destruyendo la población, lo que es imposible, y, si pudiera destruir la población, aniquilaría también su propio mercado, actual ó futuro, lo que constituiría un suicidio comercial. »

Entre estos pueblos enemigos, las relaciones comerciales estrechas despojan de toda eficacia á la guerra inevitable. A la bancarrota inglesa, sucedería pronto la desaparición de gran parte del capital alemán fundado en el crédito. El despojo del Banco de Inglaterra, de ser posible, originaría la quiebra de los bancos germanos que tienen crédito en Londres, y « como todos los comerciantes del universo sentirían la amenaza de ruina como consecuencia de la gran bancarrota londinense, reclamarían de Alemania todas las sumas que se les adeudara », y sería así la situación financiera del país vencedor tan grave como la de la isla invadida. Y olvidamos los gastos formidables de la campaña, la paralización de la industria germana, el desmedro inmediato del comercio mundial. La confiscación de las propiedades privadas insulares traería también, por las ramificaciones del crédito, grandes pérdidas para el pueblo victorioso.

La ambición alemana aspira á extender los dominios de la Deutschtum, á englobar en el imperio expansivo á Bélgica y Holanda, grandes puertos como Amberes y Rotterdam. Examinemos los beneficios de esta anexión. Alemania se apoderaría de los Países Bajos;

pero, sostiene Mr. Angell, « ningún súbdito alemán sería más rico como consecuencia de esta propiedad adquirida ». Crecerían las rentas del gobierno invasor, con el producto de los impuestos holandeses, pero también aumentarían los gastos de administración y servirían las nuevas gabelas para satisfacer á las necesidades de defensa y administración de Holanda. « Y si se tratara de imponer á la provincia recientemente conquistada un impuesto especial para que de él aprovecharan los demás estados del imperio, sería tal el descontento que los gastos de policía y represión bastarían para compensar las ventajas de ese impuesto. »

No puede destruirse repentinamente, merced al éxito guerrero, el comercio de un pueblo denso. Alemania necesita del mercado inglés para su expansión : la balanza comercial le es favorable. Sin aventura bélica, está ligada al progreso de la gente sajona, al crecimiento demográfico, al poder adquisitivo de sus clientes fidelísimos. La indemnización que pagaría el pueblo vencido en la futura lucha no equivaldría nunca á los gastos formidables de preparación de la guerra, la pérdida de hombres fuertes en épicas batallas, el desorden inmediato, la decadencia industrial y comercial, la necesidad de nuevas leyes militares que eviten guerras de reconquista ó de desquite; en suma, a la inmensa pérdida en capital humano y financiero, al estacamiento de dos naciones, el rojo crepúsculo de una cultura.

La ambición de poseer colonias justifica quizá la militarización creciente y la perpetua amenaza guerrera. Demuestra Mr. Angell que las colonias sólo satisfacen el orgullo metropolitano. Ningún tributo puede imponerles la nación que las pobló y fecundó en hermosa cruzada. No interviene en su vida política ni monopoliza sus relaciones comerciales. Inglaterra posee el 38 por ciento del comercio argentino y sólo el 36 por ciento del canadense, á pesar de que su « domi-

nio» le ha concedido derechos de importación extremadamente ventajosos.» En el Africa del sur sirve de razón ostensible á la guerra bóer la defensa de los hindúes contra sus señores holandeses. Convertido el Transvaal en colonia autónoma, vuelve el poder al grupo bóer que dicta contra los súbditos ingleses de color las misma leyes de exclusión anteriores al conflicto de ambos pueblos. Es ley conocida del sistema colonial inglés, en que se inspiran los demás pueblos expansivos, que « la posesión de un territorio excluye toda posibilidad de imponer en él por la fuerza la manera de ver » de la metrópoli. Paradoja que se realiza en un vasto imperio y que lleva á la más imprevista de las conclusiones : para ser respetado de manera absoluta por Inglaterra, para conservar, en relación con la isla poderosa, la más completa independencia política y económica, es necesario formar parte de su dominio colonial.

Pero, si no es útil la conquista de un país; si es fatal al vencedor la expropiación de los bienes del vencido; si ya no se « poseen » colonias, porque la autonomía de éstas se confunde con la altiva libertad; si es estéril la guerra comercial, ¿cuáles son, en la decadencia de las campañas rapaces, los beneficios del poder militar? ¿Pesa más, en la balanza instable de los mercados, el crédito de estos pueblos tonantes? Nos espera en este dominio nueva desilusión. Es más sólido el prestigio financiero de las naciones débiles. La victoria influye desfavorablemente en los valores que deberían aprovechar del triunfo flamante. El 3 por ciento belga se cotiza á 96 y el alemán á 82. El 3 ½ ruso á 82 y el noruego á 102. Y si Alemania capitaliza su 3 por ciento á 82, la renta francesa se cotiza á 98. España pierde sus colonias y crece entonces su crédito. Después de la guerra del Transvaal los consolidados ingleses, en vez de ganar en solidez, decaen, y pierden fuertes sumas los capitalistas prudentes que confiaron en la estabili-

dad diamantina del crédito sajón. El poder financiero no tiene relación directa con el éxito de la guerra : son derrotas las victorias y á ejércitos abrumadores corresponden valores en decadencia.

Desdeñan la reflexión tosca de Calibán los místicos de la guerra. Tiene ella también su idealismo y su grandeza. La ciencia, dócil á los fuertes, explica su eficacia depuradora. La moral reconoce en ella la mejor escuela de virilidad. Afirmaba Moltke que desarrolla las más nobles virtudes del hombre. Roosevelt declara que perecen las naciones que renuncian á la lucha armada. El militarismo, sostiene una familia de pensadores, mantiene el ideal de audacia sin el cual sería despreciable la vida humana. La fidelidad, el honor, la dignidad, cualidades que crecen en el combate, flora de dolor en campos fecundados por la sangre de razas hostiles. La naturaleza humana es inmutable y nada destruiría en ella el impulso bélico. Sólo por la fuerza, se conqusita el imperio sobre otros pueblos y para esas realidades viven las grandes naciones. A estos lugares comunes opone siempre Mr. Angell ejemplos perentorios, consideraciones de agresiva evidencia.

Primero, la decadencia de la fuerza física en las soluciones humanas. Desaparece el duelo en los pueblos sajones, poderosos, viriles, y así muere una forma ancestral de la lucha humana. Al poder del músculo le substituye el de la fuerza económica.

Si la capacidad bélica fuera el criterio supremo de grandeza, nadie emularía en poder á los pueblos que viven en duelo cotidiano. Nuestra América es un testimonio doliente del divorcio entre dos nociones : división sangrienta y poder exterior. En Occidente las naciones menos militarizadas, como Inglaterra, Bélgica ó los países escandinavos, son las más prósperas, y la ruina amenaza á las más turbulantas, como Turquía. « Al renunciar á su ardor generoso adquiere la

humanidad, el gusto del trabajo, y por la unión en la labor, y no por la lucha intestina, progresa. » A los viejos conflictos entre pueblos suceden oposiciones de intereses que salvan las fronteras : democracía contra el autoritarismo, socialismo contra el capitalismo.

Alemania es, sin embargo, para los profesores de la guerra el caso típico : país militarizado y fuerza industrial. Pero el ínfatigable propagandista sajón demuestra fácilmente que su progreso sedebe á que el 99 por ciento de su población se emplea en la agricultura y en la industria, en la humilde tarea diaria, silenciosa y formidable. ¿De dónde nace la grandeza germana? ¿De la victoria sobre Francia? ¿Del hábito del combate que endurece la voluntad perezosa? De ninguna manera. El triunfo significó para Alemania decadencia económica. En 1875, el tipo del descuento fué en París (capital del pueblo que pagó la indemnización de guerra) de 3 por ciento, y en el pueblo vecino triunfante, varió entre 4 y 6. En el período que va de 1872 á 1877 los depósitos en las cajas de ahorros alemanas disminuyeron en el 20 por ciento y, en las francesas, crecieron en igual proporción. No ha adquirido en los campos de batalla su voluntad lenta y práctica la nación que en cuarenta años no ha combatido nunca, mientras que Francia é Inglaterra han luchado en todos los continentes. El pueblo militar ha sido el más pacífico, y, en lugar de oxidar su energía en esa quietud de medio siglo, la constante energía desarrollada por la industria y el comercio, la concurrencia sin sangre, el gran deporte financiero han puesto en las manos recias del germano moderno, si no la lanza mística de Parsifal, al menos los hilos sutiles que mueven el universo trepidante de la fuerza mecánica.

Se ha aplicado principios científicos á las luchas humanas y el darwinismo triunfante explicó que sin la guerra perdurarían los pueblos inferiores y que el « struggle » violento depuraba y ennoblecía á las razas.

La biología intervino, como Némesis, para justificar hecatombes. Peligrosa aceptación de doctrinas deleznables. El príncipe Kropotkine demostró pronto que la cooperación era tan necesaria como la lucha al progreso de las especies : « l'entr'aide » ó auxilio para la vida se observa entre los animales y es más eficaz que la ruda selección darwiniana. Mr. Angell agrega á esta nueva noción biológica un argumento de « common sense ». Al dominar á poblaciones bárbaras, dice, les impone Europa el orden, las conserva, prolonga su vitalidad amenazada por internos elementos de destrucción. « Si alguna vez rivalizan las razas de Asia con la blanca de Europa, en el dominio industrial ó militar, se deberá esa concurrencia en gran parte á la obra de preservación de razas que ha sido resultado de la conquista inglesa en las Indias, en el Egipto y en general en Asia y de su acción en China, cuando impuso por la fuerza militar, el contacto comercial á ese pueblo. » De manera que las famosas expediciones eugénicas que defienden á la casta superior, que propagan el evangelio del hombre blanco, del europeo civilizador, levantan, contra su futuro dominio, á razas desdeñadas y destruyen la misma supremacia que pretenden fundar.

Condenado por la economía y la ciencia perdura el instinto guerrero. No alcanza á disolverio la razón, en cuya eficacia creía un filósofo, Guyau. El rojo deporte levanta á las razas que parecían fatigadas y el odio, más fuerte que el amor, sólo busca la sombría complicidad de la muerte. En vano se someten al yugo del hombre los poderes oscuros de la tierra, los genios del aire y de la luz. Su voluntad de dominación y su barbarie profunda rompen las engañosas cristalizaciones de la cultura, las formas refinadas de la sociabilidad, y es otra vez, como en la visión de Hobbes, « lobo para el hombre, » « homini lupus », gorila lúbrico, decía Taine, que incendia y tala, acumula fervorosamente

ruinas y hecatombes, empujado por fuerzas primitivas, como la destrucción, el hambre y el deseo. No ignora Mr. Angell esta sinrazón formidable de la lucha: « es poco probable, escribe, que la naturaleza humana pierda alguna vez los sentimientos de combatividad, de hostilidad y de animosidad que forman tan gran parte de ella, aunque se hayan modificado en gran manera las manifestaciones de estos sentimientos en el período histórico, hasta cambiar de carácter ». En alguna página de su libro paradojal, parece confesar que la guerra obedece á la Fatalidad, á un gran « ricorso » invariable como los términos de una ecuación : « la guerra trae la pobreza, ésta empuja á la economía y al trabajo, de los cuales deriva la riqueza; la riqueza crea el ocio y el orgullo é induce á la guerra ».

Círculo eterno, como en la filosofía histórica de Nietzche, contra el cual sería estéril la sensatez sajona y el cálculo menudo de provechos y pérdidas. Los antiguos atribuyeron á la discordia la dignidad de los dioses. No ha perdido su fuerza olímpica y continúan sus orgías en el tiempo. Ayer no más, en el vasto encenario balcánico, celebró su fiesta sonora de suplicios orientales. ¿Vencerá el interés al odio, la sensatez á la violencia, el cálculo frío y seguro á la tumultuosa ambición de dominio? En la dependencia mutua y profunda de unos estados respecto de otros, no solamente económica, sino total, funda su esperanza el escritor inglés. Crece la malla de relaciones y quién sabe si ella cerrará para siempre las puertas del templo de Jano. Los siglos sirven de cantera á la razón : con ellos, crea obras durables. Transformó al rey simiesco de las cavernas en genio romántico ó estadista fundador de imperios. En otro milenario habrá quizá vencido al espíritu de conquista y á la guerra.

II

En el libro paradojal de Mr. Angell, es la América tierra predilecta de experiencias sociales. Cuando se fatiga de Europa, busca para sus demostraciones perentorias nuevos dominios de fervor guerrero y estancamiento económico. Buen occidental, confunde regiones ó atribuye á México la paz que hallamos en la Argentina. Pero, en las ambiciones sintesis de base financiera, acierta, y en el juicio político da al vasto mundo de discordia centenaria, consejos saludables.

Mr. Roosevelt ha establecido un paralelismo riguroso entre la actitud bélica y el progreso nacional. Es la ecuación simplista : guerrero equivale á viril y progresivo; pacífico es sinónimo de indolencia y decadencia. En ultramar, las naciones de más intenso desarrollo son también las menos guerreras, como el Canadá y Estados Unidos; y después de ellas señala Mr. Angell á México (grave error, porque sólo la dictadura sangrienta de Porfirio Díaz mantuvo en el inquieto país azteca una paz silenciosa) y á la Argentina pacífica y robusta. De ser cierta la tesis que concede á los pueblos revolucionarios todos los dones que engrandecen, hallaríamos en Santo Domingo y Nicaragua, los signos de la virilidad política, de la audacia financiera, civilización brillante é importancia continental. « Estan constantemente en guerra — escribe el apologista utilitario de la paz. — Cuando no pueden luchar unos contra otros, combaten entre sí los partidos diversos de cada república. Una parte considerable de la población gasta su vida en los campos de batalla. Son batallas las elecciones y buenas batallas, severas, honradas, viriles ».

Allí, en pueblos donde reina el culto exclusivo al

coraje, de que ha hablado un sociólogo americano, en tierras violentas de caudillos, donde la vida de una generación es un valor secundario y cada cacique tiene, como el Corso imperial, miles de hombres de renta; hallamos la intervención extranjera, la miseria permanente, la inseguridad trágica, la indisciplina, el caos político. Ante el espectáculo cotidiano de nuestra América « española militarista », como la denomina Mr. Angell, confesemos que « el industrialismo no militarista » da á los pueblos sensatos riqueza, orgullo de raza, expansión ideal y preeminencia inmediata.

Como tantos escritores sajones, en contacto con las divisiones latinas, condena el polemista radical nuestra ingenua imitación de exóticas divisiones, el fervor de estadistas sin originalidad que introducen en un mundo homogéneo, nociones de equilibrio de fuerzas, imperialismos inexplicables. La raza que construye federaciones, que acerca á todas las gentes en durables sistemas de pueblos, no comprende el empeño anárquico de un mundo que tiene como tradición, la unidad moral. Dice Mr. Angell : « en ninguna parte podría encontrarse condiciones más prósperas para formar una confederación que en la América española. Salvo algunas excepciones, la unidad virtual de lengua, de raza y de ideal parecerá bastante para hacer inútil la defensa de fronteras; y, sin embargo, se gasta una suma enorme de riqueza, de servicio militar, de vidas humanas y de sufrimientos para protegerse contra un gobierno que se parece enteramente al propio ».

¿Será la imitación simiesca de conflictos lejanos, el mismo afán que se revela al exasperar la protesta socialista antes de que se presente la cuestión social, al fundar repúblicas federales sin tradiciones de autonomía provincial, ó al imponer el divorcio como conquista donde la familia es grave, estable, prolífica? Ni la razón de densidad nacional, ni un odio antiguo que se con-

funda con los orígenes nebulosos de la raza, ni religiones enemigas ó diversa actitudes ante la vida que la lengua revele. Sólo razones de parentesco ó acercamiento que no evitan, sin embargo, la división frenética, el problema angustioso de los armamentos, los conflictos de fronteras más frecuentes que entre Alemania y Francia, las combinaciones maquiavelicas en pueblos sin hombres y sin riqueza, que se preparan á disputarse desiertos.

¿Se explicará acaso el ardor bélico porque la guerra fué, en el pasado, campaña provechosa? Ciertamente, no existe en ultramar, entre democracias vecinas, esa trama sinuosa de vínculos financieros que ha estudiado en Europa Mr. Angell. La conquista no produce, en el vencedor, repercusiones funestas; no tiene el crédito admirable función de paz entre los mismos pueblos rivales. La mutilación de Bolívia y del Perú enriqueció á Chile y puede seguirse desde los tiempos de Portales el avance codicioso hacia el norte que culmina en guerra utilitaria. La tesis del escritor se halla confirmada el nuevo mundo no por el método que llaman los lógicos de concordancia, sino de diferencia : la ausencia de estrechas relaciones de dependencia financiera hace posibles los conflictos de violenta rapacidad, para conquistar Dorados que turban el hambre histórica de un pueblo.

Otras guerras se explican por la vanidad agresiva de los caudillos, por el afán de reconstruir unidades políticas del virreinato, por el exceso bélico que irradiaba más allá de las fronteras después de haber alcanzado su ardor máximo en las disputas castizas; por herencia de tribus en perpetua andanza sanguinaria. La predicación fervorosa de Mr. Angell nos enseña á alejarlas, multiplicando las relaciones económicas, dando al intercambio una intensidad no conocida. Si el capital argentino se emplea en industrias chilenas y necesitan del crédito brasileño los mineros bolivianos, si una

crisis azucarera en el Perú hace quebrar á empresas chilenas, disminuirán las probabilidades de nuevos conflictos y en una América unida por el tejido nervioso de industrias y bancos cooperantes, la inquietud de un mercado se extenderá á los demás y la quiebra de una nación arruinará á las repúblicas próximas.

Ya, en la vida interior, demuestra la expriencia de veinte años los beneficios del entrecruzamiento financiero. Aprovecha de esa lección de cosas el convencido pacifista. « Estados que renegaban de sus deudas como práctica política frecuente, han llegado, escribe, á ser últimamente tan estables y tan respetables como la City de Londres y á cumplir sus compromisos de manera tan regular como ella. » Y demuestra fácilmente que no se debe esa respetabilidad, « tan admirada por los ingleses, á los dreadnoughts imponentes de acero y de humo ascendente ni á la disciplina de ejércitos mejores que los de hace veinte años, sino á que estos países, como el Brasil y la Argentina, han sido atraídos en el círculo internacional del comercio, de los cambios, de las finanzas. Sus relaciones económicas han llegado á ser bastante extensas y complicadas para que fuera para ellos el renegar de los compromisos contraídos la forma de robo menos provechosa ».

Con esa insistencia de los publicistas sajones necesaria para convencer á una raza lenta y tradicionalista, explica el tratadista que « sólo las comunidades que nada tienen que perder, que no poseen bancos ni fortunas privadas dependientes de la brena fe pública, ni tampoco gran comercio é industrias, pueden permitir á sus gobiernos que renieguen de sus compromisos ó destrocen el código universal de moralidad económica. Tal era la situación de la Argentina y del Brasil hace una generación; tal es todavía hoy la de ciertos estados de la América Central ». Y recuerda que el mejoramiento del crédito se debe á elementos psicológicos de confianza

en la ejecución de los pactos, en la seguridad de los títulos de propiedad y, sobre todo, en el apoyo de la ley á los contratos realizados.

En ultramar se realiza, pues, la ley de Spencer : el industrialismo en progreso es enemigo de la guerra. Los intereses creados fundan la paz. Las finanzas sanas, las exportaciones é importaciones que se entrecruzan hasta formar malla inextricable, el intercambio de capitales, la colaboración bancaria é industrial, transforman la realidad política. Haciendo de la América que es hoy mosaico de aisladas naciones fuertes é impasibles como la piedra gris de sus montañas, un organismo que se agite con un alma nueva y afirme su unidad enérgica; creando un continente, prepara el Calibán necesario de las finanzas los caminos á Ariel, « espíritu industrioso y diligente » en el drama de Shakespeare.

La obra audaz del ferrocarril transandino ha trabajado en favor de la paz argentino-chilena tan provechosamente como los pactos de limitación naval. Cuando el patriotismo inquieto del señor Luis Alberto de Herrera denuncia para el Uruguay la amenaza argentina, olvida demostrar, según el método preciso de Mr. Angell, los provechos que derivaría de esa temida anexión la vasta nación platense, ¿ Ganaría cada ciudadano argentino en poder, en riqueza, en preeminencia? ¿Compensarían satisfacciones de vanidad nacional el largo esfuerzo militar para mantener sometido á un pueblo tenaz, homogéneo, irreductible? La organización de uniones aduaneras parciales como quiso realizarlas Chile con el Perú antes de la dominación de Santa Cruz, y éste en los estados peruanos y bolivianos congregados, vinculará enérgicamente á repúblicas que aman el deporte costoso de la guerra y preparará esa gran colaboración financiera en el nuevo mundo, imponente « zollverein » como el que concibió Bismarck para aquietar la discordia alemana. Será así la

América frente al viejo mundo un continente de finanzas autónomas, orgullosa « terra clausa » que se basta á sí misma y tiene industrias propias. Y del Plata á Panamá la vasta circulación de capitales y productos, un gran estremecimiento fecundo que se sentirá más agudamente en las futuras ciudades millonarias de hombres, arruinará antiguas querellas y dará á libres estados reunidos por la fraternidad de los intereses abrumadora importancia en los destinos del mundo.

La paz necesaria á la plenitud del desarrollo económico ; paz que se funda no en tradiciones que no se respetan ó en sentimentalismos que caducan, sino en la cooperación de finanzas complementarias. Para mantener el « statu quo » territorial, los pactos de limitación de armamentos, de reducción de unidades navales, como el ensayo no realizado del A B C, la inmediata solución arbitral de los pleitos pendientes de fronteras, el comercio, ferrocarriles de penetración, congresos que discutan ideas é intereses comunes, son agentes de estabilidad provechosa. La originalidad del nuevo mundo consiste en oponer á la fatal división europea, la unidad económica y moral, en alcanzar homogeneidad espiritual dentro de la cual representen las patrias diversas, ricas variedades de una especie prolífica, órganos armoniosos de un inmenso Leviatán. Mientras la paz armada arruina á Europa, la paz industrial asegurará al continente americano riqueza creciente, novedad política, preeminencia lenta pero inevitable. El destino de un mundo no se calcula por lustros sino por siglos y la América hostil á la guerra como lo es ya á reyecías y castas, podrá renovar en el futuro el espíritu de la civilización occidental. Como en el voto de Canning, el iniciado reformará al iniciador, el nuevo mundo no sólo devolverá al antiguo su equilibrio sino que transformará sus ideales.

La paz interna y externa, la aceptación silenciosa de

las demostraciones de Mr. Angell implican dos cambios trascendentales : dar á la política en la vida nacional importancia secundaria, y al honor, en la vida internacional, formas modernas. La agitación caudillesca, el afán burocrático que reduce la vida nacional á la distribución periódica de los presupuestos, el desdén por menesteres que aseguran la independencia, la concentración, en manos extranjeras, de los negocios castizos, crean esa terca inquietud. Ni política de interés ni oposición de ideas : querella de personas, novela interesante de castas famélicas. El honor á la española, quisquilloso y pendenciero, que junta, en duros tálamos, la hidalguía y el hambre, y cubre con la arrogancia de la capa histórica la tristeza de su carne miserable, aleja á naciones inciertas de la vida actual, recia, prosaica, utilitaria. Adaptación dolorosa de nuestra raza á nuevas condiciones humanas, olvido de la guerra por el trabajo, de la pereza orgullosa por la actividad lenta y modesta, del desinterés que, exasperado, lleva al suicidio de un pueblo por ese egoísmo prudente y necesario, y ese sentido de la tierra que predicaba Nietzche. No puede invertir el mundo nuevo el orden de los valores humanos ni ignorar la moderna jerarquía de los intereses : necesita ser rico para ser pródigo, fuerte antes de convertirse en guerrero, práctico para transformarse, llegado á la plenitud, en quijotesco; sano, denso, formidable, para asombrar á los pueblos occidentales con heroicas aventuras ó imponer á otros continentes su altivo evangelio.

1914.

III

OPINIONES

UN FILOSOFO EN LA ACADEMIA
EMILIO BOUTROUX

Bajo la grave cúpula, en el rumor mundano, se destaca su perfil ascético, y una voz clara y cálida (1) pronuncia, ante los Inmortales congregados, el elogio de un guerrero. Curiosa de contrastes, la Academia Francesa ofrece el sillón heráldico de un marqués á un tribuno popular y, después de la oración untuosa de un abate versallesco, gusta oir el verbo tonante de un poeta. Al abrir, muerto el general Langlois, sus puertas historiadas á un filósofo, ha querido quizá reemplazar la bélica sonoridad por la más fina y serena de las ideologías.

Es la consagración elegante de un largo señorío intelectual. Emilio Boutroux ha emulado las bellas odiseas del Renacimiento y recorrido, misionero de ideas, turista filósofo, la Europa archiculta, de Ginebra á Edimburgo, de Roma á Heidelberg. Enseñó un universidades extranjeras, como Luis Vives, presidió congresos religiosos, asambleas de pensadores, conferencias de maestros inquietos que buscaban un credo moral. Se inclinaron, en Italia y Dinamarca, los reyes ante su principado espiritual, y los robustos efebos de Yanquilandia dejaban sus deportes para aplaudir su claro

(1) La de M. Lavisse, que leyó el notable discurso, explicación del arte de la guerra por un filósofo.

mensaje. Rivalizaron las universidades en conferirle el doctorado honorario. Las querellas históricas se adormecen cuando avanza el Pacificador : le aclaman los grandes maestros alemanes y, en Italia, no olvidaré el espectáculo de muchachos fervorosos que le besaban la mano enflaquecida, llorando, después de escuchar su noble enseñanza. Pensador internacional, doctor de todas las gentes, á él acuden espontáneamente, en la indecisión crepuscular del siglo, las almas nostálgicas de serenidad. Hostil á dogmatismos y sistemas cerrados, acerca á los espíritus discordes y prepara, en el orden ideal, el reino de la unidad.

Fué á la filosofía por la historia : intenso examen de doctrinas pretéritas, análisis de su aspecto humano. Las más varias lecturas le sirven en la reconstrucción del pasado, la tragedia sofóclea ó el Fausto de Goethe que sabe de memoria. Baraja siglos y literaturas con desenfado. Lee las Odas Navales de d'Annunzio, narraciones humorísticas de Courteline y cita, sin esfuerzo, páginas de Platón y de Descartes. Boutroux no separa el pensamiento de la vida, y en el mundo pálido de las abstracciones, no olvida la lejana y terca realidad. Ha escrito que « los sistemas de filosofía son pensamientos vivos ». Nadie le iguala en descubrir las líneas esenciales de una teoría, en ligarla á la existencia del filósofo, en distinguir de sus elementos deleznables el espíritu imperecedero. En el desorden vital de William James, en sus libros incoherentes y panfletarios, halla el vigor de un sistema severo de líneas; en el zapatero iluminado, el místico Boehme, teorías precisas. Son clásicos sus estudios sobre Kant y Augusto Comte. De su largo comercio con Pascal ha derivado no sólo un libro admirable, sino la gravedad de sus páginas sobre el problema religioso en que, á veces, irrumpe á través de la frase sutil la tragedia interior. Mientras que los exegetas alemanes diluyen en lu lengua abstrusa y paqui-

dérmica la esencia de los viejos sistemas, él clarifica y simplifica á través de la selva oscura de las doctrinas. Expositor y crítico, no ha ambicionado la almohada de un suave eclecticismo ni ha formado con piedras de edificios fatigados un mosaico deslumbrante. No es sucesor de Víctor Cousin ni discípulo de Paul Janet. Su viaje á través de antiguos libros es preparación á una filosofía original.

Aparece entre los doctores con su tesis sobre la contingencia de las leyes de la naturaleza (1). Es el año 1874. La tristeza de la derrota ha revelado la primacía de los valores morales. Del materialismo elegante del Segundo Imperio han surgido, fatales corolarios, la Comuna y Sedán. Renán olvida su ironía y Taine va á auscultar, acerbo y doliente, el corazón angustiado de un gran pueblo. En el orden filosófico caduca un periodo, se desvanecen sistemas estrechos. Vacherot ha renovado el hegelianismo, Littré ha reducido el positivismo de Comte. Renouvier labora en silencio, lejos de las escuelas, áspero y desconocido. En un libro irreverente desmenuzó el mismo Taine, desde 1857, el eclecticismo y su eficacia retórica, en nombre de un determinismo que escucha « en la cima suprema de las cosas, en lo más alto del éter luminoso é inaccesible la definición del axioma eterno » y concibe el universo como « repercusión prolongada de esta fórmula creadora que se desarrolla en ondulaciones inagotables ». En suma, espiritualismo incoloro ó una filosofía de la Necesidad

(1) He aquí los principales libros de M. Boutroux : « De la Contingencia de las leyes de la naturaleza », 1874; « La idea de ley natural », 1892; « Cuestiones de moral y de educación », 1895; « Estudios de Historia de la Filosofía », 1897; « Pascal », 1900; « Ciencia y Religión en la Filosofía Contemporánea », 1908. Varias páginas ocuparia la lista completa de sus artículos en revistas, sus conferencias, y ensayos sin olvidar algunos prólogos y la traducción de la « Historia de la Filosofía Griega » de Zeller, precedida de un estudio muy comentado.

dominada por Spinoza, severa limitación del horizonte intelectual, crisis en la realidad y en los ideales.

Un gran documento ha estudiado esta inquietud á través de inseguras doctrinas y señalado direcciones saludables, un libro platónico amado por las Gracias, el Informe de Ravaisson sobre la filosofía francesa, de 1867. Allí oponía el filósofo el orden geométrico y el orden mecánico « en los cuales las partes explican íntegramente el todo », al orden moral, dominio de la síntesis, del arte, de la originalidad que las matemáticas no pueden explicar; defendía el finalismo y explicaba la esterilidad presente del materialismo y del idealismo. « El materialismo se imagina llegar por medio de la simplificación analítica de lo accidental á lo esencial, y todo lo reduce así á las condiciones más generales y más elementales de la existencia física que constituyen el mínimum de realidad »; escribe, y medio siglo más tarde se rebelarán contra esta simplificación de la realidad, inversión de términos en la jerarquía de los seres, filósofos y hombres de ciencia, el grave Paul Bourget al estudiar á un gran determinista como Taine ó el doctor Gustavo Le Bon en sus libros radicales sobre la disolución de la materia.

Boutroux dedica su tesis á Ravaisson, acepta los resultados de su análisis, ama la clásica armonía de esa iniciación y, al fundar su propia doctrina, no elimina los aspectos diversos, las etapas sucesivas de la realidad. Estudia las ideas generales de cada ciencia en un pequeño libro armonioso que tendrá en la historia de las ideas, la importancia de los ensayos de Hume ó del discurso cartesiano de la duda. En él ningún aparato erudito. El más rigoroso examen dialéctico, la clásica ordenación, ascensión serena del reino de la materia al mundo orgánico y de los seres vivos al hombre creador; conclusión que recuerda por la alteza de las ideas, bellas páginas de Leibnitz. En los diversos dominios de la

realidad, persigue el filósofo el concepto de Necesidad y lo desaloja, demostrando la contingencia esencial del universo. Considera, primero, la necesidad lógica cuyo tipo es el silogismo y establece que el análisis sólo puede fundar una proposición de identidad, A = A, estéril tautología, repetición que nada enseña del enigma de las cosas. « La experiencia, enseña, que no nos da ningún conocimiento universal en el espacio ni en el tiempo, que sólo nos hace conocer las relaciones exteriores de las cosas, puede revelarnos ligámientos constantes pero no necesarios. »

En frente de este relativismo, plantea el espíritu sus juicios á priori, de fuerte valor lógico, y ambiciona imponer sus leyes al flujo irrestañable de las cosas, de que hablaba Heraclito. La relación de causa á efecto, inflexible, universal, sirve de base á un determinismo orgulloso que no tolera ninguna libre desviación, ninguna leve novedad en el universo. Pero, dice Boutroux, no puede reinar en el mundo una necesidad radical, puesto que « dado el caso de que ciertas síntesis implicadas en la experiencia fuesen necesarias, el espíritu no podría dar de ello testimonio »

Pasando de la idea á la realidad, de la lógica á la experiencia, hallamos que « el ser actualmente dado no es consecuencia necesaria de lo que antes de él era posible; es, al contrario, en relación con él, forma contingente ». Lo posible no explica enteramente lo real : permanece abstracto, indeciso, vano hasta que nuevos elementos determinen su realización. Respecto de las ideas puras la realidad es, pues, una aumentación, un enriquecimiento, no su simple proyección necesaria. Estamos lejos de la ilusión platónica. El ser es superior á la ley, al cuadro lógico. La ley es uniforme, inmutable, y el ser cambiante y múltiple.

¿A qué se reduce así el esfuerzo de la ciencia, el principio de causalidad eficiente sin el cual se sustituye á la

simplicidad ordenadora de la razón, la fatigosa incoherencia de los sentidos, sin el cual no hay orden ni precisión ni regla segura en medio del caos? Boutroux analiza la noción científica de causa y no halla en ella el principio de necesidad. Ciertamente, todo fenómeno debe estar ligado á su antecedente de manera invariable. Sólo progresan las ciencias á partir de la aceptación de este nexo fecundo que reemplaza á la oscura acción de demiurgos caprichosos. Pero, causalidad no implica necesidad. Esa relación exterior entre las cosas nada nos dice de su esencia. En la experiencia se funda la relación causal, en sus repetidas sugestiones, en su constancia magistral. « Esa ley no es para nosotros sino la expresión más general de las relaciones que se derivan de la naturaleza observable de las cosas. » Podemos imaginar que las cosas pueden cambiar y que, sin embargo, no cambian : las relaciones que existen entre ellas permanecerán invariables.

Si el vínculo no es fatal, tampoco descubrimos entre la causa y el efecto igualdad ó equivalencia. La causa no puede contener lo que constituye, en relación con ella, la novedad del efecto, porque de otro modo, causa y efecto serían idénticos. En el orden moral, sobre todo, de pequeñas causas nacen grandes efectos. « La ley de equivalencia sólo tiene valor absoluto si se trata de cantidades puras ó de relaciones entre cantidades de una sola é idéntica calidad. » Y aquí está el germen de la filosofía bergsoniana. Boutroux demuestra que la cantidad homogénea es tan sólo « la superficie ideal de los seres », que no existe cantidad pura, que toda cantidad no es sino un grado ó una medida de algo y ese algo es « precisamente la cualidad, la manera de ser física ó moral. Hasta en las formas elementales del ser, aparece el elemento cualitativo, condición indispensable de toda existencia ».

Contra este análisis, mantiene los fueros del determi-

nismo un principio histórico, el de la conservación de la energía. ¿Cómo conciliar la permanencia que él implica con la intervención de cierta contingencia en el encadenamiento de los fenómenos? Para Boutroux nunca puede descubrirse igualdad absoluta entre las diversas manifestaciones de la fuerza. « La resultante es siempre algo nuevo en relación con los antecedentes. Había varias fuerzas y sólo existe, luego, una. Estas fuerzas tenían direcciones diferentes : ha cambiado, después, su dirección. Algo existía, que ya no existe, algo no era y ahora es. » No podemos concebir que un movimiento sea « la razón suficiente de su propia aniquilación y de la aparición de un movimiento nuevo ». Por otra parte, « ¿puede admitirse una relación necesaria entre lo que ya no es y lo que es, entre lo que es y lo que todavía no es, entre el ser y el no ser? »

La ley de causalidad sólo es « la máxima práctica de la ciencia », « verdad incompleta y relativa ». Es tan real y permanente el cambio como la estabilidad, la contingencia se une al determinismo, en el seno de lo uniforme aparecen divergencias. « Las mismas revoluciones de los astros que parecen tan constantes no se realizan en períodos absolutamente idénticos. » Una variación insensible logra romper un estable equilibrio : « el grano que deja caer un pájaro sobre una montaña cubierta de nieve puede producir una avalancha que colmará los valles profundos. »

Los hombres de ciencia confirman el análisis del filósofo : Poincaré despoja á la misma geometría de su rigor dogmático y descubre, en los axiomas, elementos que vienen de la experiencia. La leyes, escribirá Le Roy, son « fórmulas cómodas », creaciones del espíritu, nombres para su manía de asociar y catalogar. El libro imponente de Emile Meyerson demuestra que el principio de identidad no puede explicar la inagotable riqueza del universo. Los fenómenos de radioactividad

invalidan el principio de la conservación de la fuerza. Bergson establece que el hombre no ha explicado la realidad sino que la ha deformado en armonía con las necesidades prácticas de su adaptación : la ciencia no es, pues, fiel reflejo de las cosas. En fin, un biólogo eminente, Ives Delage, acaba de confesar que existe en la trasformación de las especies, un enigma : no se ha demostrado la herencia de los caracteres adquiridos y sin ella, es inexplicable la adaptación perfecta del organismo al medio; es decir, que a medida que nos elevamos en el orden de las ciencias, la explicación mecánica del mundo halla límites invariables.

Más audaz que Kant, el filósofo de la contingencia descubre la indeterminación en el seno mismo del encadenamiento universal. No abandona la posición negativa para levantar, en una nueva crítica, los ídolos que derrumbó su piqueta. Demostrando que ni en las cosas materiales reina la dura Necesidad, diosa de bronce, abre á las disquisiciones morales y religiosas el libre dominio del espíritu.

Boutroux estudia el fenómeno religioso, el misticismo, el conflicto de ciencias y religiones. Se ha criticado la vaguedad de sus conclusiones, porque no acepta dogmas escolásticos y condena el maridaje de un credo universal y de una ciencia provisoria, de una Iglesia superior á la corriente de las edades y de un estrecho sistema político. Ha definido á Dios : « un ser en que todo lo que es positivo, todo lo que es forma posible de existencia y de perfección subsistiría, un ser que sería uno y múltiple, no como un todo material de elementos yuxtapuestos, sino como el infinito continuo y móvil de una existencia y de una persona ». Inquieta esta fórmula, donde adivinan un ominoso panteísmo, á quienes sólo conciben el Dios de las teologías dogmáticas, rico en atributos contradictorios. Pero después del análisis de Mánsel y de Hámilton, repetido por Spéncer

¿cómo refugiarse en esa noción hostil á las categorías racionales? Necesitamos hoy no del Jahvé implacable encerrado en esfera de diamante, sino de un Dios cercano y optimista, como sugería William James, que robustezca en nuestra conciencia profunda el instinto claudicante del bien. ¿Quién ha señalado mejor que Emilio Boutroux la admirable virtud de las religiones? « Han afrontado y domado la naturaleza, escribe; han hecho al hombre, dichoso en la miseria, miserable en la prosperidad. ¿De dónde les viene este imperio extraño, sino de que la fe es más fuerte que el conocimiento, la convicción de que Dios está con nosotros más eficaz que todo socorro humano, el amor más fuerte que todos los raciocinios? »

Su vida es el comentario de estas claras sentencias. « Nuestra alma, arrojada en el cuerpo, en que halla número, tiempo, dimensión, dice Pascal, razona sobre ellos y no puede creer otra cosa. » Desde su juventud aspiró el filósofo á « creer otra cosa », á libertarse del reino inferior de la fatalidad. Su fisonomía y su actividad, su obra y su enseñanza son un perpetuo *súrsum*. Cerca de su ancianidad gloriosa hallan los nuevos dulce sombra para su epifanía. Su « voz de oro » de que ha hablado un filósofo, vibra como la melodía de Ariel, en el islote inseguro de las conciencias. En tardes opulentas de primavera, rodean al Maestro jóvenes selectos. A través de los jardines del palacio Thiers, el murmullo discreto de un renacimiento : una atención amorosa en las almas nuevas. Sobre las mesas dispersas, llenando menudas tasas, el café humeante, compañero de ideologías. Del bosque próximo llegan los ecos de la perpetua fiesta mundana trasfigurada por el sol. En tanto, la silueta fina, el cuerpo frágil, prisión transitoria de un gran espíritu, la palabra insinuante, convencida, fervorosa, el espectáculo de una inteligencia que crea armoniosamente ideas frente á la tierra pró-

diga, imprimen á la hora fugitiva un sentido religioso. Evocábamos el ambiente de antiguos diálogos, bajo los olivos clásicos, cuando comentaba el coro musical de las cigarras los fervorosos debates de Cármides y de Platón. Como en los talleres rumorosos de Rodin ó en la *villa* florida de Bergson, surgían allí, ante nuestros ojos absortos, ideas y formas que servirán, por uno ó dos siglos, de catecismo imperativo á todas las razas. La fiebre sutil de la exaltación me reveló entonces que, en la comedia monótona del mundo, las ideas son el tónico necesario y el refugio eficaz.

1914.

EL RENANISMO

En curso elegante, en conferencias perfumadas, se discute hoy á Renan como ayer á Chateaubriand ó Rousseau. Las marquesas sonríen ante la demolición, danza de los muertos en cinematógrafos irrespetuosos. También en Alemania se condena la serenidad burguesa de Goethe y la risa mefistofélica de Heine. Caduca el imperio de los intelectuales en una edad de acción intensa, se vuelve al dogma, á la verdad impuesta. La duda es el enemigo. La nueva moda sólo respeta el músculo, la afirmación perentoria, el deporte bélico. Y el abate escéptico que contemplaba las ondulaciones humanas en la impasibilidad estelar, desde Sirio, y reía como Micromegas del orgullo infinitamente grande de los infinitamente pequeños, sufre hoy, en cátedras sabías, doloroso ostracismo.

Pierre Lasserre, crítico grave que atacó sin piedad de historiador á los románticos en un libro panfletario, que inició el más audaz de los procesos contra la enseñanza universitaria, examina á Renan desde improvisado tribunal. ¿Le ama? ¿Le odia? Aspira á la beata imparcialidad. Oculta su credo nacionalista, su apasionado entusiasmo por las ideas conservadoras. Su actitud es falsa, insegura, á despecho de su talento. Como artista ama la prosa del maestro, como incrédulo no tiene en su arsenal armas contra el negador. Ni se resuelve á confesar su simpatía ni es enérgico en sus admoniciones. Pertenece á un grupo político, la « Acción Francesa », que anhela la restauración monárquica y

declamar contra las agitaciones parlamentarias. En Renan exaltan al sociólogo desencantado de la « Réforme intelectuelle et morale », al servidor de Ariel que soñaba en una tiranía científica, al desdeñoso profesor enemigo de la turba calibanesca.

Lasserre acumula problemas é interrogaciones. Habla del « enigma de Renan ». En este espíritu poliforme se unían naturalezas contradictorias; Proteo asombroso, *hircocerf* escolástico, como se definía á sí mismo, animal de fauna extraña formado de opuestos principios. Todas las corrientes del siglo se reunieron en su alma sinuosa. El crítico francés las enumera : « la fe cristiana recogida en sus más antiguas fuentes y la incredulidad moderna en todo su radicalismo; el seminario y el mundo, el desprecio de los intereses profanos inspirado por la más alta espiritualidad y los refinados prestigios de la gloria parisiense; la teología católica y la religión de Kant; la cultura helénica y el panteísmo de Alemania; la disciplina clásica y la libertad romántica; la honradez de la ciencia benedictina y el colorido teatral de Chateaubriand; el realismo de José de Maistre y el mesianismo revolucionario de 1848; el nacionalismo y el cosmopolitismo; la profunda jerarquía social conservada en la vieja Bretaña y la brutalidad niveladora del socialismo europeo; el idealismo céltico y el materialismo democrático. » Otros establecieron voluntaria selección en ese mosaico de ideas, definieron rígidas actitudes ante el siglo múltiple. Renan las adoptó todas sucesiva ó simultáneamente : todas fueron, como á Montaigne, dulce almohada para su grave cabeza benévola. ¿Qué es Renan, el escéptico que divierte con una « boutade » al bulevar frívolo, el exegeta paciente que hacina manuscritos y aspira á la perfección erudita, abate untuoso ó negador riente, soñador que escucha en la Bretaña mística el lamento de campanas sumergidas ó doctor en ciencias

sociales que propone soluciones políticas á la inquietud francesa? Todo lo es provisoriamente : en ninguna forma se detiene su alma vagabunda, toda seriedad le hace sonreír, toda burla densa le torna grave. Colaborador del demiurgo que crea, fuera de nuestra lógica, la comedia del mundo, conoce el amable secreto de su diversión trascendental y comenta sin vana seriedad los sucesos trágicos, como si siguiera desde un planeta frío la estéril agitación de los hombres. « Renan es muy complicado, dice Lasserre, Renan es muy misterioso. » ¿No escribía el dulce celta : « desde que una doctrina me limita el horizonte la declaro falsa; quiero el infinito como única perspectiva »? Navegando en un océano sin riberas, como el mar enigmático de los marinos bretones, prefiere el tumulto de las olas empenachadas á la quietud de la certidumbre.

¿Cómo pueden amarle los críticos de la « Acción Francesa », que buscan dogmas respetables, el imperio de un catecismo ó de un « syllabus? » Le admiran con reservas, porque condenó la fe democrática; le leen, porque escribió en prosa clásica. Detestan sus alegres negaciones y el golpe de su piqueta que va acumulando ruinas al son de himnos beatos. La política de Renan, su crítica del liberalismo que aspira á fundar, sin tradiciones, sociedades armoniosas, su defensa de la reyecía histórica, de los Capetos que crearon, con rapacidad provechosa, la Francia moderna; la sana afirmación del sociólogo conmueve á estos fervorosos de autoridad. Al lado de Taine, de Proudhon, de Augusto Comte, de Fustel de Coulanges, en el panteón severo de doctores monárquicos, figura también el amable Renan, oprimido por tan austera compañía.

Para explicar la elegante incertidumbre del maestro el joven comentador halla una fórmula : divorcio entre la inteligencia y el carácter. A la nobleza mental no corresponde la pureza de la voluntad ni el fervor del

sentimiento. « Este magnífico espíritu, dice, ha arrastrado consigo una voluntad soñadora incapaz de desprenderse con decisión de ninguno de los grandes objetos que han poseído una vez un alma noblemente ávida que se convirtió en tienda común á todos los sentimientos. » Insistiendo en esta crítica, escribe que lo viril en Renan es la inteligencia : « gran parte de lo que hallamos en él de caduco débese visiblemente á la insuficiencia de una energía que en los grandes creadores intelectuales (y sólo llamo grandes á los que son sólidos) se agrega al pensamiento para concentrarlo, y proviene de la voluntad, casi diría de la sangre ».

¿Por qué atribuir á una débil voluntad el balanceo de la inteligencia complicada y desencantada? En su juventud, en la trágica crisis de la fe, mostró Renan la más segura energía. Abandonó el seminario y el muelle porvenir eclesiástico, los éxitos fáciles, la amorosa tutela de los maestros y dijo su honrada negación. Para un bretón educado en capillas místicas, la incredulidad es un heroísmo. Su flaca energía le hubiera sugerido transacciones, útiles reservas, lentitudes oportunas. Prefirió aventurarlo todo bajo la mirada vigilante de su hermana Enriqueta, frágil y firme Antígona que murió en Tierra Santa. Ninguna debilidad entonces en los años grises ni el temor al escándalo que podía derribarle. Otro es quizá el secreto de ese escepticismo. Es el espíritu cósmico de que hablaba Paul Bourget, la melancólica visión de las cosas en su desarrollo, en su variación incesante y su relatividad necesaria, consideración de eternidad que despoja de interés supremo al fragmento de espacio y de tiempo en que « nos movemos, vivimos y somos ». Porque ninguna faz aislada ó atributo exclusivo de la realidad satisfacía á Renan ; aspiraba el filósofo á multiplicar los golpes de sonda en el océano agitado de las apariencias. Giraba en torno de las cosas y cada aspecto parcial le interesaba y le ale-

jaba de afirmaciones definitivas ó de síntesis prematuras. ¿Dónde está la verdad única, en Ariel, en Calibán, en Jesús, en Marco Aurelio, en Petronio, en los celtas brumosos ó en los recios germanos? Nada hay inútil en la casa de Júpiter, pensaba, como Spinoza; todas las formas del ser hallaban ante sus ojos fatigados justificación provisional. Ariel es la gracia del espíritu, pero Calibán, su enemigo, asegura la faz y el progreso de los estados. « Si Jésus es, escribe Renan, una de las más altas columnas que muestran al hombre de dónde viene y adónde debe dirigirse, » es bella también la «bondad infinita» de Marco Aurello y elegante la muerte perfumada de Petronio. La voluptuosidad, el ascetismo, dos posiciones complementarias ante el misterio final.

Su espíritu instable parece contradictorio, su simpatía arqueológica á verdades caducas, la riqueza de sus apreciaciones en torno á la escueta realidad, la desconfianza de toda certidumbre, el odio á todo reposo espiritual sorprenden á quienes viven de dogmas y sistemas. Concebimos otras categorías de espíritus — entre ellos Renan — que aman, en las cosas, el dinamismo creador, la variedad infinita, la indecisa poesía del germen, el desmedro constante bajo la acción del tiempo, el llegar á ser ó devenir fluctuante é inquietante, y prefieren á la línea rígida la graciosa ondulación. Admiramos en aquéllos la gravedad escolástica y la fe absoluta; pero amamos en éstos la perpetua interrogación y el amor al riesgo metafisico.

¿Cómo reducir á fórmulas el renanismo? Es gracia, leve sonrisa ante la Esfinge, escepticismo benévolo, deseo inquieto de no engañarse, de no ser, en manos de un demiurgo, fácil juguete; de colaborar con el dios recóndito que va desarrollando, en inmenso escenario, una comedia mefistofélica. En la prosa, claridad, intensa armonía y la suave trepidación de los lagos rizados por el viento sutil. El juego de las ideas se acerca al

debate sofístico, la multitud de puntos de vista, proyecciones de un faro móvil sobre un mundo diverso, amenaza con la inacción. El placer de las ideas puede convertirse en epicureísmo, la crítica incisiva en negación. Algo detiene en Renan ese curso que parece fatal: la unción, el gesto religioso del seminarista, la seriedad de sus inquietudes, la austeridad de su vida moral. Renan repite la aventura del Platón adorable que nos ha definido Walter Pater, del Platón que pertenecía á la « clase de los descontentos » y se refugiaba en un espacio ideal, que « daba nombres á los actos invisibles, á los procesos, á las creaciones de la mente abstracta, con tanta maestría, con tal eficacia, como el mismo Adán á las antiguas visibles criaturas », que es para toda realidad un amante, para toda disertación pomposa un profesor de ironía.

Renan dió á la duda una rara dignidad. En una raza que abomina de brutales afirmaciones y evidencias perentorias, que dudó con Montaigne y con Voltaire, con Pascal y Rivarol — vagabundeo á través de curiosidades perversas, ácido de negaciones corrosivas, angustia del alma que busca certidumbres, examen epicúreo al margen de una tragedia política, — de un pueblo que escribió con Descartes el breviario de la duda metódica, enseña el filósofo bretón que sólo por esa actitud del espíritu vencemos al universo que nos abruma. Si Pascal exaltaba en el hombre « débil como una caña » la majestad del pensamiento, cree Renan que pensar dudando es la verdadera grandeza humana. Antes de él la inquietud era áspera detracción ó enfermedad romántica. Sagitarios derribaban con armas de negación las sagradas torres de la fe antigua. Es soñador de la « Vida de Jesús » agregó á esas formas pretéritas un misticismo penetrante. Amó lo que negaba, cubrió con enredaderas de ilusión los templos derruídos, escribió con delectación de abate sobre las

creencias que desmenuzaba su ironía. No quería que los dioses fuesen eternos; muertos, los envolvía en «sudario de púrpura». Despojaba de la divinidad á Jesús, y entenaba un himno á su leyenda que « suscitará en los ojos más bellos lágrimas sin fin ». Perversidad, diréis. Piedad para las ilusiones que aromatizan nuestra mocedad, doliente confesión de que nada reemplaza su encanto eterno.

De Renan vive la literatura francesa. Es el escritor abuelo de prole infinita que domina las letras finiseculares. En vano le olvidan en crisis de dogmatismo senil muchos discípulos : su prosa ágil y ondulante revela la filiación desconocida. Sin él no se explican las disertaciones del «hombre libre» de Barrès, ni la gracia menuda de Berenice. Remy de Gourmont perpetúa la gloria del precursor : amenas disociaciones y claro escepticismo. Halláis en el Lemaître de los cuentos y de las críticas, la penetración psicológica del maestro y la sonrisa que agita con suave balanceo el estilo armonioso. Anatole France ha aspirado á catalogar dudas incisivas, á destruir en los libros lo que predicaba en la acción turbulenta. Renan novelista hubiera evocado como él á M. Bergeret. El más sistemático de los modernos escritores franceses. Charles Maurras, escribe en su juventud cuentos filosóficos, y cuando saluda á Minerva, ante la Acrópolis, pone en su elogio algunos granos perfumados que ha robado al incensario de Renan. Con los restos de su manto regio cubre sus hombros inferiores toda una generación. El renanismo es un elemento de la tradición francesa, como el platonismo un aspecto inmortal del genio griego.

Necesitamos de profesores de duda, como Europa quiere maestros que afirmen, como Francia busca, después de la incredulidad elegante, el rudo vigor de los hombres de acción. En pueblos viejos el análisis disuelve y en razas nuevas la credulidad sonora se opone

á la otoñal madurez. Vivimos declamando desde hace cien años graves palabras de libertad : republicanismos ingenuos, fe en la democracia, nivelación jacobina, sin una sonrisa, sin un « que sais-je » elegante. No hemos leído á Montaigne. Dogmáticos por noble herencia religiosa, creemos sin templanza en verdades parciales, en sistemas estrechos, en socialismos dorados. Fundamos sucursales de las grandes fábricas de Utopía. Como en la caverna de Platón, las sombras de nuestros cuerpos proyectadas en la muralla que limita nuestro horizonte, nos parecen densas realidades. Ha llegado la hora de leer á Renan, de aprender á dudar en sus libros sinuosos, de olvidar la retórica por la gracia y de aplicar al metal prematuro de nuestras afirmaciónes el ácido invencible de la ironía.

No se confunda el examen escéptico con la negación. En naciones tumultuosas la fe en el propio destino se convierte en dogmatismo exuberante ó intolerancia agresiva. Conviene entonces detenerse en el avance férvido, inquirir y dudar para volver luego á la acción. La inquietud provisional es más útil que la megalomanía satisfecha. El progreso, escribía Stuart Mill, es obra de los espíritus descontentos. Ni un hombre ni un pueblo pueden renunciar al estudio desapasionado de sus creencias fundamentales, á la duda viril, á la angustia saludable. De esa etapa esencial surgen armados para las luchas próximas, hostiles á la dulce conservación y á la anarquía disolvente, prudentes y creadores, más ricos de humanidad. También Renan afirmó dolorosamente, después de haber dudado y negado, construyó un sistema político, abandonó la creencia democrática de los veinte años, progresó en sabiduría, se burló de sus propias quimeras y dió al patriotismo francés lecciones definidas.

Alguna vez han sonreído nuestros escritores después de la turbulencia romántica y de los cantos á la liber-

tad. ¿No es levemente renaniana la prosa de Cané? En Joachim Nabuco la duda activa, las máximas, el elogio revelan la influencia del soñador bretón. Pedro Emilio Coll pidió, desde Caracas, al celta armonioso, sugestiones para un eleganto libro de ensayos. En los estudios de Enrique José Varona, en el admirable « Ariel » de Rodó, descubrimos la alta inspiración, la huella cierta del autor de dramas ideológicos. Pero es tal la fuerza de nuestras afirmaciones, que la inquietud y la interrogación se convierten en evangelio y salmo laico. Un vago ademán de profecía se descubre en los libros de ultramar, rudos vaticinios, ásperas verdades, entusiasmos intangibles. Es hora ya de enervar con toques de gracia nuesta rigidez, de examinar sin credulidad, persuadir sin violenta certidumbre y envolver nuestras afirmaciones escuetas y nuestras realidades terminantes en una vaga luz de misterio. Fatigados de un dogmatismo centenario, no olvidemos el deber del análisis, el heroísmo de la duda, la dulce Ironía defendida por Anatole France, la Ironía que no es cruel ni se burla del amor y de la belleza, « que calma la cólera y nos enseña á mofarnos de los malvados y de los tontos á quienes, sin ella, tendríamos la flaqueza de odiar ».

1914.

LAS IDEAS ESTETICAS DE RODIN

Ante estrecho grupo de admiradores explicaba Bergson, el plan de su estética futura. Aspira á descubrir en la creación artística uno de los aspectos profundos de la intuición, el acto inmediato, indivisible, por el cual contempla y realiza la belleza el creador, fuera de doctrinas escolásticas y arduos preceptos. Si el artista pudiera traducir en lenguaje intelectual el obscuro proceso que lo lleva á fijar lo bello en obras durables, olvidando teorías preconcebidas; obtendríamos en esa confesión una de las más fieles descripciones de la intuición fundamental que debe revelarnos el misterio de la vida.

Decía Bergson que desgraciadamente pintores y escultores se limitan á escribir tratados filosóficos, imperfectos reflejos de doctrinas aprendidas. Leía entonces el amable pensador el ensayo de Reynolds y deploraba no hallar en él un examen de su conciencia artística.

Rodin, abuelo de noveles escultores, olímpico y formidable como un dios antiguo, ha querido satisfacer la inquieta aspiración del filósofo. Como Wagner construyó su teoría del drama musical, después de haber puesto manos de cíclope á su trilogía, el mago escultor ha dicho á Paul Gsell, crítico devoto, sus ideas sobre el arte, sus experiencias en la lucha contra la materia indócil. Son conversaciones como las inmortales de Eckermann en la mesa de Gœthe, libres, familares, sin

gravedad dogmática, frente á estatuas mutiladas y á la móvil desnudez de bellas mujeres.

Ha realizado el maestro en su taller el milagro clásico : discurren los modelos entre torsos inconclusos ó ensayos que anuncian futuras obras maestras. Libremente vagan y el escultor admira el ritmo del movimiento y la armonía plástica en esa hermosa humanidad impúdica. Febrilmente anota una curva bella, una actitud graciosa, para la obra próxima. « Aun cuando un asunto me obliga á solicitar del modelo determinada actitud, dice Rodin, se la indico; pero lo dejo hacer en plena libertad, porque sólo quiero representar lo que la naturaleza me ofrece espontáneamente. »

Culto de la naturaleza, éxtasis en presencia de la vida magnífica y diversa, ingenuo realismo, he aquí la actitud del escultor apasionado frente al milagro de mundo. Tiene profunda fe en la virtualidad estética de todas las cosas. No sólo lo atrae la belleza circundante, sino que, aun en lo feo, descubre elementos artísticos. « Lo que es tenido por feo en la naturaleza presenta á menudo más carácter que lo que se considera como bello, » enseña el artista francés. Y el carácter, es decir, la intensa verdad de un espectáculo natural cualquiera, es condición esencial del arte .Sólo es feo el artificio, el engaño, lo que carece de esa doble verdad necesaria, interna y externa. En los enanos de Velázquez, pesados y deformes, hallamos un fuerte relieve artístico, « el doloroso secreto del ser enfermo que se ve obligado, para ganar su vida, á olvidar su dignidad y á convertirse en juguete vivo ».

Para el verdadero creador todo es en el panorama de las cosas, perpetua gracia y embriaguez divina, cielo adusto y colinas turgentes, la majestad de las encinas tutelares ó el pródigo don solar. Adivina, en la ganga informe, futuras bellezas. Busca verdad, riqueza artística y aun en el sufrimiento siente « la trágica voluptuosi-

dad de la admiración». Rodin cree que se puede hallar en el mal moral extraña hermosura. « El pérfido suele ser un bello ejemplar de la bajeza » y la misma ingratitud enriquece el alma del que busca ansiosamente lo bello.

Explica admirablemente su secreto el escultor de los burgueses de Calais. Ciencia de modelar y de imprimir movimiento á la materia rebelde, tal es el catecismo esencial de la escultura. Para modelar es necesario ver las formas en profundidad y no en extensión, hacia adentro, no como si todo se redujera á un primer plano superficial. « La superficie es la extremidad de un volumen, » el resumen estático de un movimiento profundo. Se ha de exagerar ciertas líneas, ciertos planos, huír de la imitación minuciosa para buscar el efecto dinámico ó la verdad espiritual. El modelado sólo reproduce la exterioridad de la vida. Para que sea completa la realidad artística se impone la acentuación de las líneas que traducen una actitud moral. En « Invocación », explica Rodin, he exagerado la separación de los tendones que expresan la aspiración de la plegaria.

He aquí al moderno Buonarroti, lejos de la frialdad hierática de las academias, en la lucha por dar actitudes espirituales al barro impuro. En el juego de los músculos descubre expresiones de la vida interior. Se espiritualiza en sus recias manos la ciencia anatómica. Acusando un relieve ó prolongando una línea sinuosa, fija definitivamente actitudes del alma. Rodin ha estudiado en los griegos el mismo modelado expresivo que desdeña la copia infecunda por la creación personal.

Pero, acusar los rasgos dominadoros no significa olvidar los detalles vivos. El arte es síntesis, no abstracta simplificación. La escultura no ha de empobrecer la realidad en que se inspira. Los antiguos buscaban expresiones de beata quietud, y atenuaban los « relieves secundarios » que traducían el movimiento, pero no comprendían su importancia en la armonía de la obra

estética. Rodin se extasía ente esas estatuas clásicas, ondulantes en su mismo reposo, flexibles en su calma inmortal. Es verdadera carne decía á Paul Gsell : parece amasada entre besos y caricias. Se creería hallar caliente ese torso al tocarlo. Así rivalizan los escultores con la pintura : son coloristas á su manera, ponen sombras en los pliegues de las estatuas y fuerte luz acusando enérgicamente los relieves.

Rodin es, como Miguel Angel, artista dinámico. Admira á los maestros de la serenidad, pero no puede renunciar al movimiento, á la inquietud, al dolor. Siente el divorcio entre lo infinito del ideal y lo finito de la forma, es decir, como enseñaba Hegel, ha dejado de ser clásico para inspirarse en la tristeza cristiana y en la angustia romántica. Tiende á la antigua placidez, pero lo traiciona su herencia moral. « Siempre, dice el crítico, nos quedará bastante de la cristiana ansiedad ante el misterio. » Ha explicado á Paul Gsell que si no existiera una religión, habría tenido que inventarla y le ha confesado su sed de eternidad. « Los verdaderos artistas, piensa, son los más religiosos de los mortales. Se cree que vivimos de los sentidos y que nos satisface el mundo de las apariencias, pero las líneas y los matices no son para nosotros sino signos de realidades secretas. » Se diría un místico, un Swedemborg que considera los cuerpos como vanos receptáculos de esencias divinas. Y sin embargo, Rodin admira sensualmente la belleza plástica, « las ondulaciones infinitas del valle que une el vientre al muslo ». La moderna dualidad de su alma voluptuosa y religiosa le aleja de la paz helénica : el mismo « Beso » nos revela el tormento de las almas insaciables, en la unión temblorosa de los labios.

Ama la naturaleza y comprende que « todo en ella no cae bajo el dominio de nuestros sentidos, que existe un inmenso campo de realidades que ni los ojos del cuerpo ni los del espíritu son capaces de ver. » Por eso es reli-

gioso, y en su admiración por la belleza difusa del mundo entra el respeto del misterio. Es la atmósfera en que, según él, deben bañarse las verdaderas obras de arte. Tal convicción lo separa del mundo antiguo y de la quietud de los ojos sin pupila, serenos y eternos. En sus bustos y en sus estatuas ciclópeas expresa la individualidad, el secreto interior, la actitud tensa del alma y de los músculos. Se aleja de Fidias para ser artista miguelangelesco, atormentado y titánico.

El movimiento, el drama petrificado, esa es la ambición rodiniana. « Es raro, confiesa, que haya representado el completo reposo. » Ha buscado siempre la actitud móvil, aspirante, y para expresarla fija la transición de uno á otro ademán, el nuevo movimiento esbozado ya en la posición actual del cuerpo. « El escultor obliga al espectador á seguir el desarrollo de un acto á través de un personaje. En las diversas partes de su obra representa momentos sucesivos que dan al observador la ilusión de que ve cómo se realiza el movimiento. » En el « Juan Bautista » la inclinación del cuerpo hacia la derecha, del brazo que trae un mensaje divino, del pie que se fija en el suelo impuro, la ascensión del hombro izquierdo, contribuyen á la impresión de resuelto avance : el rudo profeta viene á conquistar la tierra rebelde á los anuncios celestes. Comparando esta sugestión de movimiento á la precisión estática de la fotografía instantánea, explica Rodin que en ésta todas las partes del cuerpo están reproducidas exactamente en el mismo vigésimo de segundo, mientras que en el arte hallamos « el desarrollo progresivo de la actitud ». Y es, sin embargo, más verdadero el arte que la reproducción fotográfica, porque, en la realidad, el tiempo no se detiene, continúa su curso eterno, y las esculturas, al representar la sucesión de instantes, nos revelan la movilidad perpetua de la vida.

Enamorado de esta virtud de su arte, cree Rodin en

la escultura dramática. Basta que el artista « disponga sus personajes de manera que el espectador vea primero á los que inician la acción, después á los que la continúan, y, por último, á los que la terminan ». Así, en la Marsellesa que admiramos en el Arco de Triunfo, rivaliza la materia animada con el teatro : arriba, la Libertad dominante y broncínea empuja á la guerra, y abajo se precipitan los combatientes, « un galo que agita su casco como para saludar á la diosa, » el hijo le mira como para implorarle que lo deje partir, más allá un anciano acompaña con sus deseos á esta falange ambiciosa. En el otro plano avanzan las lanzas, resuena el clarín guerrero y un épico viento agita los estandartes. En su simultaneidad aparente, ¿no componen las figuras un drama en movimiento desde el grito bélico de la diosa hasta el movimiento concorde de los legionarios? En los Burgueses de Calais observamos igual sucesión teatral. De las figuras que componen el admirable grupo — víctimas que ofrece la ciudad como rescate á la ambición inglesa — un grave anciano en el centro acepta la muerte con estoicismo. A su lado un burgués que va á entregar las llaves de la ciudad sufre de este humillante deber. En ambos es natural el heroísmo. Más lejos los demás personajes revelan su inquietud : uno la desesperación, otro quiere alejar una pesadilla de sus ojos, el más joven demuestra en su aspecto la indecisión. Por la situación de las figuras, por su expresión, Rodin quiere representar una tragedia, el heroísmo en grados diversos, la reacción de hombres diferentes ante la certidumbre de la muerte, el antiguo espíritu de una clase social, la influencia angustiosa del dolor. Dice el maestro : « yo hubiera querido hacer colocar estas estatuas una detrás de otra, delante del municipio de Calais, como vivo rosario de dolor y de sacrificio ».

Entre Fidias y Miguel Angel sigue el escultor al creador dramático y admira al artista de la serenidad.

Justificando su predilección, enseñaba á Paul Gsell la técnica diversa de ambos precursores. En el primero presentan las figuras cuatro planos que dan al cuerpo suave ondulación : si los hombres se inclinan hacia la izquierda, el centro del cuerpo avanza hacia la derecha, y la misma diferencia alternada se observa en las rodillas y en los pies. De allí la sensación de severo equilibrio, de graciosa ordenacíón en los miembros, el ritmo en la misma quietud. En las estatuas de Miguel Angel sólo se descubren dos planos : uno para la parte superior de la estatua y otro para los miembros inferiores. Y así se explica la impresión de violencia y de esfuerzo, tan contraria á la calma antigua. Las dos piernas se juntan, en suprema tensión, los brazos ostentan actitud uniforme. El torso avanza agresivo. Y si el arte griego significa « quietud, gracia, equilibrio, razón », Buonarotti traduce « la dolorosa concentración del ser en sí mismo, la inquieta energía, la voluntad de obrar sin esperanza de éxito, el martirio del hombre atormentado por aspiraciones irrealizables ».

Tal es la libre enseñanza de un creador de belleza. Su pulgar enérgico infunde en la arcilla indecisa, como el soplo de los antiguos demiurgos, el principio de la vida. Una humanidad trepidante rodea á este dios barbudo y le agradece el don de la vida : Hugo sibilino en la roca sonora de los Castigos, Balzac estático ante la renovada Comedia Humana, Rochefort irónico y agresivo en el crepúsculo de su democracia ideal. Del reino de la sombra los devuelve al diario combate y fija, en barro tumultuoso, sus actitudes viriles. No le pidamos apolínea quietud. Ha sentido el divorcio entre la grave materia y el alma sutil, y su obra señala sucesivas etapas de liberación espiritual. ¿Recordáis en el Luxemburgo la cabeza que surge penosamente del bloque primitivo, símbolo del pensamiento ligado á la tierra ancestral? Donde buscamos el orgullo pascaliano de las

ideas, en el « Penseur », la frente estrecha, los músculos formidables, la tensión dolorosa del cuerpo inclinado, nos dicen el esfuerzo que impone una ascendente meditación á esta pesada animalidad. Si se abandonara Rodin al culto de la vida física, sería griego sin placidez, clásico sin armonía. En el « Hombre que marcha », decapitado, los mismos músculos hinchados sufren y se adivina en su avance sin cabeza directora el dolor de un titán desposeído. Sus bustos son, en la tierra sumisa, retratos de almas. El escultor aspiraba al vigor helénico de las estatuas tranquilas y lo domina, porque es cristiano, el misterio de las almas modernas en perpetuo desequilibrio. Rodeado de ninfas armoniosas, en su olimpo de Meudon, le abruma la « cristiana ansiedad ante el misterio ». Y así es humano este dominador de la materia silenciosa, porque no ha podido conquistar la olímpica paz, porque en la carne sensual siente la angustia de lo infinito; porque llora ante las Venus, como Heine, porque, en su misma fuerza plasmante, halla la melancolía de la limitación, el divorcio entre la idea esencial y la obra perecedera.

1914.

UN EMPERADOR IDEOLOGO
Guillermo II

El jubileo del César agita a la prensa germana. Se discute su influencia en la política y en el arte del imperio. Alguna vez la pluma agresiva incurre en el delito de lesa majestad, mientras que el servilismo palaciego entona el himno sumiso é incoloro. Después de veinticinco años de gobierno, Guillermo II, múltiple y nervioso, fatiga como un enigma á la multitud que le sigue en sus lunáticas andanzas. ¿Ligará su nombre blasonado á una edad, impondrá su ley al tiempo ó pasarán su estéril sonoridad y su lirismo impetuoso sin dejar huellas en el asombroso desarrollo de su pueblo?

Sabios profesores responden á esta palpitante interrogación en graves revistas. Joven, abandona el Káiser la tutela bismarckiana para iniciar una política personal. ¿No es ya el signo de un yo imperioso que rompe la malla férrea del canciller abuelo para fundar orgullosamente una nueva era nacional? Luego se revela el precoz monarca diletante coronado y, como los hombres gloriosos del Renacimiento, ensaya todos los géneros, desde la pintura de paisajes hasta el drama simbólico, desde la escultura hasta la estrategia. Recuerdo haber admirado en la Opera de Berlín una fantasía oriental, Sardanápalo, á cuya asiria precisión contribuyeron el sabio Delitzch y el emperador universal.

En el crepúsculo de las monarquías, ante la invasión retórica de los parlamentos, definía virilmente su acción

este César despótico. No buscaba la difusa colaboración de sus subditos. Imperaba ante el aplauso de áulicos consejeros, señalaba direcciones invariables á todas las formas de la actividad tudesca. Tenía sus poetas y sus sociólogos, sus arquitectos y sus profesores de historia imperial. Intervenía en las discusiones religiosas y en las querellas artísticas. La vieja libertad alemana hallaba definitivos cuadros y el fervor espiritual dogmas precisos. Sobre la multiforme patria, populosa y ambiciosa, dominaba el orgullo de una casa histórica, los Hohenzollern, y la rudeza de un pueblo guerrero, la Prusia.

¿Cómo negar á esta empresa cesárea la admiración merecida por los solitarios esfuerzos humanos? En el silencio que acompaña al ostracismo de Bismarck, avanza como Sigfrido, á templar su propia espada para las luchas próximas, con fe sencilla y noble instinto, Guillermo II. No discutiremos los diversos aspectos de su larga acción política y artística, religiosa y social. El Káiser ambiciona convertir á Alemania en potencia naval, inicia la « Weltpolitik » é interviene en todos los conflictos humanos. Favorece el éxodo aventurero de sus súbditos y defiende, con sus navíos guerreros, el progreso inaudito del comercio y la expansión formidable de las industrias castizas. A las veleidades provinciales opone la fuerte unidad nacional. Da á la confederación reciente místicas bases. Robustece la hegemonía prusiana y el prestigio imperial de sus abuelos. Busca colonias é inquieta á la Europa burguesa con bélicos desplantes. Ama la paz y, según el antiguo consejo, prepara la guerra. Va reconstruyendo en silencio su medioeval ensueño hasta ser árbitro del mundo moderno. Paladín cristiano en Jerusalén, señor displicente en Tánger, príncipe romántico en Venecia, nuevo dux que celebra su desposorio con el mar en Kiel, austero paterfamilias en Postdam, místico cruzado en Malta, biblico pastor de hombres en Berlín, capitalista

afortunado, burgués previsor, artista mediocre; en tantos avatares se revela el temperamento excepcional de este César nervioso y patriota, último rey feudal en el viejo mundo democrático.

El emperador un ideólogo. Algunos centenares de discursos descubren los tenaces « leit-motivos » de su vida política. Su manía oratoria prodiga en improvisaciones muchas veces temerarias, consejos y enseñanzas á su pueblo creyente. Guillermo II repite sus ideas simples, firmes, incisivas. Comprende que el germano lento necesita de su paciente magisterio y diríase que su voz plasmante ha modelado á la nueva raza expansiva y laboriosa. Recordemos esa dominante ideología.

El emperador cree en su mística función. Es monarca por divino encargo : del rey de los reyes, decía en un discurso, ha recibido el poder para imponer la virtud y el temor de Dios y proteger á los miserables. Comprendió la santidad de su acción futura en Jerusalén, « donde se realizó la más terrible lucha que haya presenciado el mundo : la lucha por la redención de la sociedad humana ». Es también caballero cruzado; señor religioso que sólo al Dios cristiano debe su alto ministerio. « Ex me nata mea corona, » repite orgullosamente : de mí ha nacido mi corona, antigua palabra de los Hohenzollern. Follaje que ornamenta la encina agitada por los vientos, tal es la nobleza prusiana para el alto señor de Póstdam. La metáfora es de 1891. Sobre el pueblo sujeto á tutela se extiende solitaria la sombra del guerrero elegido por Dios.

Un ejército disciplinado y abundante sostiene el firme trono. No basta el don sagrado para mantenerlo. El Káiser confía en « sus soldados ». En diversas oraciones dice altivamente : « no son la constitución ni la opinión pública las fuerzas que han congregado á las diversas partes del reino, sino el ejército; » « el soldado y no las mayorías parlamentarias ó sus resoluciones

ha fundado el reino alemán ». Defensor de un imperio cristiano, será el buen soldado un buen servidor de Cristo, « guárdará en su corazón la fe heredada ». La milicia conserva « la religión y el orden », exclamaba el César conservador en 1897.

Y es que el progreso de las ideas cristianas en la mente inflamada del señor prusiano ha llegado á extrañas conclusiones místicas. En un discurso sobre la revelación de 1903, decía : « para mí no existe duda alguna de que Dios se ha revelado á la sociedad de los hombres por él creada. » ¿Quiénes son los depositarios de esa divina enseñanza, en quienes ha puesto « una parte de sí mismo ? » Escoge una vez un sacerdote, otra un rey para hacerlos testigos excepcionales de sus misterios. He aquí á los reveladores que preceden á Cristo ó continúan su obra imponente : Hammurabi, autor de aquel vetusto código anterior al Pentateuco, Moisés legislador, Abraham patriarca, Homero, Carlos el Grande, Lutero creador de una religión y de una lengua, Shakespeare, Gœthe á quien creíamos pagano y olímpico, Kant, el Kant de la razón práctica que reconstruye los templos derruídos, y, finalmente, Guillermo el Grande, abuelo del Káiser. ¿No adivináis que el emperador se cree, por filiación rigurosa, instrumento de esta religión eterna y que halla en su alma una particula del fuego sagrado ? « ¡ Cuán frecuentemente, enseña, he oído asegurar á mi abuelo que se tenía por arma dócil en las manos de Dios ! » El también, en el fervor de su cristianismo práctico, escucha voces arcanas que lo guían, y cuando el pueblo, inseguro de él, como los israelitas de Moisés, condena su inquieta ambición, vuelve sereno los ojos imperiales á la ciudad interior y ora, mientras ruge, lejos del castillo inviolado, la tempestad.

Dentro del protestantismo oficial, el monarca es reformador. Acepta los resultados de la crítica

de la Biblia, la obra de Harnack y el impío paralelismo entre Babilonia é Israel, del profesor Delitzch. Es más simple su fe que la de los pastores esclavizados á la letra. Cree en un solo Dios á través de las formas provisionales, de las cortezas sucesivas de que se despoja el tronco bíblico. Recordando la vieja enseñanza de Lutero, aconseja Guillermo II que se abandone el culto supersticioso de la palabra y reconoce que « muchos capítulos del Viejo Testamento no son de divina revelación y que sólo podemos ver en ellos caracteres históricos y humanos ». Y avanzando aún más en sus negaciones, confiesa que « únicamente en sentido simbólico » puede decirse que fueron inspiradas por Dios las Tablas de la Ley que entregó Moisés, desde la cumbre iluminada del Sinaí, á su pueblo tembloroso.

De sus meditaciones deriva el César protestante reglas seguras para su raza. En moral, defenderá el hogar antiguo, sencillo y prolífico, el deber de la maternidad que robustece su ejército con nuevas juventudes, la pureza y la simplicidad de las costumbres. En arte, cree en el academismo, en la tutela del estado, en la función cívica de estatuas y monumentos. Su ideal es hacer servir todas las artes fraternales á la gloria de la nacionalidad. Un concepto de utilidad preside á sus enseñanzas. Nada desdeña tanto como el bizantinismo, la adoración de la forma, el arte por el arte que sólo busca la belleza. « A la educación del pueblo, decía en 1901, debe contribuír el arte, á que las clases laboriosas puedan elevarse al ideal cuando hayan terminado la cotidiana tarea. » Contra las veleidades de los artistas y de su individualismo rebelde á toda disciplina, predica el respeto de las leyes estéticas. Ambiciona convertirlos en legión burocrática y les invita á no olvidar los antiguos secretos de la armonía.

Esa teoría del arte social impone el ostracismo á cuantos olvidaron, en poesías ó ensayos, el respeto de

la idea alemana. Heine, irónico enemigo de filisteos, poeta del cosmopolitismo, y Nietszche, áspero fustigador de la pesadez germana, no hallan en el monarca irritado sino violencia. Están fuera de la ciudad : contra ellos se cierran sus puertas de bronce. El Káiser sólo ama cantores civiles, filósofos respetuosos, artistas conservadores. Su ideal es una burguesía cristiana, sin novedades revolucionarias.

Por eso condena sin reposo el socialismo invasor, doctrina que niega la patria y el rey, la religión y el antiguo hogar. Estudia con gran interés la situación del obrero, los progresos del maquinismo, el desarrollo de la técnica, la aplicación de las leyes del trabajo; pero también en él hallan vigorosa hostilidad las renvindicaciones proletarias que se erigen en sistema, los odios de castas, los rojos cantos de discordia que perturban la regularidad fecunda de los talleres. Ha llamado á sus súbditos para la gran cruzada, « la lucha contra la Revolución ». Quiere que en ella figuren todos los alemanes, sin excepción de partido, en bella solidaridad nacional. Ambiciona « libertar á su patria de esa enfermedad », el socialismo, y le reprocha que destruya la vida familiar, que desconozca el secreto tutelaje de los reyes, que luche contra la unidad de Alemania donde halló siempre dóciles ejecutores la voluntad de Dios. La defensa del orden patricio se convierte así en cam. paña religiosa contra el satánico enemigo de las tradiciones necesarias.

Y así revela su coherencia la vida de este místico coronado. Los Hohenzollern, instrumentos del poder divino, han creado la patria germana. Bíblicos guerreros á cuya imagen debe crecer la sociedad que construyeron : casta, disciplinada, viril. La oposición a su obra nacional es antipatriótica y es impía por la sublime mezcla de divinidad y de humanidad que hallamos en el origen de esa casta privilegiada. El arte y la moral,

la religión y el trabajo, todo será considerado, en el reino uniforme, « sub specie œterni »; todo debe servir al ideal del César, vocero de Dios.

¿Se dirá la Alemania de Guillermo II, como se habla de la Roma de Augusto y como se elogia el siglo de Luis XIV ó de Isabel de Inglaterra, podrá vincularse al recuerdo del monarca ambicioso un largo y fecundo período de años? Entre los sajones, se saluda ya la era victoriana en que se consolida el imperio, crecen sus dominios y la fuerza inglesa se extiende, como el poder romano, sobre el mundo. ¿Se explicarán por simple simultaneidad o eficaz generación la presencia suntuosa de un rey y el engrandecimiento contemporáneo de su pueblo? Entre las diversas causas sociales es difícil separar la acción inmediata del prestigio monárquico. Guillermo II ha vigilado imperialmente el avance alemán, ha acelerado quizá su marcha ascendente. César de una edad positiva, ha estimulado la industria y el comercio, ha servido á Mammón; pero ha engrandecido su obra con perspectivas místicas y bíblicas voces que exaltan la piedad y el sacrificio.

Para ser Marco Aurello le falta serenidad : abrupto pastor de hombres, enseña ideas simples sin tolerancia á su pueblo devoto. Para emular al Marco Aurelio moderno que exaltaba Víctor Hugo, para ser Pedro II del Brasil, en vano buscaríamos en su faz adusta la dulce sonrisa de quien, en el ápice de las ciencias humanas, halla una vaga melancolía y un suave escepticismo. Afirma y cree el Emperador rudamente. Disciplina las inteligencias como impone cuadros uniformes al ejército, á la marina, á la iglesia oficial, al parlamento de los « Junkers » prusianos. Su ideología es arcaica; pero su acción es moderna. En una edad democrática se destaca su figura guerrera y feudal, extraña é irreductible. En el fervor de los talleres, en laboratorios de química prodigiosa, se escucha su

medioeval lección. Su fuerza es la fe, una fe dinámica, en medio de sociedades que cultivan su egoísmo y aman la tierra y sus promesas. Al materialismo cotidiano opone heroicamente la idea de Dios y, agregando este simpático anacronismo á la pompa antigua de su corte y á la simplicidad burguesa de su hogar, se presenta, en la triste nivelación de los hombres y de los ideales, como el último ejemplar de una humanidad perdida; piloto del místico Levatán, héroe de una Saga Moderna, simple y solemne, rudo é ingenuo, guerrero y soñador, ante quien se inclinan los impotentes monarcas constitucionales.

1913.

UN LIBRO DEL Dr GUSTAVO LE BON

Su gabinete de la rue Vignon es un templete búdico. De sus largas andanzas por la India misteriosa trajo un botín de leyenda, y mientras admiráis los selectos estantes poblados de libros modernos, la defensa marfilina de un elefante evoca el pasado recóndito de un país de lianas, faquires y prodigios, de la fauna locuaz de Kypling y los lotos dormidos sobre el río sagrado. De pronto, os invita á entrar un personaje oriental que fuma tabaco exquisito y pronuncia con voz adusta palabras que parecen fórmulas de un rito exótico. La densa barba negra, el vestido monacal completan la silueta de un nigromante prodigioso que realiza experimentos sobre la luz negra y pesa cerebros en balanzas de leve oscilación.

Si no le bastara la firme originalidad de sus libros, el gabinete y el hombre envueltos en sombra discreta, darían, al iniciado que viola su misterio, la gravedad de una impresión religiosa. También es extraña, en el mundo oficial, la fisonomía del sabio. Nadie más hostil á institutos hieráticos y á disciplinas rutinarias. Alejado de las academias, ha vivido siempre como irreductible solitario. Sus libros displicentes, enemigos del saber consagrado, no respetan á las universidades perezosas.

Innovador, rico en intuiciones, genial é irregular, ha arrojado cien ideas el doctor Le Bon á la voracidad de los cenáculos. De los relieves de su mesa opulenta han vivido innúmeros prebendados de la ciencia.

Demostró antes que Sighele el lamentable poder de la turba, de la congregación de hombres en que estos pierden, por el misterio de su reunión eventual, la personalidad, la iniciativa, el poder del análisis y de la decisión, para convertirse en oscura y monótona grey. Fué el psicólogo de la « foule ». Anunció el gran libro de Gabriel Tarde, estudiando el poder curioso de la imitación, nueva confirmación del instinto gregario del hombre. Y cuando Curie y Becquerel no habían evocado en laboratorios de magia el metal que crea energía sin agotarse, sus ensayos radicales preparaban la gloriosa aparición. ¿No se anticipó á Nietzsche, como lo ha demostrado Lichtenberger, describiendo, en un ensayo de profecía trascendental, la « vuelta eterna » de los hombres y de las cosas, funambulesca repetición de los mundos y su agitaciones, de estas líneas que escribo y de la sonrisa de quien las lea, en el curso infinito de los siglos? Filosofías actuales devuelven á la inconsciencia su función desconocida y rodean la zona estrecha de la vida lúcida de un halo misterioso, donde se preparan las grandes crisis del alma, la conversión repentina, el libro genial, la aventura romántica. Le Bon al mismo tiempo que Spencer, estudió la importancia de sentimientos é instintos en nuestra vida psicológica y definió la educación en fórmula profunda : el paso de lo consciente á lo inconsciente. Se discute hoy la crisis de la ciencia y se establece la relatividad de sus axiomas. Poincaré y Le Roy denuncian el antiguo dogmatismo y reducen las presuntuosas leyes de sabios ingenuos á fórmulas cómodas ó instrumentos de utilidad provisional. Pues bien, en dos libros audacísimos, el doctor de todas las ciencias registró sus experimentos concluyentes sobre la disgregación de la materia é invalidó el principio de la conservación de la energía.

Es el precursor, con todas las violencias del vaticinio, con todas las genialidades irreverentes de quien anun-

cia la nueva verdad. Reside su fuerza en la unión severa de la realidad observada y de la inducción feliz. Se ha elevado á vastas generalizaciones, pero sin desdeñar lentos estudios sobre retortas obscuras con instrumentos de admirable precisión. Su tesis sobre la estabilidad del carácter y las variaciones de la inteligencia, sobre la fijeza anatómica de las razas, se funda en innumerables datos comprobados respecto al índice cefálico. Ninguna opinión admitida, ningún dogma centenario le detiene en sus investigaciones : practica, según el consejo cartesiano, la duda metódica, y del contacto de su espíritu libre con la vida multiforme deriva notables revelaciones.

Insiste en ellas demasiado, las repite como si quisiera darles la popularidad de un catecismo, les imprime á veces el vigor peligroso del dogma. Es un espíritu sistemático y no escapa al destino de quienes reducen el universo á leyes, llámense Aristóteles ó Hegel, Spencer ó Taine. Organiza verdades, maneja con elegancia ideas generales; apoya, con vigor autoritario, principios esenciales; y es naturalmente hostil á otras explicaciones que aspiran á vencer el misterio que nos angustia como un círculo de sombras. ¿Cómo pedir á quien crea síntesis y alcanza aquietadoras certidumbres, el escepticismo ondulante de los que se confinan en un rincón amable de la casa de Júpiter ?.

En su nuevo libro sobre la vida de las verdades, sin olvidar las adquisiciones de su obra imponente, estudia la doliente evolución de las grandes afirmaciones humanas, sistemas de moral, filosofías imperiosas, religiones que explicaron gravemente mitos y cultivaron dulces ilusiones.

Al concepto antiguo de la verdad, noción quieta, firme idea platónica que surge del seno de las Madres, « adœquatio rei et intellectus », como decían los escolásticos, se substituye una verdad dinámica en perpetuo

cambio, una verdad orgánica que vive desde el origen tímido hasta la juventud hostil á arcaicas certidumbres, de allí á la plenitud dogmática y luego á la caducidad obscura y á la muerte. Drama inquietante que nos obliga al escepticismo, que sólo tolera situaciones provisionales, afirmaciones prudentes y sucesivas. « Verdad más acá de los Pirineos, error más allá, » decía Pascal, A esta variedad topológica, se junta una diversidad cronológica : verdad de un siglo, error cien años después. Paradojas que se convierten en verdades universales, proposiciones evidentes que vuelven á ser audaces sugestiones. Vejez y renacimiento de las hojas, de que hablaba Horacio, en sentido moral. « Multa renascentur... » leemos en el « Arte Poética ».

Le Bon estudia la historia « dramática y apasionada de las verdades, que muestra los progresos sucesivos del espíritu humano, su valor y también su fragilidad ». A la definición popular : la verdad es la conformidad del pensamiento con la realidad, substituye una fórmula modesta : es la idea que nos formamos de las cosas. Opone su carácter temporal á la estabilidad que le concedían los filósofos. Cambian las certidumbres : « La astronomía demostró que las estrellas, tenidas por inmóviles en el fondo del firmamento, huían en el espacio con vertiginosa rapidez. Probó la biología que las especies vivas, que se consideró invariables, se transforman lentamente. Y el átomo perdió su eternidad para convertirse en agregado de fuerzas transitoriamente condensadas ».

En religión, en moral, en filosofía sigue el filósofo el destino cambiante de toda certidumbre. Los dioses mueren como los hombres, decía Renan. Al pasar de las manos santas del inventor, del profeta divino al pueblo obscuro, varía la fe, se combina con antiguas supersticiones. Buda se rodea de un legión de dioses, y el idealismo de Jesús se convierte en la religión popular, mate-

rialista y grosera, de la Edad Media. Del culto antiguo al moderno extrañas semejanzas. Perecen y resucitan los ritos, la fe en los dioses y en los héroes. ¿No han aceptado apologistas tan severos como Brunetière, cierta evolución en los dogmas cristianos que definió en un libro célebre el cardenal Newman? El modernismo, tentativa de reforma católica, representa, como el protestantismo liberal, el término de una fe histórica que se disuelve en libre pensamiento flexible ó en religión natural sin dogmas y sin ritos. « Los dioses — escribe Le Bon — no son eternos, sufren también ellos las leyes del tiempo y desaparecen ó se transforman siguiendo la evolución de las necesidades y de los sentimientos que les dieron nacimiento. »

Nuevas sectas florecen en Estados Unidos, democracia de sentido práctico, y en la India, fecunda en ideas envolventes y suntuosas como las lianas de sus bosques sagrados. Nacen — afirma el pensador francés — porque el misticismo es indestructible. La Christian Science ha realizado prodigios, ha curado ciegos y paralíticos, como nos releva en un libro admirable William James.

En moral caducan también antiguas certidumbres, nuevo aspecto de la vida inquieta de la verdad. Los ingleses establecen la bancarrota de los antiguos motivos de conducta. El filósofo Boutroux confesaba el desacuerdo trágico en La Haya, hace un año. ¿Cómo definir, fuera de la tutela religiosa, el bien y el mal, el código estrecho de la moral laica? El criterio social salva grandes virtudes como el patriotismo, pero la ética individual se reduce a un vago estoicismo. Y al fundar la moral en las necesidades de un grupo social, al convertirla en ciencia de costumbres, le damos la relatividad de las instituciones, la vida efímera de las sociedades. La etnología enseña cómo varían los usos de una á otra agrupación, la remota consagración del

incesto, de la muerte ritual de los niños, la función de la poligamía.

« Casi nada hay de justo ó de injusto — decía Pascal — que no cambie de calidad al cambiar de clima, » y su trágico escepticismo recordaba que « el robo, le incesto, el asesinato de los hijos y de los padres figuraron alguna vez entre las acciones virtuosas. » Le Bon cita la reciente definición de un sabio naturalista, el señor Perrier : « La noción del bien y del mal ha sido imaginada para facilitar nuestras relaciones sociales. Llamamos bien lo que es provechoso para la sociedad; llamamos mal todo acto que sacrifica el interés social al interés particular. » Si aceptamos esta fórmula ¿á qué se reduce la invención moral de Cristo, de Buda, de Sócrates, la obra de los reformadores que pregonan en una sociedad petrificada intrusas verdades? Contra el grupo denso y hostil, la voz de los profetas, desde Isaías hasta Tolstoi, condena y transforma, opone á la moral gregaria un áspero individualismo. Crean una nueva verdad sobre las ruinas de otras certidumbres.

Son lentos estos cambios en las costumbres y en las ideas éticas. Lo confirma el filósofo francés : « de la variabilidad de la moral á través de las razas y del tiempo, no hemos de deducir que es mediocre su estabilidad. Es, al contrario, muy fija dentro de determinada época. Puede ser comparada á las especies vivas, inmutables por generaciones, pero que las edades, en su sucesión, acaban por transformar ». A veces se funden el egoísmo individual y el interés social : signo admirable de razas viejas donde cada individuo representa una fuerza histórica y defiende, al mandato de los abuelos, un tesoro centenario. El patriotismo de los ingleses y de los romanos, enseña Le Bon, corresponde á esta unión poderosa de intereses no siempre semejantes. En un lenguaje que esculpe máximas sobre el metal de

la vida en fusión, dice que « el patriotismo es un factor de poder más útil que los cañones », y explica que, aun entre los bárbaros, la unificación de intereses individuales y colectivos puede realizarse bajo la influencia de violentos odios colectivos, pero de manera momentánea.

En filosofía la misma instabilidad de morales y religiones, desde el intelectualismo que se desvanece en acerbas críticas hasta el pragmatismo que funda en un utilitarismo prosaico la noción de verdad. La razón pierde su antigua majestad y la pompa de sus silogismos enmarañados. Le Bon que ha atribuído siempre a lo inconsciente un alto valor, defiende las filosofías de de la intuición enemigas del « pesado racionalismo universitario ». Opone su escepticismo metódico de hombre de ciencia á las vagas generalizaciones doctorales, á la obra de los « filósofos oficiales que continúan discutiendo en lengua difusa cuestiones debatidas desde hace más de veinte siglos sin añadirles ningún nuevo elemento ». Recuerda el desdén de la ciencia moderna por sus disertaciones.

Pero á la crisis de la disciplina generalizadora, del « saber completamente unificado », como definía ambiciosamente Spencer la filosofía, se agrega la incertidumbre de la ciencia orgullosa. Escribe Le Bon : « las leyes científicas son únicamente verdades medias que bastan en la práctica, pero que no tienen carácter absoluto. » La experiencia no confirma su rigor matemático. La crisis se extiende y nos domina. Danza macabra de antiguas y nuevas verdades, epílogo de dudas trágicas, crepúsculo de todos los dioses. Después de agitarse en laboratorios como Fausto, enseña el doctor francés en el trigésimo de sus libros comentados en todos los extremos del planeta, que no hay verdades necesarias, y que « las certidumbres que empujan á los hombres, dominadoras de las cosas, soberanas de la historia, tienen una

vida á menudo muy breve, á veces muy larga, pero nunca eterna ».

El Dr. Le Bon ha denigrado siempre á nuestras repúblicas mestizas. Ignora su historia complicada y sangrienta y las condena, con decreto científico de excomunión. La mezcla de razas crea naciones ingobernablese. Confieso que pedir á este augur desdeñoso un lugar en su biblioteca filosófica para mi libro sobte las democracias de ultramar, fué aventurada tentativa. Hallé en el definidor de las leyes psicológicas de la evolución humana, rudas negaciones. Desde su gabinete lejano como la constelación que pedía Renán para su observación sonriente, sigue la marcha errabunda de naciones que confirman su inducción. Diríase un demiurgo satisfecho al ver que los mundos no se separan de la curva señalada á su odisea estelar. En vano le observaba excepciones á sus leyes. ¿No confirman esas desviaciones ineficaces, la previsión inflexible del sabio? Donde el negro impone su turbia inquietud y su vacua fraseología, donde gentes de sangre heterogénea se juntan, la herencia, presión constante, diosa Fatalidad de los severos tratados de la ciencia moderna, trae la infecundidad, la degeneración, la turbación eterna, la tragedia lenta de la disolución. Allí está el caso del Brasil, me decía, aludiendo á la revolución curiosa de dos unidades navales, y sonreía ante el contraste de los dreadnoughts y de sus amos negros, que bombardeaban la ciudad magnífica.

Hace varios años, me refería con científico orgullo, recibió la visita de un mexicano optimista, D. José Ives Limantour, el ministro de finanzas del régimen porfirista, el taumaturgo de los prodigios bursátiles y de los presupuestos sin déficit. Contra las predicciones del sociólogo invulnerable, presentaba Limantour el estado de México, la larga paz interna, el crédito, el orden silencioso y laborioso bajo la tutela del semidiós

azteca. Le Bon pidió tregua á su beata confianza, y el desorden que empezaba (eran los años del infausto presidente Madero y de su propaganda demagógica) revelaba ya que era provisional la quietud fundada en el terror. Gravemente, me repetía el maestro su dogma familiar: no puede haber gobierno ni progreso estable en pueblos mestizos. Quise recordarle su terrible vaticinio sobre los destinos del Japón civilizado á la europea, poderoso y expansivo. Recordé tan sólo la Argentina. Su éxito, me observó, confirma mi doctrina. Han vencido allí la herencia con la herencia, han preferido á leyes ingenuas inmigraciones eficaces. Y me revelaba el triunfo mundial de sus enseñanzas perentorias: consultas del Japón al doctor en ciencias sociales, traducciones egipcias de sus libros políticos, aplicaciones de su pedagogía en el ejército inglés. Este nuevo libro sobre la caducidad de las grandes verdades sugiere una débil esperanza. ¿No se libertarán del sino científico los mestizos de América? Después de la crisis de anarquía, análoga al desorden feudal, y de la lucha de los caudillos, después del señorío bárbaro de tiranos unificadores, ¿no llegará á esas tierras temblorosas el beneficio moral y material de una larga paz? Será entonces, para la verdad fatídica del sereno doctor, el ocaso que sufren todas las certidumbres. Y su ciencia generosa aceptará que perezca una doctrina y que se salve un mundo.

1914.

LA MUERTE DE REMY DE GOURMONT

Sin pompas oficiales, discretamente, herido en la prodigiosa actividad de su cerebro lúcido, en medio del terrible fragor de una guerra en que no creía, incierto, doliente, trágico, muere Remy de Gourmont. Raros elogios en la prensa del bulevar. La gloria avara no había colmado su largo esfuerzo. Leído en la Argentina, admirado en Inglaterra, plagiado en Polonia, era casi ignorado en Francia. Los críticos confunden sus libros ó desdeñan su obra. Es siempre, para ellos, pontífice de escuela menor, jefe de capilla latina, reclusa y decadente. Ningún destino más triste que el de este gran espíritu en bella madurez, á quien no llegan ni la fortuna ni la fama sonora ni la tutela elegante de la Academia, refugio de ingenios fatigados. Hace tres años el diario burgués, «Le Temps», pidió á Gourmont algunos estudios sobre el simbolismo, comentarios sabios á una escuela caduca. Era el ingreso á la prensa oficial, el éxito quizás, la popularidad, suave calor para la inmediata vejez.

Volvió otra vez el maestro á su noble retiro. Le ví últimamente en su gabinete poblado de libros, á su lado el gato heráldico, en la dulce penumbra, Budas en eterna contemplación. Diríase un erudito del Renacimiento ó un benedictino enamorado de viejas ediciones. Solitario perdido entre incunables, diariamente, con la puntualidad del filósofo admirado de Koenisberg, recorría los muelles del Sena en busca de raros libros. Muchachos fervorosos de confusa melena le saludaban

devotamente, y él continuaba su lento paseo, extraño á la admiración ó al elogio.

No hablaba, balbuceaba. La fatigaban encuestas y del tumulto vano huía á su crispada soledad. Individualista acérrimo, ni sectas ni escuelas pudieron conquistarle. Discípulo provisional ó director que teme á la mediocridad de los imitadores, abandonaba pronto manifiestos y círculos estrechos para embriagarse con su amada libertad. Y así, constante profesor de inquietud, desesperó á quienes intentaran fáciles clasificaciones de una botánica literaria. Simbolista y neoclásico, romántico cuando se inicia la reacción excesiva contra una escuela de retóricas lamentaciones y personalismo exasperado, sereno y pagano, amante de clara razón y de afinada sensibilidad, ideólogo sin el gusto de las abstracciones, filósofo sin angulosos silogismos, fué Remy de Gourmont una de las más ricas y sutiles inteligencias francesas.

Seguramente al lado de Bourget creyente, de Barrès y de Maurras que construyen maravillosamente y ostentan adustas convicciones, figuraba el maestro insuperable en otro orden de la tradición espiritual castiza, entre los que dudan con elegancia y sonríen con leve ironía, entre los que conservan la medida helénica ante el exceso democrático y disuelven los pesados maridajes de la gravedad, del prejuicio y de la intolerancia. De Montaigne á Anatole France, una larga sucesión de espíritus selectos enseñan al mundo rutinario que hay en el escepticismo, ante la comedia fatigosa de los hombres y de los dioses, una perpetua nobleza.

Por la curiosidad universal, por su ambición, por el mariposeo inquieto de su inteligencia, recuerda Gourmont á los enciclopedistas del siglo en que hubiera amado vivir, á Voltaire, tal vez á Diderot, á cuantos ensayaron todos los géneros, salvo el « género aburri-

do». Escribió cuentos y novelas, prosas musicales, libros de agudo simbolismo, poesías de elegante perfección, ensayos filosóficos, retratos literarios y estudios de filología, tratados de ciencia amena y sólida, diálogos de grato balanceo intelectual, incisivos comentarios de la realidad fugitiva, notas de periodismo y tratados de redóndita sabiduría. Se ha escrito — y Charles Maurras firma esta opinión aventurada — que en el desarrollo de su espíritu influyó un gran escritor contemporáneo, Anatole France, á quien sigue, sin confesarlo, Remy de Gourmont. Existe, sin duda, parentesco intelectual entre ambos cultivadores de una prosa fina, clara, ondulante, negadores de ágil ironía, eruditos que no pierden en la vejez de las bibliotecas su intenso amor á la vida. Pero, ¿no son ambos espíritus expresiones semejantes de uno de los aspectos esenciales del genio francés? ¿no es el abuelo Renan que sigue desde Sirio las transformaciones de su patria dilecta, inspirador de estos dos escritores inquietos y selectos? Gourmont es quizás el único heredero actual de Voltaire y de Renan : del primero tiene la prosa directa, la concisión magistral, la negación corrosiva; del segundo la duda sinuosa, el odio á las afirmaciones escuetas, el don de epilogar sin concluír, el estilo voluptuoso despojado de rudeza escolástica.

Como ambos, disociaba ideas sin piedad para el hombre angustiado que busca certidumbres. A dulces creencias, á necesarios prejuicios, á la « blanda almohada » de religiones y filosofías, aplicó su método destructivo. En su templete desinfectado sólo quedó un penate : el Sarcasmo perfumado por cotidiano incienso. « Hay dos maneras de pensar — escribía en el más notable de sus libros, « La culture des idées » — ó aceptar, tal como lo quiere el uso, las ideas y las asociaciones de ideas, ó buscar por cuenta propia nuevas asociaciones, ó, lo que es más raro, originales disociaciones de

ideas. » En este esfuerzo disolvente demuestra su eficacia la inteligencia verdaderamente creadora : transformación de ideas viejas, de uniones fatigadas en jóvenes y frecuentes asociaciones, destrucción de maridajes de ideas, « tan duraderos que parecen eternos, tan estrechos que semejan á esas estrellas dobles que en vano se afana el ojo nudo en desdoblar ». El hombre necesita para vivir de lugares comunes, de errores que fueron verdades, de afirmaciones no discutidas. La « no verdad » es condición de vida, decía Nietzche, y el pragmatismo ha renunciado á la inteligencia que crea y derriba abstracciones para exaltar la verdad útil que acrece nuestra energía y aquieta nuestras dudas.

Los griegos separaron la idea de placer sensual y la idea de generación, y el cristianismo confundió, sin elegancia, ambos aspectos del instinto humano, cuya « disociación » contribuye al encanto del mundo. Hasta hoy sólo estetas que ignoran la galantería han demostrado que entre la idea de belleza y la idea de mujer no existe relación ineludible y han agobiado al sexo considerado hermoso con implacables argumentos de anatomía. La idea de honor y la idea de casta militar continúan muy enérgicamente unidas : lentamente se opera aquí una nueva disociación. En la idea de justicia, todavía pura y fuerte, hallamos ya elementos inferiores de envidia y de odio. La idea de libertad es quizás « la deformación enfática de la idea de privilegio ». Hemos asistido, en polémicas recientes, a la peligrosa fusión de dos ideas, arte y utilidad. Entendimientos « primarios » asocian invariablemente instrucción é inteligencia, instrucción y moralidad. Todavía rehusa el hombre juntar dos ideas, la muerte y la nada. Gobernado por sentimientos fanáticos teme á la lógica como á un exceso de luz, y continúa aceptando vinculaciones no demostradas, como porvenir-progreso, Dios-bondad, autoridad-respeto y deber-felicidad.

La verdad no es, pues, dice Gourmont, sino « un lugar común todavía no disociado », vana afirmación provisional a que atribuyen eternidad el hábito y la rutina. Sonríe el maestro, en su audaz laboratorio, examinando estas creencias comunes. Aunque el mundo estallara en pedazos, él continuaría su esfuerzo lúcido, su análisis operoso. ¿No obedece también á la necesidad sentimental de crear nuevos ligámientos, de convertir en lugar común la negación desnuda, de entregar al mundo una angustiosa tabla de valores, como Nietzche?

Este nigromante desencantado tenía, como Zola, « sus odios ». En la elegancia de su espíritu sorprendia su repentina acritud al juzgar ideas y hombres. No sólo eran sus enemigos el lugar común, el clisé petulante, la vana retórica, sino también altas posiciones intelectuales, direcciones eminentes de la conciencia inquieta.

Desdeñaba la metafísica y sus babélicas torres. Había encerrado sus convicciones en un catecismo preciso y mediocre; el pensamiento, secreción cerebral, la sensación, base absoluta de toda vida espiritual, el placer, clave de la ética. Alguna vez, ignorando la riqueza de sus ideas, quisieron transformarle los radicales en doctor democrático. Confesemos que M. Homais no hubiera desdeñado el firmar ciertas notas en que este admirable escritor obedecía á sentimientos indisciplinados. Helvecio y los ideólogos, Cabanis, el fino Condillac, hallaron en Gourmont un secuaz inesperado. El misterio era una ofensa á su clara razón, la abstracción ascendente de los filósofos, la flecha gótica que envían al cielo místicos anhelantes, irritaban á este espíritu orgulloso. « Dios es, escribía Gourmont, todo lo que es absurdo, inútil, invisible, intocable, todo lo que es nada y simboliza la nada. » « No hay más allá que pueda concebir la razón » : En la inmensidad mueve eterna-

mente el azar granos de arena. Halla una excusa al cristianismo : su impotencia para cambiar la realidad. « Ha corrompido más el espíritu que la vida ». Quiere « una filosofía práctica del placer que nos enseñe a derivar de humildes funciones del cuerpo toda la satisfacción que pueden dar », y, por eso, elogia en Helvecio redivivo merced á la erudición contemporánea, la clara y humana doctrina de la dicha. « Es vergonzoso, piensa, avergonzarse de sus placeres. » Lo que descubre de más interesante en el hombre es el animal humano, fuera del cual sólo hay locura y divagación, es decir, razón, sabiduría y moralidad.

Este escéptico amaba la vida, admiraba en cada primavera la renovación de una savia eterna. Aristócrata por sus gustos profundos (acababa de heredar el título de conde), se había refugiado en el siglo galante, en el amor ágil sin gravedad protestante ni prosaica fidelidad, en una sociedad libre de prejuicios, fácil y amena donde era dulce vivir. Del divorcio entre su talento firme y su figura devastada por la fatalidad, nacía su constante amargura. Nadie, como él, comprendió el amor, y sus recientes «Cartas á una amazona», son como el tratado de Stendhal, análisis definitivo de una pasión inquieta. A medida que abandona el erudito los archivos en que fatigó su juventud, se inclinaba como Renán fatigado á exaltar el amor sensual, á estudiar las formas diversas del instinto, á escribir, con oriental delectación, un nuevo cantar para Sulamitas de una civilización refinada. Leyendo « Una noche en el Luxemburgo » ó un « Corazón virginal », recordamos á la « Abadesa de Jouarre : » sutilezas de espíritu que exornan, como guirnaldas nupciales, la alcoba ardiente. Antes de estos libros de morosa sensualidad, había estudiado, como si quisiera emular la gloria de Gœthe, la física del amor en el mundo orgánico : de su curiosidad apasionada surgió un libro erudito y elegante, bre-

viario para los sabios que no hayan perdido el entendimiento de amor.

El austero portestantismo ó la moral rígida recibieron, de su arco de sagitario, flechas certeras. Sólo creía en el « paganismo eterno », cuya herencia artística ha recogido el catolicismo suntuoso, o sea « un cristianismo paganizado », al mismo tiempo místico y sensual, « que puede satisfacer y ha satisfecho únicamente, por largo tiempo, las dos tendencias primordiales y contradictorias de la humanidad, que vive á la vez en lo finito y en la infinito, ó en términos más aceptables, en la sensación y en la inteligencia ». Siguió con fervor erudito el paso insensible, en Roma tutelar, del paganismo al catolicismo y en la estrechez semita y en la tristeza protestante combatió siempre el odio á la vida, á la plenitud del instinto y á la sensual riqueza del arte.

Quería toda libertad para el amor « porque quien no llega á sentirlo todo no puede comprenderlo todo ». País civilizado, escribe Gourmont, es aquel en que el uso social establece, en lo que se refiere á las manifestaciones sexuales, completa libertad. Las leyes contra la carne limitan y empobrecen la inteligencia : Atenas, que no impuso aquellas rudas leyes ; Atenas, en que Sócrates, maestro de moral, dialogaba con las cortesanas, « ha dado al mundo moderno su ciencia intelectual ». Defendió á los jesuítas que concilian, en los meandros de una casuística sutil, el precepto austero y la flaqueza humana ; á Loyola, « creador de energía y genio psicológico », á esa orden optimista, discreta y sonriente que ama la dicha y la libertad y acepta, con un « distingo » sabio, la dulce fatalidad del pecado. « Los jesuítas representaron, en suma, para Gourmont, la parte más sana y aceptable del cristianismo, la que trataba de acomodar principios destructores á las necesidades de la vida. » Los tratados del padre Sánchez

y del padre Escobar preparan, mejor que la angustía de Pascal ó el estoicismo de Kant, la libertad espiritual y moral del hombre moderno. Con razones de casuística justifica el católico pagano sus instintos saludables.

Para este brillante anarquista, juglar perpetuo de las ideas, fué la guerra la áspera lección de los días grises cuando no se puede ya abandonar el discreteo elegante de la mocedad. Cruelmente recordaron algunos diarios su antipatriotismo, ese artículo de 1891, en que declaraba que no daría por que volvieran á Francia Alsacia y Lorena, ni su dedo meñique que le servía para hacer caer del cigarro el claro penacho de ceniza. Nadie había olvidado esa declaración heroica en un pueblo patriota, que fué castigada con la pérdida de un empleo. Gourmont se hizo perdonar el pecado de lesa patria, y en artículos de « La France » enseñaba antes de morir, como todos los convertidos á la religión necesaria, la lucha terca, el desquite, la gloriosa necesidad de una epopeya. Estaba enfermo ya, víctima (otras hay menos célebres) de este cambio trágico de valores. Pacifistas que descubren la fatalidad de la guerra, escritores cosmopolitas en presencia de la dureza de las patrias y de los nacionalismos vengadores, al llegar á la vejez, descubren la esterilidad de su propaganda, la melancolía de su antigua ilusión. Han vivido para un ideal que aniquilaba á Francia, que la entregaba desarmada y beata, á la voracidad del eterno enemigo. Enfermos de desencanto, callan ó sucumben mientras surgen generaciones violentas que avanzan, como quería Gœthe, por encima de las tumbas. En carta á Barrés explicó el admirable analista su actitud. Con un gesto de piedad le acogieron en su iglesia severa los profesores del desquite, y él, orgulloso y silencioso, sintió la repentina caducidad de su ideal. ¿No era impía la crítica en la hora intensa de las afirmaciones

comunes? El filisteo « que no comprende » caía heroicamente en los campos graves. La muerte consagraba la superioridad de voluntades tensas sobre los vanos arabescos de la inteligencia. Enfermo y recluso, no sobrevivió Gourmont á este crepúsculo de la razón.

Nuestra América era observada con simpatía por el escritor, siempre curioso y activo. No leía español, pero lo adivinaba á través de idiomas afines, y su colaboración á « La Nación » lo llevó á seguir el movimiento literario argentino. Me pidió á veces que le tradujera cartas que recibiera de Buenos Aires, me mostró ensayos sobre su obra en que hallaba el reconocimiento afectuoso de su primacía. Creo que sólo leyó á dos de nuestros grandes poetas, á Darío y á Lugones. Elogiaba á ambos con esa manera suya que es también manera francesa, breve y lapidaria. Amaba la irradiación de su prestigio en tierras nuevas de fervor latino. Quizá le inquietaba el exceso industrial ó la amenaza de una moral adusta para el arte libre, para el « eterno paganismo » de la vida en pueblos solares. Sonreía amablemente al revelar su reciente erudición de cosas de América, sin el obligatorio error geográfico ni la monótona confusión de lenguas y tradiciones. Tenía para el entusiasmo de nuestras juventudes que creen haber conquistado en su odisea la gracia y la ciencia de París, su más fina ironía.

Descubrimos en su obra vasta partes mortales, pero queda el ejemplo de esta vida clara, sin premura ni transacciones, servidora de Ariel, á través de horas angustiosas y ásperas luchas. Vivió Gourmont para las ideas, lejos de « quien no comprende », de la democracia inferior, de imitadores y seguidores, humanista perdido en una edad de urgentes retóricos. No sacrificó al éxito ningún fragmento de su rara ideología. Y mientras que otros profesores de duda terminan afirmando y los escépticos aceptan el rigor de antiguos dogmas, él con-

servó su elegante liber ad de espíritu contra las severidades de la vida. Cuando la historia de las letras francesas destruya reputaciones provisorias, crece á la figura del gran humanista, y en la familia idea de los espíritus eminentes acogerán al hermano ignorado por la mediocridad de los hombres, al idéólogo entristecido y rebelde, Montaigne y Renán, Rivarol y Voltaire, Chamfort y Sainte Beuve.

1915.

UN PROFESOR DE AUSTERIDAD
Charles Péguy

Repentinamente surge un nombre de la dulce obscuridad de los cenáculos. Hay también en Francia, fuera de los senderos vulgares y de las glorias académicas, imponentes solitarios que tienen cura de almas. De ellos es Charles Péguy. No figura en las revistas clásicas, no ha dado públicas conferencias, no es dramaturgo ni político. Es decir que huye del vano tumulto y del reino de las apariencias para vivir como santo laico, rodeado de jóvenes y de misterio.

La Academia Francesa llamada á consagrar con un premio de diez mil francos la mejor obra literaria del año, titubea, se inquieta, escoge á Péguy y le concede no esa gloriosa recompensa, sino otra no inferior en importancia. ¿Por qué estos cambios en la docta asamblea? Allí también se imponen los odios de la ciudad. Péguy es un símbolo, representa el saber libre ante la ciencia oficial, ha atacado á la Sorbona, ha renegado de los políticos. Lo defiende ante los académicos, un gran maestro, Maurice Barrés. Lo atacan en nombre de la universidad ofendida, distinguidos profesores. Una ardorosa juventud espera la sentencia, fuera del gran recinto, en los patios melancólicos del instituto oxidados por los siglos; se indigna al conocer el juicio de los maestros allí reunidos, opone su ingenuo lirismo á las conveniencias académicas.

Pero, si Charles Péguy no recibe el don esperado,

ha vencido, sin embargo, en pleno congreso de literatos y de sabios. Hace quince años le ignoraban todos, en el bulevar, en la Academia, en la Sorbona. Hoy es un profesor de sinceridad consagrado por los defensores de la lengua y de la tradición francesas.

En la sombría calle de la Sorbona, que atraviesan diariamente estudiantes cosmopolitas, frente al baluarte del saber tradicional, abrió Péguy su pequeña tienda silenciosa. Había renunciado á las brillantes esperanzas de la carrera universitaria por amor á la juventud. Encontró en las lecciones de sus maestros demasiado germanismo, elementos contrarios á la tradición francesa, filología invasora, como allende el Rin, una sociología que tenía la rigidez de los dogmas religiosos. Reunió en torno suyo á los independientes, fundó una revista que tiene la apariencia de un arcaico « panfleto », les « Cahiers de la Quinzaine », donde decían libres opiniones sus amigos selectos. Allí se reveló ese abundante novelador Romain Rolland, escribió Sorel, el metafísico del socialismo francés, y cuanto imprimió Péguy fué infinitamente sugestivo. Pronto el empolvado rincón se convirtió en cenáculo. En el se reunían los jueves espíritus originales á discutir la realidad de hoy y el porvenir. Era un partido intelectual.

Ignorada en Francia, se populariza en el extranjero la singular revista. Admiran los jóvenes italianos á Rolland y á Sorel. Como el « Mercure de France » se impuso en Sud América antes que en París, los cuadernos de Péguy fueron acogidos con entusiasmo en Italia y en España, primero, y sólo ahora llegan en triunfo á la Academia.

¿Qué es Charles Péguy? Tal vez un místico. Alma torturada por el deseo de verdad, por las rigurosas solicitaciones del bien, no acepta transacciones morales ó intelectuales. Parece un espíritu tolstoyano nutrido de cultura clásica. Su capa de rudos pliegues es el hábito

de un peregrino. Tiene fe en medio de Francia escéptica, cree en la intuición y en el misterio, en un pueblo racionalista.

Una vez, un capitán semita fué acusado de traición, y se dividió Francia en enemigos bandos, y se abandonó egoísmo, fortuna y posiciones por la defensa de un ideal. Entonces Charles Péguy salió de su retiro y se agitó en plena calle, cruzado de un invencible idealismo. Halló en la movimiento dreyfusista lo que ha llamado una mística, es decir, un admirable fervor que purifica las luchas humanas, y disuelve, con la violencia de una luz celeste el bajo metal de los intereses prosaicos. Como los revolucionarios de 1848, creía este romántico en la eficacia de esa lucha por la justicia.

Vencieron los dreyfusistas, y, para decirlo en lenguaje de Péguy, la mística se transformó en política. Aprovecharon de ese triunfo moral los eternos corruptores, empequeñecieron el éxito, abundaron transacciones y traiciones. El mismo Dreyfus, afirma el místico, fué inferior á su misión. Escuchad su lamento : « comprendo lo que hay de trágico y de fatal en la vida de este hombre. Pero lo que hay de más trágico, de más fatal, es precisamente que no tiene derecho de ser hombre privado. Tenemos siempre el derecho de pedirle cuentas y el deber de pedirle severa y rigurosa cuenta. » Querían Péguy y sus amigos un personaje mesiánico y sólo hallaron un hombre mediocre; buscaban un héroe esquilino, consagrado por la fatalidad y surgió simplemente un capitán burgués, sereno y desgraciado.

En un libro doloroso, « Notre Jeunesse », ha referido esto combatiente de una magna batalla las desilusiones del vencido. ¿Un triunfador que siente su derrota? Su victoria fué exterior, aparente, olvidado el ideal que defendió un grupo fervoroso dirigido por Péguy. Falta en la Francia contemporánea una gran pasión, un misticismo. Dominan los « primarios », es decir, los enemi-

gos de la cultura clásica, los jacobinos, la prudente burguesía, cuantos odian la tradición.

A ésta consagra su noble esfuerzo Charles Péguy. Ha escrito un admirable ensayo, « Le Mystère de la Charité de Jeanne d'Arc », meditación relígiosa sobre una heroína francesa. Al fácil escepticismo de Anatole France, á la menuda crítica de los historiadores opone la sinceridad de su fe.

En diez años de actividad literaria, ha publicado muchos cuadernos de meditaciones. Su obra irregular y diversa es, como la de los ensayistas sajones, Emerson ó Carlyle, un perpetuo comentario lírico de las cosas fugitivas, de las inquietudes contemporáneas, de estados de alma angustiosos y profundos. ¿Cuáles son, podrá preguntarse, las doctrinas de este filósofo? No pidáis sistema, rigidez escolástica á un libre peregrino de las letras. Péguy excluye de sus meditaciones todo rígido cuadro, toda ciencia oficial. Aun el estilo ordenado, claro, lógico, clásica forma del pensamiento francés, le parece molde deleznable. Escribe en prosa difícil, lenta y compleja, que fatigan continuas repeticiones. Disloca las frases, evita la continuidad del período, expresa, entre inquietudes verbales, ideas que surgen espontáneamente, ajenas á todo nexo, rudas, naturales. Acostumbrados á la inmediata evidencia del estilo francés, nos perturba esta insistencia, este incoherente lirismo. Pero pronto hallamos la íntima armonía de esa forma extraña. Adivinamos, tras la oración indisciplinada, á un místico, un hombre agitado por voces interiores. Su filosofía es de poeta, su poesía de filósofo. Poesía en el sentido original de la palabra griega, intuición, creación, descubrimiento de ocultas relaciones en las almas y en las cosas.

En política, Péguy condena la mediocridad de los parlamentos, el lenguaje declamatorio y estéril; en la enseñanza, la inflexible doctrina de estado, el mono-

polio científico; en filosofía, la regresión al escolasticismo; en arte, el olvido del ideal griego. Es un gran humanista, de la escuela serena á que pertenecieron Mauricio de Guérin y Luis Ménard.

Conserva ante la vida y la muerte, la clásica simplicidad, la gravedad del estoicismo. Ha escrito hermosas páginas sobre la miseria y la muerte donde pasa el rudo soplo de Epicteto. Ha hallado el parentesco moral entre cristianismo y estoicismo : prefiere á la sumisión de los creyentes la fortaleza de quienes mueren sin inquietud, sabiendo que les espera la disolución ó el silencio. Elogia la pobreza, como un franciscano de los Fioretti, y la distingue de la miseria : aquélla es el limite necesario en que reina la seguridad del porvenir, ésta es terrible como la muerte, separa al hombre de la ciudad, lo condena al dantesco suplicio de la perpetua incertidumbre. « La miseria es, en economía, lo que el infierno en teología; el purgatorio no corresponde sino á ciertos elementos de la pobreza; pero la miseria corresponde plenamente al infierno; el infierno es la eterna certidumbre de la muerte eterna; pero la miseria es para la mayoría la total certidumbre de la muerte humana, la total penetración de la muerte en todo que nos queda de vida, y, cuando hay incertidumbre, esta incertidumbre es casi tan dolorosa como la fatal certidumbres. » En esta distinción entre miseria y pobreza — que parecerá artificio de filósofo — halla Charles Péguy la solución del problema social. No es socialista nivelador, sino enemigo de la miseria : el problema urgente no se reduce á despojar á los ricos, á conquistar las posiciones burguesas : es la liberación de los miserables. « Por la fraternidad, escribe, estamos obligados á arrancar de la miseria á los hombres hermanos nuestros; es un deber primordial; al contrario, el deber de igualdad es mucho menos angustioso; así como me inquieta, me apasiona saber que hay todavía

hombres en la miseria, así me es igual que, fuera de esa miseria, tengan los hombres partes mayores ó menores; no he llegado á apasionarme por la célebre cuestión de saber á quién corresponderá, en la ciudad futura, las botellas de champaña, los caballos raros, los castillos del valle del Loire; espero que se llegará siempre á un acuerdo; con tal de que exista verdaderamente una ciudad, es decir, que no haya hombre alguno que sea arrojado de ella, que sufra el destierro económico, la miseria económica, poco me importa que tal ó cual tenga esta ó aquella posición; otros problemas y no éste solicitarán, sin duda, la atención de los ciudadanos; al contrario, basta que un solo hombre sea tenido conscfentemente en la miseria, abandonado á ella para que sea nulo el pacto cívico : mientras haya un hombre afuera, la puerta que lo rechace cerrará una ciudad de injusticia y de odio. »

¿No encontráis en este rudo lenguaje la simplicidad tolstoyana, ó la gravedad de una mística amenaza? Péguy es hijo de labradores y de su largo contacto con la tierra obscura y maternal, ha derivado un pensamiento ajeno á los odios humanos. No es igualitario, pero sí fraternal. « Los sentimientos de fraternidad, dice, han animado á los grandes hombres, á los grandes pueblos, han animado, inquietado, porque la preocupación de la miseria no va nunca sin amargura y sin inquietud. Al contrario, el sentimiento de igualdad no ha inspirado sino revoluciones particulares discutibles; ha operado esa revolución inglesa que legó al mundo moderno una Inglaterra tan imperialista, tan nacionalista; ha operado esta revolución americana que instaura una república tan imperialista, tan capitalista; no ha instituído la humanidad; no ha preparado la ciudad; no ha instaurado sino gobiernos democráticos. Es un sentimiento compuesto, mezclado, á menudo impuro, á que contribuyen la vanidad, la envidia, la codicia. »

Péguy quiere en política un noble misticismo. Contradicción, diréis : en la conquista de realidades concretas, ¿un ingenuo idealismo? El escritor fran, cés no desconoce las impuras necesidades de la acción, pero no quiere que ellas venzan al fervor romántico, á la pasión ennoblecedora, en las grandes luchas humanas. Ha defendido un « heroísmo republicano » en el seno de una democracia dirigida por parlamentarios ambiciosos. « Olvidáis, les dice, desconocéis que hay una mística republicana... Han muerto hombres por la libertad, como otros por la fe. Las elecciones de hoy os parecen una formalidad grotesca, universalmente mentirosa, falseada en todas partes. Tenéis derecho de decirlo. Pero han vivido hombres innumerables, héroes, mártires y diría yo santos — y cuando digo « santos » quizá sé lo que digo — han vivido hombres innumerables, han sufrido, han muerto heroicamente, santamente, todo un pueblo ha vivido para que el último de los imbéciles de hoy tenga el derecho de cumplir esta falseada formalidad. Fué una terrible, una laboriosa, una temible gestación. »

Tiene razón Péguy ¿Qué dirían los revolucionarios del 48, los republicanos románticos. Lamartine ó Luis Blanc, Ledru-Rollin ó Raspail, que lucharon detrás de las barricadas en nombre de un liberalismo sonoro, ante el espectáculo de la república burguesa, dividida por codiciosas facciones y agitada por funcionarios famélicos? La política ha devorado á la mistica de que aquélla nació, lo diremos en el lenguaje de los « Cahiers de la Quinzaine ». Pero esta degeneración es necesaria en los conflictos humanos. Los ideales bajan del reino de las ideas puras donde los congregó Platón, llegan al tumulto de la calle y de la plaza pública, se enfangan y ensangrientan. No muere, sin embargo, el misticismo. Surge otro ideal condenado también á una lamentable degradación. A la mística republicana ha suce-

dido la mística socialista ; y aun el socialismo, convertido en batalla parlamentaria, en impuro oportunismo, se ve substituído por otro ideal, el sindicalismo que es la moderna mística.

El parlamentarismo, tan desacreditado en Francia, provoca las indignaciones de un republicano idealista como Péguy. « Asistimos quizá, escribe, al fenómeno más importante de toda la historia parlamentaria contemporánea : el pueblo de los electores habla y entiende cierto lenguaje político casi sincero; la multitud de elegidos entiende y habla otro lenguaje político, un lenguaje convencional, enteramente distinto del primero, pero que corresponde al primero; formado de las mismas palabras que el primero... Cuando el presidente del consejo, el ministro del interior y de cultos exclama teatralmente que « vamos á salvar los derechos de la sociedad moderna », todos entienden que éste quiere decir « vamos á salvar » ó simplemente « á cuidar de los intereses políticos de nuestro ministerio... » Cuando un hombre de la derecha, un reaccionario, dice : « Defendemos todas las libertades, las libertades comunes, santas libertades, las libertades necesarias, las libertades indispensables, las libertades universales », recíprocamente, todo político parlamentario entiende « defendamos nuestros intereses amenazados y las libertades nuestras ».

Péguy rechaza la « metafísica de estado », es decir, la ciencia universitaria dogmática, que reprueba toda doctrina diversa, con decretos inquisitoriales. Estudiando los métodos de la Nueva Sorbona en un famoso libro reciente, dos jóvenes escritores han condenado la petrificación de la enseñanza francesa. Según ellos, se ha renunciado á la originalidad latina — claridad, gracia, ideas generales — para imitar los procedimientos germanos, lentos y minuciosos, la sociología se ha convertido en nuevo escolasticismo. Durckheim, el maes-

tro, es pontífice. La universidad se transforma en fábrica de ideas republicanas; olvida los estudios clásicos, estrecha su horizonte intelectual, se preocupa solamente de la escuela, de los « primarios », porque toda cultura superior le parece antidemocrática. Los intelectuales se congregan ante la nueva amenaza, defienden el latín, con Eugenio Montfort, la tradición francesa, las humanidades con Pierre Lasserre. Diríase que vienen los bárbaros, « cara Lutecia », que se cumple el vaticinio de Darío.

Péguy es paladín de la nueva cruzada. « Una vez más, exclama, la Sorbona ha caído en el escolasticismo. » Allí en los graves claustros envejecidos, levanta su trono macizo el nuevo partido doctoral. Convierte la ciencia en recetario, aspira á dominaciones temporales, « posee las cátedras, monopoliza honores, hace los matrimonios como los antiguos jesuítas, como los antiguos rabinos, es una iglesia laica, radical » que se ha establecido en Francia. Los métodos científicos de que se sirve este grupo de maestros lo mismo en biología que en literatura, se reducen á la acumulación de « fiches », notas, erudición, inventarios, explicaciones de textos por extraños elementos bibliográficos, odio al gusto, al juicio, á la opinión individual. Cuando se ha descubierto todas las fuentes en que se inspiró Voltaire, se cree haber agotado la belleza literaria de Cándido y Micromegas. En vez de exaltar la fuerza épica de la « Leyenda de los siglos », minuciosamente se analiza la erudición bíblica de Hugo. Para evitar la elocuente superficialidad de Cousin, de Patin, de Caro, se busca la erudición profusa y miope. Olvida la nueva Sorbona á los grandes espíritus que unieron el afan analítico á las ideas generales, Taine, Renan, Gaston Paris, Fustel de Coulanges.

Las indignaciones del moderno profeta van contra esta vana pedantería, contra la « unión de la metafí-

sica y del Estado». Pide la separación de ambas entidades, como realizaron otros el divorcio entre la Iglesia y el poder civil. «¿Cuándo, pregunta, nuestro Estado que tiene ya tantas profesiones, que fabrica fósforos y fábrica leyes, que se ocupa en el trasporte por ferrocarriles y en reglamentos de administración pública, no sin trabajo y á menudo sin algún titubeo, dejará en definitiva paz á las conciencias y comprenderá que no le corresponde fabricar una metafísica.» Odia Péguy esta «baja y grosera metafísica», el ateísmo y el materialismo impuestos, la vulgar doctrina de Mr. Homais que todo lo explica fácilmente, positivamente, la laica enseñanza sin respeto del misterio que dan obtusos maestros de escuela, como evangelio republicano y democrático. Este acerbo individualista no cree en dogmas religiosos, pero tampoco respeta los dogmas científicos. Le son antipáticos todos los catecismos. «No se puede ser verdadero artista, escribe, si no se ha puesto en tela de juicio por propia cuenta los conocimientos anteriores. Pero, más profundamente que en arte y más profundamente que en filosofía, no se es hombre si en la vida no se ha puesto siquiera una vez todo en tela de juicio. Desgraciado del que al menos una vez, por un amor ó una amistad, por caridad ó solidaridad, no ha sometido á examen los mismos fundamentos de la vida, los actos de la vida. Desgraciado y poco revolucionario.» Los verdaderos sabios practican la duda metódica, duda inicial que aconsejó Descartes; desconfían de la autoridad y de las verdades inconcusas. «Esos hombres están prontos á dudar de todo lo que han hecho, con tal de que les demuestren que su obra es perecedera. Acogerán siempre la hipótesis nueva si es más probable que la antigua, propagarán la idea nueva si les parece justa, aunque ella inutilice treinta años pasados en el laboratorio, aunque quede rota por el triunfo de esa idea la unidad de la

propia vida. Por eso son profundamente revolucionarios.» ¿Queréis mejor elogio del desinterés y de la audacia de los hombres de ciencia? Son modernos aventureros que aceptan, como compañera de sus esfuerzos, la dura incertidumbre. Saben que son provisionales sus conquistas y no renuncian á su trágico empeño. ¿Qué significa ante este sano amor del riesgo, en que fundó Guyau su moral, la ciencia oficial conservadora y dogmática?

Péguy ama el ideal griego, la virtud antigua, las filosofías de Heráclito, de Platón, de Aristóteles que traducen, en forma moderna, los pensadores contemporáneos. Condena á los bárbaros porque es heleno de alma, como tantos franceses que leen diariamente á Sófocles y á Homero. El eterno valor humano de la vida griega, del ideal griego, que comprendieron los hombres del Renacimiento, y luego admirables maestros, Renán en su lamento ante la diosa de la euritmia, Lecomte de Lisle en la perfección de sus poemas escultóricos, Maurice de Guérin, al escuchar en la tierra embriagada de sol el rudo galope de los centauros; va olvidándose en la confusión democrática de hoy. Restablecer el prestigio de las « humanidades », es, para el periodista de los « Cahiers de la Quinzaine » noble tarea. « Toda diminución de la cultura griega, piensa, es un crimen irrevocable. » No quiere que sólo eruditos y helenistas lean á los clásicos y comprendan el sentido de su cultura. La nación entera, las clases aristocráticas, filósofos y poetas, escritores y hombres de acción, deben estar penetrados de esa tradición que pule el metal humano, y crea, con la materia informe, medallas perdurables. Ha escrito Péguy soberbias páginas en que interpreta aspectos esenciales del arte antiguo, la tragedia de Sófocles, por ejemplo, « Edipo Rey », el más grande de los conflictos clásicos. Con un alto sentido del helenismo que nos

obliga, como el de Nietzche, á renunciar á toda frívola interpretación del alma antigua, establece que para los griegos estaba en el dolor, en la fatalidad que consagra á los hombres, como un rayo depurador, la verdadera grandeza. La función del suplicante, del personaje herido por voluntad de la Moira trágica, es admirable en la obra sofóclea De la existencia vulgar pasan sus héroes — por una promoción, dice Péguy — á ser víctimas escogidas por el destino. El suplicante, observa este expositor del ideal clásico, es más grande que, aquél á quien implora, representa á su raza, al hombre, es un símbolo, « ha sido amasado, manipulado por los dioses », es el hijo adoptivo de Zeus, sometido, como la familia divina, á las leyes de bronce del destino y de la muerte. Edipo es rey, pero esa humana grandeza es limitada y mediocre. Sopla sobre su vida un viento de tragedia, el rey se convierte en doliente personificación, sellada por la fatalidad, perdurable y divina. Antígona, hija de un rey, se transforma en símbolo eterno, cuando la amenaza un irrevocable desastre, el odio de Eteocles y Polínice, el crimen de Edipo. « El hombre feliz — dice Péguy — sintetizando su opinión sobre los griegos, es siempre culpable. La dicha es el más grande de los crímenes. » El dolor está en la sabiduría y en la inmortalidad.

Psicólogo, tenaz analizador del alma de los hombres, de las crisis de la historia, Péguy traza curiosos retratos de sus contemporáneos. Son notables sus siluetas de Clémenceau y de Jaurés, de Renan y de Zola. Exige á estas individualidades representativas sinceridad y vida interior.

De Jaurés escribe : « Un hombre tan bien dotado para explicarlo todo, está maduro para todas las capitulaciones, » piensa que « hubiera sido un Mounet admirable si la adversa fortuna no se hubiera encarnizado en hacer de él un político; » de Clémenceau dice que si

conserva amistades y admiraciones es porque tiene el alma de los antiguos republicanos, desdeña las ficciones, ataca, se burla como Diderot y Voltaire; es espontáneo, rudo, apasionado por la razón y por la patria, como los revolucionarios del 48.

Separado de las cotidianas agitaciones, estudia el solitario de los « Cahiers de la Quinzaine » hombres y cosas, comenta á Corneille y á Renan, juzga á Jaurés y á los griegos, exalta á Juana de Arco y á los dreyfusistas. Critica y aplaude, gran agitador de ideas que sólo teme la plebeya quietud de las almas indiferentes. Es rara, en este París cosmopolita, su vida recóndita y estoica. Lejos de la ironía bulevardera, en el provincial Barrio Latino, ha puesto su tienda este místico que tiene el ardor de los profetas hebreos. Condena, como Ezequiel, á la Sorbona, á la ciencia oficial, en estilo de iluminado. Junto á él, una inquieta juventud se congrega en silencio y en belleza. Es el profesor socrático que modela almas. Sus libros incoherentes revelan la intensidad de su vida moral. A su lado pasan filisteos y burgueses, que odian su sinceridad y su rudeza. Pero él continua su obra, abrupto y solitario, y su influencia va creciendo en esta ciudad multiforme de mundanos y ascetas, cortesanas y pitonisas, rastacueros y filósofos. Conviene á la gracia, á la ironía, al elegante escepticismo de Lutecia, la áspera lección de un convencido que, desde la montaña de Santa Genoveva, envía á la ciudad galante severas admoniciones.

1912.

LA INQUIETUD DE DON MIGUEL DE UNAMUNO

Me lo figuro en su largo paseo cotidiano fuera de la ciudad historiada y arcaica, rudo peregrino en traje de caza, como admiré una vez á William James cerca de Cambridge y de sus olmos graves. La ciudad le estrecha y le agobia. Viandante tolstoyano, turista ideólogo, recorre la amorosa tierra extremeña, y desnuda su yo trágico ante el universo rumoroso. Es un solitario en medio de los hombres, un místico frente á los ergotismos universitarios, un inquieto á través de las ciudades aburguesadas. Su nuevo libro es el lírico comentario du esa perpétua angustia. Vástago de Pascal, funda su dignidad de hombre en el examen apasionado, en la curiosidad doliente, en el infinito vagar de un alma insatisfecha, hastiada ó nostálgica. Ha analizado en largas páginas « el sentimiento trágico de la existencia » y ha escrito así la más intensa y personal de sus obras.

Su vida interior se ha enriquecido, pero no ha renunciado a su credo esencial. ¿ Recordáis los « Tres Ensayos» y su condenación del molino aristotélico de las ideas, su exaltación de la fe contra la razón, el frío *logos?* También en este último análisis apasionado hallaréis, como un *leit motiv* familiar, la audaz experiencia religíosa y el desdén de los doctores. Todos los artificios de la lógica le repugnan, — trabazón escolástica, orden dialéctico, simplicidad geométrica de Spi-

noza ó áspera ordenación kantiana. Desordenado y abundante, revela la inquietud de su espíritu, rompiendo en el fervor de su místicismo los moldes caducos de la exposición ó de la dialéctica. Figura no como discípulo sino como émulo, como hermano de duda y de dolor, en la familia contemporánea de Ibsen, de Nietzche, de Eucken ó Bergson; desdeña las petrificaciónes de la lógica, las clasificaciones y las categorías para inclinarse ante el fervor irregular y expontáneo de la vida. Como el personaje de Carlyle, el doctor enigmático, abandona « el subterráneo taller de la lógica alumbrado por claraboyas » para filosofar con libertad y cree que « el pensamiento sin reverencia es estéril ó venenoso ».

¿Por qué se inquieta don Miguel de Unamuno, preguntaréis ? Porque tiene que morir. Esta terrible sentencia pone en su alma enhiesta, *hambre de eternidad*. Y es, por esta aspiración, un personaje inactual, como las agresivas consideraciones de Nietzche. Junto al rebaño que pace y muere en silencio, á los hombres minúsculos que buscan condecoraciones y ahorran menudamente ó ingresan con placidez en la Administración y el Profesorado, — á la muchedumbre adiposa y vanidosa, habla este sembrador de inquietudes del alma y sus esperanzas. No le escuchan, y él deja su ciudad y su cátedra de raíces griegas para buscar en el contacto con la tierra ancestral el vigor indomable de sus predicaciones.

Le amamos por su espiritualismo anacrónico y por su españolismo indeclinable. ¿Es Savonarola en las modernas capitales sensuales ó, como los profetas de Israel, condena, en salmos de ruda belleza, esta civilización farisaica y plutocrática en que « nos movemos, vivimos y somos ? » No intentemos catalogar su esfuerzo rehacio á todo yugo lírico. Nos enorgullece, en este representante de la gente ibérica, el perpetuo descontento, y pensamos que, cuando el mundo fatigado necesite de

nuevos valores morales, podrá venir la reforma ideal de España, como de Alemania en los rudos tiempos de Lutero. Dijo Stuart Mill que el progreso es obra de espíritus no satisfechos, y quién sabe si el adusto señor de Unamuno no será en la restauración española agente más seguro que los doctores en ciencias sociales y los políticos.

Nadie más ibérico que el sabio maestro de Salamanca : en defectos y excelencias se nos revela español inconquistable. Es vasco como Ignacio de Loyola; como él, duro, austero, luchador, pero también ama la la naturaleza y evoca églogas como Fray Luis. Individualista, detesta disciplinas y rehusa exóticas influencias. Es necesario africanizarnos — responde á quienes dicen con desdén que más allá de los Pirineos empieza la tierra africana; — y cuando se acusa á su patria de falta de espíritu novador, contesta con acrimonia : « que inventen otros. » Ostenta el antiguo orgullo, insociable y heroico que nada envidia al mundo próspero; religión de hidalgos y de místicos, interna, ardiente, estoica, que opone á la errabunda marcha de las cosas y á la transitoria grandeza de los pueblos una alta consideración de eternidad.

Desde ese solio del alma á donde desciende Dios, parece uniforme y vano el panorama del mundo, provisorias las colinas y se descubre en la tierra calcinada el secreto de próximas floraciones. Por eso tiene fe en su raza soñolienta el profesor de Salamanca. No ama á Francia, porque este pueblo elegante renuncia, en cambio de cédulas de Estado que ganan el tres por ciento, á los fabulosos tesoros de la vida profunda. ¿Cómo hallar nuevos argonautas en la gente latina positiva y codiciosa, desde la Normandía feraz hasta Génova, Argel ó Trípoli? Maestro de griego, prefiere, sin duda, á la Hélade armoniosa, á la paz de las estatuas inmortales, al milagro apolíneo que encantaba á Renan, la visión de una Gre-

cia dionisiaca, inquieta ,desatentada, ebria de panteísmo, insatisfecha de las pequeñas agitaciones de la Palestra y del Agora.

Con una confesión de individualismo se abre este nuevo libro fervoroso. Sólo interesa á Unamuno la vida angustiada del yo. La conciencia, la lúcida visión interna, es una enfermedad. Pero amamos este mal crónico, que nos separa del mundo vago de la inconsciencia. Querer ser otro, abdicar de la personalidad, he aquí lo que no comprende el acerbo doctor. Cree, como Obermann, que si para el universo es nada su yo exasperado, para él, es todo. Cita à cuantos poblaron de visiones la temblorosa desnudez de sus almas, á Swedemborg y á Kierkegaard, á libres teólogos protestantes y á maestros de análisis como Amiel ó Sénancour. A través de infinitas lecturas, avanza su pensamiento sinuoso é insondable.

Hambre de inmortalidad, deseo de permanencia en medio de lo fragmentario y perecedero, una ancla firme en la corriente irrestañable de las cosas, tal es la petición doliente de Unamuno. Su duda es pascalina, su metafísica está escrita con sangre. Según la tradición española un fuerte realismo le domina en sus altas excursiones a lo divino. « No nos sirven engañifas de monismo, — escribe; — queremos bulto y no sombra de inmortalidad. » Quiere asir la realidad futura, no se resigna á anonadarse cuando en sí descubre « un anhelo de inmortalidad » que no puede tener sino « un origen inmortal, y el « universo visible, el que es hijo del instinto de conservación, le viene estrecho, como una jaula que le resulta chica y contra cuyos barrotes da en sus revuelos » su alma ambiciosa.

No le preguntéis cómo justifica ese anhelo interior. Su pragmatismo rechaza esta trasposición dialética de una necesidad vital. No se discute lo que se confunde con la vida misma, « la razón de la razón, el fin del fin,

el principio del principio ». El libro es la protesta del místico contra la razón estrecha y orgullosa. « La vida es contrarracional y opuesta al pensamiento puro. » Las páginas más ardientes de su obra son aquéllas en que el escritor se despoja virilmente de su razón, renuncia á la lógica para decir la grandeza de la íntima tragedia.

Su orgullo le sostiene, su virtud de hombre de acción, como en las existencias errabundas de Santa Teresa y de Ignacio de Loyola, caballeros á lo divino. Unamuno no quiere, en ultratumba, la visión beatífica ni, en la tierra, la pasividad oriental. Colabora con Dios, aunque no acepte el universo pluralista de William James. « Si el hombre se cruza de brazos, — leemos, — Dios se echa á dormir. » Siente la otra vida no como simple contemplación angélica; « ha de ser vida de acción. » Obediente á la tradición de su raza, á la soberbia ambición individual, no le basta ser poseído por Dios, sino poseerle. « Hacerme yo Dios, — exclama, — sin dejar de ser el yo que ahora os digo esto. » Dios mismo gana con esta ascensión de las almas. « El que los seres todos lleguen á gozar de Dios supone que Dios llegue á gozar de los seres todos, pues la visión beatífica es mutua y Dios se perfecciona con ser mejor conocido y de almas se alimenta y con ellas se enriquece. »

Admirable españolismo que, en el mundo, se hombrea con todas las grandezas y se iguala con los reyes; y, después de la muerte, crece, se intensifica, hasta completar á Dios; fervor de almas hidalgas que ni en la oscura noche mística se desnudan de su propia realeza. Unamuno ha escrito la suma moral de la península, más alta que el senequismo, más humana que los deliquios místicos, comentario espiritual de la proeza de los conquistadores. La cultura moderna, la ciencia dogmática, nueva inquisición, la decadencia intelectual de España,

le hacen sonreír. El fin del hombre no es hacer ciencia ni cultura, sino sentir intensamente la existencia y sus contradicciones, inquietarse de la vida ultraterrena, sufrir graves angustias, frente á la placidez porcina de los mediocres. « Acaso un día, — escribe Unamuno refiriéndose á la mística española, — tengan que volver á ella á buscar su alma, los pueblos á quienes Helena se la arrebatara con sus besos. »

No busquemos un sistema de ideas en los libros de este gran escritor. No tiene originalidad de filósofo. Cuando dice que la razón es un producto social recordamos á Augusto Comte, y si afirma que el conocimiento está ligado al instinto de conservación, y que las ciencias son cosas de economía, nos parece que leemos á Bergson y seguimos sus elegantes disertaciones sobre el *homo faber.* De Emerson, de Nietzche, de Ibsen, hallamos reminiscencias. Pero ¿son derivaciones en el tiempo ó semejanzas de posición espiritual, gloriosas afinidades entre estos rudos hermanos angustiosos, del reino brumoso de los *fjords* á la austera ciudad salmantina? El rector ilustre no pretende construir penosamente una filosofía donde ingrese adolorido y estridente el universo. Nos refiere libremente su cotidiana inquietud, sus dudas, sus interrogaciones, su duelo con la Esfinge, el lírico salmo de sus esperanzas y la grave lamentación de sus desfallecimientos. Aparece el hombre en cada página, triste, intenso, exasperado. Cuando Carlyle aludía en Sartor Resartus á las almas que invernan en universidades de Indolencia como Salamanca, no adivinó á don Miguel de Unamuno. No le deseemos la paz, porque ella le traería el silencio y la muerte. Palpitan las líneas de su prosa irregular y esa danza nos envuelve también como si se pusiera á temblar la tierra donde marchamos ávidos y vulgares en busca de quimeras. Este profesor de incertidumbre nos levanta sobre la miseria de la vida vulgar y nos enseña

la grandeza de la existencia trágica y del dolor viril. Amemos su bíblico mensaje en la quietud prosaica de nuestros tiempos. Su quijotismo heroico es la sal de la tierra.

1913.

SOBRE EL FUTURISMO

I

Paradojal y tumultuosa avanza la legión futurista ante el escándalo burgués. Primero, conquista á vates rebeldes, después á pintores que sueñan en otra geometría; finalmente á músicos fatigados de admirar á Beethoven. Nosotros, los hombres del pasado — « pasadistas » ó « veteristas » — podemos sonreir de este afán iconoclasta. En tanto el agresivo batallón se exaspera y futuriza, recorre las ciudades tentaculares y lanza rojos manifiestos en las calles arcaicas de Roma ó de París.

Un apóstol millonario, Marinetti, joven, ágil, de verba rabelesiana, sonora, dirige el movimiento y en libros de agudo modernismo como el *Aeroplano del Papa* ó la *Conquista de las Estrellas*, proclama el nuevo evangelio contra el pasado hierático. Se burlan de sus excesos líricos los escritores acompasados y condenan este nuevo erostratismo. Atribuyen á la odiosa *réclame* el progreso de esta mocedad irrespetuosa que no teme ser confundida con los filisteos de Heine en su odio á la santa vejez de las ciudades tutelares.

¿Qué es el futurismo? Novedad en la expresión, en el sistema de negaciones. Elementos de otras doctrinas lo enriquecen : fragmentos de Nietzche, del culto á la voluntad y á la vida. Sin buscar coherencia entre las ideas que defiende ¿ no es la lógica vetusta preocupa-

ción? — exalta lo que vendrá, un futuro que no sea hijo del pasado, que irrumpa del presente, destruyendo todo vínculo de generación, y constituya, bajo el sol propicio, la más absoluta de las revoluciones. Del arte pasa á la vida; es credo político y teoría de la pintura, dirige las relaciones de los sexos y las batallas cívicas. Pequeña « suma » ambiciosa que se resume en violencia : « a puñetazos y bofetadas sonoras, dice el maestro, hemos combatido á la vieja Italia degenerada, oxidada y vendida ».

El mundo está enfermo de abulía. Como la mujer bíblica, vuelve los ojos al pasado, admira lo arcaico. Una antigua maldición lo petrifica. No crea, imita; renuncia á vivir para respirar el polvo fatídico de las ciudades muertas. Inician los futuristas, contra esta manía de inmovilidad, obra de seneamiento, en nombre del porvenir. Quieren « aislar las ruinas de la vieja Roma, más epidémicas que el cólera ó la peste. » ¿Qué odian en Florencia? Ese pueblo de parásitos que asedia al turista extranjero, al « veterista » impenitente : « Gentilhombres que hacen de guías, genios de café, espíritus mordaces, cocheros parlanchines é insolentes, peritos de viejos cuadros. » En Venecia buscan las almas románticas la languidez devorante de una fiebre sutil y en las fúnebres góndolas templos errabundos de amor que nos dicen la fatal afinidad del deseo y de la muerte. Escuchad á los indignados futuristas : « repudiamos la Venecia de los extranjeros, mercado de anticuarios fraudulentos, polo imantado del esnobismo y de la imbecilidad universales, lecho estropeado por innúmeras caravanas de amantes, precioso baño para cortesanas cosmopolitas. » En vano recordais á Wagner tempestuoso lanzando sobre las aguas moribundas, desde antiguo palacio, la angustiosa música de la pasión insatisfecha. El arte futurista desprecia á los venecianos, « enfermeros del más triste de los hospitales del mundo ».

Y despojándose de literarios recuerdos, ve otra Venecia sucia y pestilente donde « hunden sus remos los gondoleros en varios kilómetros de licuadas podredumbres, en divino olor de letrinas ». Aman la España heroica, patria de individualismos rebeldes y en ella elogian « el amor del peligro y de la lucha, el temerario coraje, la artística inspiración, la bravura arrogante y la pericia del músculo ». Pero, también detestan, como en Venecia, la explotación del pasado. « Españoles, exclaman, ¿ qué esperaís, el rostro en tierra, en el dolor apestado del incienso y de las flores podridas, en esa arca inmunda de la catedral que no podrá salvaros del diluvio, ¡ oh cristiano rebaño !, ni conduciros al cielo ? » El poder clerical y la dulce sombra cristiana indignan á estos revolucionarios exacerbados. En vez de la oración que murmuran, por atávico mandato, los labios españoles piden el ademán imperioso que encadena al destino. Sueñan ya en el derrumbamiento de las negras catedrales, « en sus místicas ventanas y los agujeros de sus cupulas que podrán taparse con la fétida pasta de monjes y bedeles ».

Resueltos optimistas, dominados por la incontenible « risa futurista » luchan estos modernos efebos contra prejuicios y fetiquismos. En política enseñan el deber de la guerra; en arte, la libertad; en la vida, el modernismo que ama las nuevas fuerzas imponentes. Si Ruskin sentía la nostalgia de los viejos tiempos en que era ignorada la máquina corruptora; los futuristas adoran, en cambio, el moderno tumulto de energías y ambiciones y lo describen en pomposo salmo de fervor y rebeldía. He aquí el cuadro de la multiforme actividad contemporánea : « grandes multitudes agitadas por el trabajo, el placer ó la protesta; la resaca policroma y polifónica de las revoluciones en las capitales modernas; la nocturna vibración de los arsenales y de las canteras bajo violentas lunas eléctricas; las estaciones,

devoradoras glotonas de serpientes humeantes: las fábricas suspendidas á las nubes por los hilos de sus humaredas; los puentes, saltos de gimnasta sobre la diabólica cuchillería de los ríos asoleados; los buques aventureros que otean el horizonte; las locomotoras de fuerte pecho que piafan sobre los rieles como enormes caballos de acero, á que sirven de bridas largos tubos, y el vuelo deslizante de los aeroplanos cuya hélice tiene sonoridades de bandera y aplausos de entusiasta multitud. »

En lengua trepidante, con salvaje ritmo, expresan su impetuosidad destructora estos apóstoles de la más curiosa paradoja. Aman la guerra como un deporte, porque en ella vence la energía. Contra los recuerdos históricos, se levantan los jóvenes italianos y su nacionalismo adquiere inmediata significación. La campaña de Trípoli es ya un acto futurista. La guerra, dicen, es « la higiene del mundo ». Pero prepararse á ella es vivir austeramente, sin romántico abandono. De allí el desprecio á la mujer, perpetua sirena, que predican estos castos mancebos. El sentimentalismo es peligroso, porque destruye, en las almas enhiestas, la bélica tensión. Odian el eterno femenino : « la mujer, depósito de amor, máquina de voluptuosidad, juguete trágico ». Diríase la más áspera de las maldiciones bíblicas al sexo sinuoso y dominante. Los futuristas aspiran á reducir, en el hombre, las necesidades afectivas. « El hombre del porvenir, dicen, dará á su corazón su verdadera función distributiva. El corazón debe ser, en cierta manera, una especie de estómago del cerebro que será llenado metódicamente para que el espíritu pueda entrar en acción. »

¿No reducen así el mundo los novadores á una abstracción, á un álgebra perpetua, gobernada por ingenieros sutiles? Hasta la pálida luna, la Selene de los recuerdos clásicos, es enemiga de esta terrestre legión

voluntaria. Ciertamente, un gran deseo de acción, un formidable elogio de la vida, surgen hoy en la humanidad trasformada. El viejo mundo romántico perece, y el Oro y la Fuerza imponen á las sociedades rehacias la más profunda de las transformaciones. Pero, ¿será este orbe nuevo, como lo enseñan los futuristas, un inmenso taller de máquinas concordes, y el dolor y la tristeza y la sed del infinito desaparecerán al conjuro de los aeroplanos y de los puentes? Un automóvil de carrera, ha escrito audazmente Marinetti, es más hermoso que la Victoria de Samotracia. ¡ Cuántos siglos de futurismo doctrinario necesitará el hombre « veterista » para trasformar así su idea de la belleza ! Vale la nueva propaganda como reacción contra el pasado absorvente; pero nadie ve en ella un sistema final. En pintura, en literatura, en música, inicia una reforma apreciable. Pero, en su exuberante agresividad y en su sonora rebeldía, hallamos sólo la simpática ingenuidad de juventudes que aspiran á afirmarse contra el ayer demasiado imperioso y el hoy demasiado indiferente.

II

No sólo es el futurismo doctrina violenta que condena tradiciones, con verba rabelesiana. A las ideas simple congregadas en rudo sistema — desdén de la mujer, odio á las viejas ciudades, renovación precipitada, culto de la guerra, — une artisticas ambiciones. Cuantos traen, en esta indecisión crepuscular, ideas audaces se denominan futuristas, como se proclamaron modernistas ó decadentes hace tres lustros. Los une el indisciplinado fervor de un Renacimiento. No les pidáis comunes teorías. Avanzan hacia el ignorado porvenir y proyectan en la roja aurora de mañana diversas

inquietudes. La pintura cubista ú orfista, un poeta « versolibrista » y un músico « gluglutista » pertenecen á la misma legión irrespetuosa.

Una serie de *manifiestos* dan al nuevo arte aspectos de cruzada política. Como en los años heroicos del Romanticismo, anuncia esta intrépida juventud a la burguesía soñolienta que caen sus ídolos y surge otra belleza de las ruinas deletéreas. « Renegamos de nuestros maestros simbolistas, postreron amantes de la luna », escriben. La flamante poesía no se adormece á la sombra propicia de los cipreses funerarios. A la arcaica melancolía prefiere la fe en la vida, « á las lá grimas de la belleza que se inclina dulcemente sobre las tumbas, el perfil agudo, cortante, del piloto, del *chauffeur*, del aviador ». El arte antiguo, lirismo musical, drama sutil, novela psicológica exaltaba el Femenino eterno : esta « obsesión de la lujuria » indigna á los futuristas. Defienden un arte casto, sin sentimentalismo y nostalgia, un verso libro, móvil y cambiante, una estrofa orquestal, una inspiración sin vetustez, libre, dinámica, legión rebelde de sónidos é imágenes que irrumpe, pletórica de sol, frente al Mediterráneo amoroso.

Reconocen estos efebos la influencia de maestros admirados. ¿No es ya tal actitud de fieles discípulos, regresión al pasado, á la regla, á la imitación que repite actitudes, al clasicismo que hemos de destruír en nombre del futuro glorioso? Zola es el precursor : en vastos cuadros, en la epopeya subterránea de Germinal ó en la novela de las ciudades imperiosas, anunció el arte venidero confuso, rudo, clópeo. Su hermano intelectual es ese tumultuoso Paul Adam, cuya novela cósmica, el *Trust*, se desarrolla entre cubanos. En Walt Whitman, libre aeda de la democracia, en Octavio Mirbeau apasionado, en Rosny, atento a las modernas crisis sociales, en Verhaeren, poeta de las ciudades tentaculares, reconocen selectos precursores. Esta literatura no

se satisface con la morosa contemplación de sutilezas sentimentales. Olvida el yo enfermo, canta al grupo formidable, a la urbe violenta, a la civilización fundada en el maquinismo, al industrialismo invasor que ponía, en al alma medioeval de Ruskin, largas soledades dolientes.

« Al determinismo escéptico y pesimista, dice un manifiesto, oponemos el culto de la intuición creadora, la libertad de la inspiración y el optimismo artificial ». Es decir que estos novadores aceptan del bergsonismo y del nietzcheísmo elementos esenciales. Aman la vida, con fervor dionisiaco y, en su alma profunda, descubren esa irrestañable sucesión de estados líricos, « efímero, instable, dinámico universo que en ellos y con ellos se forja ».

Pero, no sólo hay poetas futuristas, — los Marinetti, los Pietro, los Buzzi — sino pintores, músicos, escultores de la misma dirección irreverente, un arte integral que nace de la tierra arcaica á reformar la estética y crear nuevas valores. Dicen los músicos : « es preciso que cada compositor sea autor de su propio poema ». Esta ambición que ilustró Wagner no es digna de estos reformadores sin pasado. Va más lejos su destructor emseño : aman la confusión polirrítmica, elogian la disonancia, reniegan de los antiguos códigos que daban al contrapunto y á la fuga excesiva importancia. Critican la ópera, los conservatorios, baluartes de la tradición y de sus manos vuelan venenosos dardos contre al arte dulzón de Rossini y las melodías sentimentales de Puccini. Son wagneristas sin saberlo, pero abandonan los ciclos místicos del Iniciador. En ellos va a expresarse « el alma musical de las multitudes, de grandes talleres industriales, de trenes, trasatlánticos, acorazados, automóviles y aeroplanos ».

¿Cómo revelar este diverso mundo sonoro? El futurismo ha hallado el método eficaz, una orquesta de

ruidos, la organización de lo discorde, unificación de dispersos rumores sin ley ni armonía. Parece un proyecto vesánico esta ambición de hallar belleza en el avance estridente de un automóvil, en la sonora partida de un tren, en el agudo adiós del transatlántico que abandona el muelle hospitalario. Pero, los músicos de esta rara orquesta han recorrido, con apostólico fervor, la Italia absorta y obtuvieron en Bolonia, una ovación — sinfonía de ruidos. ¿Llegará a percibir el oído humano esta ignorada melopea como se adaptó el ojo rehacio a los vivos colores yuxtapuestos del impresionismo? Olvidará las sinfonías de Beethoven, vastas e imponentes como catedrales, para admirar la acordada disonancia de instrumentos rebeldes?

Pero, si en música no imperara tan extraña reforma, pintores y escultores reclamarían para su tentativa la atención respetuosa de la multitud. Luchan contra inflexibles cánones. Domina el desnudo y en las monótonas salas de las exposiciones, halláis la obsesión del cuerpo hermoso o feo, casto o impúdico. Una generación de escultores y pintores espía todas sus actitudes, desde el baño hasta el lecho de molicie y de amor, desde la linea armoniosa de las ninfas hasta la flacida vejez de las cortesanas. Contra esa penosa uniformidad protestan los futuristas, no en nombre de la moral que ignoran o desdeñan, sino de la originalidad y de la belleza. Odian los Salones modernos « feria de jamones podridos » donde señores condecorados y valetudinarios buscan una lujuria triste. El arcaísmo de las Academias, la invicta tradición; el « veterismo » en suma, exaspera á esta juventud que va á levantar su tienda en el futuro brumoso. Como los neoimpresionistas, aspiran a un colorismo violento. Dicen : « el rostro humano es amarillo, rojo, verde, azul, violeta » según las circunstancias y el color del medio que refleja. « Nuestros cuerpos, enseñan como los cubistas, entran en los sofás en

que estamos sentados y los sofás entran en nosotros », de manera que la nueva pintura no ha de disociar los cuerpos, como lo enseñaba el arte antiguo, sin que revelará, en su rica unidad, la complicada geometría de las cosas. Debe la pintura darnos la sensación dinámica en sí misma, sin dividirla, sin fijar sus aspectos parciales, sin suponer instantes de quietud en el seno del perpetuo movimiento.

El afán iconoclasta no se satisfece con esta reforma. ¿Serán los futuristas simples adeptos del cubismo? Es más vasto su sistema y ante él, ni el divino Leonardo, ni Delacroix y su sinfonía de colores, ni la gracia menuda y danzante de Watteau hallan artistica justificación. Un nuevo manifiesto nos enseña que los novadores quieren pintar sonidos, ruidos y colores. Porque hay sónidos cóncavos, ruidos verdes y olores cónicos. En las estaciones, en los talleres, en el mundo mecánico y deportivo, sonidos y olores son rojos; en los cafés y en los salones, los vemos plateados, amarillos y morados. Como las geometría no enclidiana, esta pintura violenta los hábitos burgueses de nuestros sentidos. El rojo, el verde, el amarillo azafranado, todos los colores de la vida dinámica y fantástica, ángulos agudos que chocan, líneas oblicuas que ofenden, esferas trepidantes, elipses, espirales, danza macabra de líneas y mátices, kaleidoscopio vertiginoso, abismo, vértigo, he aquí el ideal de la escuela impetuosa. Así se obtiene dicen los metafísicos del futurismo, el « trascendentalismo plástico en el cual las líneas, los volúmenes y las luces son considerados según el grado característico de incurbación ú oblicuidad, determinados por el estado de alma del pintor ».

Bella teoría de efebos audaces que traen, como Zaratustra, al valle profundo un evangelio solar. En su confusa rebeldía, descubrimos ya útiles voces. Conviene predicar a los imitadores el culto de las grandes reno-

vaciones y a los esclavos del pasado la bella inquietud del porvenir. Unen a los pobres motivos artísticos — desnudo escultórico, elemental melodía en la música, adulterio en la escena — otros aspectos del eterna drama humano. Un dios recóndito agita á las turbas y fracasa el antiguo cuadro social. Surge otro mundo, prosaico, famélico, en perpetuo movimiento, que busca, entre tanteos artística expresión. Los futuristas nos inclinan a nuevas contemplaciones. Pasarán, como el oscuro simbolismo ó el romanticismo verboso, pero quedarán, de su multiforme campaña, lecciones sugestivas Admiremos sin sonreír su excelente entusiasmo. « Estamos, gritan, en el extremo promontorio de los siglos... ¿Para qué mirar detrás de nosotros, si debemos derribar las batientes misteriosos de lo Imposible? El Tiempo y el Espacio muvieron ayer. Vivimos ya en el Absoluto porque hemos creado la eterna velocidad omnipresente ». Descendamos modestamente al estrecho dominio de lo relativo, á la vieja heredad donde son todavía el espacio y el tiempo cuadros inflexibles para la humanidad dolorosa.

1913.

SOBRE EL FUTURO TEATRO ARGENTINO

En este libro reúne Juan Pablo Echagüe nocturnas impresiones de teatro, críticas y crónicas, admoniciones y elogios en que impera un intenso amor á la escena argentina y al elegante artificio de bastidores y bambalinas. Desde eminente tribuna, « La Nación », examina y aplaude, juzga sin acerba pasión, acumula recuerdos y discute esperanzas. Es testigo esencial en el agitado mundo de actores y autores, pero ni se erige en adusto censor ni impone dirección *ne varietur* á la errabunda inspiración de nuevos escritores. Suyo es un magisterio sin gravedad, firme y ameno, sano y ágil, extraño al dogmatismo intemperante y á la pedantesca suficiencia. Adivinando el voto secreto de mi simpatía, me pide algunas consideraciones preliminares para su obra. Confiere así dignidad inesperada á mis impresiones de fervoroso lector; da un lugar privilegiado al futuro artículo en que había de decirle mi admiración y mi amistad. Ante el capricho de su generosa voluntad me inclino para trasformarme en severo comentador de su esfuerzo.

Hace ocho años — melancólicas horas remotas que empiezan á cubrirse de hojas muertas — conocí en esta capital trepidante á un selecto grupo de escritores argentinos : Manuel Ugarte que definía su americanismo

(1) Prólogo al libro « Crónicas de Media Noche » de Juan Pablo Echagüe (Jean Paul). Madrid, 1916.

apostólico; Ricardo Rojas dócil á las voces profundas de la tierra ancestral; Ingenieros que barajaba ideas, sistemas y símbolos con insuperable destreza; un gentilhombre de las letras á quien ningún refinamiento del arte y de la vida es extraño, Angel de Estrada; Echagüe, en fin, escritor con esquisiteces de artista, hombre de mundo con veleidades de Casanova, heterodoxo de todos los cultos, salvo de aquellos que conducen á la más perfumada melancolía. Era de los que adquieren en París cuidadanía inmediata, no porque aspirara á conquistar el arisco favor de la ciudad amada danzando lánguidamente al son de melopeas africanas en refugios de mediocre sensualidad; menos aún porque llevara á los círculos literarios la intrepidez y la vanidad de razas nuevas y exuberantes. Instintivamente buscaba su espíritu entre las bellezas de la Ciudad suprema las que la multitud apresurada ignora, finos matices y frágiles sonrisas, la levedad de una perpetua ironía, la gracia de un crepúsculo sobre las graves piedras patinadas. Comentábamos juntos el milagro de este pueblo ateniense donde las cortesanas comentan á Samain y comprenden á Rodin los estadistas, donde los generales disertan con elegancia y los médicos se apasionan por Debussy; el prodigio de la Francia eterna que marida extremas excelencias del vivir humano, el entusiasmo y la burla escéptica, el análisis y el heroísmo, el clasicismo de una tradición organizada y la indisciplina del espíritu aventurero, la frivolidad y la más estoica virtud, el desdén á la muerte y el culto pagano de la vida. Echagüe era ya periodista y crítico de estilo ágil, cortado, directo, de rica lectura y múltiples curiosidades. En su mesa se hacinaban libros armoniosos. Presidían á la fiesta de su mente vagabunda dilectos retratos, la fiel presencia de alguna musa de París. Le entusiasmaban todos los debates, acudía á todas las citas del arte, iba del parlamento al teatro y de la Sorbona al

bulevar. Paseaba su inconstancia sonriente por todos los dominios de la belleza. Siguiendo el precepto de una raza enemiga de pesadas lecciones se deslizaba sin insistir ni apurar teorías, y cuando amenazaba convertirse en violenta pasión su diletantismo, corregía sus excesos multiplicando sus peregrinaciones. El escritor de prosas rebeldes acepta hoy, en el seno de la Ciudad, la nobleza de una limitada función. Al aventurado cosmopolitismo sucede la segura razón nacional. En la obra de organización interna es Echagüe activo y eficaz colaborador. Ha abierto á la multitud viandante las puertas historiadas de su aristocrático retiro. Acoge los rumores de la escena y del foro, defiende útiles normas de convivencia, condena el individualismo disociador, estudia conflictos de moral. Pero, yo vuelvo con nostálgica persistencia á las imàgenes de ayer y me lo figuro otra vez, elegante y trashumante, hostil á la fiebre de su Cosmópolis tentacular. En los cenáculos donde muchachos impacientes cultivan la manía iconoclasta de los veinte años, enseña discretamente á dudar ó comenta los pensamientos de Leopardi sobre la fragilidad de la gloria y la triste mentira del esfuerzo. A veces persigue, en el crepúsculo que adormece á la ciudad frenética, la quimera de un imposible amor. Otras, exasperado y doliente, prepara un viaje á París que su invencible *non curanza* posterga. Y la caravana de los recuerdos se detiene para que el imperturbable soñador admire su ondulante suntuosidad.

A la crítica teatral lleva Echagüe fuertes dones que cultiva con amor : la curiosidad del drama humano, de la pasión que plasma en el metal oscuro de los días idénticos figuras poderosas; una erudición que oculta su riqueza y da á sus juicios un constante vigor; la ciencia de la técnica, la lectura de antiguos y modernos dramaturgos, el gusto, la vigilante simpatía, la seguridad de principios que nunca degeneran en prejuicios.

Buscando en cronistas franceses un esfuerzo paralelo al suyo, pienso en Faguet ó en Léon Blum, no en Brisson ceñudo moralista ó en Doumic encastillado en un solemne arcaísmo. Voluntariamente reconstruiría dramas Echagüe, como el profesor sonríente del *Journal des Débats* y pasaría de examinador á autor en una hora de estética pasión. Se adivina, en sus divagaciones, la firmeza de un canon. Ni impresionista ni definidor infalible de belleza, persigue, en el esfuerzo de autores argentinos, la desvíación peligrosa; la línea intrusa en el arabesco de una pieza teatral; y, en el escritor, la fatiga, la repetición, el temor al esfuerzo, la extranjería de los asuntos y la vulgaridad de la risa. Noctivagando, con la desencantada lucidez del espíritu en la máxima sombra de la « media noche », del Nacional al Apolo, del Nuevo al Buenos Aires, medita, diserta, sugiere. De sus consejos deriva un constante *súrsum* el simpático afán de una nueva generación literaria. Sin desmayo en el estilo ni abandono en la opinión, fija en las páginas de este libro los caracteres de la escena infante que será mañana teatro en madurez.

En sus crónicas estudiamos la obra presente. El crítico nos explica el vicio esencial de tantos valiosos ensayos. El dramaturgo imita y no crea, prefiere á la ardua autonomía la vía fácil del recuerdo ó de la copia pálida. « El arte escénico argentino suele fallar por la observación, vale decir por la base, escribe Echagüe. Su pecado original es la falsedad que deriva del calco. En vez de reproducir del natural copia de los libros. » No aplica á inquietudes nacionales las reglas del arte moderno sino que busca asuntos y normas, modelos y soluciones en la escena exótica, en « la bibliografía novelesca y dramática de tierras ultramarinas ». Puede atribuírse esta pobreza al malestar provisorio de una literatura sin vasto pasado, á la instabilidad de un pueblo de excesiva vitalidad donde el observador no llega á des-

cubrir definitivos rasgos comunes, quizás á un apresurado deseo de triunfar en la ciudad que colma todas las arcas, pródigamente. Sin duda, se acumulan dramas, abundan comedias ligeras, prospera el vodevil risueño, la pieza de fáciles acrobacias é impera aveces el empanachado verso romántico de ambiciosas tragedias. Se nota esfuerzo constante, deseo de perfección, audacia y abundancia. Pero, en la selección de conflictos, domina la imitación; predomina en el estilo « la retórica barata », « el chiste hilarante y la nota pintoresca », el énfasis declamatorio, « la mordacidad atrabiliaria », la « caricatura bufonesca ». Recomienda Echagüe á esta indisciplina verbal la severa y casta precisión. Prefiere el movimiento al relato, la « indicación sintética » á la monotonía de largas exposiciones. Obedece así á las más altas lecciones del arte contemporáneo, de Becque á Sudermann, de Benavente á Giacosa, de Galsworsthy á Henri Bataille. En vez de morosas disertaciones, escenas culminantes, lirismo contenido en el diálogo (Bataille) ó cortas frases rechinantes (Hervieu), graduación de efectos hasta la tragedia y el dolor, escueta ordenación que confina en la rigidez y luego el tumultuoso desborde que lleva á la antigua *catarsis*. De silencios é insinuaciones está hecho, desde Maeterlinck el ambiente dramático. El crítico de « La Nación » denuncia la « inquietante superabundancia » y « la desoladora mediocridad » de la producción dramática argentina, condena á los « frangolladores literarios » que la convierten en profesión lucrativa.

Porque el teatro argentino prefiere la realidad extranjera á la vida nacional es ineficaz su esfuerzo presente. Ni refleja costumbres ni las depura. En él descubrimos el penoso divorcio de la realidad y de la escena, la esterilidad de las más simpáticas tentativas. Renuncian voluntariamente los autores á la clásica función de su arte eminente : reducir á escenas cardinales la acción

que la vida dispersa, crear personajes — Alcestes, Solness, Cándida, Horacio — en que se juntan caracteres humanos y rasgos castizos; describir los matices que agrega un medio enérgico á sentimientos universales. Amenaza una inmediata caducidad á tantos esfuerzos sin base profunda en la actualidad ni en la historia. Ha notado Echagüe, con gran perspicacia, el desequilibrio entre las pasiones argentinas y su reflejo teatral franco-platense ó italo-platense, inadecuado en la inspiración y en la manera. Ya adivina conflictos religiosos donde sólo existe una paz tolerante é indiferente á los cultos, ya escoge el adulterio « como tema predilecto de sus lucubraciones ». Y el hogar nacional es puro, simple; fuerte y prolífica la familia, la firme « célula social » á que confiaba la sabiduría de Le Play la vitalidad y el progreso de las sociedades. « El mal sólo tiene entre nosotros, apunta Echagüe, un carácter espóradico. » Recuerda el elogio de Jules Huret (y de Clémenceau, agregaremos) « á lo incontaminado » de las costumbres privadas, á la robusta salud moral de generaciones sin delicuescencia ni fatigado escepticismo. En tanto aparece en el teatro que aspira á reflejar « el ambiente moral », « la calumniosa mentira del adulterio ».

No siempre se aleja de lo genuino y nacional este arte sin larga historia. Presenta tipos criollos, la familia exasperada del gaucho malo al margen de convenciones y códigos estrechos, ó egregias figuras virreinales En una sociedad que el materialismo circunda, « los desequilibrios y los trastornos que el afán de figuración y, como consecuencia, el ansia de riqueza llevan á los hogares », son ya motivos de interesantes comedias. Vuelven al tablado la pampa heroica y lírica y la melancolía del payador. No traeré á estas páginas la audacia de afirmaciones augurales sobre el teatro argentino de pasado mañana. Me limitaré á apuntar

que después de la inicial dispersión vendrá tal vez la escuela de rumbo propio. Llevarán futuros dramaturgos á su obra intensa los problemas de la triunfante democracia, el conflicto probable del pasado y de la vida novísima, el choque del inmigrante voraz y del criollo romántico, la querella interior de civilizaciones contradictorias y credos diversos en el alma de generaciones sin armonía. Acaso veremos en rudos dramas populares la evocación de viejas razas aletargadas, un tumulto de instintos y prodigios como en la gran tragedia dannunziana. Estudiando otros la presión difusa de la opinión en las democracias y la tiranía de la multitud, opondrán al medio uniformador la soledad ibseniana de los hombres ásperos. Podrá tentar á espíritus irreverentes la alta comedia aristofanesca y escucharemos entonces á demagogos nebulosos, hijos del Caos, á « pontífices de archisutiles tonterías » que el pueblo ignora y desdeñan los patricios. El progreso de advenedizos enriquecidos en una república que define sus tradiciones, producirá seguramente comedias en que se agite en frenesí vanidoso, no « el burgués gentilhombre » de Molière sino el extranjero adinerado que imita á una casta orgullosa de su arcaísmo. Ha notado Bergson que la sustitución de lo vivo por lo mecánico, la distracción del cuerpo y del espíritu, la rigidez exterior de los inadaptados engendra una risa vengadora y saludable. En la apresurada ascensión social de gentes nuevas hallará el teatro argentino un inagotable venero de comicidad. En la representación de las pasiones circundantes, antes que el drama psicológico triunfará quizás un arte como el de Mirbeau ó de Fabre que pinta la fascinación del oro en sociedades de intensa creación industrial.

¿Será inmoral este animado trasunto de preocupationess regionales ó se inclinará ante los preceptos de una ética infalible ? Ha planteado Echagüe com admi-

rable precisión los términos del perdurable conflicto entre la virtud «estática y pasiva» y la pasión «dinámica y activa», entre la moral que persigue el equilibrio y la euritmia del alma y los rudos instintos que disocian el yo lamentable y traen á la vida interior el dolor y la catástrofe. No cree en un teatro verdadero que mutile la realidad humana é ignore la fuerza mefistofélica del mal. Pero, tampoco prohija el impasible drama amoral. Su doctrina es pragmática : examina las condiciones de la escena castiza en relación con el vigor moral de la raza argentina. « El arte de un pueblo joven que á la vez crea y trasforma un mundo nuevo debe, en mi opinión, piensa el crítico, retemplarse en el equilibrio y en el bien. » A la sociabilidad que se define convienen robustos principios, una «reconfortante levadura moral» En vez de extraviarse en laberintos de sutileza y discutir la excelencia del arte puro y del arte por el arte ó desdeñar al filisteo dispuesto en su ingenuo provincialismo á admirar el triunfo infalible del bien; Echagüe adecua la escena futura á las necesidades incontrastables de la nacionalidad en formación. Será también aquélla, diremos recordando una antigua fórmula, *ancilla Civitatis*. Por esta altísima razón le son antipáticos « los cultores del instinto », los egoístas desenfrenados que caen « en la soledad y en la miseria moral », cuantos destruyen con intrusa pasión la incipiente solidaridad de una república turbada por recuerdos de anarquía. « Un teatro optimista y sano que nos dé razones de creer de luchar y de esperar, no un teatro disolvente y sombrío que nos empuje prematuramente al desencanto », pide el autor en su bella conferencia sobre « la moral en el teatro ».

Del ambiente surge espontáneamente un arte de rotundas afirmaciones. Imitando, importando, desdeñando la inmediata observación incurren los dramaturgos en errores de perspectiva social. Conquistarán

pronto una agresiva libertad, comprenderán que sólo por lo nacional se llega á lo universal. No anticipemos la artística perfección de razas que han sometido la vida á centenarias presiones, desconfiemos del afiligranado bizantinismo extraño á nuestro romántica facilidad. En nuestra actitud espiritual, se confunde la autonomía con la salud y la fuerza, una exuberancia de *Sturm und Drang* que no llega sin dolor á la apolínea serenidad. La piqueta del tiempo ha respetado ya solitarias columnas, como el Facundo de Sarmiento, profundo como la tradición, grave como el íntimo legado de los muertos. En la herencia poética de Rubén Darío, preferimos muchos á las admirables « prosas » á la manera de Gautier ó de Verlaine, las rimas de su más hondo dolor en que agrega un lamento personal á la eterna tristeza del hombre. Cuando se haya olvidado los dones líricos de Lugones quedará incólume su Sarmiento de bronce y, en la más severa de las antologías, páginas del *Imperio Jesuítico* y de la *Guerra Gaucha*. Es el desquite de una Némesis vigilante que castiga nuestra curiosidad nómade imponiendo prematura muerte á nuestros ensayos.

De la guerra apocalíptica en que perece la edad de la injusticia armada y de los imperios tentaculares nos llegan claras sugestiones de nacionalismo. Todas las Internacionales mueren, todos los esfuerzos para levantar sobre los erizados términos de los pueblos enemigos una Ciudad ideal y fraternal. En vano debilitamos la fibra profunda que nos trasmitieron abuelos remotos : sobre las apariencias de un cosmopolitismo de convención revive el seguro genio de la raza. Wundt acaba de señalar en el mismo esfuerzo de la razón universal tenaces variedades nacionales, filosofías desemejantes de Alemania, de Inglaterra, de Francia. Y hasta en las formas cardinales de la más sublime angustia humana, en el dolor del Fausto, de Hámlet y de Pascal, nos

parece descubrir inconfundibles rasgos de tres pueblos singulares : el panteísmo desencantado, el sarcasmo trascendental, la lucidez que centuplica y dignifica el mal de la duda.

El autor sutil de estas crónicas nos dice su pasión nacional, su noble inquietud en presencia de un teatro descastado. Continúe Echagüe — el benévolo Jean Paul que castiga sonriendo, según el precepto latino — en su amable vagar nocturno, inspirando á urgentes ambiciones el respeto de eternas reglas. Conviene á sociedades que prosperan hasta la embriaguez la Norma y la Medida como divinidades tutelares. La vida intemperante necesita de moldes armoniosos : el crítico limita la abundancia, corrige la facundia, recuerda á exorbitantes vanidades que el yo en cuyos avatares meditara un Pascal doliente, es odioso. Cuantos, en América, por simpatía y razón, admiramos el progreso argentino y vemos en su prodigiosa exaltación el anticipado paradigma de nuestra propia grandeza, amamos la obra de escritores, como Echagüe, que aspiran á pulir el bloque formidable y á conciliar la fuerza y la gracia, el sentido de la tierra y el mensaje de las estrellas divinas, en la marcha imperiosa de la gallarda democracia platense.

1916.

IV

LA GUERRA MAGNA

LA TEORIA DEL GERMANISMO

En un pueblo de metafísicos, la acción obedece á inflexibles teoremas y sobre la realidad violenta se eleva una penosa construcción escolástica. En los mismos políticos se refleja la obra ideal de las universidades : cuando Bismarck afirma que la fuerza supera al derecho, comenta á Hegel; y si recuerda á estadistas sin visión precisa la eficacia de los « imponderables », es porque ha estudiado á Leibnitz y aprendido, en sus tratados elegantes, la obscura acción de los infinitamente pequeños.

Existe hoy una filosofía del germanismo. La halláis en Treitschke, historiador de la grandeza teutona ó en Bernhardi, ideólogo de su estrategia. Vulgarizada en cien libros, ha llegado á la escuela, al cuartel, al taller. Pasa de la sutileza doctoral á la brutalidad de las afirmaciones rotundas. Con la campaña de las Ligas patrióticas y de los diarios pangermanistas crece ese corriente orgullosa que culmina en una guerra de hegemonía. Cuando Europa miope ó generosa separa al ejército agresivo de la nación laboriosa, los maestros se adhieren al partido militar. Pacientemente, en cátedras sabias han preparado la gran cruzada. No quieren que se confunda con un ataque precipitado ó inconsciente esta campaña científica, organizada, prevista, necesaria para la redención del mundo decadente.

En páginas recientes expone un ilustre filósofo francés, Mr. Boutroux en cuya fisonomía de asceta

hallamos también el reflejo de la inquietud presente, la doctrina de los quel ambicionan para Alemania el señorío del mundo. Es el admirable comentario de esa ruda agresión por un historiador de ideas modernas que ha seguido en universidades de ultra-Rin las enseñanzas de maestros respetados desde Zeller hasta Eucken. « No es absolutamente — escribe — el alemán inhumano en la guerra por una explosión de su naturaleza que ha permanecido siempre grosera y violenta : es por orden. » En una fórmula resume su concepción de la Germania dura é imperiosa : en ella domina la « barbarie sabia ». A la rudeza primitiva se agregan, como instrumentos de perfección, la disciplina, la consciencia, el método. « El pueblo Dios, explica el antiguo maestro de la Sorbona, une el máximum de ciencia y el máximum de barbarie. Puede enunciarse así la síntesis de su acción : barbarie multiplicada por ciencia. » La ciencia sirve al instrumento desencadenado, al gorila formidable, porque de su obra de dolor y de pavor surge la humanidad transfigurada.

Hay pueblos de varia naturaleza en el mundo contemporáneo, de semicultura, de civilización completa, de naturaleza como en el idilio de Rousseau, « halbkulturvölker, kulturvölker, naturvölker » Inglaterra, Francia, Itàlia, las tribus fanáticas del continente negro, las repúblicas inciertas de América. Pero sobre estas especies se levanta una raza majestuosa de cultura perfecta, un pueblo de superhombres ó, como esta preeminencia se ha convertido en atributo común, una supernación á quien corresponde entre los pueblos imperfectos el dominio absoluto. Ese « vollkulturvolk » es, naturalmente, Alemania.

¿Por qué, preguntan los escépticos, entre tantos agentes de gloriosa tradición, corresponde á un fuerte grupo advenedizo la supremacia ? La antropología explica la fuerza étnica, la excelencia del hombre rubio,

la riqueza de su lengua sabia y complicada ó la feliz unión que él realiza de dos realidades fundamentales, el culto del individuo autónomo y del vínculo social eficaz. La voluntad y el poder de invención, la paciencia analítica y el genio de la síntesis, el misticismo y el sentido agudo de la vida práctica, todos los poderes de esta humanidad sublunar se juntan en el germano incomparable. El milagro griego que sorprendía á Renán, lo hallaréis en los ricos dominios teutónicos, pero también la fuerza romana, el cristianismo esencial, la música con revelaciones de infinito, el lírismo, la riqueza de las almas místicas y el « gemüth » profundo y singular.

Si no bastan consideraciones de razón para establecer la grandeza alemana, una intuición segura, superior á las sinuosidades de la lógica, justifica las severas campañas de dominación. El emperador dice á sus soldados devotos : « El Señor habla por mi boca » y afirma, en la Polonia rusa, que su Dios es un dios viejo, áspero y tonante como Jahvé, que acompaña al pueblo elegido. Un nuevo Israel entra en la confusa escena del mundo fanático, invulnerable, rico de eternidad. En un discurso remoto Guillermo II enumeró los delegados de Dios desde Moisés y, en la serie imponente, colocaba á Guillermo I, al abuelo Imperator. El es también Revelador. Y cuando caen en masa los efebos frenéticos que envía á la muerte, admiramos, en su heroísmo silencioso, la grandeza de una nueva fe.

De esta superioridad surgen deberes y derechos especiales. No aspira el país eminente al egoísmo de una estéril soledad. Reforma y civiliza, si es necesario, con el tremendo magisterio de la sangre. « Alemania no quiere la guerra, nos enseña el filósofo Boutroux. Se esfuerza al contrario, en hacerla imposible inspirando terror. Pero, si alguna nación aprovecha ó puede aprovechar del amor germano á la paz para hacer valer derechos que contrarían á la nación tutelar, ésta se resigna

á castigar. La aflige que se le impongan estos medios violentos, la afligen los rigores de que tendrá que usar contra el culpable, pero, como soldado de Dios, no puede abandonar su misión. Un pueblo que rehusa obedecer á la voluntad germana, prueba con este mismo hecho su inferioridad cultural y se vuelve culpable : debe ser castigado. » En suma el gran poder imperial va á la lucha cruenta empujado por esas razas lamentables de histérica rebeldía que desconocen su excelencia, que envidian su salud, que no comprenden, en su miseria de gente mestiza, la pureza de su sangre antigua. Y si la guerra es formidable, destructora, si acumula injustas hecatombes es « porque los débiles se tornan insolentes cuando se olvida el recordarles su flaqueza y porque, sin la amenaza de las peores catástrofes, resistirán siempre el justo dominio teutón ». La esencia de la fuerza es contraria á la piedad, á la sensiblería de pueblos débiles. Cuanto más dura, más rápida y saludable. El mal engendra, por su siniestro exceso, el bien futuro. En las batallas descubrimos un secreto valor divino : son castigos, venganzas del Dios germano que arma el brazo de su raza sumisa.

No neguemos la lógica sombría de esta disertación. Si aceptáis las premisas, las duras conclusiones se imponen, anillos de un formidable engranaje triturador. La superioridad reconocida del genio alemán, suprema creación de la historia, exige en cada siglo, contra la humanidad envidiosa, afirmaciones tonantes. Escribe al académico rico en ideas generales : « nada de lo que es alemán se encuentra, con igual excelencia, en otras naciones. Las mujeres alemanas, la fidelidad alemana, el vino alemán, la canción alemana, ocupan en el mundo el primer lugar. Para combatir á Satán, es decir, á los enemigos de Alemania, los alemanes tienen á su disposición al viejo Dios, al dios alemán, « der alte, der deutsche Gott », que identifica su causa con la propia.

Y así como todo lo que es, alemán es por eso mismo, único é inimitable; así también, recíprocamente, todo lo que ofrece el mundo de excelente pertenece á Alemania, de hecho ó de derecho. Rembrandt, Shakespeare, Ibsen son teutones : sólo un cerebro alemán puede comprenderlos y tiene derecho de admirareos. Es dudoso que Juana de Arco, la sublime heroína, fuera francesa : sabios estudios tudescos establecen su nacionalidad germánica. Si son fieles los alsacianos y los loreneses, esto mismo demuestra que deben ser súbtidos alemanes, porque la fidelidad es virtud exclusivamente teutónica ». En esta exposición no hace Mr. Boutroux sino reunir afirmaciones dispersas de Reimer, de Bernhardi, de Stout Chamberlain, de los pangermanistas celosos que propagan más allá del Rin las teorías étnicas de Gobineau y de Vacher de Lapouge, de los historiadores apasionados como Treitschke y Lamprecht, de los vulgarizadores del nietzcheísmo, de la difusa multitud doctoral que agrega apéndices mediocres á las viejas teorías del estado orgulloso y del renacimiento alemán, graves, religiosas, eficaces, en Fichte, en Hegel, en Scheleiermacher. Se pasa del sentimiento de la independencia amenazada al de la propia grandeza, de la autonomía á la expansión, del progreso cierto al frenesí de hegemonía, de la conciencia segura del valor nacional á la megalomanía irrespetuosa de tratados y razas. Ascensión peligrosa, terrible embriaguez de ese licor de dominio, fuerte y dulce, que pone en la mirada de los conquistadores una expresión semidivina. El emperador que acumula legiones, es el Pacificador, la roca de la paz, « der Hort des Friedens ». « Es legítimo, nos recuerda el filósofo francés, que Alemania se arme cuanto sea posible porque encarna la paz. Pero, sus adversarios, al oponerse á ella, van contra esa paz, y por consiguiente carecen de igual derecho. Alemania tiene el deber de llevar al máximum sus armamentos. Los

demás pueblos sólo pueden gozar del derecho de armarse en la extensión que aquel poder les conceda.»

Sin ese misticismo conquistador hubiera establecido el germanismo imperante una nueva paz romana. Admirables dones de esta raza que agrega á la explotación sabia de la tierra, al industrialismo expansivo y científico, el culto permanente de la filosofía, de las disquisiciones históricas, de una singular «anschauung», amplia visión del Universo. Imaginad en el centro de Europa, entre Rusia semioriental y Francia ultramoderna, este imperio moderador que, sin llegar al desarme acepta convenios parciales de limitación de armamentos, que practica un alto arbitraje en las querellas nacionales, bastante fuerte para ceder sin deshonra, bastante respetado para limitar sin violencia ambiciones excesivas. En vez de la dura ley que humilla á Alsacia y á Polonia, la tolerancia afectuosa, el respeto á las libertades parciales dentro de la firme unidad nacional. En todos los oceanos el penacho altivo de sus navíos, en todos los continentes, la fiebre útil de sus capitales. Expansión sin rudeza, dominio sin ruinas, señorío sin despotismo en que hubieran culminado las facultades de un pueblo organizador, paciente, disciplinado y fecundo. Ha muerto este ensueño político y el napoleonismo actual que se apoya en ejércitos densos y tenaces satisface á los profesores de reacción en Rusia y en España, á los carlistas que olvidan las ruinas católicas de Lovaina, á los señores rusos que quieren encerrar al mundo contemporáneo en la «casa de los muertos», de Dostoievsky.

Vencedora Germania en esta epopeya de violencia nada nada respetarán sus legionarios y sus profesores tutelares. El éxito sería la confirmación de religiosas presunciones, la divina complicidad en la obra terrena del Káiser. Por eso no he comprendido en algunos sudamericanos el culto á la fuerza injusta. Dominada Europa,

humillados los Estados Unidos, serían estas repúblicas de « civilización incompleta », « Halbkulturvölker », territorio seguro de expansión política. Si Francia es pueblo mestizo, según los tratadistas del pangermanismo, ¿qué significarían nuestras democracias policromas ante la inquisición de los modernos antropólogos? A la influencia económica se agregaría el imperio; al intercambio actual, obra de voluntades, la presión de un César exótico. ¿Quién podría detener á Alemania que domina para libertar de la decadencia, civiliza conquistando y destruye en nombre de futuras creaciones armoniosas? Porque estos redentores flamantes no mueren por las culpas de la humanidad como el Héroe divino de la tragedia cristiana, sino que aniquilan al mundo para salvarlo. Destrucción provisional que prepara doradas resurrecciones. El Imperio nos envía colonias que se adaptan á la tierra americana y contribuyen activamente á su engrandecimiento. ¿No servirá, en la mente de los nuevos conquistadores, esta invasión pacífica de avanzada útil para la futura supremacía? Aunque no hubiéramos recibido de Inglaterra la libertad y el oro de la regeneración, de Francia el espíritu y el arte, deberíamos amar la victoria de estos pueblos de reyecía liberal y democracia generosa que defienden, en las grandes batallas de Flandes, contra un emperador místico heredero de la Santa Alianza, la independencia de Europa y de América.

1914.

LOS ESCRITORES INGLESES Y LA GUERRA

En *tracts*, en discursos y polémicas de prensa, explican los escritores ingleses la razón nacional de la guerra. Los profesores de Oxford acusan con severidad de historiadores á esos alemanes vecinos que pertenecen á la misma gran familia rubia, á los imperios que hunden la garra firme en el mundo abierto á su deseo. A la sumisión de los doctores germanos, á la disciplina francesa, al silencio universal que la Censura, inquisición laica, mantiene, corresponde, en el reino insular, la libertad, la terca libertad que discute el sentido y las consecuencias de la guerra magna. ¿No ha condenado en un folleto el señor de la paradoja, Bernard Shaw, á los aliados rusos, al zarismo místico que practica una ruda fraternidad en talleres siberianos de dolor? Ha examinado la guerra, con el sentido de la tierra, no el de Nietzche sino el de Sancho, el sentido común, medida impropia para exaltar ó condenar la gran locura.

Ni censura displicente ni servicio militar obligatorio. La moral de la dignidad humana y el reino kantiano de los fines donde todo hijo de la tierra merece un respeto absoluto, donde nadie es medio para fines colectivos, imperan en la nación utilitaria, de bentamismos prudentes, en la Albión egoísta de la leyenda que sacrifica al « Rule Britannia » la independencia de dominios lejanos. En vez de la unanimidad dichosa de Francia, divisiones de opinión y torneos de dialéctica. Wells amenaza, Shaw condena, Chesterton escribe páginas

de aguda sociología, Galsworthy estudia, sin prejuicios, los graves problemas de la hora próxima. El novelista de las *Anticipaciones* siente el orgullo justo de haber previsto nuevos aspectos de la guerra, demiurgo sonriente sin la barba adusta del Señor de los Ejércitos. Amenaza con represalias de barbarie al probable invasor, ostenta un odio franco, primitivo, sin las sinuosidades dolientes de la « mala conciencia ».

En los grandes diarios ingleses, en el público, la misma libertad y una sinceridad grave y previsora. Elogio á la fuerza alemana cuando perece un buque fantasma como el *Emden*, aceptación de una guerra larga que consuma las inmensas reservas de la City, *fair play*, lucha sin torvo engaño, deporte trágico de un pueblo que renuncia á inmediatos provechos para afirmar principios tan antiguos como la lectura dominical de la Biblia y la partida de cricket en el ocio grato de los sábados. En medio de peligros ciertos, la nota de humor, el latigazo del *Punch* que hiere á un pueblo lento. La Inglaterra de los panfletos resurge como en los grandes *revivals* de su historia. Ella que destruyó todas las hegemonías, de España, de Francia, se prepara á aniquilar el Imperio exuberante, sin vanas agitaciones, porque en las horas más graves y solitarias de su pasado fueron siempre el Tiempo y el Oro sus aliados devotos.

John Galsworthy, el profeta democrático de novelas tan nobles como *Resurrección* de Tolstoi, de dramas que llevan á la escena inglesa las modernas agitaciones, discute severamente los aspectos de la querella actual y la función de los pueblos diversos que defienden en ella su ideal inquieto. « Hay, escribe, en la sangre de franceses é ingleses no sé qué sal á cuyo influjo obedecen el amor á la libertad industrial y esas formas democráticas de gobierno, únicas que toleran bastante humor filosófico y bastante crítica para mantener el

patriotismo en los límites de lo justo. La visión de un ideal que sobrepasa con mucho la idea de gloria nacional ha permitido á nuestros pueblos, en la hora que atravesamos, el llevar á cabo la guerra más terrible que haya conocido la Historia. Combatimos en primer lugar para continuar viviendo; pero si no pensamos que, en esta lucha, defendemos también cuanto da su precio á la vida — libertad del individuo, democracia, santidad de los tratados, derecho de creer en la generosidad, en el sacrificio y de conservar siquiera un mínimum de sentimiento en la lucha por la existencia — ni franceses ni ingleses (hablo de la mayoría de ellos) hubieran tomado la espada con tal fervor. »

Tal es la superioridad de los Aliados. Combaten por ideas generales, por formas respetables de conciencia, por la civilización que no es, como lo afirmaba Nietzche, sino el esfuerzo para domesticar al bárbaro, para transformar su razón en rudo instinto, para imponer temores, cuadros firmes, hábitos de paz al primitivo formidable. Y ese primitivo no es el dulce salvaje de los idilios sentimentales de Rousseau sino el lobo armado, en perpetua andanza audaz, que definía Hobbes.

Reconoce el escritor inglés en la isla conquistadora supervivencias de esa « necesidad de adquisición y de conquista ». Pronuncia el *peccavi* : « Tenemos todavía nuestros *junkers*, nuestros *jingoes*, bajezas y fanfarronadas en la prensa. El olor hipócrita del templo, el perfume de la virtud superior, cubre todavía nuestras tierras con bruma pestilencial. » Pero los ávidos sajones cambian de ideal y de táctica. « Podía pensarse, escribe Golsworthy, que hay cierto fariseísmo en el inglés, hijo de una raza que ha de ocupar todos los extremos de la tierra, en hablar de este mal en tiempo pasado; pero es cierto que toda la tendencia de nuestra política, nuestra actitud para con nuestras colonias y los países que de nosotros dependen, han cambiado radicalmente

en menos de veinte años. Nuestro Imperio se convierte progresivamente en federación, cuyo principio común puede expresar en esta máxima : vivir y dejar vivir. » La democracia ha curado su sueño de dominación universal. Sólo ella y no los ingenuos pacifismos, transforma á los pueblos modernos y los despoja de su herencia bélica. No es régimen infalible ni el Dorado de los fabricantes de utopías, pero en él crecen virtudes humanas que la autocracia destruye. La disciplina no aniquila el espíritu ni se confunde el patriotismo con la sumisión absoluta *perinde ac cadaver.*

Ese es el estado de la conciencia alemana : unanimidad agresiva sin libre examen. El individualismo protestante se inclina ante la más extraña forma de catolicismo político. El Estado, valor eterno, como enseñaba Fichte, impera sobre la miseria deleznable de los hombres. Denuncia el novelista inglés « la trágica indiferencia con que cada alemán, por humano y honrado que sea como individuo, ha entregado su conciencia, toda su conciencia al Estado ». Y precisamente el Estado carece de conciencia. Son « espiritualmente esclavos » los pueblos que aceptan esa centralización excesiva, el mecanismo inmenso del moderno Leviatán. Convertido en maestro de realidades políticas explica severamente el autor de *Fraternidad* y de *Justicia* que « los sistemas férreos falsean los mejores instintos del individuo por una especie de explotación organizada, no sólo de sus temores, de su orgullo, de su apetito de ganancia, sino también del amor natural por su país, de sus virtudes de sacrificio y de su sentido del deber ».

Contrasta con el odio alemán, el odio elemental definido por el profesor Sombart, la serenidad inglesa al juzgar al enemigo exasperado. ¿Veremos en ese análisis sin rudeza, la conciencia de una superioridad definitiva ó el hábito moral de un pueblo que ama el deporte y respeta á enemigos dignos de la propia grandeza?

Galsworthy les saluda como un caballero de antiguos torneos : « Su patriotismo, su valor, su espíritu de sacrificio, confiesa, no son inferiores á los nuestros de ninguna manera. » Reconoce su saber, su disciplina, instrumentos de dominación puestos al servicio de una megalomanía violenta. Les concede energía y poder organizador. ¿Qué falta en la fábrica sabia de máquinas exactas y sonoras? El espíritu, es decir, no la ambición de un egoísmo exacerbado, sino ese capital de humanidad penosamente acumulado por los herederos intelectuales de Grecia, de Roma, del estoicismo y del cristianismo. La dulzura de los fuertes como en la sabiduría semita, la justicia señora de apetitos, la tolerancia, el respeto á todas las formas de la vida, la piedad para el débil y un gran fervor de solidaridad que acerca á las castas y á los pueblos.

Alemania cree en su misión divina, « ignora ese humor filosófico que nos permite vernos desde el exterior ». Sabia y libresca, perdida en laboratorios y bibliotecas, erudita y trascendental, como ocupada en las delicias de un comercio místico, ha perdido el sentido de las realidades que la circundan. Por eso son inferiores sus diplomáticos á sus generales; tiene metafísicos, pero no moralistas, analiza la razón abstracta é ignora la razón concreta. Simplificando orgullosamente la realidad social, ha concentrado en la fuerza su fe y su esperanza. Galsworthy la acusa, y con él muchos escritores y políticos ,de « ausencia casi total de intuición psicológica ». Ha olvidado los valores morales, la autonomía, la libertad y ofrece al mundo « las perfecciones de un *Palace Hotel* en que irradia de un cerebro central, organizador, la comodidad para todos los clientes, placeres del orden material, beatitud de un tipo inflexible ». Para prosperar en él es necesario, como en el pacto mefistofélico, entregar el alma al Estado absoluto. Y el mundo decadente quiere vivir fuera de duros moldes

y de extranjeras imposiciones. Renunciaría á la verdad, como Lessing, para tener la dicha de buscarla. Ama la inquietud creadora y la duda fecunda. Desdeña la paz impuesta si, en cambio de ella, ha de encerrar la razón, como instrumento caduco, en un museo de antigüedades.

La guerra actual demuestra, según el análisis del novelista inglés, que la industria pacífica y la libertad de vivir y de pensar no son factores de disolución. « Esa pequeña Bélgica, escribe, poco disciplinada, muy poco militar, decadente, ha convertido su heroísmo en proverbio. ¿Qué francés podrá señalar un momento de su historia en que su patria, no menos decadente, se haya elevado tan alto, en que Francia se haya mostrado tan unida, tan orgullosa y devota á su deber y á su ideal? En mi propio país « también decadente », sentimos sin exaltación un alma no menos inflexible, una conciencia del deber más universal que nunca. » De estos ejemplos induce sin esfuerzo que si el sistema social de los pueblos en pretendida decrepitud « no creara secretas virtudes, no podrían darse en ellos tales impulsos viriles ».

La esperanza de los escritores atentos á las transformaciones de la Inglaterra de Disraeli y de Chamberlain va á la democracia. Auguran el advenimiento de una Alemania democrática como la que preparaban los liberales del 48 y buscaban los políticos en la dieta de Francfort. ¿Vendrá el *ricorso* y otra vez el culto romántico de la libertad como en Schiller, la tolerancia de Gœthe, el dardo audaz de Heine, el pacifismo de Kant? Entre dos direcciones la *Aufklaerung* y la *Kultur*, la civilización liberal y la erudición pedantesca, la pasión de humanidad y el nacionalismo intolerante, el amor á las ideas y la apoteosis de la fuerza, se agitará el mundo alemán después de esta guerra inexpiable. ¿Cuál será el sentido de su nueva ambición? El porve-

nir duerme siempre, como en los días claros de Grecia, en las rodillas de los dioses.

II

Shaw ha acumulado paradojas para agitar á un pueblo lento. Representa frente á la prudencia sajona la inquietud irlandesa y su lirismo anárquico. Recuerda á Heine en perpetua andanza contra los filisteos alemanes, ó á Baudelaire, que espanta, con declaraciones funambulescas, al burgués de Francia. En plena guerra, pide al sentido común consejos y direcciones como si Irlanda fuera su ínsula y olvidara voluntariamente en la gran demencia común el misticismo esencial.

Acusa á Inglaterra, porque él es celta, y no le ciega el patriotismo británico. No cree que el reino haya respetado los tratados en su historia agresiva. En nombre de uno de ellos que garantiza la neutralidad de Bélgica, declara la guerra á Alemania. Hipocresía de los Jeremías sajones, hipocresía de amor á la paz que encubre hostilidad al militarismo prusiano. Cuando juzgó la gran nación orgullosa que Alemania perdía el equilibrio político para vivir una prodigiosa aventura, le impulso la guerra, con utilitarismo disfrazado de ternura para las patrias menores.

En esta lucha, afirma Bernard Shaw, combaten los « junkers » del ejército y de la diplomacia. Los hay en Alemania y en Inglaterra — aristócratas que exaltan el orgullo nacional, señores de la tierra que defienden la expansión guerrera y, en conciliábulos infames, en las mesas verdes de los gabinetes juegan, como en una inquietante partida de *bridge*, el destino del mundo. « El Ministro, dice el humorista trasformado en Juvenal, es siempre un « júnker » y es quien declara y ter-

mina la guerra », lejos del pueblo y de su voluntad oscura, sigiloso y displicente, aventurero implacable que lleva á la muerte, como los Césares, á millones de hombres lamentables. Y estos « junkers » que desencadenan la fuerza olímpica de Marte aspiran, con pretextos de nacionalismo vengador, á detener el avance del socialismo. El « fabiano » se irrita y teme al nuevo monstruo que se levanta de los campos humeantes. El militarismo futuro se asociará á todas las empresas del capitalismo. Shaw defiende, en esta crisis de un principio querido, la unión de la clase laboriosa, porque en la hora grave de la paz agitarán las cancillerías viejos guiñapos sentimentales contra el proletariado exhausto.

Destruirán quizás á Alemania para levantar á la nueva Bizancio nevada, al eslavismo, seguro enemigo de la democracia que celebra sus holocaustos en la casa fúnebre de Dostoiewsky. Ha tolerado Europa liberal las imposiciones rojas del zarismo porque su oro invadía las arcas secretas del imperio asiático. Shaw acusa como Zola : desde 1906 empezó el « Times » á exaltar á Rusia y á olvidar sus crímenes políticos, porque, desde ese año plúmbeo, Inglaterra, nación civilizadora, prestaba dinero al erario ruso. Olvida el acusador en la raza noble de la estepa el fervor místico, el cristianismo profundo superior á la maraña dorada de los ritos, la fraternidad y la piedad que florecen en una literatura de dolor; el predicador temperante de « tracts » célebres desdeña al Zar que, con un decreto, suprime la venta del alcohol en sus estados y redime á su raza de un hábito milenario.

El odio á la guerra, á su hipocresía y su barbarie, á las finanzas que tejen la oscura trama de estos vastos conflictos, á la diplomacia que los prepara entre declaraciones de pacifismo y visitas monárquicas, inspira al dramaturgo sincero que denunciara en sociedades decadentes la miseria interna y el perpetuo carnaval enga-

ñoso. Se indigna de la predicación bélica de los curas, y de que los únicos templos que la guerra clausura sean los del agio, la City ó Wall Street. Murmura y condena, eterno descontento, mientras el socialismo declina y las patrias readquieren su entusiasmo guerrero.

Kypling opone á la franqueza áspera de Shaw su imperialismo redivivo. Cantó la hegemonía sajona y las luchas de sus legionarios en remotas tierras cálidas, en dominios sagrados de templos sinuosos y densas florestas. No amaba á Francia y en el mundo bárbaro de la « Jungle » describía su afán simiesco en medio de la grandeza de animales potentes y selváticos. Era el La Fontaine de una fauna ciclópea sin menuda astucia ni estrecha moral humana.

Se ha reconciliado con la Francia guerrera : « después de esta guerra, escribe, nuestros pueblos serán los más totalmente unidos que la historia haya conocido. » Elogia al galo magnífico de las nuevas batallas, admira su entusiasmo, sus recursos y su fe y se burla del prejuicio clásico que condenaba su ligereza. « Si hay algo que nota sobre todo el extranjero en Francia, es la formidable tenacidad de la especie, individualmente, comercialmente, y en el fondo políticamente. Lo que ha soportado desde hace cinco meses lo demuestra. No conozco raza alguna que hubiera podido sufrir tal prueba. »

En cambio, en Alemania no descubre sino estéril orgullo: « es un pueblo curiosamente simple en el fondo de su ser, laboriosamente malvado y, sin embargo, tan pesado. » Le sorprende el frenesí de toda una raza, el « orgasm » que parece un delirio donisiaco. Nación hembra, escribe, y « en medio del horror innumerable y de la locura, algo de ridículo y de provincial que corona ese horror ». Kypling ha sentido intensamente el orgullo británico, el chovinismo de los que fundaban la más grande Inglaterra aunque sangrara, en el Africa ruti-

lante, un noble pueblo boyero. Pero el evangelio metropolitano es la libertad, la declaración pronta de autonomía, la asimilación inmediata y sabia en tanto que no adivina el épico escritor, « qué puede proponerse la idea alemana si no es la marcha á paso de parada á través de una serie de infiernos filosóficamente construídos, dándose como fin la adoración de sí misma, en virtud del ruido que hace todo ese bélico aparato ». Comparando su ambición con la de los Arabes, reconoce que éstos presentaban como términos de un rudo dilema, el Islam y el Sable; y Alemania ofrece, por toda filosofía, el Sable.

Como en los días saludables del « Rule Britannia », ama el deporte y el triunfo, la serenidad del « boy » guerrero que caza germanos con instinto primitivo y busca el « fair play » en los campos graves. Ha visitado las trincheras para saludar á las tropas indias, cariátides broncíneas del nuevo templo sajón, y nos refiere su leal fervor y la terrible decisión inglesa de vencer, como en la edad de Pitt, prodigando oro, navíos, humor, « tracts » y hombres. « Podría, dice, escribir en este momento un poema que tendría por asunto el barro, la humedad, la inundación y las tejas que el viento arranca del techo : os haría llorar. » En vez de cantar vive inquietamente, nota impresiones y espera.

Chesterton escribe ensayos profundos al margen de la guerra. Sus comentarios filosóficos buscan, en el debate actual, motivos eternos. La batalla se convierte en diálogo platónico sobre la Promesa y la Fe. Moviéndose en el orden de realidades tangibles aparece el visionario heredero de Carlyle, con legión de metáforas empenachadas y humor pirotécnico, animador del caos, señor audaz de las apariencias fugitivas. De la elegancia de Matthew Arnold pasa bruscamente á una trepidación de apocalipsis. La dialéctica se transforma en poema ó en fiebre. Es la misma iluminación de Sartor

Resartus, la facultad de intuír, la « insight » que nos revela, antes que la excursión lógica, el misterio central de las cosas.

Chesterton es un de los directores espirituales de la Inglaterra contemporénea. Ensayista insuperable, defensor de la ortodoxia católica, novelista de abrupta fantasía, doctor en paradojas, sagitario irreverente en la prensa, conservador acérrimo en las grandes luchas intelectuales, encanta y desconcierta, sugiere problemas y accumula incertidumbres. Cuando seguís la construcción severa de un silogismo, tropezáis con el repentino abandono de un espíritu en asueto. Sus libros fatigan y deslumbran como una inacabable pirotecnia. Dispara al cielo clemente continuos dardos fugaces que vuelven á la tierra en maravilloso don policromo. Inveteradas asociaciones de ideas, sólidos lugares comunes, nexos inviolables sufren su ataque inesperado. Este crítico irrespetuoso sostiene dogmas sobre sus hombros atléticos. Recio y lírico, analista y místico, destructor piadoso y creyente racionalista concilia Chesterton, en su vida y en su obra, las más arduas oposiciones.

Ante todo acucia verdades. Desconfía del vagabundo escepticismo, de la sonrisa que se convierte en mueca indiferente cuando graves problemas nos asedian como amenazas. « El hombre puede ser definido, dice, como el animal que construye dogmas. » La verdad absoluta, sin la cual se disolvería el mundo, le parece término ineludible de nuestro esfuerzo. Por eso acumula fórmulas, tesis, convicciones en sus libros de tan extraño lirismo. La fe es tan seguro instrumento en nuestras manos frágiles, como la razón. « Todos creemos, sostiene, en cuentos de hadas y en ellos vivimos ». Indemostrable es el dogma de la existencia de Dios como el de la existencia del hombre que pasa. Damos realidad a las piedras de la calle en virtud de una afir-

mación tan dogmática como las de la más severa religión. En esta asociación de prodigios y realidades, de certidumbres y sueños, combatiremos alguna vez, con rudas espadas, no por una palabra del credo, como en Bizancio, sino para probar que son verdad las hojas en verano. O todo se disocia en fantástica danza ó todo se define y demuestra en forma de verdad inconcusa. Chesterton busca con pasión de místico el suelo de durables realidades.

En un folleto, ha fijado los caractéres esenciales del ataque alemán. Filosofía al margen de los hechos de guerra que explica la tragedia interminable.

La barbarie reina en Alemania, porque la Promesa, centro de la vida, ha sido destruída por el orgullo de un pueblo en demencia. « Los Germanos habían hecho un descubrimiento flamante en política internacional : que puede ser á menudo cómodo el prometer y terriblemente incómodo el cumplir. Se encantaba su alma ingenua con esta adquisición científica y deseaba anunciarla al mundo. Con ese fundamento, prometieron algo á Inglaterra (alude el escritor á la tentativa frustrada de Bethmann-Holweg), con la condición de que ésta violara otra promesa y subentendiendo que esta nueva promesa podría ser violada tan fácilmente como la precedente. Sorpresa profunda de Prusia porque fue rechazado ofrecimiento tan racional. Creo que esta sorpresa era sincera. Y por eso digo que el bárbaro trata de cortar esa cuerda de honradez á que está colgada toda la obra de los hombres. »

En la idea de pacto modesta y cotidiana se funda la convivencia humana, en la Promesa, creación del animal político, signo de libertad, de previsión y de razón en el seno del mecanismo universal, « cuerda frágil lanzada de las colinas olvidadas de ayer á las invisibles montañas de mañana ». Ella nos distingue de la bestia feroz y del reptil. Es, dice Chesterton, « la extensión

de la responsabilidad en el tiempo ». Tiene la majestad inicial del Verbo que crea las civilizaciones con un « fiat » inviolable. « La promesa es para el hombre lo que la canción para el pájaro ó el ladrido para el perro : la voz que lo da à conocer. » Desconoced el valor de un ratado, la virtud del ofrecimiento — esponsales, contratos, constituciones — y vuelve a las naciones turbadas el desorden sanguinario, la edad del capricho disolvente y de la crónica inseguridad.

Otra idea elemental de la sociedad humana, que se confunde con las leyes de la lógica en Occidente, es desdeñada por la Prusia bárbara. La reciprocidad, el « do ut des », el maridaje de la acción y la reacción, la dualidad esencial del derecho eterno, son promesas extrañas á la mentalidad germánica. « No puede, explica el admirable ensayista, concebir esta idea que es el principio de todo drama de varios personajes, ó sea que á los ojos de otro hombre, él es también, simplemente, otro hombre. Y si nos servimos de esta clave para estudiar las instituciones de la Alemania prusianizada, veremos hasta qué punto su espíritu ha sido curiosamente limitado en este orden. El patriota alemán difiere de otros por su ineptitud para comprender el patriotismo. Los demás pueblos europeos se compadecen de Polacos y Galos cuando son violadas las fronteras de estas naciones : los alemanes sólo tienen piedad de sí propios. » Tienen el derecho de armarse, pero se quejan de los preparativos bélicos de otras razas; deben conquistar sin ser conquistados, imponer el terror en Bélgica y denunciar las balas dum-dum en el ejército inglés, atacar á los buques mercantes de todos los pabellones é indignarse de ser tratados como piratas; exigir á sus enemigos el severo cumplimiento de leyes internacionales y violarlas diariamente en cien combates.

Defendiendo la intervención de razas oscuras, de

legionarios tropicales en estos campos de invierno, sostiene Chésterton que vienen también á combatir por la Promesa, realidad entre los salvajes y en el Oriente desdeñado por el Ario ingrato. « Los comerciantes os dirán que la palabra del chino sanguinario é inhumano vale tanto como su firma. El árabe respeta la sal y el bracmán la casta. » En todas las horas de la vida lamentable, el pacto, la previsión, el crédito, son hilos sutiles que impiden la disgregación. « En esta lucha todos los pueblos tienen deber de intervención y derecho de guerra, porque á todos amenaza el « anarquismo intelectual » de ultra Rin, porque el alemán destruye para fundar su cultura — la kultur — las bases de todo pensamiento creador y organizador ». Y cuando atacan al ejército disciplinado y rapaz, en oscuras trincheras, con armas raras — « tomahawes » ó « boomerangs » — gentes cobrizas de raros turbantes y clamores exóticos, y pregunte el hombre de casco pesado é ideas lentas el santo y seña de estas legiones abigarradas, confesarán su razón guerrera con las palabras de Chésterton : « Combatimos por la Fe y la Promesa, por la posibilidad de la asociación humana, por la fijeza del pasado, por todo lo que hace de la vida algo distinto de una abrumadora pesadilla. »

En la Isla de mercaderes felices, en el Imperio construído por el crédito, por la costumbre, por la tradición, en el reino magnífico de los pactos y de las castas tutelares, constituye el desdén á los contratos la forma más peligrosa del anarquismo. Contra ella se levanta la City omnipotente. Se separan rudamente las dos familias de abolengo germano y el himno de odio sucede á las declaraciones sentimentales. En Alemania vuelve á imperar el culto bárbaro de los abuelos, la mitología sanguinaria de Odín, la Fuerza sin dulce flaqueza de piedad. Es la tradición pura del germanismo. Inglaterra agrega á su áspera herencia la ternura de los celtas soñadores,

la inquietud de sus ojos claros, enfermos de infinito. Dos humanidades combaten, dos testamentos, el antiguo de Jehová y el nuevo de Jesús, la Ley cruel del pueblo elegido y el Evangelio armonioso para todas las gentes : nunca se dió, como en los campos de Flandes, una guerra metafísica que da á los siglos remotos y á sus luchas una actualidad palpitante. Un nuevo mensaje tétrico conmueve al mundo. La idea estoica y cristiana de humanidad sufre el salto de la fuerza demente.

1914.

UN ANTAGONISMO MILENARIO
Francia y Alemania.

Periodistas vigilantes estudian en « L'Action Française » los aspectos de un nacionalismo esencial. Buscan en los archivos olvidados lecciones de historia para el futuro próximo, cuando, firmada la paz, olvide la república hospitalaría el odio reciente, la injusta agresión, la germana voluntad de dominio. ¿Se olvidará la « unión sagrada » al desfile de los soldados heroicos, bajo el Arco de Triunfo, en cuyos flancos se animen las figuras de la antigua epopeya, con la música heroica de una nueva clarinada? ¿A quiénes corresponderá la herencia de la victoria, á los radicales que ignoran la furia teutona, á los socialistas que predicaron el desarme ó á los nacionalistas irreductibles que exaltaban la guerra y el necesario desquite? Si la política es previsión organizada, dicen estos simpáticos defensores de la vitalidad francesa, conviene renunciar á los lugares comunes de un beato pacifismo : el enemigo queda allí, eterno y enigmático, soñando en duras reconquistas.

Historiadores republicanos dieron á 1789 un sentido trascendental : antes del año magnífico, el régimen tenebroso, la reyecía explotadora; después, la república de fraternidad, de libertad máxima y nivelación fecunda. Del cadalso de un rey surge Francia renovada y sangrienta. Caduca un orden de siglos, una sociología y una política. La Convención asombra á la Europa monárquica presentándole, en campos gloriosos, una

democracia armada y violenta. ¿No es la evolución del prosaico siglo XIX continua lucha de los poderes de reacción contra el espíritu nuevo que destruye serias jerarquías, confunde clases enemigas y condena a los agentes de tiránica autoridad, clero, ejército, aristocracia?

Una nueva escuela de historiadores examina, con pasión antirrepublicana, las grandes etapas del progreso francés. Son maestros de « contrarrevolución », como hace un siglo De Maistre ó Mallet du Pan. Para ellos, la ruptura con la gran tradición francesa, con la obra de los reyes Capetos, que transformaron una Francia ducal en reino imponente de fronteras armoniosas, es, desde el punto de vista de la política y de la historia, tan grave error como sería el desdeñar, en la sucesión de los reyes nacionales, esa trágica solución de continuidad, la Revolución.

Estudian el pasado con criterio pragmático : es útil la ideología que conserva y acrece el poder francés. Valen las ideas que se oponen á la disgregación de esta fuerza centenaria, creada por reyes y ministros omnipotentes, en medio de una Europa insegura ó enemiga. El libro reciente de Jacques Bainville (publicado por la Librería nacional) sobre Francia y Alemania y la permanencia histórica de su oposición, simplifica el vasto pasado para buscar en él fórmulas de salud nacional. ¿Qué fué la política del antiguo régimen ante la tenaz ambición germana?

Desde la Revolución, Francia ha sido invadida cuatro veces por las hordas rubias. Donde podemos hallar penosa coincidencia entre dos hechos, fatalidad unida á una política generosa, descubre el brillante publicista relación de causa á efecto. El país debilitado ofrece á la ambición vecina sus tierras floridas y su oro magnífico. La monarquía defiende á las provincias del eterno invasor, mientras que la nación decapitada, sin

jefe histórico, en frenesí de luchas internas, sufre el ataque de un reino fuerte, la renovada odisea de germanos brutales, ávidos de botín y de sangre.

En curiosos estudios de política revelaba Jacques Bainville su fervor lúcido, su amor á las ideas generales y á esas simplificaciones de la historia, según la tradición de Taine, en que seguimos el avance escueto de un prejuicio, de una manía, de un plan sereno ó la acción firme de una voluntad en la floja malla de los hechos menores. Este libro es el cuadro definitivo de la política francesa en relación con el imperio enemigo. Obra maestra, dicen los críticos, admirando en el historiador joven el entusiasmo, el vigor y la fe. Renovación de los cuadros históricos contra el romanticismo de Michelet y su pasión jacobina. De su áspero taller surge un pueblo realista que no es ya el Cristo de las naciones, sacrificado en pro de la libertad humana y de los derechos de todas las razas, sino la firme congregación de provincias sensatas que aspiran á conservar sus riquezas morales y materiales, en un mundo sin leyes fijas, rapaz y caótico.

Cuando el santo imperio germánico era realidad política, no existía el poder francés. Los Capetos van á levantarlo aprovechando de las flaquezas de esa fuerza organizada. Se inicia la historia moderna con un duelo esencial. Barbarroja y sus sucesores aspiran ya al dominio de Europa, representantes coronados de un antiguo pangermanismo. La modesta reyecía francesa fuerte, paciente, lúcida, contradice esa temeraria ambición en admirables conquistas políticas y diplomáticas. Unifica brillantes principados en tanto que las « Alemanias » mantienen su libertad, disfraz de anarquía; su división excesiva en señoríos eclesiásticos, ciudades libres y reinos pequeños. Degenera el imperio orgulloso y crece la monarquía próxima. Para explicar esta exaltación de energía y aquel trágico descenso, analiza Bainville la

eficacia de un principio político, la herencia. Los Capetos han escapado al régimen de la elección que funda una perpetua instabilidad. La reyecía hereditaria adquiere los caracteres de las obras seguras, fijeza, cohesión, continuidad, calma broncínea ante los siglos. « La elección, sea que se realice en forma de sufragio universal ó del sufragio más restringido que concebirse pueda, es un negocio, un mercado, una inversión de intereses. » Combinación comercial sujeta al oro fatídico, que atribuía al emperador germano un poder nominal y á los electores autoridad difusa, incierta, irresponsable como en los modernos parlamentos. Los candidatos á la magna autoridad comprometían su prestigio en menudas concesiones dolorosas.

Atentos á esa creciente debilidad, adoptan los monarcas de Francia una política sabia. Son los protectores de la anarquía en « las Alemanias ». Su ideal realizado por ministros prudentes está en « tener á la mano los negocios germanos de manera que en ellos reine la mayor dificultad posible ». La diplomacia estimula las divisiones, celebra alianzas con príncipes obscuros, marida intereses parciales contra la peligrosa unidad, funda ligas de ciudades que no cedan franquicias al poder eminente. Desde Luis VIII, padre de San Luis, hasta Luis XVI, en cinco centurias, reyes que se suceden por ley de herencia se oponen á la formación de un imperio formidable entre el Rin y el Danubio. « El interés de Francia no permitía que hubiera, para juntar á las masas germánicas, un jefe hereditario. »

Aceptaba la pompa de señores impotentes en el imperio caduco, una bizantina suntuosidad, pero no la excelencia de la unión y el vigor de la sucesión dinástica. Un gran ministro, Richelieu, da formas definitivas á la ambición francesa. Señor de la Iglesia, se une á los protestantes para amenguar el prestigio y el poder de la casa de Austria. De las luchas religiosas generadas

por la Reforma surgirá una Alemania desmenuzada. En nombre de la infalible Razón de Estado, protege internas divisiones, en el reino ensangrentado, el admirable cardenal. La paz de Westfalia que pone término á la guerra de treinta años organiza la anarquía teutónica. En el caos violento aparece el rey francés como demiurgo y protector. « Se había encontrado, escribe Bainville, la fórmula del equilibrio europeo, es decir, la independencia de los estados de Europa en relación con el imperio germánico. Francia garantizaba naturalmente la libertad de los pueblos en cuyo provecho había tan eficazmente trabajado. Y se observa cómo se había elevado la función del rey de Francia, « protector de las libertades germánicas ». De aliado, de cómplice de sediciosos se transforma en gendarme imparcial, en amigo y protector del débil. En virtud del gran pacto antialemán, no volverá á levantarse más allá del Rin un estado agresivo. La división territorial y política, la garantía del vencedor, el sistema electivo son elementos del nuevo régimen protector. Subsisten príncipes rivales, señoríos minúsculos, confesiones en vigilante antagonismo, una geografía confusa sin unidad. Multiplicando dominios libres se fundaba el equilibrio de Europa. En vez de la monarquía universal, reinos diversos entre los cuales las acciones y reacciones de la política, el juego flexible de las alianzas mantienen larga paz. En el viejo mundo que se organiza, el germano rapaz halla límites precisos á su acuciosa actividad.

Pero si el Austria declina, va formándose en el crepúsculo del Santo Imperio un poder sin escrúpulos, advenedizo, armado y tenaz, Prusia que confía á la tonante razón de la guerra su progreso en Europa. Luis XIV se ha convertido en modelo político para los mediocres príncipes de ultra Rin : de su corte solar llegan á lejanos señoríos rayos propicios. Es el árbitro de

las Alemanias menores, rudas y ridículas. Una fuerza nueva aparece en el orden de estos pueblos sumisos. Lo advierte el conde de Luc, su embajador en Venecia, al rey magnífico y le sugiere la formación « entre la casa de Francia y la casa de Austria de una unión tan ventajosa á sus intereses como necesaria á la conservación del reposo general en Europa ». Prusia es el flamante enemigo : contra ella urge transformar la política de Richelieu. Luis XIV y Luis XV van á iniciar, á despecho de la opinión inquieta, un nuevo orden de útiles convenciones que perpetúen la grandeza francesa frente á la enhiesta Germania. En 1756 cambian las alianzas y Austria contribuye al lado de Francia al necesario equilibrio europeo.

Tratado impopular, porque no se puede exigir á la masa obscura el genio de la diplomacia y de sus transformaciones. María Antonieta y su gracia frágil serán símbolos de la invasión austriaca, del poder sombrío que destruye libertades. En plena centuria de claros historiadores, exalta Michelet al gran rey prusiano, á Federico II, que va aislando á Francia y despojándola de su regia primacía. Crece en los días violentos de la Revolución el culto á Prusia, poder liberal. Voltaire ha sido, en Potsdam, cortesano servil é irónico. Maupertuis ha presidido la academia berlinesa. Para los enciclopedistas representan los Hohenzollern el nuevo mundo democrático que surgirá de la próxima tragedia. ¿No es protestantismo sinónimo de audaz libertad?

Hallarán pronto frente á sus soldados de ardua epopeya huestes prusianas. La Convención reniega de la política de los últimos Capetos para declarar la guerra al Austria, á la potencia inquisidora y tiránica. Se junta al rey germano protector del liberalismo francés. Escribe Jacques Bainville : « Còmo Dumouriez y como Brissot, Dantón llamará á Prusia « nuestra aliada natu-

ral ». Napoleón, heredero de los corifeos revolucionarios, seguirá la misma política contra el Austria y castigará la traición prusiana.

Pero al humillar á los pueblos germánicos afirma el César su patriotismo y al renovar el mapa intrincado de menores señoríos, crea firmes poderes en vez del viejo caos. Contra la opinión de un ministro, Barthélemy, aspira á reunir provincias, á simplificar la organización alemana, creando « grandes aglomeraciones de pueblos ». Destruye pequeños estados é invoca el principio de las nacionalidades. Las graves oraciones de Fichte preparan, contra el invasor, un admirable resurgimiento precisamente en nombre de las tradiciones castizas, de la lengua sabia, de la raza divina destinada á perdurable hegemonía. En 1815, cuando firma Francia su abdicación, pide el monarca de Berlín el reparto del imperio vencido.

Más tarde, en 1870, para conquistar, en el mundo germánico, la alta situación que ambiciona, derrota á Francia y mutila su territorio. Los liberales han olvidado la dolorosa experiencia de la Revolución : creen, con lamentable ingenuidad, en el rey civilizador y liberal que lucha contra los poderes de la reacción. Abruman con cuotidianas ofrendas el altar de su antiguo culto. Émile de Girardin escribe que « Francia está lógicamente con Prusia ». Periodistas apresurados quieren la unidad alemana. ¿No es el respeto á la nación aliada y á su dolorosa gestación enseñanza de la Revolución generosa? Bainville ha acumulado testimonios de esa general miopia. Se escribe entonces ante el espectáculo de los esfuerzos de Prusia contra el Austria, que con aquélla va « la bandera de la democracia », que su causa es « la más justa de las causas ». En tanto Bismarck prepara, con implacable voluntad de dominio, la guerra contra Francia, el aplastamiento de esa fuerza contigua é ingenua. París se exalta, en fiebre callejera,

cuando es Austria vencida en Sadowa, y Sadowa es el anuncio de Sedán. Sin el contrapeso austriaco, omnipotente en la Europa central, avanza Prusia á vengar la angustia de la era napoleónica.

« Largos años de paz armada siguieron, recuerda Bainville, mientras que se prepara este incendio (el de 1914). Se vió entonces al pueblo francés olvidar la idea de desquite y aun sintiendo de tiempo en tiempo el aguijón alemán abandonarse á la ilusión de todas las democracias que consiste en dar á las cuestiones de política interior preferencia sobre las demás. » Y la Alemania autoritaria y guerrera crecía para las grandes luchas de la dominación universal. En vano se formaban alianzas ó acuerdos, seguro de paz. Según la tradición prusiana, no olvidaba el poder advenedizo su industria histórica y un ardor vulcánico agitaba los talleres de Krupp. La ciencia y la técnica, la economía y la filosofía servían á la colectiva voluntad de poder, al libro de Nietzsche convertido en evangelio de raza. Las naciones se erizaban como para convertir la guerra en estado natural y el asesinato periódico en ley de su civilización. Se volvía frenéticamente á la más antigua barbarie, una barbarie refinada y sabia, inhumana y doctoral. Esta guerra larga abre un ciclo de sangre bajo la suprema dirección de un pueblo que los liberales de la Enciclopedia y los historiadores románticos juzgaron democrático y humano, y que ha dado al mal y á la muerte, en nuevo maniqueísmo, una función divina y necesaria.

Cuando un gran novelista, Wells, anuncia que esta guerra pondrá término á todas las guerras, olvida en el cuadro presente oposiciones perdurables. La historia se repite, y en la monotonía de estos « ricorsi » funda sus razones el más desolador pesimismo. En cada siglo presenta aspectos diversos la enemistad franco-alemana, y á través de las edades subsisten el odio cardinal y la

trágica emulación. Cuando el Imperio Santo decae, progresa el reino francés; en la edad áurea de Luis XIV se agitan miserables señores teutones en torno á su soberana majestad. Si la Revolución disuelve el orden en Francia, avanzan á las fronteras fuerzas de Austria y de Prusia para dividirse el país exhausto. Napoleón aniquila el poderío germano en Austerlitz, en Wagram, en Jena, humilia á las dinastías reinantes y pasea su épica arrogancia por las capitales aterradas. En 1815 vengan en París su triste odisea los reyes despojados. Cae en Sedán el imperio napoleónico y calla la sonora fiesta de los cortesanos para que imponga la nueva paz en Versalles pulido y geométrico, un abrupto canciller.

Hasta la destrucción del militarismo alemán combaten los aliados en esta guerra de naciones, como hace cuarenta años, en 1875, vencida Francia, aspiraba Bismarck en una segunda guerra, á sangrarla y entregarla, doliente y palpitante, al escarnio del mundo tembloroso. Los grandes ministros franceses no han olvidado el plan de Richelieu y la canción de Musset. Hacia el Rin marchan orgullosas legiones en esta hora suprema del vigor francés. Asistimos á un nuevo choque de dos fuerzas milenarias. Europa ha agotado su capital de ideas internacionales y sólo nuestra América puede inspirar al Viejo Mundo demente la forma de la convivencia saludable, del largo acuerdo de naciones, de la paz justa sin tratados secretos ni castas guerreras.

1915.

EL LIBRO DE UNA GENERACION

En un libro trepidante concentraron dos escritores que firman, en nombre de un clásico recuerdo, Agatón, las esperanzas de la nueva juventud francesa. Detrás de ellos, grises y oscilantes, sonreían los que vieron sobre la Francia imperial la sombra dolorosa del 70. Entre ambas generaciones, aquélla de hombres otoñales fatigados por la vida y ésta que ama la guerra como deporte y cree en la acción con el fervor indisciplinado de la pubertad, una tercera multitud intermedia, próxima á la madurez, sin ingenuidad ni desencanto, discute la situación de la patria amenazada en la Europa frenética.

Fué publicada la pequeña obra severa en febrero de este año. Es un manifiesto apoyado en estadísticas. Adivinando la gravedad de la hora próxima, multiplicaron escritores inquietos sus interrogaciones. En seis meses aparecen diez volúmenes sobre la nobleza de la guerra y la inseguridad de la paz, libros líricos y estudios austeros, cantos de resurgimiento y tratados de prosaica sensatez. Se improvisan augures en las ciudades temblorosas. He aquí, entre otros, á tres jóvenes que hablan en representación de las nuevas generaciones francesas : el uno es « doctor » de derecho, Marcel Laurent ; el otro pertenece á la universidad, Philippe Norard, y el tercero es simplemente hombre de letras, Alexandre Mercereau, que recorre, nervioso y fervoroso, intensas metrópolis predicando la buena nueva. Es uno

de esos hombres mesiánicos de la Francia revolucionaria que oponían al patriotismo local visiones generosas. Cree en la humanidad, como Pierre Leroux ó Ledru-Rollin, en el internacionalismo fecundo, y su oratoria y sus versos, en que descubrimos la huella pomposa de Hugo, sirven de clarín á su evangelio. Combatirá ahora, perdido en algún regimiento heroico, y será de los primeros en el entusiasmo y en la gloria, porque la guerra ha desvanecido todos los idilios fraternales y ha dado á las fronteras una imponente dureza. Espíritus de origen diverso, profesores y politécnicos, agricultores y doctores, periodistas y pintores, firman este documento mesurado en favor de una política de conciliación.

Examinemos este libro preciso que nos descubre un aspecto esencial del genio francés, el análisis, fundente implacable de entusiasmos excesivos. Hoy, la actitud que presenta sería peligrosa confesión de inferioridad. En el duelo de seis naciones sólo la fe multiplica las fuerzas humanas y el examen menudo resta eficacia á la acción. Sobre el pasado y sobre el futuro, sobre el origen y los resultados de esta gran guerra, trae curiosas revelaciones este desapasionado testimonio.

Condena la paz armada y sus excesos. Se ha estudiado muchas veces, en la prensa y en los parlamentos, el proceso de ese mal común. Constante acusación que no detuvo nunca la preparación bélica en las grandes potencias enemigas. O la reforma social ó la guerra, clamaban radicales y socialistas; la protección al obrero decadente ó la emulación trágica en armas nocivas que conduce á la bancarrota final. El partido de la guerra y el partido de la democracia lucharon y, en tanto, sufrían los presupuestos la doble pesadumbre de las leyes sociales y de los créditos militares. El dilema inicial terminaba en acumulación de gastos, en unión de extremos lógicos que parecieron mutualmente excluírse.

Este libro trae cifras conocidas que impresionan

siempre. Alemania, Francia é Inglaterra soportan gastos preparatorios de guerra tres veces superiores á los de otros pueblos de Europa ó de América. En los últimos quince años los ha duplicado Inglaterra en un presupuesto que ha pasado de uno á dos mil millones de francos. En Alemania el ejército y la marina, que absorbían 1.500.000.000, el año 1900; impusieron en 1914 la cifra de 2.750.000.000. Y en Francia, amenazada en Agadir, irritada en Tánger, notase la misma ascensión : de 1900 á los últimos meses en que se organiza el discutido servicio de tres años, se duplican los gastos de la paz armada, se agrega mil millones al antiguo presupuesto que fijaba otros mil; « literalmente, dicen estos escritores, sucumben las naciones modernas bajo el peso de cargas militares crecientes. Es tan grande el mal, económicamente hablando, que reviste las proporciones de un verdadero desastre. Siquiera tuviéramos el consuelo de pensar que se trata de un desastre accidental y efímero. Pero no cabe esta ilusión. Con método se realiza la terrible destrucción de riquezas que se suma en 12 mil millones para toda Europa y que la misma ley establece ».

Se calcula que la duodécima parte de la producción agrícola é industrial en las grandes naciones se consagra á preparar la guerra ó á defenderse de ella. En 30 años, ha representado para Francia este seguro 70.000.000.000 de francos. Por negarse á la conciliación ó al desarme, paga Europa, cada año, 12.000.000.000 de esa moneda, fantástico don á Marte omnipotente que se apresuran á ofrecer los pueblos desconcertados.

Pero, ¿evita la guerra ó la trae esta rivalidad en armamentos? El robustecimiento de un órgano no puede coincidir con la inutilidad de su función. El partido militar vigorizado proclama la necesidad de un conflicto que justifique sus privilegios. « A medida que

adquiere importancia en un país el elemento militar, leemos, crecen las probabilidades de guerra. Ningún sofisma más desgraciado, por muy frecuente que sea, que el que afirma la utilidad de consagrar á la guerra la mayor actividad posible como medio de conservar la paz.

La guerra actual confirma esta opinión y destruye el clásico « si vis pacem para bellum ». De los pueblos donde es poderosa la casta militar y forma un estado dentro del estado, surgió la provocación, el ultimátum bélico.

Demuestran, como otros publicistas, la urgencia de limitar los armamentos, los autores de este libro palpitante. Desde el punto de vista económico, los dos millones y medio de hombres en pie de guerra privan de su esfuerzo á la industria, al comercio. El servicio militar retarda la época en que empieza la vida activa de una generación y disminuye la natalidad en cada pueblo, obligándo al matrimonio tardío. Usurpa elementos productivos y pesa rudamente sobre la hacienda pública la paz inquieta. Se suceden ejercicios fiscales con déficit, y el empréstito que compromete el porvenir, llega á ser arma normal de la política en falencia. En Francia las recientes leyes militares crean una deuda nueva de 1.800.000.000 de francos.

Alrededor de un problema no resuelto gravitan las rivalidades europeas. La cuestión de Oriente, la expansión eslava, la concurrencia de naciones conquistadoras en el Asia Menor y en Africa, no pueden compararse en urgencia perpetua, en importancia incontestable, á la presencia de dos provincias insumisas en el extremo occidental de Alemania, al « caso » de Alsacia y Lorena graves y estoicas, irreductibles en su espíritu y en su lengua á la presión teutónica. ¿Qué piden estos jóvenes extraños al patriotismo angustiado de los nacionalistas y al « quand même » sonoro de Déroulède? Concesiones

y transacciones, olvido de la herida histórica y de la injusta mutilación. Confiesan que para ellos el 70 es un recuerdo severo, pero no una obsesión.

« Los desastres del año terrible, explican, han dejado de ser, para nosotros un sufrimiento como para nuestros padres. Sedán nos recuerda Leipzig y Waterloo nos hace soñar, por oposición, en Jena. Nunca habitó en nuestro espíritu la idea del desquite. » Esperaban quienes firmaron esta declaración optimista, que cesara la política germana de provocación; creían que un acercamiento resuelto entre Francia y Alemania estaba destinado á resolver el drama europeo, á disminuir efectivos bélicos y evitar bancarrotas. Para la enfermedad de diez naciones ofrecen, médicos « in extremis », el único panacea.

En él confían también, según ellos, las provincias indómitas. Si no se puede ir á la guerra de desquite es preciso aceptar la paz final sin graves ilusiones. Los alsacianos no creen posible, aun después del triunfo galo, su incorporación á Francia. Sólo una victoria abrumadora decidiría de su regreso al seno de la gloriosa nación vencida. Si se estudia la situación económica, no sería deseable en virtud de ella tal unión, porque « teniendo el comercio y la industria alsacianos toda su clientela en Alemania, no pueden vivir sino en el caso de que ninguna barrera aduanera los separe del pueblo importador. La vinculación á Francia implicaría una crisis de gravedad excepcional en el desarrollo de ese pueblo industrial ».

Razones científicas que serían decisivas si el hombre fuera, según la antigua terminología, un simple animal económico. Al criterio prosaico y necesario de utilidad se agregan pasiones más altas, firmes tradiciones, voces de honra y apetitos de gloria. Son los imponderables cuya eficacia nunca desconoció el mismo canciller de bronce. ¿Cómo podían olvidar los franceses, pueblo

heroico y orgulloso, la integridad nacional violada? Émile Ollivier aconsejaba al emperador triunfante que no arrebatara provincias á la Francia humillada porque ese despojo habría de impedir siempre la amistad entre las dos razas enemigas, y provocaría quizás la formación de un bloque de latinos y eslavos contra la prepotencia germana. Firmado el pacto nefasto en Francfort, vive Europa en perpetua angustia para resolver después de cuarenta años, en la más sangrienta de las guerras, como en torneo arcaico, una cuestión de honor. Y se arroja entonces los consejos de Calibán y la obra centenaria de los banqueros y el progreso magnífico de naciones imponentes en una inmensa pira crepitante, con el mismo desdén trágico con que abandonaban los viejos hidalgos el solar y la fortuna á fin de ventilar un pleito de honra.

Olvidan los representantes de una generación positiva, que aquí el « gesto » triunfa del interés y se abandonan cédulas bancarias por medallas de gloria. Escriben que « Alsacia y Lorena no son ni enteramente francesas ni absolutamente alemanas », que en las tierras disputadas, al sólido fundamento germánico se une la brillante civilización francesa. Es la misma dualidad que ha analizado Maurice Barrès en « Colette Baudoche ». Pero, Francia posee sobre su rival, en las provincias anexadas, el privilegio del espíritu, la majestad de un afinidad centenaria que la misma tenacidad germana no ha vencido. Se disiparán millones, se agotarían industrias y sobre los campos yermos será la sangre de dos pueblos rivales la única simiente fecunda; pero Francia sólo abandonará la lucha cuando vuelvan las provincias no germanizadas á su dominio ideal.

Un representante de ellas, el célebre abate Wetterlé, confesaba que « un recuerdo doloroso » impedía toda fusión y reconocía que Francia y Alemania reconciliadas dominarían el mundo, juntando « el genio y la ri-

queza de una y el espíritu de empresa y el método de otro ». Correspondía á la áspera Germania poner las bases de ese acuerdo. La concesión de autonomía á las regiones no asimiladas hubiera preparado la conciliación definitiva con Francia. No exijamos á un pueblo militarizado, que cree en la suprema eficacia del hierro y de la sangre, el instinto de las soluciones armoniosas. Sueñan estos generosos publicistas en la fundación de una república de Alsacia y Lorena análoga á las de Hamburgo y Bremen dentro de la realidad politica del vasto imperio. Pero, la previsión de los estadistas fué impotente para vencer al pangermanismo declamador que predicaba, con brutales metáforas, el exterminio y la dominación.

La guerra ha sido la natural conclusión de polémicas sin templanza. Es ineficaz la sensatez contemporizadora de los hombres maduros. Si ha envejecido este manifiesto que sugiere templanza, conserva su actualidad en lo que se refiere al porvenir. Cuando decline el poder de los ejércitos en guerra y, en el crepúsculo de la antigua Europa, surja, del debate bizantino de los congresos la definición de un nuevo orden de derechos y de razas, se presentarán problemas que este libro plantea. Sólo la derrota definitiva de una nación ó de un grupo de naciones podrá hacer desaparecer una serie de cuestiones no resueltas. Si no se fijan á los nuevos estados límites naturales, si no termina el artificio de naciones sin alma común, complicadas y frágiles, el gran conflicto preparará nuevas luchas. Será eterno el duelo por la hegemonía. La aniquilación de un beligerante, la formación de naciones que correspondan al concepto histórico y cultural de raza, evitarán la angustiosa paz armada y sus consecuencias.

Estos jóvenes temen al peligro ruso y aconsejan la amistad con Alemania para que Francia conserve su autonomía. « Rusia, por su población y su extensión

amenaza con llegar á ser la más formidable potencia mundial que haya existido, sobre todo si se le agregan los 30 ó 40 millones de eslavos que se encuentran en la región de los Balcanes y entre los dálmatas y croatas. Sólo China ofrece al observador tan densa población. Dentro de 20 años Alemania, con sus 80 millones de habitantes, Austria con 20 millones de germanos, Inglaterra con 50 millones, Francia con 40 é Italia con 50 no serán quizá bastante poderosas para contener la fuerza creciente de 300 millones de eslavos que ocuparán el suelo del Ural hasta las orillas del mar de Mármara y del mar Baltico. » Antagonismo remoto en nombre del cual no puede olvidarse el odio presente. Francia aliada de Alemania hubiera sido dentro de veinte años lo que fué Grecía para Roma : una impotente democracia de ideólogos. Unida á Rusia readquiere su antigua preeminencia y, si llega á evitar los excesos de la previsión maltusiana, si une á la inteligencia y á la riqueza la fuerza numérica de poblaciones en crecimiento, será su poder igual al de las más bellas épocas de su historia.

Diríase que en el crepúsculo del mundo antiguo se dirigen á América los pueblos que declinan. Hace tres siglos buscaban el oro en sus minas obscuras; hoy, desconcertados y violentos, piden á ultramar una moral. A los Estados Unidos llegan emisarios europeos porque han perdido el viejo canon de la justicia. Un antiguo canciller francés, M. Hanotaux, confiaba á las naciones del A B C desde las columnas de « El Fígaro » una tutela moral. La república sajona se convierte, por expresa invitación de los beligerantes, en árbitro supremo de la gran guerra. Corresponde á una democracia protestante el privilegio histórico del papado, el juicio de la historia y el juicio de Dios. En un continente orgulloso, alejaría este reconocimiento espontáneo de su preeminencia la tenaz imitación de lejanas querellas. En vez de repetir el drama de la paz armada ó de discutir cues-

tiones de hegemonía, se llegaría al acuerdo, á la cohesión fecunda, se definiría una política propia, original; y veinte repúblicas neoespañolas pesarían en los inseguros destinos de Occidente. Corresponde al nuevo mundo, en la bancarrota del antiguo, una función mesiánica.

1914.

LOS ASPECTOS PSICOLOGICOS DE LA GUERRA

Los graves tratados de psicología colectiva parecen destinados á renovarse en este vasto drama de creencias, naciones y razas. La guerra exaspera ciertas direcciones morales, devuelve, en pueblos que parecían transformados, al alma antigua, su oscura virtud. A las definiciones escolásticas de observadores que juzgaban la fisonomía de la paz, se oponen pronto, reflejando la pasión actual, caracteres inesperados y nuevas síntesis. La sociología resulta provisional como los límites de las patrias en conflicto, como los tratados respetables, como los dogmas y los sistemas. Una humanidad heroica rompe los cuadros que parecían definitivos.

Tratemos de fijar en la tragedia presente estos aspectos que aspiran á la majestad de caracteres durables.

Muchos « ismos » sufren en la lucha, ilusiones peligrosas que no han resistido al gran asalto : pacifismo y humanitarismo, antimilitarismo y socialismo, tendencias del pasado, expresiones de un idealismo de razón ó de un sentimentalismo desdeñoso de la verdad política. Un diputado alemán, el socialista Sudekum, solicita el apoyo del partido italiano en favor del imperialismo ; otro declara que antes que la idea de humanidad está la de patria. Cuando se apoderan de las fábricas belgas los soldados del Káiser, piden los sindicatos de ultra Rin que ellas sirvan, no al obrero flamenco miserable, sino al germano victorioso. Adelantándose á esta ban-

carrota de un principio generoso, llamaban agente alemán á Jaurés caricaturistas agresivos, porque pedía el desarme. El Káiser ama á sus « buenos socialistas » y celebra la unanimidad de su entusiasmo militar. Sólo Liebknecht, aislado y vengador, pronuncia palabras condenatorias sobre este choque del imperialismo y dee la democracia. Sin su estado mayor vigilante, sin la ciencia de sus artilleros, sin dos ó tres ministros nacionalistas, habría perdido hoy Francia su libertad política y la integridad de su territorio armonioso. ¿Quién escuchará á los pacifistas de mañana cuando quieran adormecer á pueblos amenazados? Se desvanecerá la música de su lirismo nocivo mientras no se establezcan pactos firmes, renovables, generales, limitaciones precisas al crecimiento de los ejércitos y de las escuadras. ¿Habrá un francés enemigo del militarismo defensivo después del « peccavi » de Gustave Hervé, ante el espectáculo de estratégicos sabios que detienen al ejército más formidable de la edad moderna? La única Internacional que subsiste — ha escrito Charles Maurras — es el catolicismo, nuevo avatar de la religión que se creyó en decadencia. Al negarse Pío X á bendecir las huestes austriacas del rey que fué siempre predilecto defensor de la Iglesia, al protestar el pontífice actual del incendio de Reims, sostiene contra los pueblos en delirio su vieja misión de paz. Donde el socialismo declina, crece la Iglesia milenaria.

El nacionalismo se robustece é impondrá seguramente, después de la paz, su credo enérgico á los pueblos desconcertados. El abandono elegante al cosmopolitismo ha sido para Francia el anuncio de la ruina final. Cuando leía, hace más de un año, en « L'Action Française », la denuncia insistente de León Daudet, me fatigaba su violenta campaña. Hoy reconozco el vigor de esa admirable cruzada que resume un libro : « L'Avant-guerre ». El espionaje alemán era una organización

prodigiosa : aspiraba á reinar en plena paz, á reunir en manos enemigas todas las fuerzas vitales del país. Abruman las confirmaciones de esta guerra á la profecía patriótica de Daudet. Francia iba á ser un pueblo encadenado en silencio por obra de la finanza insidiosa. En Bélgica, en Inglaterra, en Suiza, en Francia el capital germano servía admirablemente las ambiciones del Imperio. Cuando se halla en las vecindades de Amberes y de Maubege fundamentos de piedra para el gran mortero alemán y en manos de invasores la lista completa de los capitalistas de las ciudades tomadas y hasta de los muchachos que no han marchado á la guerra, se comprende el suicidio que preparaba, en su demencia creciente, el internacionalismo. El más ingenioso apóstol de la superioridad germana, el célebre profesor Ostwald, que explica, desde su cátedra de Leipzig, el mundo orgánico é inorgánico por combinaciones sutiles de energía, publicó hace cuatro años en una revista importante de París, « La Grande Revue », admoniciones que hoy tienen la dureza de un sarcasmo. Aconsejaba á Francia el desarme, la iniciativa en esta obra de paz, la disolución de su ejército aunque mantuvieron su fuerza armada las naciones vecinas, el gesto audaz, que imitarían, como en la edad revolucionaría, todas las gentes ; y estaba seguro ya de que ningún pueblo se atrevería á violar las fronteras de la noble democracía desarmada.

Fácilmente triunfa de estas falaces promesas el nacionalismo. Sus mismos excesos se explican por la terquedad de la ilusión enemiga. Defiende la patria cerrada, exclusiva ; reforma las leyes de naturalización en Francia y en Inglaterra contra la peligrosa ley Delbrück, que reconoce dos nacionalidades al alemán emigrante. Aconseja la xenofobia, la resurrección de las leyes de Atenas contra el « meteco ». Y orgullosamente víncula á la acción violada los beneficios de una cultura

propia, de una industria castiza, de una enérgica autonomía. La hospitalidad sin reservas al invasor pacífico que se adueña del trabajo y de la idea, es una abstracción peligrosa, como esas divinidades de la niebla y del caos de que se burlaba la comedia aristofánica.

Así Saint-Saens pide el ostracismo de la música alemana en nombre de los intereses franceses. Pasaron las épocas doradas en que Voltaire fué huésped grato en Pótsdam, ó en que la «tetralogía» wagneriana monopolizaba los teatros de París. El manifiesto de los intelectuales alemanes ha demostrado que el oficial y el profesor son, en un pueblo bien organizado, agentes del espíritu nacional; la querella contra las universidades se une á la guerra contra el militarismo. En ferias de hostilidad presentan sus títulos de gloria las naciones. Alemania enseña en libros eruditos que donde imperó la sangre de su raza destinada á la redención del mundo decadente, una generación de sabios y de artistas enlevó ideas y formas nuevas á los pueblos rutinarios. El Renacimiento italiano es obra teutónica : el Dante, el Tasso y Benvenuto Cellini son representantes de su genio eterno. La etimología nos revelará en nombres franceses ó italianos corrupciones del original germánico. Profesores franceses de segura erudición niegan á la cultura de Rin originalidad é influencia más allá del. ¿Qué sería Kant sin el escepticismo de Hume y el romanticismo ingenuo de Rousseau? Las canciones de gesta, la arquitectura gótica, el feudalismo, la caballería son instituciones de Francia. Gœthe admira á Voltaire y á Diderot. Fichte sigue á Rousseau. El romanticismo es invención inglesa, sostienen los eruditos; creación germana, afirman los comentadores del « Sturm und Drang ». A Byron y Shelley oponen Novalis, Tieck, los dos Schlégel; á Manfredo desolado los personajes quimeristas y nostálgicos, como Heinrich von Ofterdingen, en perpetuo

análisis de su melancolía, Sehnsucht. Si los alemanes se enorgullecen de sus conquistas científicas, si exaltan á Haeckel, los ingleses citan á Darwin con altivez y los franceses á Lamarck, el precursor. Sin Pasteur no existiría Koch, Roentgen sin Becquerel. Continúa la exposición apasionada de ciencias y letras, la definición de un cardinal antagonismo. No hay escultura en los dominios prusianos; pero ninguna música es como la alemana, revelación del misterio de las cosas, auténtica voz del Infinito. Recordad á Nietzche y sus impresiones de arte : Bizet, intérprete de la vida mediterránea y de su azul melodía supera á Wagner, arquitecto pesado y ciclópeo. Lo afirman, hoy los músicos fatigados del « leit-motiv » sabio y del tumulto orquestal. Remy de Gourmont desdeña la « abstrusa metafísica » de Schelling y de Hegel; prefiere los pensadores claros y geométricos, Holbach ó Destutt de Tracy. Diríase que van á cerrarse las fronteras morales y que la guerra, removiendo atavismos, despoja á las naciones del cosmopolitismo aparente para revelar instintos formidables. El sentimiento separa, pero la razón une, enseñaban los optimistas distinguiendo facultades como los eclécticos; en la vida profunda se juntan todas las fuerzas psicológicas, y la inteligencia es tan hostil como la pasión á fraternizar con razas hostiles ó diversas, « más allá de los bienes y de los males » de la patria.

La industria exótica se marida a la doctrina universitaria; el « made in Germany » es símbolo de invasión. La finanza internacional que olvida las afirmaciones del patriotismo sufrirá largo eclipse para que se organicen, dentro del cuadro de cada pueblo, fábricas y cultivos en firme haz. Las aduanas se convierten en fortalezas porque la experiencia ha demostrado que el comerciante es agente de imperialismo. Todas las formas elegantes de convivencia entre naciones, con-

gresos y tratados, conferencias de amable pantagruelismo, parecen formas de un pasado remoto en esta reacción victoriosa de los nacionalismos.

Asistiremos pronto, en Armenia y en Schleswig, en Polonia y en Dalmacia, á una invencible reacción patriótica. Europa palpita en gestación de libertades, y como son complicados los factores de unidad política, el problema inquieta á los gabinetes. En Transilvania y en el Trentino, en Bohemia y en Macedonia, se sufre del yugo extranjero. Una legión de geógrafos, de etnógrafos, de lingüistas, discute en la antesala de los palacios. ¿Se dará preferencia al lenguaje ó á la raza, á la religión ó á las afinidades de cultura en el nuevo mapa europeo? Las provincias que exigen autonomía contienen elementos tenaces de desemejanza. Eslavos é italianos, católicos y judíos, musulmanes y ortodoxos, preparan nuevas luchas en las futuras patrias. ¿Cómo obtener en la alquimia política la sintesis esperada? A medida que se prolonga el análisis en el pasado, crece la incertidumbre. Unas veces la cultura ha corregido la obra de la sangre, como en Alsacia, y otras el instinto ha vencido á las superfetaciones intelectuales. Se aspira á fijar definitivamente límites naturales en la Europa múltiple, y quién sabe si en este noble empeño rivalizarán los estadistas que se ufanan de manejar realidades precisas con los jacobinos enamorados de geometría y estéril razón.

Las iglesias crecen en esta confusión de naciones. Representan ante la discordía la unión, la unidad, el principio moral. Resurge la fe como de invisibles catacumbas y la plegaria indecisa se torna en misticismo activo. Es otra vez la hora álgida de las religiones. Para superarse busca el hombre, en su conciencia profunda, un estímulo divino, y toda la flora cristiana — abnegación, ascetismo, renuncia á intereses transitorios, sonrisa ante la muerte — parece cobrar

energías invisibles en la tierra sangrienta. Estoicismo dulce, sin clásica rigidez, que abunda en las patrias en guerra. En Francia, donde sufrían dura persecución, combaten los católicos, activos, heroicos, libres de toda mediocridad. Y con ellos, protestantes y judíos en imponente emulación. El racionalismo acepta un eclipse provisional : es la fría doctrina de la paz. En estos meses de concordia intensa y unidad silenciosa, nadie ironiza, y los templos readquieren su antigua preeminencia.

Profundo estremecimiento de la guerra que devuelve al pasado su eficacia, á los instintos seguros, á las creencias olvidadas, á las subterráneas riquezas del hombre, á pesar del vano hacinamiento de orgullos recientes. Los muertos gobiernan, según la sentencia de Augusto Comte, y la guerra pone en las osamentas desdeñadas una extraña trepidación. « ¿Adónde fueron — pregunta Paul Bourget — cuando sonó la campana de la movilización, las madres y las esposas? ¿A la alcaldía, á la casa del pueblo? No, á la de Dios. » El novelista, transformado en pensador cristiano, escribe triunfalmente que el complot católico está formado por « todas las abnegaciones hambrientas de esperanza y por todas las tristezas sedientas de consuelo ». Sacerdotes mueren en la frontera para llevar la paz absolutoria á los creyentes, mueren también como soldados, caen al lado de las ambulancias y en las zanjas voraces. Lo que olvida Bourget es la fraternidad de todas las iglesias en la gran crisis. Contra las separaciones dogmáticas y los odios históricos, se impone la fe simple, el fervor de caridad, el misticismo esencial que levanta sobre las limitaciones de la tierra la esperanza del reino inmortal. La acción y la confianza triunfan de la aspereza escolástica y nada es más su gestivo que el reciente ejemplo de un rabino que busca para un soldado católico en angustia de muerte el crucifijo, y muere mientras lleva

al herido anhelante la imagen de un Dios en quien no cree.

Sorprende en esta edad prosaica la capacidad de heroísmo. Es la gran enseñanza de la guerra. La ciudad ávida y mediocre, la lucha cotidiana por el bienestar ocultaban esta magnífica voluntad de sacrificio. La « orden del día » de los ejércitos, simple, fidedigna, es un himno rojo á la fuerza humana, al desdén de la muerte, al desinterés que se trasmuta en sagrada locura. Perpetua ascensión en los campos graves del mundano, del burgués, del obrero, á esas cimas duras donde reina la gloria como un sol eterno; Epícteto en acción, Marco Aurelio que se convierte en multitud, la gesta de los caballeros medioevales, los clásicos ejemplos de virilidad, todo lo hallamos, en inmenso escenario, en legiones densas y dolientes. Los predicadores de igualdad que establecían ásperamente el derecho del hombre, olvidaron esta nivelación en el renunciamiento que redime de un egoísmo centenario á la especie enhiesta. Cuantos estudiaban la perfección de esta moderna civilización complicada, el poder máximo del oro, el señorío del lujo, el capital de epicureísmo, el progreso mecánico é industrial, la decadencia de la virtud antigua descubren hoy que la brillante superficialidad cubría inagotables reservas de energía. La Francia frívola de los turistas se torna austera; el inglés abandona la City pletórica de riquezas en busca de un deporte trágico; el alemán advenedizo del fausto y del poder se inclina severamente ante la voluntad común. La Bélgica sensata, lenta, millonaria, muere por un principio : quijotismo colectivo, gallarda caballería de honor.

Entre los germanos, el coraje es abrumador como el patriotismo místico de la raza. Nada vale la unidad humana, y los generales empujan á la muerte apretadas masas que caen sin protesta : « Deutschland über alles. » Parece el valor inglés frío, correcto, invencible, el último gesto del « gentleman ». En Rusia es como la

exasperación de un sentimiento filial al padre zar, como la renovación de viejas inmigraciones. Admiro en la « dulce Francia », que sabe amar la vida, que desmenuza los viejos móviles humanos con el martillo de su razón segura, esta carrera unánime á la muerte. El heroísmo reflexivo es la más grande creación de los hombres que después de medir el abismo con ojos atentos á la belleza del mundo, van á él resueltamente, en nombre de un haz de motivos sentimentales é intelectuales, en plenitud de conciencia y de examen. Evocando escenas bíblicas, el pequeño pueblo servio y Montenegro, extraño á todo yugo, detienen una nación millonaria de hombres armados, y en la tercera guerra que les impuso el destino en cinco años, combaten gloriosamente, como si las batallas fueran para esta raza enérgica la forma ordinaria de la existencia. ¿Dónde no hallar el abandono de la seguridad burguesa y de sus provechos, el desdén á las combinaciones prácticas de la diplomacia, de Hungría á la llanura flamenca, de Alsacia á las orillas majestuosas del Danubio? Agitada por un demonio interior ó por una « furia divina », explicaría de Maistre, la humanidad se transfigura, y dura, polvorienta, frenética, quema en una pira gigantesca las creaciones de su actividad operosa.

Crece el heroísmo y se desplaza el odio. Las alianzas se afirman en el dolor común. A su eficacia práctica se agregan consideraciones intelectuales y morales. Y el odio busca nuevos enemigos, pasión elemental, ha escrito el profesor Sombart, definiendo el presente antagonismo entre ingleses y alemanes. Con la violencia de un instinto amenazan los germanos á la isla enemiga. Elogian á Francia y desdeñan á Rusia, reconocen el valor de las legiones galas y la excelencia de sus generales, y reservan su enemistad profunda para el pueblo « mercenario » que les disputa la hegemonía del mar, el comercio del mundo y el imperio colonial. La nación

práctica olvida las tradiciones del derecho de gentes para satisfacer la gran pasión moderna. Francia era el enemigo histórico, pero en la epopeya obscura de las trincheras ha reconocido Alemania el vigor de la raza que juzgó acéfala y decadente. ¡ Ah ! ¡ Si pudiera fundar la federación central de Europa y congregar todas las fuerzas que hoy combaten en lucha estéril contra el reino insular ! El continente europeo sería la obra final del genio organizador de los teutones : á la discordia infecunda se sustituiría la nueva paz de la tierra y de los mares sin la hostilidad vigilante de Inglaterra. Profesores como Ostwald abandonan los laboratorios para predicar unión á Escandinavia y Francia, y juntar naciones como elementos de una síntesis química.

A ese internacionalismo tardío oponen los pueblos oprimidos voluntades precisas. Esta guerra funda libertades y establece con « hierro y sangre » autonomías. Si su pensamiento inicial fué la sujeción del mundo decadente á un César de derecho divino, de sus victorias finales surgirá una Europa más firme. Unión interna en cada pueblo debilitado por tenaces querellas como la cuestión irlandesa y el anticlericalismo francés. La amenaza exterior robustece en las patrias amenazadas la unidad claudicante. La necesidad de mantener el vínculo político enseña á los gobiernos autocráticos el beneficio de la tolerancia. Rusia ofrece á los polacos independencia, la constitución de un reino que haga olvidar persecuciones y expoliaciones. ¿Podrán ser para los judios que combaten tan injustas las leyes de excepción como antes de la guerra que ha acercado á las razas en la grave fraternidad de la muerte? Conquistarán seguramente si no la plena igualdad, al menos el respeto civil. En Rumania donde forman un estado en el estado, el fervor bélico los redimirá del ostracismo. No se concibe un « Kulturkampf » en Alemania después de estas luchas en que los católicos secundan el esfuerzo

imperial. En Francia las leyes contra los católicos cederán ante del heroísmo igual de las Iglesias.

La guerra consume fuerzas centenarias y devora hombres con pantagruélica voracidad. Crea sobre las ruinas, provoca reacciones inesperadas en el mismo imperio de la sombra. Precipita la caducidad ó anuncia la restauración. Es profunda y contradictoria, disuelve y redime, como las fuerzas antiguas y misteriosas que transformaron el caos en armonía. Demuestra á la razón su flaqueza, al análisis su miseria, para devolver al instinto, á la pasión, á la fe, al odio, al amor, á los móviles primitivos, una virtud exasperada. Robustece la jerarquía, afirma la disciplina y confunde á las clases en la igualdad del dolor y en la nivelación de la muerte. En presencia de sus holocaustos, acusamos á la barbarie ancestral y renegamos de la civilización, vestido frágil, disfraz instable, como enseñaba el profesor de « Sartor Resartus ». Cuando leemos la gesta cotidiana del heroísmo y admiramos, en la tensión nacional, el olvido de la frecuente mediocridad, el desinterés trágico y la silenciosa severidad, comprendemos el comentario apasionado de Joseph de Maistre. ¿Quién ha explicado la esencia obscura de la guerra, los pacifistas que la odian ó los apologistas de la vasta experiencia roja que reforma costumbres y crea naciones? La guerra es divina escribía en sus discreteos de San Petersburgo, el conde de lógica apasionada. Divina por « la gloria misteriosa que la rodea » y « por sus resultados que escapan por completo á las especulaciones de la razón humana »; divina porque envilece ó exalta, porque hay « guerras viciosas » « guerras de maldición » y luchas de progreso. Inclinémonos como el profesor de violencia ante el misterio presente y esperemos para juzgarlo la hora próxima de la restauración. Surgirán entonces de la materia hirviente estatuas perdurables.

1915.

LA POLITICA DE TREITSCHKE

De 1874 á 1896 enseñó en Berlín un profesor vibrante y dogmático, con el avance imperioso de su torso erguido. Predicaba un nuevo evangelio, la fe en la Germania perdurable. Crecía su auditorio en número y fervor : la generación contemporánea de la victoria amaba á este maestro de ademán profético y pasión cotidiana. Por la ironía de las cosas humanas un eslavo se convertía en profesor de patriotismo. Igual destino al de Nietzche, meteco que anuncia al Superhombre, en bellos himnos alemanes.

Pero Treitschke no desdeña al teutón en cuyo cerebro lento descubre depósitos de cerveza el sagitario de Aurora y de la Gaya Ciencia. Es el apóstol rudo sin la gracia de la ironía ni el don aristocrático de la duda. Como Droysen, como Sybel, acumula libros de historia prusiana, diviniza el estado militar y á su héroe, el genial Federico. Sinceramente renuncia al sentido crítico como sus compañeros de universidades patrióticas, y crea, desde la capital improvisada del imperio naciente, un fuerte entusiasmo castizo. Fichte exaltaba el yo individual en torno al cual gira el mundo obscuro y tributario del no yo, y abandonando luego la metafísica de la voluntad por el dominio cierto de la acción, levantó el yo colectivo, la conciencia nacional alemana sobre la miseria de las demás razas y puso las firmes bases de un patriotismo místico. En una época de intensa vida espiritual, como la del « Sturm und Drang», enseñaba un filósofo el amor á la tierra ancestral.

Sus Discursos á la Nación alemana descubrían en la patria mutilada y doliente un valor seguro de eternidad. A los escarceos sutiles del precursor se substituye luego la densa política de una época sin grandeza : megalomanía, agresión constante, obscura voz de una pamboecia industrial que desdeña los prejuicios morales y rompe los centenarios diques del honor. El « quia nominor leo » de las batallas zoológicas, llega á ser el código de los fuertes. Falta el lirismo de Zaratustra á este cinismo robusto que se disfraza con sofismas de razón de patria y lleva al mundo la moral remota de mammuths y trogloditas, el doble imperio de la fuerza y del número. Si, en la vida civil, la política protege á los débiles y los tribunales castigan el despojo ; en el dominio abierto de las relaciones internacionales, el desdén á los pactos crea una brutal anarquía.

Heinrich von Treitschke es su apologista. En sus libros hallamos en germen los editoriales del periodismo conservador, del Tag ó de los diarios de la Liga Agraria, la gárrula propaganda de folletos numerosos, la filosofía de los estratégicos como von Bernhardi y de los oradores millonarios del Landtag prusiano. Es el doctor univeral que entrega á la exégesis paciente de las universidades la « suma » pangermanista. Suya es la responsabilidad del estado moral que prepara la guerra y su justificación trascendental.

Confluyen en Treitschke viejas corrientes germanas que llevan á la exaltación del poder : el orgullo nacional de Fichte, el arcaísmo místico del año 20, el patriotismo excesivo de los historiadores, la filosofía del Estado de Hegel. El profesor tonante, después de escribir la vida heroica de Prusia y de definir su misión santa, construye en los dos tomos de su *Politik*la más absoluta teoría del poder y de su ambición.

Es la apoteosis del gobierno armado y justiciero, misionero de Dios, obra magna de la Fuerza, suma

agresiva de voluntades tensas, tremendo Leviatán que vence á la ola artera y avanza á graves destinos. De Maquiavelo á Treitschke la doctrina crece en vigor y precisión. El Estado es el poder entre los poderes : se afirma, con indiscutible voluntad de dominio. No es Academia de artes ni menos aun Bolsa vulgar, Stock Exchange. Nació de la violencia, erizado y rutilante, y de ella vive soberbiamente. No pide al pueblo « aprobación racional », sino obediencia. Impone leyes sin examinar, en la conciencia obscura, el signo del entusiasmo. Conformidad externa, disciplina invariable, ese es su ideal. « No surgen los estados de la soberanía de la nación, sino que son creados contra la voluntad del pueblo; el Estado no es sino el poder de la raza más fuerte que llega á dominar. » Adquirido ese poder supremo, necesita conservarlo y acrecerlo. Renunciar á él sería para el Estado, demos á la frase su sentido más real, « el pecado contra el Espíritu Santo », es decir, el acto imperdonable de una conciencia perversa, el delito que inquieta al cielo y á la tierra.

El Estado, órgano primitivo de la vida, es tan necesario al hombre como el lenguaje y tan antiguo como él. Treitschke recuerda, en su fervor doctrinario, los elogios de Cicerón á la historia, de Taine á la abstracción. El individuo, la religión, la ley, la tradición, la familia y el derecho, todos los elementos diversos de la civilización derivan su vida parasitaria de esa gran ideal central. En el Estado, diría el Apóstol, nos movemos, vivimos y somos. De su esencia mística, de su realidad divina, surgen todos los bienes de la tierra. Es la pirámide levantada con polvo de hombres, en la cual perduran sus deseos obscuros y culmina en grandeza su esfuerzo anónimo. El historiador prusiano admira naturalmente á los grandes estados y cree que « si el Estado es poder, sólo corresponde á esta idea el Estado que es verdaderamente poderoso ». Así se explica que

Bélgica, poder secundario hostil á la voluntad de una nación magna, se convierta en vasto « jardín de suplicios ». Generales que leyeron á Treitschke castigan, en el «non possumus» opuesto á la invasión germánica, la audacia de un pueblo secundario que no merece el título majestuoso de estado. « Hay algo de indudablemente burlesco en la naturaleza de un estado pequeño, ha escrito el profesor berlinés. No, en verdad, porque la debilidad sea en sí misma intrínsecamente ridícula, sino porque llega á serlo cuando se afana en presentarse como poder. » Es la condenación de Bélgica, de Holanda y de Suiza, de todos los grupos nacionales menudos que detienen la expansión de Alemania. En ellos descubre el duro escritor parasitismo, humildad mendicante, inferioridad económica, materialismo y hasta incapacidad de justicia. Hallamos más noble capacidad en los estados grandes, en que se juntan, para la elevación de los hombres, el derecho y la fuerza. Los agita un idealismo que no se satisface con materiales provechos ni cree que la acumulación de riquezas y la belleza de la vida social sean signos de grandeza política.

El Estado tiene dos funciones esenciales : administrar justicia y convertir su « voluntad de poder » en guerra eficaz. Disciplina en la vida política y civil, agresión útil, oportuna, en la vida internacional. Treitschke canta himnos á la guerra, como de Maistre, á su grandeza viril, á su « majestad moral ». « Quién sabe historia, escribe, sabe también que sería realmente mutilar la naturaleza humana el esforzarse por alejar la guerra del mundo. »

De ella surgen la libertad, el orden, la salud nacional y el imperio ; diosa pródiga que trae, bajo el escudo historiado, los bienes que atribuyeron antiguas gentes á Ceres y á Minerva. Ella ofrece la verdadera paz, silenciosa y fecunda. Escuchad al profesor exaltado « Los grandes adelantos de la humanidad en civilización sólo

pueden ser integramente realizados por la espada en medio de la resistencia de la barbarie y de la sinrazón. » Cierto es que la avidez de los mercaderes la condena en nombre de valores cotizables; Marte desdeña al pesado Mammón. El egoísmo de las clases poseedoras, el mercantilismo, el exceso de los provechos industriales se oponen á esta cirugía sangrienta que cura la gangrena de un pueblo envejecido. En metáforas que se fundan en la biología explican estos profesores extraviados en la medicina, la excelencia de remedios violentos para detener la decrepitud, de la « terrible medicina para la raza humana ». Treitschke va más lejos aun : predica la santidad de la guerra. « Precisamente, enseña, el materialismo la condena mientras que el idealismo político la pide. ¡ Qué perversión de la moral implica el deseo de eliminar el heroísmo de la humanidad ! »

El ensueño de la paz perpetua es propio de épocas « fatigadas, ininteligentes, enervadas ». La historia que sólo ostenta « masculinos rasgos » las condena ó las olvida. Ama á los fuertes, al Ario bravo a quisen debe el Occidente, fuego y la espada, símbolos de creación perdurable. Exalta á los héroes en las escuelas y en las plazas. Diviniza desde la edad remota de los primeros cronistas, á quienes sacrifican á un ideal más noble el yo efímero, á cuantos, en la hora trágica, asesinan aunque sean humanitarios, destruyen á pesar de su credo conservador, profanan basilicas á despecho de su entusiasmo por la belleza. « El hombre más refinado, leemos en estas oraciones políticas, percibe que debe matar á enemigos cuyo valor estima en alto grado; siente que la majestad de la guerra consiste en el hecho de que el asesinato se realiza en este caso sin pasión y que, por lo mismo, exige en él mayor dominio de sí mismo que en el bárbaro. »

La guerra, maestra de heroísmo y devoción al ideal,

es admirable, sobre todo, porque crea y robustece naciones. De la sangre, « alma parens », nacen y en ella perduran. Lo ha repetido sin fatigarse á su pueblo ambicioso el profesor fanático. ¿Qué ha denunciado como el mal de las naciones, como « el verdadero pecado contra el Espíritu Santo? » La debilidad. Ser fuertes, al margen del derecho y de sus mallas bizantinas, si es necesario; acumular energías guerreras, prepararse para el combate futuro, constantemente, sin descuido ni molicie, tal es, en el crepúsculo de las viejas naciones, el sano deber teutón.

Cierto es que los ideólogos buscando en la historia fría «rasgos sentimentales» y oponen á la expansión del Estado el imperativo moral. ¿Qué ley más alta que la conservación del espíritu y de la ambición nacionales? « El deber cristiano de sacrificio de sí en nombre de una realidad más elevada no puede aplicarse al Estado, porque nada existe de más alto en la historia del mundo.» Es el ídolo supremo ante el cual se inclinan todas las majestades de la tierra : poder sinónimo de fuerza divina, de guerra regeneradora, de perpetua y útil creación. A veces los tratados se interponen, como limitaciones del pasado muerto, en el avance legítimo de un pueblo. Pero, los pactos no tienen valor absoluto : en ellos va siempre implícita la reserva « rebus sic stantibus ». « Ningún Estado puede comprometer su porvenir por el bien de otro Estado. Como no tiene juez superior á sí mismo, concluirá tratados con el silencioso designio de denunciarlos, » si cambian las circunstancias que explican su permanencia. Y en esta alteración de tratados inviolables se funda el progreso humano. Treitschke da, para la protesta belga, reglas seguras. Su maquiavelismo flexible y místico que diviniza al Estado, resuelve, sin inquietud, las menudas oposiciones de la vida internacional.

Tarde llega á los combates modernos la nación ger-

mana elegida, el Israel actual, mensajero de palabras eternas. La naturaleza ha sido para ella madrastra, escribe el indignado maestro. No posee colonias, porque el mundo en que debe imprimir el sello del « *imperium* » está dividido entre poderes voraces. Reclusa en la Europa central, no es dueña del mar ni de la desembocadura de ríos necesarios ni de costas libres. Y, sin embargo, la regla es clara : « todas las grandes naciones de la historia, cuando llegan á ser fuertes, han sentido el impulso de imponer el vigor plasmante de su naturaleza á las tierras bárbaras ». Raza aristocrática, que ha culminado en fuerza, inteligencia y virtud, necesita colonias la Alemania olvidada y estrechada. En el nuevo reparto del mundo, creará la guerra un vasto dominio teutónico.

¿Quiénes pueden oponerse á la voluntad imperial? Francia decadente y anarquizada; Rusia, imperio del « knut », de la barbarie asiática; Inglaterra, país sin caballería, ni lealtad, (Treitshke reserva para la isla dominadora de continentes y mares su áspera indignación); Inglaterra que celebra su impía fiesta de codicia en el Stock Exchange, templo de Mammón. Contra la miseria de estas naciones sin función histórica, la leal, la ingenua Alemania bajo la dirección enérgica de los Hohenzollern, « raza dotada »; de Prusia, estado « libre y racional », fundará la paz moderna, larga y fecunda, después de asombrar al mundo titubeante con la última cabalgata de las walkirias.

Desde la declaración de guerra y la invasión fulminante, Alemania realiza en dos fronteras el ideal pedagógico de Treitschke. Desconoce los tratados en que puso su rúbrica orgullosa, aterra en nombre de principios de humanidad, desdeña á los estados pequeños, siente el noble frenesí de la guerra, se inclina ante su majestad, se burla de la estrechez de nuestras vidas prosaicas, quiere el poder máximo, símbolo del estado

máximo; y afirma su voluntad de dominio en la tierra palpitante y en el mar cruzado por mástiles enemigos. Bismarck es el maestro de guerras menudas, el estadista de una Alemania inferior. Treitschke brillante, ágil, sin gravedad teutónica en sus lecciones célebres, incendia con imágenes la mente indecisa de una generación: es el profesor del gran ensueño romano, del despotismo santo sobre el mundo sumiso. Una legión inmensa de oficiales devotos vive hoy intensamente, heroicamente, para dar realidad perdurable, más allá del bien y del mal, á las teorías inflamadas del historiador berlinés.

1915.

ROMAIN ROLLAND Y LA GUERRA

Desde fría eminencia suiza distribuye Romain Rolland críticas y recompensas á los héroes de esta guerra adusta. Condena ó exalta alternativamente, seguro de su magisterio tolstoyano. A su helado risco no llegan las pasiones de la tierra, la admirable tensión de los patriotismos exacerbados. ¿Quién le confirió en la insoluta querella la altiva función de juez ? En su conciencia profunda un infalible instinto le guía, una divina voz. Aspira á la serenidad de Gœthe anciano, á la metafísica indiferencia de Hegel en la era generosa de Valmy. Elogiaron á Napoleón triunfante estadistas y filósofos alemanes olvidando la miseria de la patria vencida? El cañón tonante no llegó á perturbar en los seminarios de la inteligencia alemana la construcción de escuetos silogismos. El observatorio del planeta, Sirio, sirve á este árbitro flamante, como á Renán, para contemplar « sine ira et studio », en el silencio de las noches estelares, el avance de la tierra ensangrentada.

Rolland es francés y abandona su patria invadida para examinar, en ciudad neutral, su ira justa. La prensa de París condena amargamente su deserción moral. De lejos aplaude heroísmos, él que estudió en libros célebres las vidas ejemplares. « Romain Rolland — escribe Henri Massis, representante de violentas generaciones francesas — parece un corazón universal : ama á todo el mundo, sin duda porque no puede amar á su padre, á su patria, á Dios, filiación de la paternidad. » Se proclama idealista en el choque de los intere-

ses vulgares, pero el verdadero idealista « se bate, da su vida á algo que juzga más grande que su propia existencia ». En el solitario de la Ginebra presente buscan refugio las almas sin virilidad, « todo lo que no tiene patria, ni casa, ni enseña ». Severa acusación explicable en una hora solemne en que callan las voces universales. Todo pontificado de unión, de Roma, de Helvecia, de Wáshington, olvida la angustia de ideales precisos y el desfile de ideologías enemigas sobre las tercas trincheras. Se combate por la vida y por el ideal, en guerra metafísica. La patria obstinada y gloriosa considera á la humanidad y á sus apóstoles como usurpadores de energía y ladrones de un amor necesario. Fuerzas y pasiones locales resurgen majestuosamente contra el vago internacionalismo de antaño. Rolland levanta su evangélica tribuna en una encrucijada de odios. Gesticula mientras el mundo combate y sangra mientras caen, en el cotidiano holocausto, los iconos de beatos pacificadores.

Músico y crítico, biógrafo de vidas heroicas como la de Beethoven, profesor de armonía, predicaba unión á pueblos desconcertados. Un ensayo de conciliación trascendental, « Jean Christophe », moderna odisea en muchos volúmenes minuciosos, encanta á los pacifistas, es leído en Francia y admirado en Alemania por generosas y libres juventudes. Historia de un alma musical que viene de más allá del Rin, rica en profunda sensibilidad, en indefinida «gemüth», inquieta y lírica para redimir la sequedad francesa y aceptar en un esfuerzó de madurez su lúcida preeminencia. No sin curiosas reservas, porque este notable escritor que admira á Gœthe, prefiere la crepuscular indecisión del instinto á la viril rudeza de la razón. En él revive un humanitarismo retórico, un Rousseau modernizado, el fervor democrático y los salmos á la gran patria sin fronteras. Edifica « la ciudad de Dios » no como los místicos en la

celosa intimidad de la conciencia, sino en pleno foro, en medio de épicos vientos, sobre el tumulto de los rencores humanos. Ha condenado la resistencia como el búdico profeta de Yasnaïa Poliana : « es buena la derrota, la derrota voluntaria, consentida, buscada. » Decid á la Francia enhiesta que será « mala su victoria » y que un fracaso nacional la curaría de antiguos males ; y os creerán inoportuno humorista que disuelve « la unión sagrada » ó espía envidioso del gran resurgimiento.

Francés de herencia moral, alemán de simpatías musicales, vástago de civilizaciones contradictorias, patriota de una futura Cosmópolis ; Rolland acepta los dones de todas las razas en su suntuosa tienda nómade. Los elementos más divergentes caen « en la fragua ardiente de su corazón, las fuerzas que niegan y las que afirman, enemigas y amigas, todo el metal de la vida ». Resuelve las antinomias en un supremo culto á la vida, al instinto sabio, al misterio de fuerzas subterráneas que traen, al mundo dividido, una segura unidad. Odia la mutilación de la vida, el no impío con que condenamos aspectos de su riqueza esencial. Pragmatista, prefiere á las teorías muertas la vida irregular y tumultuosa ; á las disyuntivas de una lógica petrificada, el juego libre de las cosas. Diverso, múltiple, abundante, el curso de los días, « la catarata del mundo » nos diviniza cuando respetamos su original lección. Con temblor de sibila, Rolland exalta el « huracán de la vida », el « furor de vivir » extraño á fines de razón, á sumisiones y tradiciones, análogo al delirio de las mujeres báquicas coronadas de hojas de encina y de verde esmilácea, en el coro de Eurípides.

Y la guerra opone á esta fecunda demencia duros límites de razón nacional. Forma de la universal corriente impetuosa en que un Rolland consecuente descubriría la majestad del instinto. ¿Por qué despojar al

mundo de esa dualidad de paz y armada lucha, de la obra de genios enemigos que preparan quizá nuevas síntesis para el inmediato futuro? El autor de « Jean Christophe » sólo escucha « la música de las esferas » humanas y cree en la profunda fraternidad de las almas. Ante el fenómeno deformador de este conflicto de razas que perturba su beata visión, saluda nuevas auroras y descubre, en la sinfonía de las batallas, débiles notas de espiritual acercamiento.

Un pequeño libro condensa su experiencia de la guerra, su alta visión « por encima del choque humano ». Artículos del « Journal de Génève » de fines de 1914 á agosto de este año, elocuentes comentarios de claro interés que entrega á la meditación francesa su autor desolado. « Como los más luminosos genios de la tierra », Walt Whitman ó Tolstoi, había cantado Rolland la universal fraternidad y, en el conflicto desencadenado, no olvida su fe indeclinable. Anunció, en el último libro de « Jean Christophe », esta obra de muerte, deploró el gobierno de los mediocres sobre la especie sumisa de los hombres. « La Europa entera, la Europa ayer no más escéptica y apática, como un bosque muerto, era presa del fuego y un deseo de combate se apoderaba de todas las almas. » Rolland confiesa su amargura : « He trabajado toda mi vida en acercar — dice en su carta á Hauptmann — los espíritus de nuestros dos pueblos, y las atrocidades de la guerra impía que los empuja uno contra otro para ruina de la civilización europea, no llegarán jamás á manchar de odio mi espíritu. »

Injustamente se le ha acusado de olvidar los intereses de Francia ó de desconocer su heroica voluntad de defensa. Rolland no admite la expansión de una opresora « kultur » : « cultivad vuestro jardín — dice á los alemanes, — nosotros cultivamos el nuestro. Existe una flor sagrada por la cual daría yo todos los productos de vuestra flora domesticada : es la violeta salvaje

de la libertad, » que durará, aunque sea hollada por el teutón despótico, más que sus cárceles y sus invernaderos. Apostrofándoles, después de la destrucción de Reims : « ¿Sois los nietos de Gœthe ó de Atila — exclama; — hacéis la guerra á los ejércitos ó al espíritu humano? » Como los profetas judíos, pide para esa « raza de fariseos », enferma de « orgullo sacrílego », el castigo de Jehová, se rebela contra la organización por la fuerza, obra de armados inquisidores. En la cruenta invasión de Bélgica reconoce un « crimen contra el honor que provoca el desprecio de toda recta conciencia y es enteramente digno de la tradición política de los reyes de Prusia ». Es hijo de Leibnitz y de Beethoven, pero no de la estéril Alemania moderna á que nada debe el mundo, de ese cuartel millonario de seres mecánicos, donde en vano buscamos el vigor de un genio como Dostoievsky, de la yerta patria guerrera que señalara antaño espirituales derroteros al mundo.

Pero venciendo su exclusivo patriotismo en un supremo esfuerzo de elevación humanitaria, critica también á Francia, de cuyos escritores « no está satisfecho ». Le inquieta el odio que predican en la más cruel de las guerras y pide justicia á las almas dolientes. « La guerra, escribe Rolland, es fruto de la debilidad de de los pueblos y de su estupidez. » No cree en su fatalidad, excusa de espíritus impotentes. Y en su horror cotidiano clama por la paz serena, por la ciudad armoniosa en que se juntan « las almas fraternales y libres del mundo entero ». Suiza es ya refugio de espíritus desencantados en la bancarrota de la civilización, asilo contra la fuerza circundante, solar de la razón en medio de un frenético desencadenamiento de pasiones nacionales. En la guerra admiran los cristianos el sacrificio, la súbita transformación del hombre mediocre en héroe de Epicteto, la regeneración por la sangre de adormecidas generaciones; pero felizmente existen para la

abnegación nobles y humanas empresas de paz. « ¿No es posible, cristianos — pregunta el convencido pacifista, — sacrificarse sin sacrificar al prójimo consigo? »

Las fuerzas augustas, cristianismo y socialismo, han renegado de su noble historia. El pontífice, el « Júpiter del Vaticano, que prodigaba sus rayos contra sacerdotes inofensivos », no ha sabido condenar la desmesurada ambición de príncipes críminales. La masa proletaria olvida sus conferencias de paz y profesa un repentino nacionalismo. En la gran contienda sorprende, la unanimidad, « contagio de furor mortífero ». Rolland desolado, examina la inmensa locura de los hombres : « Ningún pensamiento libre ha podido librarse de la epidemia. Diríase que sobre este choque de pueblos en el cual será de todos modos mutilada Europa flota una demoniaca ironía. » Perecen no sólo millones de combatientes, sino las mismas fuerzas del espíritu, fe, poesía, ciencia, al servicio de los ejércitos. Duelo de metafísicos y de poetas, de Eucken contra Bergson, de Wells contra Bernard Shaw, de Hauptmann contra Maeterlinck, himnos de odio y silogismos de desdén que acompañan al clarín de los asaltos y al conciso parte da las destrucciones.

Y no son los pueblos mansos, culpables de esta consagrada abominación. La masa obscura y laboriosa se inclina á fraternizar. Ministros de la razón de estado y de la salud pública preparan los combates en mefistofélicas salas, construyen precarias grandezas en periódicos holocaustos. Tres grandes culpables, « tres águilas rapaces, proclama Rolland, tres imperios, la tortuosa política de la casa de Austria, el zarismo devorador y la Prusia brutal », lanzan á sumisas muchedumbres, en nombre de un fanático imperialismo, á interminables guerras desoladoras. Entre estos imperialismos, el prusiano es el primero por destruir « expresión de una casta militar y feudal, azote no sólo para el resto

del mundo, sino para la misma Alemania cuyo pensamiento ha encadenado sabiamente ». Como otros generosos escritores, separa Rolland del pueblo alemán al estado mayor de generales y profesores que lo dirige tiránicamente, cruel sindicato de sabios análogo al que, en los diálogos de Renán, domina desde invisibles laboratorios al mundo miserable. Pero la escuela y la prensa han cambiado el alma de la romántica, de la vieja Alemania en altiva voluntad y las Gretchen que armaban el brazo suicida de Werther en terribles walkirias. Una extraordinaria unanimidad agita al pueblo que se cree llamado, lo dicen recientes publicaciones, á sacrificar al mundo para salvarlo, á extender un terror justo y el dolor con que cirujanos trascendentales transforman á razas inquietas.

Una generación escapa, según los testimonios que cita Rolland, al furor germánico, la última que muere en Polonia y en Flandes gallardamente, ejército de efebos incapaces de estrecha pasión. Irónicamente cambia la fe de la juventud cuando sus precursores imponen la guerra inexpiable. Imberbes poetas, Franz Werfel, Fritz von Unruh cantan que « la ternura es sabiduria y la dulzura, razón », y, en la dureza de los combates, recuerdan la blanca paz. Creen en la muerte fraternal que concede á humanidades violentas un santo reposo. Revistas, como las « Hojas para el arte », las « Blancas Hojas », la « Acción », el « Foro » preparan « la victoria del espíritu » y se mantienen indiferentes á la política y á la guerra. La literatura francesa había conquistado á estos escritores, lo mismo Francis Jammes, que Charles Péguy, y André Gide; la pintura, el artístico fervor de París, el refinamiento de los cenáculos, la vida trepidante de la Capital de la Belleza. Cuando cae Charles Péguy, y culmina en heroísmo su vida simple de místico, el director de una revista alemana se inclina « ante la más vigorosa y la

más pura fuerza moral que ofrece la actual literatura de Francia ».

Si la flamante juventud gala ama, como sus abuelos, el deporte y la tragedia en que la muerte sirve de diaria solución ; más allá del Rin, los muchachos que abandonan las escuelas prefieren á la acción el claro juego de las ideas y hubieran llegado quizás á la elegante indecisión de Hamlet. La guerra ha detenido un interesante « ricorso » : después de la Germania de Niestzche que desdeña los valores cristianos, la pálida legión de un nuevo « Drang » que volvería triunfalmente al culto de la vida interior y en un dulce misticismo de renunciación, afirmaría, como Pascal, que el yo es odioso.

Piedad para todos los que luchan, búdica fraternidad en medio de los cruzados del odio, impulsan al libre autor de « Jean Christophe ». Ni le admiran en Alemania ni le comprenden en Francia, porque ante la batalla de las ideas y de los hombres, se afana en agitar la blanca enseña de los parlamentarios. Ignora siempre este pensador de inútiles sinfonías, el formidable vigor de las pasiones nacionales. Europa odia, y él ama dulcemente, oponiendo á heroicas muchedumbres su yo exasperado. Renuncia á su patria gloriosa para vivir ya en una serena y utópica humanidad. Extraño á la pasión común, se convierte en ibseniano « enemigo del pueblo » y de los pueblos. Trágica posición espiritual en un mundo intenso y dividido. ¿Es traidor ó precursor, sirve al ideal ó abandona la causa francesa? De pie ante el indeciso porvenir, espera noblemente la grave sentencia absolutoria ó condenatoria de las nuevas generaciones.

1916.

LA GUERRA Y LOS IDEÓLOGOS

Como los dioses de Homero intervenían desde el Olimpo beato en la gesta peregrina de la Iliada, ideólogos que manejan principios eternos descienden á los campos violentos para defender hecatombes. Junto á los monstruos de acero, el mortero 42 ó el cañón 75, adivinamos sombras propicias. Quienes exaltan la fuerza simple, la destrucción magnífica, piden á los pensadores y á los artistas bendiciones y aprobaciones. Si la hipocresía, al decir de la Rochefoucauld, es el homenaje del vicio á la virtud, podemos recordar ese nombre severo cuando se inclinan ante la ciencia ó la filosofía estos profesores de ruinas.

Asistimos á la guerra abstracta de los ideólogos. Desde cátedras respetadas, pronuncian mensajes bélicos. La gran locura los domina y olvidan la majestad de su función pacífica, doctores que refrendan partes militares y se convierten en sectarios de generales intolerantes. Olvidan que, según el antiguo proverbio, el silencio es de oro, y como si las universidades fueran institutos burocráticos, dócilmente exaltan el militarismo.

Romain Rolland, el autor celebrado de Jean Christophe, curioso personaje de una república de las letras como aquella en que soñara Gœthe, sin querellas de fronteras, se afana en distinguir dos Alemanias. Es suizo como Mme de Staël, neutral, tolerante elogia á la antigua Germania de los románticos, y con-

dena el actual imperialismo ambicioso. Profesores indecisos le secundan. El teutonismo, dicen, no representa la opinión colectiva más allá del Rin: es credo de junkers orgullosos y empleados sumisos. En los centros de cultura perdura la vieja ideología generosa. Entonces Hauptmann, dramaturgo socialista, profeta de la fraternidad esperada, se indigna del error extranjero. El también defiende la violencia y la guerra á muerte. Nuevas voces de acuerdo sobre los límites de las patrias enemigas turban á los intelectuales prusianos y bávaros y estalla la cólera de todos en un manifiesto.

¿Conocéis esa lamentable protesta de grandes figuras de la ciencia? Cuantos admiran en Alemania la especialización sabia, el tesón erudito, la producción enciclopédica, el tesoro bibliográfico de arcaicas universidades, solemnes, activas, deploran la declaración impresa de estas autoridades de la filosofía, del derecho, de la filología, de las letras. ¿Porqué impusieron los directores irrespetuosos del partido militar un inútil sambenito á profesores envejecidos en estudios desinteresados, severos, humanos? Desde hoy queda sometida á perpetuo examen la imparcialidad alemana, su culto á la verdad, su objetividad no discutida, la severidad de sus métodos y de sus investigaciones.

« No hemos violado criminalmente la neutralidad de la Bélgica, » exclaman. ¿Y el ultimátum germano y la frase del canciller sobre los tratados, « pedazos de papel » que garantizaban la neutralidad de Bélgica y la irrupción violenta? Diariamente se descubren en Namur en Amberes, en Maubeuge, fundamentos de piedra en que debían apoyarse los cañones alemanes. Es la preparación lenta, disimulada, obscura, de la guerra contra Bélgica. ¿Cómo se concilia esa premeditación bélica con el respeto á la neutralidad flamenca? Se acusa á Francia, á Inglaterra de intenciones análogas contra el país que serviría de futuro campo de batalla. Pero, ¿que prue-

bas pueden presentarse contra la dolorosa evidencia diplomática y militar?

Alemania no quería la guerra, leemos. La han provocado « tres grandes poderes en emboscada ». ¿Cómo suponer en la Francia pacifista, hostil al militarismo, ese plan guerrero? Los documentos oficiales nos revelan su deseo de paz, la inquietud inglesa ante cualquiera tentativa de desquite. Rusia soporta en silencio la imposición austriaca, la anexión de Bosnia; Francia, el gesto innecesario de Agadir. El Reichstag vota créditos sucesivos para la guerra, obliga al vecino amenazado á esfuerzos inauditos y multiplica el poder de su escuadra contra Inglaterra. Cuando la voluntad de paz tiene tan formidables apariencias bélicas, el « para bellum » llega á ser estímulo diario de lucha y larga provocación. El órgano robustecido aspira fatalmente á de realizar su función. El partido militar, sin la crítica la opinión, sin la intervención de parlamentos autónomos, empuja á la guerra y la impone contra el pueblo y contra el César. Así, nos ha revelado el Libro blanco del Foreign Office, que el 31 de julio, cuando Austria y Rusia llegaban á un acuerdo y sometían á arbitraje su grave querella, el ultimatum alemán que quiere imponer el desarme inmediato al zar, crea la guerra inexpiable.

Profesores de derecho internacional, historiadores que examinan tratados y estudian las grandes crisis de la historia, excusan á ministros y generales. Descifran antiguos manuscritos, consultan imparcialmente viejos testimonios, evocan el pasado; y esa lucidez que creíamos invencible caduca cuando discuten pactos recientes ó intereses alemanes. No pueden elevarse, si la pasión los agita, á la serenidad de la idea pura. Ya había escrito un biólogo francés, René Quinton, que la inferioridad alemana surgía de esa confusión entre la razón y el sentimiento, en el análisis y en la crítica.

¿Cómo creer á los que discuten sutilmente la veracidad de los Evangelios y niegan la evidencia contemporánea? Suponed que la pasión protestante ó el instinto negador les inspire una posición anticatólica. Queda destruída toda la construcción paciente de la Cristología. La exégesis apasionada, la historia sierva del patriotismo violento, he aquí aspectos inquietantes en la evolución intelectual de una raza. Comprendemos así, en un biólogo como Haeckel, los insultos á la Virgen Madre del catolicismo y la plúmbea ironía de sus libros científicos. Si pasa por las cátedras de cien institutos el viento del odio religioso ó del orgullo nacional, la inmensa producción de sus maestros se esteriliza, como la tierra calcinada por la violencia frenética del sol.

« No es cierto, exclaman, los graves manifestantes, que llevemos la guerra con menosprecio del derecho de gentes. Nuestros soldados no cometen actos de indisciplina ni crueldades. » Diariamente se multiplican los testimonios contra la dura odisea germánica. No los apuntaré ni los discutiré. Acusaciones contra los teutones y los eslavos, declaraciones de Alemania contra Francia, proceso doloroso de barbarie, inventario de ruinas. Pero, podemos exigir á filólogos minuciosos que estudian un texto con microscopio, á historiadores que discuten y pesan todas las fuentes, declaraciones menos terminantes. El soldado alemán no es cruel. ¿Cómo lo saben? ¿Bastan á estos críticos las afirmaciones del estado mayor germánico? Si será su ciencia escrupulosa acumulación de afirmaciones sin examen, apasionamiento dogmático, parcialidad irreverente. « No es cierto, repiten en « ritornello » decidido, que nuestras tropas hayan destruído brutalmente á Lovaina. Pérfidamente asaltadas en sus posiciones por una población enfurecida, han debido muy contra su voluntad usar de represalias y cañonear parte de la ciudad. » Siempre la afirmación resuelta sin larga discusión que firman sabios

discretos. ¿No han leído las acusaciones de cien testigos? Se ha escrito que la ruina de la ciudad universitaria es la venganza tardía del protestantismo contra esa ciudadela católica.

« Si en esta terrible guerra se llegara á destruir obras de arte, todo alemán lo deplorará ciertamente. » Rehusan tan sólo los profesores indignados conservar tesoros artísticos al precio de una derrota. ¿Quién juzgará de esta necesidad militar? Naturalmente, generales sin sentido de belleza, en frenesí de destrucción y fiebre de violencia estéril. Y será un día el prodigio gótico de Reims, otro el museo de Lila, después la municipalidad de Arras, ofensa permanente al arte consagrado que se excusará luego con pretextos bélicos. El estado mayor se afana en demostrar que la destrucción sistemática es una fatalidad de la estrategia, y estos sabios imprudentes que no conocen la topografía de ciudades lejanas, declaran solemnemente que sólo se arruinarán monumentos para ganar batallas. Supongamos que, en todas las ciudades invadidas, eran templos y museos blancos necesarios de la artillería enemiga. Queda por explicar el ataque á Notre-Dame, las cuatro bombas arrojadas sober el gran templo medioeval. Hombres de ciencia escrupulosa debieron discutir en las regiones destruídas la posición de los sendos ejércitos, la dirección necesaria del tiro, acumular testimonios franceses, belgas, alemanes, estudiar el problema presente con la misma severidad que una inscripción arcaica, y llegar metódicamente á conclusiones respetables.

No podrán justificar ciertamente el ataque á la catedral cristiana, preciso, repetido, eficaz. Como si se cumpliera la sentencia antigua — « quos vult perdere » — llegan estos universitarios á la más extraña de las declaraciones. El militarismo es para ellos instrumento de defensa de la cultura. La ciencia alemana, que nos parecía formidable agente ideal, necesita de bayonetas y de

cañones. Krupp sirve á los filósofos de Jena y á los teólogos de Bonn. « No es cierto, se nos dice, que la lucha contra lo que se llama nuestro militarismo no sea dirigida contra nuestra cultura, como lo pretenden nuestros hipócritas enemigos. Sin nuestro militarismo, habría sido aniquilada hace tiempo nuestra civilización.» Si la organización guerrera fuese necesaria para la vitalidad de la ciencia, Alemania, dividida, compuesta de menudos principados, no hubiera extendido su imperio intelectual. Michelet, Taine y Renán admiraron y siguieron á los románticos de ultra Rin, á los constructores de ideologías suntuosas que vivían en ciudades obscuras sin ambición guerrera. Wálter Scott y Carlyle estudiaron con pasión lúcida el fervor contemporáneo de las letras germánicas. En la Alemania invadida, desmembrada, prosperó Gœthe y enseñó Hegel : Gœthe, cuya acción ideal se extendió hasta Boston, donde Emerson le consideró entre sus « hombres representativos » al lado de Platón; Hegel, que tiene todavía discípulos en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Italia. Coincidió entonces con la debilidad política la grandeza y la expansión de la literatura y de la ciencia. Hoy descubrimos más allá de la guerrera sonoridad, nombres sin eminencia, autoridades sin señorío sobre el mundo. De Kant á Schopenhauer, de Gœthe á Wagner, de Humboldt á Virchow, de Herder á Jhering, los primeros cincuenta años de un siglo inseguro y mediocre en política culminan una admirable en realidad espiritual. El imperio orgulloso nada puede ofrecer de análogo al mundo atento : es excesivo el vigor de sus ejércitos para la defensa de su modesta contribución intelectual.

Como si quisieran confundir todas las tradiciones, no defienden estos maestros el legado de Nietzche ó de Treitschke, ni recuerdan á Mommsen ó á Bismarck. Justifican la guerra en nombre de Gœthe, de Kant, de Beethoven: Gœthe, fundador del cosmopolitismo lite-

rario, de la república hospitalaria de las letras, admirador de Napoleón y de Voltaire, de la Revolución Francesa triunfante en Valmy, del mundo nuevo opuesto al feudalismo prusiano; Kant, que predica la paz perpetua, que defiende la dignidad del hombre y el valor de la ley moral, que funda la más severa ética y se inclina ante el derecho y la razón; Beethoven que exalta la libertad, la armonía y la paz en vastas sinfonías. Falta á estos doctores protestantes el orgullo de la propia violencia y la trágica audacia del mal. Es soberbio el gesto alemán, frente al mundo. Contra todos los poderes levanta el héroe místico su lanza encantada. Sus legiones nada respetan, incendian y talan en nombre de la propia fuerza, de la imperial voluntad de dominio. Quisiéramos, para esta rudeza, profesores adecuados. En ellos, no la excusa pedantesca ni el respeto á los valores humanos, sino la conciencia arrogante de su superioridad, que aspira á imponer al universo atónito una nueva ley. Se olvida á Kant, burgués maniático de Kœnisberg; á Gœthe, egoísta pagano de Weimar; para levantar, en cambio, á otros directores violentos de la raza agresiva. Y si se coligan todas las gentes contra este pueblo ambicioso de universal hegemonía, si lo detienen, si llegan á derribarlo; ellos, como los antiguos estoicos, declaran al mundo congregado y rebelde, que la voluntad alemana es sagrada y su misión divina. Doctores implacables, invitan á la humanidad que sangra entre despojos humeantes, á bendecir sus heridas y sus ruinas, á inclinarse ante esa redención por la fuerza, obra de inquisidores prodigiosos Para este manifiesto, digno del imperio y sus ejércitos, no bastan el dulce Eucken, místico de Jena; el teólogo Harnack, que comenta ,en Berlín, el idilio cristiano, ó Windelband, filósofo de suave eclectismo. Necesita la gran nación industrial y militar, disciplinada, heroica, de maestros que desdeñen prejuicios y anuncien su plan

sabio de imponer al orbe rebañego una lengna y uua fe, una política y un sistema industrial. Paz germana, dura pero fecunda, contra la cual osan levantarse desde la estepa yerta hasta la India palpitante, millones de hombres inquietos, mestizos, lamentables, porque ignoran el bienestar seguro de ese Canaán.

1915.

EL SOCIALISMO ALEMAN Y LA INTERNACIONAL

A medida que el socialismo alemán rompe antiguos vínculos con la Internacional para convertirse en agente de un nacionalismo invulnerable, se acumulan en Francia argumentos contra Karl Marx y sus predicaciones. Un folleto de Edmundo Laskine, socialista desencantado, recuerdos de James Guillaume, dios menor en el génesis del movimiento obrero, artículos de la prensa van enhilando pruebas y acusando con la aspereza de esos creyentes que descubren supercherías en la religión que profesaron.

¿Qué ha sido el socialismo? No doctrina de igualdad internacional para conquistar el bienestar económico ni trasformación del mundo agobiado por una coalición de explotadores. Fué, simplemente, un medio de « obtener el dominio del universo para Prusia ». Nos sorprende esta afirmación perentoria; pero textos abundantes revelan que, en la mente germánica tan extraña al concepto de humanidad, la campaña obrera servía á fines exclusivamente nacionales. Hoy el socialismo teutón secunda al Kaiser lo mismo en Italia que en Rumania : lucha por la neutralidad. Scheideman y Südekum, simples « camaradas », secundan al príncipe de Bülow, embajadores sin pergaminos oficiales que van predicando paz para que triunfe su raza guerrera.

El partido es más dócil que los Junkers á las órdenes de Póstdam. La *Sozialdemokratie* profesa el más deci-

dido imperialismo. En junio de 1914, se leía en los cuadernos socialistas alemanes : « ningún hombre de nuestro partido sueña en derribar la constitución monárquica del Estado ». El *Vorwaerts* se mofa de la forma republicana y de su fracaso en Portugal. Los teóricos del grupo militante afirman la solidaridad de la clase obrera y el ejército, de los proletarios y el Imperio. Uno de ellos, Karl Leithner, considera que la guerra es institución moral. El mismo desarrollo del capitalismo favorece á la multitud desheredada : dominios coloniales y guerras de conquista levantan el *standard of life* obrero, lo redimen del trabajo oscuro y miserable. « A mayor territorio económico, mayor potencia del Estado » y, por tanto, disminución en los gastos de producción y de transporte y acción más importante del capital nacional en los mercados del mundo.

Se asocian los intereses de la patria guerrera y del proletariado amigo de la paz : colonías y expansión del industrialismo, redistribución de los territorios conquistados por el imperialismo europeo en Asia, en Africa, en nuestra América, armamentos que protegen el trabajo y le entregan nuevos mercados sirven á la clase explotadora y á la clase explotada. Así se explica la amistad de Bismarck y de Lassalle, agentes complementarios en la creación del Imperio.

Sin duda, diremos, en la guerra actual fraternizan todos los grupos ante la muerte, gran niveladora. Pero, en el pasado, prosperó una Internacional majestuosa que ignoraba los apetitos nacionales y creaba una futura ciudad ideal. Los escritores que acusan á la *Sozialdemokratie* con textos precisos se oponen á esta generosa interpretación : utilizan en su campaña la correspondencia entre Karl Marx y Friedrich Engels, publicada en 1913. Ambos propagandistas, fuerte núcleo de acción y de ideal en el origen del socialismo, Orestes y Pílades de su dorada leyenda; vivieron en

estrecha unión moral, en vivo intercambio epistolar, de tal manera que la obra de los fundadores de la Internacional obrera presenta una admirable unidad.

Karl Marx espera, en 1870, la victoria y sus beneficios ciertos : « Si vencen los Prusianos, escribe á Engels el 20 de julio de ese año, la centralización del poder del Estado será util á la centralización de la clase obrera alemana. Además, el triunfo aleman llevará el centro de gravedad del movimiento obrero, en la Europa occidental, de Francia à Alemania ». Aspira al éxito nacional porque á él va unido el bienestar obrero : profesa un lógico nacionalismo. Detesta, en Francia, al teórico del socialismo, á Proudhon ; elogia, como los pangermanistas de hoy, la organización superior teutona, la madurez de su patria en el orden del desarrollo social. Sorprende, en este apóstol del internacionalismo militante, la inquietud patriótica con que sigue el avance alemán y sus ingenuas exclamaciones de entusiasmo. El sitio de París le parece « alegre episodio » de la guerra. Detesta á « la nación mesiánica », al « estúpido obrero francés » y declara á su amigo predilecto que « deben ser castigados esos galos inferiores, mezquinos y avaros ».

¿Será la pasión injusta de un creador de valores sociales contra una sola nación, desdén acerbo ó violenta emulación? Karl Marx es patriota alemán y manifiesta igual odio á todos los grandes pueblos de Europa. « Soy antifrancés, escribe el 22 de diciembre de 1857, pero no soy menos antiinglés. » El burgués sajón explota al mundo, el francés acumula en arcas seguras el oro universal. Rusia sólo merece desprecio, lo mismo el Zar que los nihilistas « ambiciosos y famélicos ». Es antipática á Marx y á Engels Italia que se liberta de la presión austriaca y lo es Noruega « donde impera la misma estúpida economía rural que en tiempos del noble Canudo ». Aman ambos al opresor, al turco que aniquila á los eslavos, al Austria que tortura el Norte de

Italia, a Prusia que despoja á Dinamarca. En su correspondencia reina un curioso espíritu autoritario. El socialismo que organizan es un instrumento de dominación.

¡ Cuán lejos estamos de la leyenda azul, de la igualdad paradisiaca de la humanidad renovada sin ejércitos ni fronteras ! A la edad de oro suceden férreos triunfos, duros vínculos entre el proletariado y la nación, voluntad de imperio en los desheredados y en los fuertes. Marx y Engels son nacionalistas y militaristas. Condenan « los espantosos períodos de paz », los congresos retóricos, el sano pacifismo. La guerra es factor de desarrollo social. ¿Cómo olvidar su virtualidad creadora? « El ejército, dice Marx, tiene importancia en la evolución económica : » entre los antiguos, desarrolla el salario; entre los modernos determina la aparición de la división del trabajo, la aplicación en grande escala de las máquinas y de los metales. Engels elogia « la disciplina de fierro única que conduce á la victoria » y reconoce en la organización militar prusiana una fuerza enorme. El ejército de milicias, la nación armada de los precursores de Jaurès, parecen á estos militaristas consumados formas caducas. « Éjercito sólido, » disciplina de cuartel, larga preparación guerrera, victorias sucesivas, he aquí para los fundadores de la Internacional el cuadro de las luchas modernas.

Los socialistas franceses denuncian este marxismo chovinista enemigo de Europa, del liberalismo, de las patrias pequeñas. Diariamente confiesan su grave desencanto. « Alemania ha elaborado dos socialismos, afirma Laskine : uno militarista y patriota para uso interno, destinado, por decirlo así, á ser consumido dentro de la nación; y un socialismo de exportación, antimilitarista y pacifista, que se propone engañar ó envenenar á las demás naciones ». Este doble socialismo es instrumento de conquista pangermanista, un arma « antes de la guerra ».

En el Imperio ordenado, Bismarck concibe para los señores de la tierra y Karl Marx para los obreros del taller, el mismo ideal guerrero. Es necesario que la clase obrera reine en la Internacional del socialismo como debe dominar á Europa la fuerte nación imperial. Movimientos concordes y direcciones complementarias. Por eso votan unánimameute los créditos de guerra, en agosto de 1914, los socialistas. Y luego aceptan la invasión belga, y olvidan á todos los *genossen* porque van á fundar una Alemania mayor y un proletariado más fuerte. La humanidad se disipa y queda la nación enhiesta.

El fracaso de los proyectos de colaboración internacional, de socialismo superior á las limitaciones de los estados, demuestra la vitalidad de la patria, cuadro irreductible, forma suprema y durable de asociación humana. Quienes buscaban, con la misma inquietud de Nietzche ante el hombre; término provisorio de la evolución planetaria, una superpatria, la humanidad divinizada de Augusto Comte, el gran Fetiche que se satisface con los himnos de un culto de paz y la ingenuidad de un nuevo calendario; confiesan hoy su error trascendental. La especie que, decía Gautier, no puede inventar un nuevo pecado ha agotado las invenciones políticas: de la ciudad á la nación y al Imperio, de la federación siempre inestable al estado firme, de la hegemonía transitoria de un pueblo á la permanencia de un grupo social, estrecho, limitado, petulante que afirma en la guerra y en la paz su voluntad de vivir, progresar y dominar, y envuelve las agitaciones de los ideólogos y los ensueños de los pacifistas en una compasiva luz crepuscular

1915.

SOCIALISMO Y OLIGARQUIA

Un crimen que parece la obscura acción de una terrible Razón de Patria, tan cruel como la antigua Razón de Estado, derriba al tribuno de vastos períodos y tercas ilusiones. No ha contemplado Jaurès el abismo de su derrota moral. La guerra formidable de un mundo se desarrolla en el mismo escenario de las campañas napoleónicas, sin huelgas discordantes, sin antipatriotismo sonoro, unánime y grave bajo el sol. Hervé, el caudillo antimilitarista pide un fusil contra la casta feudal prusiana; Liebneckt se enrola más allá del Rin. Nadie denuncia al capitalismo ni recuerda las tristezas del proletariado consciente. El socialismo sufre la más aguda crisis de su historia : lo vencen antiguos instintos invulnerables. La nacionalidad es todavía cuadro firme y realidad eficaz. Las fronteras adquieren ondulante y trágica grandeza : las llenan torsos violentos agitados por un fervor de epopeya.

Un libro reciente estudia el conflicto entre la ideología socialista y la vida contemporánea. Romántico y en estado de gracia vivió el socialismo del 48, levantando barricadas al son de himnos generosos. Creció tumultuosamente y del exceso de su vigor expansivo se derivaron íntimos peligros. Adaptación es sinónimo de decadencia, porque la vida se venga de sus dominadores, imponiéndoles rudas claudicaciones. El socialismo se aburguesa al extender su noble credo. El profesor Roberto Michels, de la universidad de Turín, ana-

liza en su « Ensayo sobre las tendencias oligárquicas de las democracias », publicado por el editor Flammarion, este perpetuo intercambio de métodos y actitudes. El proletariado imita á la clase de « beati possidentes ». Una fatalidad minuciosa y cotidiana le obliga á renunciar á la pureza de su heroica juventud.

Necesita organizarse. « Una clase que agita frente á la sociedad la bandera de determinadas reinvindicaciones ó aspira á realizar un conjunto de ideologías ó de ideales derivados de las funciones económicas que ejerce, tiene necesidad de una organización. » Sólo ésta trae contra la dispersión atómica, la eficacia de un impulso común. Como difieren las grandes repúblicas del estrecho « demos » griego, se opone al socialismo ingenuo de pequeños grupos humanos, el vasto partido que comprende muchos miles de obreros, divisiones profesionales, jerarquías, estado mayor, asambleas parciales y generales.

Ninguna república confía á la masa amorfa la continua función de legislar. Apenas si en una democracia singular el referéndum á que pueden ser sometidas las leyes mantiene la arcaica ficción de la soberanía. La asamblea elegida se substituye al pueblo, el club despótico á la multitud lenta, pasiva, analfabeta. Dentro del socialismo, el jefe es el personaje imperante. Las asambleas no pueden conservarse en perpetuo contacto con el caudillo obrero. La dirección impone condiciones de firmeza, rapidez y continuidad extrañas á un parlamento móvil é irresponsable. A medida que se complican las funciones en el partido millonario, la especialización supone capacidades técnicas en los diversos jefes de esta grave máquina trepidante. La vocación heroica ó la buena fe ilusa no bastan ya para las conquistas útiles. Se fundan escuelas en que los futuros burócratas del socialismo aprenderán las condiciones, las sinuosidades y los fines de la inmensa agrupación.

La división del trabajo, inflexible como el destino antiguo, separa de la masa obrera á sus directores. Constituyen pronto la « élite » necesaria, la aristocracia.

El partido igualitario, realización adecuada de la democracia ideal, se transforma en ese paso de lo homogéneo á lo heterogéneo, que ha descrito el filósofo olvidado de la evolución, Herbert Spencer. El empleado de la asociación, compañero simple del obrero, que vivía de su vida mediocre, asciende en la escala social. En Alemania, tierra clásica de la disciplina, es jefe con justas preeminencias. Un político de profesión — *Bezirksleiter* — desempeña la función de autoridad. El partido se prepara para la guerra y una organización militar, con estrecha jerarquía, sostiene su nuevo esfuerzo. Grandes figuras del socialismo como Bebel y Engels, escribieron de táctica guerrera. ¿Concebís la fraternidad y la dulce igualdad paradisíacas en esta batalla formidable contra las fuerzas congregadas del capitalismo? El jefe no aceptará el concurso diario de la asamblea, ni reconocerá compañeros que puedan rebelarse, «genossen», en los soldados que dirige su voluntad imperatoria. Un socialista, Lagardelle, confiesa que se ha constituído « un gobierno obrero tan duro como el gobierno burgués, una burocracia obrera tan pesada como la burocracia burguesa ».

El jefe de una sección socialista ó de una agrupación que crece en los límites de un pueblo, es primero « ciudadano » modesto y luego autoridad permanente. La voluntad de dominio, profunda como un instinto, le embriaga. Aspira á gobernar y á gobernar largamente. Si se discute la dirección que impone al partido, amenaza con retirarse. Su superioridad intelectual le hará olvidar pronto el origen remoto de su fuerza. Empieza por obedecer á la voluntad difusa de un grupo y termina imponiendo á la masa gregaria su ideal propio. Ella asiste, escribe Michels « desconcertada y descon-

tenta á los actos de sus « grandes hombres », sin atreverse generalmente á emanciparse de su autoridad y á despedirles ».

Es representante estable el jefe elegido. Mientras los ministros de las democracias más firmes cambian en las agitaciones del parlamento, el delegado socialista domina cuarenta años (es el caso de Bebel) . Su poder caduca con la muerte. Los jefes democráticos — léase socialistas — llegan á ser inamovibles é inviolables, como nunca lo fueron en la historia los jefes de un cuerpo aristocrático. Tienen derecho á elegir á sus sucesores y colaboradores, en Inglaterra, por ejemplo; á perpetuar su autoridad en el tiempo, fuera de las veleidades populares. Y la masa acepta este exceso de poder, porque necesita ser impulsada y dominada. El « meneur » es indispensable á su vida inquieta, á su vigor anónimo, dicen sus psicólogos como Le Bon y Sighele. Quiere venerar á los dioses que crea con rudas manos. Santifica á Enrique Ferri, en Calabria, y á Lassalle en el Rin. Levanta ídolos en la planicie de su miseria y los hombres que exalta por megalomanía explicable, aman esta función de taumaturgos, predican y excomulgan con el rigor de una ortodoxia inesperada. El socialismo se convierte en grupo personalista. Sin la cálida sugestión de un director de hombres, la masa indiferente duerme ó abandona el combate iniciado.

Tenéis entonces, como en nuestras repúblicas, grupos de doctrina imprecisa que obedecen á un hombre: guesdistas, joresistas, marxistas y lassallistas. A la querella de ideas se substituye la violenta oposición de caudillos orgullosos. El don oratorio, la firmeza moral, el saber, la apostura ruda ó elegante, la apariencia ó la realidad de la fuerza consagra á ciertos personajes representativos. El éxito les dará la majestad tonante de los héroes de Carlyle.

Entre ellos, la concurrencia, la rivalidad de dioses

menores nos aleja de las ideales perspectivas de una edad evangélica. El partido es rico, posee diarios de acción robusta y los jefes ambicionan el doble poder financiero y periodístico. « En Alemania, escribe el profesor Michels, las polémicas y los artículos anónimos del órgano central socialista, el « Vorwaerts », son considerados por las masas del partido, principalmente en las provincias prusianas, como una especie de evangelio periódico, como una Biblia dividida en fragmentos ». Jaurès y Guesde, en editoriales firmados, imponían al público del partido y, por reacción, á los diarios burgueses, ideas diluídas en bella fraseología ó aspiraciones cortantes, en estilo nervioso. El jefe pontifica desde las columnas de un órgano popular. Centraliza las fuerzas económicas de una pequeña agrupación en progreso. En vano se empeñaron siempre ingenuos « zelatori » en reducir al tipo del salario obrero los sueldos de empleados y jefes del partido; la igualdad económica fué tan difícil de mantener como la nivelación intelectual. El parlamento ofrecía á los representantes del partido honorarios excepcionales, establecía una aristocracia financiera. Condenaban esta corrupción los fervorosos defensores de la arcaica simplicidad. En el congreso de Nimes, de 1910, se demostró que, sobre los 128.000 francos de cotizaciones anuales del partido socialista francés, correspondía la mitad, 67.250, á los diputados. Concurso decisivo, que agregado á la preeminencia intelectual y política, se impone en el avance de la agrupación. Los jefes que administran el patrimonio colectivo, adquieren significación trascendental en las graves direcciones del socialismo. Y si el grupo á que presiden no es rico, surgen dolorosas transacciones con poderes financieros que despojan de su libertad al partido militante. Nadie ignora que « L'Humanité », de Jaurès, en amenaza de quiebra violenta, fué sostenida por un sindicato de

banqueros judíos. La dura Némesis de los sucesos humanos puso en manos del capitalismo el órgano generoso de las rebeldías socialistas. El tribuno hercúleo hilaba á los pies de una favorita oriental.

Los jefes luchan entre sí, como los « bosses » en la democracia norteamericana. Aspiran violentamente á conservar sus privilegios. Se vuelven demagogos para ganar nuevos favores de la multitud, y al progreso de los jóvenes oponen su decidida voluntad de permanencia. Con largos discursos en las cámaras, oratoria insistente y monótona, demuestran al pueblo el vigor de su intervención y la continuidad de su celo. En el congreso italiano tomaron la palabra los diputados socialistas doscientas doce veces, del 25 de marzo al 10 de julio de 1909. « La lucha que surge entre los jefes y sus rivalidades recíprocas los llevan á desplegar una actividad cada vez mayor y á menudo un tanto superficial. Tratan de desarmar á sus adversarios dentro del partido y de renovar su prestigio ante las masas, dando, en el parlamento, pruebas de actividad formidable en servicio de la causa común. »

Por una « metamórfosis psicológica » el jefe se trasforma, en mentor, olvida que es delegado, quiere ser déspota. Fuera de su dirección imperiosa, no tiene vida el grupo sumiso. El es el socialismo, como se confundieron con el estado los monarcas. Napoleón decía : tengo cien mil hombres de renta. De igual privilegio pueden vanagloriarse los caciques del partido que obedece, con obediencia militar, á sus mandatos. Bebel exclamaba, con el mismo odio de Guillermo II á los descontentos, á los individualistas, á los escépticos, que debía « acabarse para siempre » con los eternos fomentadores de revolución en el socialismo y que « la oposición, de no aprobar la manera de proceder de la dirección, debía ser eliminada ».

De la burguesía proceden muchos de estos directores

omnipotentes, y por curiosa reacción los agita un « idealismo más fervoroso » que á los que provienen del pueblo. Explica Michels que el proletario nace socialista y que si el burgués abandona su clase rígida y orgullosa, para acercarse al proletario se le rodea de hostilidades minuciosas que le obligan á la ruptura definitiva. El partido que le acoge desconfía de su extraño fervor, y el radicalismo de su actitud le sirve de bautismo en la grave religión de los desheredados. El antiguo obrero que llega á jefe es advenedizo, deserta de las filas obscuras del proletariado y no acepta la resistencia de sus compañeros. Satisfecho de sí, « toda aspiración progresiva en sentido democrático le deja indiferente, á veces hostil. Se adapta al orden de cosas existente, con el cual, fatigado de luchar, se reconcilia. ¿Qué interés tendrá para él en el porvenir el dogma de la revolución social? La suya, su revolución, se ha realizado ya. En suma, todas las ideas de estos jefes se concentran en un solo deseo : que exista por largo tiempo un proletariado que las haga vivir ».

El ex-burgués ofrece aspectos más simpáticos en su empeño reformador : ningún prosaico interés le impulsa á romper con el pasado, familia, jerarquía, clase. Por convicción intelectual ó noble sentimentalismo — piedad para los miserables, concepción enérgica de un nuevo orden social — se convierte, con el rigor de los primitivos cristianos, á este evangelio de regeneración. « Experimenta, al luchar contra la injusticia y al sacrificarse por los humildes y los oprimidos, un gozo que vuelve audaces y agresivos á los caracteres más tímidos y pacíficos. » Surge de un círculo social más alto y siente quizás, en relación con el pueblo abandonado, un paternal entusiasmo, la conciencia de una responsabilidad dolorosa. La lógica del movimiento socialista domina á estas imaginaciones atormentadas más eficazmente que al antiguo obrero, extraño á consideraciones

intelectuales. Del proletariado surgen caudillos satisfechos y desdeñosos; de la burguesía, directores inflamados. Así, los aristócratas ó grandes burgueses Bakunine, Kropotkine, Engels y Karl Marx.

Necesita el socialismo de dolientes profetas para no convertirse en organización canibalesca. Los intelectuales fijan y conservan su ideal. Su misión estriba, dice Mehring, citado por el profesor de Turín, « en mantener presente y viva la gran finalidad del movimiento obrero y en hacer surgir en los obreros, con el conocimiento de las relaciones sociales, la certidumbre de su pronta victoria ». Cuando se aparta de ellos la corriente obrera y es exclusivamente proletaria, acepta ese « reformismo » que condenan los más grandes ideólogos del partido. No olvidemos que los jefes de los prudhonianos en el segundo imperio francés se unieron á Thiers, trágico defensor del orden social, contra la Comuna de Paris.

Eligiendo autoridades en su clase estrecha ó aceptando tránsfugas ilustres de la burguesía, crea el socialismo su oligarquía propia. En vano la denuncian « proletarios conscientes ». Existe en el obrero la aspiración á elevarse en la jerarquía social, á ser pequeño burgués; como éste, quiere llegar á la media burguesía, y sueña en la gran burguesía, vecina de la nobleza, tradicional y solemne.

Engels escribia sobre uno de sus compañeros socialistas, el célebre John Burns, hoy ministro del Trabajo en Inglaterra: « No estoy seguro de que no le engría más ser bien acogido por el cardenal Manning, por el alcalde y por la burguesía en general, que gozar de popularidad en su propia clase social. » La necesidad de dividir funciones y de acumular nociones técnicas crea una burocracia en el partido. Legión de mandarines displicentes para con el obrero, serviles para con los jefes, que rodea á la oligarquía imperante. El socialismo necesita inte-

lectuales y funcionarios. El progreso implica organización, y la organización suscita jerarquías, divisiones, gobierno intolerante, lento despotismo. Sorel, filósofo implacable, ha dicho que « la democracia, entiéndase la democracia socialista, pretende continuar la explotación de las masas productivas por una oligarquía de profesionales de la inteligencia ». Ha denunciado la degeneración del sindicalismo y ha escrito de la célebre Confederación general del trabajo que « toma cada vez más aspecto de gobierno obrero ». El partido centralizado, con autoridades durables y legiones de funcionarios, imita al Estado, cuyas direcciones históricas condena. Aspira á ser la clase dominadora, con todos los vicios y la grandeza de las oligarquías. ¿Pasará de la envidia á la avaricia, según la dura frase de un revolucionario ruso?

No podrá escapar á las formas universales del desarrollo humano, complicación, división del trabajo; gobierno, definición de clases; dominación, que lucha por defender su conquista y explotar al vencido. Michels recuerda la frase de Prudhon, del socialista de 1830, que es, en las puertas de la nueva sociedad, como una maldición dantesca : « La especie humana quiere ser gobernada, y lo será. ¡ Me avergüenzo de mi especie ! »

Este análisis despiadado de un gran partido nos revela sus flaquezas sin desconocer su heroísmo. Como todos los ideales, sufre el suyo al realizarse la presión formidable de la tierra. La melodía de Ariel se desvanece en la isla estrecha de Próspero. Pretendía el socialismo ser doctrina pura é incorruptible y, al realizar sus promesas, claudica como todas las religiones. De comunidad simple, se convierte, como el cristianismo que surge de las catacumbas, en imperio violento. Quiere el poder y transige con principios ominosos, la riqueza y la fuerza. Respetemos su vigor prosaico, su apetito

cierto. No olvidemos en él rebeldías justas y venganzas necesarias. Despojémoslo tan sólo de la túnica impoluta de los catecúmenos. Lucha por los intereses precisos de una clase como la burguesía, como el capitalismo. En el testamento de la sociedad que declina, aspira á ser legatario universal. A su ambición oponen otros herederos la riqueza adquirida y el poder tradicional: combate de fuerzas ávidas donde pusimos un vago romanticismo y existe hoy una codicia fecunda. ¿Reconocerá el socialismo imperante la cooperación de las clases vencidas? ¿No será la suya la ley de bronce como en el régimen burgués? La nivelación obligatoria, el privilegio transferido de uno á otro grupo social, tales son los extremos de la gran regeneración moral.

En América, donde los idealismos exóticos se propagan por ley peligrosa de imitación conviene dar á los partidos su sentido actual. La federación se convirtió en dogma severo como la república; y el socialismo, protesta de los desheredados, europeos puede ser la nueva ilusión esperada. En él descubre el análisis los mismos vicios de nuestros grupos personalistas. Nace armado del cerebro de jefes reconocidos lo mismo en Chile que en la Argentina : la multitud escucha sus dorados vaticinios, protesta y pide leyes favorables antes que un gran deber colectivo imponga la agresión ó el terrible alumbramiento de un rojo ideal. De la actitud socialista derivará inesperada cohesión, según la esperanza de Georges Sorel, la burguesía. Nuestros socialismos crearán, en América, una verdadera clase capitalista por reacción inmediata y dolorosa. Reside su superioridad evidente en la defensa de ideales, en un personalismo menos grave que el de los antiguos partidos. Fuera del poder que debilita ó corrompe, se mantiene unido é impone á viejas agrupaciones la deseada renovación. Es un partido en frente de círculos que declinan. Defiende á una clase todavía

indecisa y ambiciona, en provecho de ella, la conquista del estado. No es la transformación mesiánica del mundo ni la « gran tarde » que anuncian los anarquistas rusos. Como en la visión desesperada de Nietzche, « vuelta eterna » de las mismas luchas, protesta del « cuarto estado » que reclama al tercero los privilegios que éste arrancó á la nobleza. Felizmente en estas agitaciones que pueden ser artificiales pero que tienen su ruda grandeza, no declina la noción esencial de patria, superior á la querella de las clases y al fervor diverso de los apetitos. Lo demuestra, en este apocalípsis europeo, la violencia defensiva ó agresiva de las nacionalidades.

Oligarcas, como Scheidemann ó Renaudel, activos directores de la opinión socialista, canalizan la pasión de la multitud. El proletario combate ó acucia la paz bajo la inspiración de voces tutelares. Los jefes de las organizaciones castizas son, como los grandes generales, déspotas buenos que imponen el dogma de la obediencia y de la disciplina y combaten el libre examen irreverente. El culto al hombre singular, al héroe, se impone á las mismas doctrinas de urgente nivelación.

1914.

LE SOCIALISMO NACIONALISTA

Continúa al margen de la vasta guerra la degeneración del socialismo. Es uno de los « ismos » que sufren, en la gran crisis, en la universal transformación de valores. ¿Perece, se depura en el crisol magnífico? Nuevos testimonios revelan que esta lucha disocia ideas que parecían definitivamente ligadas. El socialismo y el internacionalismo, el socialismo y el régimen republicano obedecían, al juntarse, á afinidades indiscutibles. En congresos periódicos, voces aisladas querían destruir ese maridaje sentimental en nombre de graves razones ó de pactos de utilidad. Pero, el misticismo perduraba elevando contra la estrechez de las patrias y de las monarquías viejos himnos saludables.

En el conflicto europeo obedecen los socialistas á la pasión nacional. Antes de claudicar, declaran en manifiestos generosos que sólo aceptan la guerra defensiva. ¿Quién define en los pueblos hostiles, á través de fronteras de odio, el sentido de la campaña cruenta? Más allá del Rin, también afirman lentos doctores que luchan contra coaliciones de envidia y de opresión. Como en los tiempos de Pascal, verdad en la orilla izquierda de un río y error en la orilla derecha.

En la hora de solidaridad eficaz, para no turbar la « unión sagrada », se convierte el partido en director de la opinión y del gobierno. Ministros socialistas figuran en los gabinetes de Francia y de Bélgica, el doctor elegante Marcel Sembat, el patriarca irreductible Jules

Guesde, el brillante publicista Vandervelde. El Kaiser distribuye cruces de hierro á sus « buenos socialistas », que votan créditos militares en los parlamentos y mueren sin protesta en los campos trágicos. Si alguna unanimidad subsiste en el partido rebelde, es la unanimidad del sacrificio, el fervor generoso para la patria dominada, en las orgías de la paz, por la burguesía egoísta y el capitalismo explotador. Sin duda, vagas tentativas de acuerdo, en los primeros días del choque, recordaron á los escépticos que el proletariado conservaba, en un museo recóndito, el guiñapo de la fraternidad. Pronto se sobre pusieron los fuertes instintos centenarios y la guerra unificó á todas las huestes de la nobleza, de la burguesía y del pueblo.

Sorprendidos por el vigor de la pasión nacional, no reflexionaron los socialistas sobre el sentido de su actitud. Al entusiasmo inicial, á la útil demencia sucede hoy el lúcido examen de la guerra y de sus consecuencias. ¿Puede olvidar el partido invulnerable la lucha de clases, el odio arcaico al militarismo, la primacía de los intereses económicos en toda guerra de naciones? Un diputado alemán, el socialista Wolfgang Heine, oportunista y previsor, ha discutido las nuevas formas que la guerra impone á la vieja cruzada. Su discurso escandaliza á cuantos quieren para la evolución social la más severa lógica. La « Socialdemokratie, » dividida y titubeante, prepara nuevas formas para su acción futura.

« El ejército es el pueblo y el pueblo es el ejército » — dice el orador resolviendo contradicciones con la sutileza de Hegel. — Desaparece el antagonismo que fijaron los maestros del socialismo internacional y heroicamente defienden todas las fuerzas congregadas la grandeza de la patria alemana. La democracia socialista ofrece al emperador su violenta energía, combate á su lado olvidando estrechas querellas. Reconoce Heine vínculos entre el proletariado y la nación : « Los

trabajadores están unidos á la patria de la manera más estrecha por su deseo de participar en la cultura del espíritu y por la solidaridad económica de la nación, que subsiste á despecho de todos los antagonismos de intereses entre las clases ». La guerra interrumpe las batallas internas y quizá renueva su carácter tradicional. Sin la prisión deleznable de la lógica, el partido, vigorizado en formidable choque de razas, buscará, firmada la paz, su interés seguro, llevará á los futuros conflictos un realismo oportunista.

Ya no combatirá al ejército, instrumento evidente de defensa nacional. « La guerra nos muestra la necesidad de defender la patria, recuerda el portavoz del nuevo espíritu. Todo lo que aquélla exige desde el punto de vista técnico, debe ser conseguido y preparado en interés del pueblo mismo. » Diríase el lenguaje apasionado de los nacionalistas, la intensa visión del supremo interés común, el reconocimiento de la función guerrera del estado. El socialismo renuncia á su actitud negativa en las discusiones parlamentarias del presupuesto de guerra, porque aspira « á no aniquilar su influencia ». Sólo ejerciendo sobre el ejército necesaria presión, podrá ganarlo « á los fines superiores de la política ».

Avanzando en sus declaraciones inquietantes pronuncia Heine su doliente confesión. Condena el rencor mezquino contra los príncipes, y reconoce la excelencia de la aristocracia que muere en los asaltos patrióticos. El emperador no es ya el enemigo, y los « junkers », que construyen dolorosamente la « mas grande Alemania », favorecen al obrero paciente, canalizan y moderan la rebeldía proletaria.

Cambian los ideales y según una fórmula repetida en estos debates, reemplaza el nacionalismo rojo al internacionalismo rojo. Nueva tabla de valores, como en los ensayos de anarquismo intelectual de Nietzche.

El órgano de la « democracia social », estudia con interés el esfuerzo para constituir un « partido nacional-socialista de reformas ». La prensa, que recoge las voces de la extrema izquierda, se inclina á la dirección esbozada por Heine. « Debe cambiar, leemos, la posición en relación con el estado. » El rechazo del presupuesto, el odio á los órganos de la guerra, al militarismo que « ha completado su evolución », la fidelidad á principios estériles, la ideología que indigna á los que adivinan « el sentido de la tierra », he aquí aspectos caducos de la gran doctrina. Disociando ideas, separa el socialismo alemán de su credo histórico el pensamiento de la Internacional guerrera. Reconoce la utilidad de las fronteras y la virtud plasmante de las nacionalidades.

Ya, en 1904, Bebel negaba el parentesco de dos ideas en un congreso desconcertante : podía el socialismo, según este corifeo, conciliarse con la monarquía, prosperar en un régimen condenado por fervorosos quimeristas. Y Guesde, hoy ministro de una democracia guerrera, exclamaba : « Cuando hayáis salvado á la república nada habréis hecho en favor del proletariado. » Si el socialismo no es el término necesario de la república en progreso, si no disuelve la fuerza tradicional de las patrias, si acepta antiguas formas de gobierno y de convivencia, se convertirá en agente mediocre de progreso nacional, dentro de severas fronteras ; en partido menor sujeto á la tutela del estado, en órgano burocrático sin majestad sibilina ni auroras rojas que ofrecer al proletariado descontento.

Comentando esta nueva dirección de un grupo histórico, ha dicho M. Terwagne, diputado socialista por Amberes : « ha muerto la Internacional. Los alemanes la han estrangulado. » Más allá del Rin, el marxismo decae y sus voces de unión no llegan á vencer la pasión nacionalista. En Inglaterra y en Francia, se refugia el

ideal claudicante. El partido internacional del trabajo en que figuran Ramsay Macdonald y Keir Hardie, agitadores con doctrina precisa, no olvida la unión con la Alemania de las fábricas, con el obrero explotado por la casta guerrera : predica la paz, y, en un congreso reciente, condenó al eslavismo intolerante y defendió á los judíos rusos en perpetuo ostracismo político y social.

Subsiste, pues, la Internacional en las naciones aliadas y surge en Alemania una forma castiza de socialismo. Grave contradicción para las próximas batallas. Se afirma, en el pueblo enemigo, la unidad nacional, la cohesión económica, y los obreros ingleses y franceses van á impedir con el antagonismo de clases la urgente reconstrucción industrial. « Le Temps » había saludado la amistad de todos los grupos políticos y elogiado al nuevo socialismo patriota. « Para las naciones aliadas, leemos, la página más conmovedora de la historia del socialismo será aquella que refiera cómo, en una hora de crisis grave para todos, el sentimiento del deber para con la patria prevaleció sobre el espíritu de clase. »

Invalidan este optimismo republicano los órganos de la prensa, la « Humanidad » y « La Guerre Sociale », el diario de Jaurés y el periódico de Gustave Hervé, profesor de antipatriotismo, convertido en los días grises de la madurez á la Francia republicana que prepara, con la recia voluntad de la Convención y sin pompas verbales, la liberación del territorio invadido. Defienden la unidad alemana, excusan al germanismo pacífico oprimido por los « junkers », afirman que el clericalismo ha provocado la lucha con designios maquiavélicos.

En vano acumula la prensa moderada citas de folletos alemanes en que se exalta la unión de las clases, la intensa megalomanía, el grave misticismo del nuevo Israel, ungido por un dios tétrico, para redimir al mundo miserable. Persisten en su antigua ideología los socialistas de la prensa; no quieren la división del

país enemigo, esperan que la primera seria derrota funde la república; creen en la disgregación natural de los estados confederados y en el desprestigio de la dinastía guerrera. « Los exaltados, escribe Marcel Cachin, que desde su gabinete dividen en pedazos á Alemania y quieren exterminar á cien millones de hombres, hacen al Káiser el más grande de los servicios y afirman la unidad nacional. »

Ilusión de psicólogos en bancarrota que ignoraron la cohesión germana y esperaban las barricadas de un nuevo 48, para cuandoel emperador imprimiera movimiento, á la máquina imponente de la guerra. Hoy sus protestas llevan á Alemania otra ilusión : le muestran divisiones en la Francia unánime, le enseñan á esperar, á continuar la campaña mientras fermentan en la masa obscura los nuevos gérmenes. Confunden la discusión en que caben divisiones, con la acción en que impera la unidad; los surcos que fecundan la sangre azul y la sangre roja con las salas de redacción donde florece, junto al Larousse fatigado, la pedantería de los doctores.

En el partido socialista alemán, la viril protesta de Liebknecht, la inquietud de Bernstein, la violencia locuaz de Rosa Luxembourg, destruyen la deseada unanimidad. Subsisten gérmenes de la vieja doctrina. En Francia, contra las declaraciones del grupo de Jaurès, manifiesta su patriotismo glorioso, en duras trincheras, el gran ejército socialista. La guerra transforma al proletariado y la enseña ásperamente la solidaridad fecunda que lo vincula á los destinos de la patria.

El marxismo predicó unidad desde el manifiesto de 1847 : sobre los límites de las naciones concurrentes fundó la enérgica unión de una clase rebelde. Desde 1862, la Asociación internacional del trabajo aspiró á fijar ese movimiento bajo la inspiración magistral de

Karl Marx. Es el socialismo científico que explica el desarrollo histórico por un materialismo preciso y prosaico, que da reglas á la lucha de clases y olvida los intereses nacionales. Opone á la revolución disolvente, á la « gran tarde » de los maestros de utopía, la lenta evolución y la reforma eficaz.

Marx es discípulo de Hegel y une al sentido de las realidades sociales un excesivo fervor dialéctico. Hoy reacciona el socialismo que fundó en su patria metódica contra el internacionalismo peligroso. Le inquietan, antes que el bienestar del proletariado universal, el progreso de la clase alemana, dentro de la organización poderosa del imperio. Es indiferente al régimen político, disocia, sin piedad, ideas tradicionalmente afines: socialismo y república, socialismo é internacionalismo, democracia anárquica y organización del trabajo, anticlericalismo explotado por los directores de la agrupación francesa y salud moral del proletariado. Ambiciona colonias, como el capitalismo, exalta el poder industrial, acepta todas las formas económicas que aseguran la prosperidad del trabajador germano. Bismarck adivinó la docilidad futura del partido insumiso y colmó sus ambiciones terrenales con leyes de seguridad y previsión.

¿Resistirá la asociación de las clases desheredadas á esta interna disolución? Creíamos que limitaban su evolución los términos de un dilema : el socialismo será internacionalista ó no será. Convertido en partido de reformas mediocres, sin vengador idealismo, sin mensaje apocalíptico, perderá en grandeza moral lo que gane en cotidianos provechos. Se cumplirá así la sentencia de Pascal : el hombre no es ángel, ni bestia, y si olvida el canibalismo necesario y aspira á la levedad angélica, la bestia reacciona é impera. El socialismo sin mitos de huelga general y antipatriotismo, aceptará ese término medio en que reside la triste virtud humana.

1915.

LA RECONSTRUCCION DE EUROPA

Bajo las lámparas de largas vigilias reconstruyen los escritores, en modestos gabinetes, lejos de la majestad de la guerra, el mapa de esta Europa sonora y claudicante. El trazo de fronteras geográficas se convierte en « puzzle » á la moda. ¿Qué daremos á Bélgica sensata y heroica, enferma de quijotismo? ¿Cómo despedazaremos á Alemania mutilando reinos y creando principados menudos? Un geógrafo eminente, Onésime Réclus, ha dictado ya las condiciones de la paz, « draconiana », y en los escaparates policromos de las librerías, en la confusión de banderas victoriosas, hallamos estudios sobre el futuro congreso pacífico y proyectos graves ó bufos de transformación continental.

En Alemania discuten los junkers la paz científica, la « pax germanica », armoniosa y solemne como en el recuerdo clásico. El periodismo conservador protesta contra la censura y no quiere abandonar á seudo diplomáticos el cuidado de los grandes intereses del imperio. En Londres, el congreso socialista, discute planes de reconstrucción territorial y desconoce de antemano la distribución de provincias que no se funde en el libre sufragio de las poblaciones anexadas. En París, un brillante diario nacionalista, el « Intransigeant », hostil por definición á las sinuosidades de la tolerancia, publica las opiniones de todos los creadores de historia en Francia, de Richelieu á Dantón, de César, señor de las Galias, á Napoleón, conquistador de Europa. El Rin

fué siempre, en la mente de los más grandes franceses, el límite necesario de la expansión nacional, término geográfico, defensa natural, baluarte contra los eternos invasores rubios. La ambición de cada pueblo lucha en todas partes con las necesidades de una paz estable. Si no se respeta los nacionalismos redivivos seguirán á esta guerra otras luchas de disolución europea. ¿Quién puede fijar las condiciones de un arreglo eficaz? Los vencidos aceptarán el tratado impuesto y prepararán silenciosamente el desquite. Si el vencedor es generoso, confundirán la grandeza de sus concesiones con el anuncio de obscuras debilidades. Si el triunfo es profundo, si despoja de su vitalidad á toda una raza, no podrán mantener al nuevo equilibrio las naciones ungidas por favorable destino sino prolongado una estricta paz armada. La guerra que debía poner término á las luchas de hegemonía crear á quizá periódicos conflictos, y empezará, en los campos trágicos, una edad de hierro, terrible noche bárbara.

Por eso se agitan ya los ministros el acuerdo futuro: han de reunir, para que sea útil su intervención protocolar, el maquiavelismo ondulante de Talleyrand y la broncínea dureza de Bismarck. No será sólo un problema de fuerza el que han de resolver, sino de sutileza, de psicología complicada é inquietante. ¿Dónde se detendrá la ambición rusa, su desdén á la civilización occidental, tan ruda y anticristiana? ¿En Constantinopla, tortuosa y dorada, en las fronteras de Suecia, en la Galicia anexada? Desde los pueblos menores de la región balcánica hasta la monarquía danesa, desde España, que quisiera provechos ciertos, en cambio de su neutralidad, hasta el Japón, que inaugura en el Asia de la « puerta abierta », un extraño régimen de exclusión; en todos los continentes pululan conflictos y se agregan á la inquietud de medio siglo nuevas interrogaciones palpitantes. Es interesante vislumbrar, en

medio de las discusiones actuales, los aspectos de la Europa que va á surgir del odio y del dolor.

Los aliados han condenado á Alemania no á la destrucción total, que sería inútil designio, sino á la disgregación provechosa. Quieren fundar la multiplicidad en vez de esta imponente unidad guerrera; ambicionan la disolución del vínculo imperial. Si los alemanes construyeron la unión nacional en guerras sucesivas, Europa amenazada debe fundar su libertad futura en la existencia de « Alemanias » independientes. Recuerdan los eruditos como Luis Dimier la utilidad de ese mosaico de formas políticas, reinos diversos, estados eclesiásticos, principados menores, ciudades libres — de cuyas rivalidades vivía la paz europea. Quietud relativa en que fundaron su hegemonía transitoria enemigos monarcas, flexible organización que sirvió á los estadistas para las combinaciones de un instable equilibrio.

¿Por qué no volver á ese régimen internacional en que era dulce vivir, lo diremos con la frase clásica de Talleyrand? La Alemania dividida, haz de reinos autónomos, sujeta á internas rivalidades, no soñará ya, enferma de peligrosa demencia, en el señorío del mundo. Prusia, estado tutelar, monarquía protestante, impulsa á pueblos dóciles en nombre de la « Deutschtum » marcial. Baviera, más discreta y culta, estado católico de elegantes tradiciones, podrá centralizar el esfuerzo civilizador de la Alemania meridional. Viena y Munich serían artísticas capitales de este grupo de pueblos sin dureza luterana, ni militarismo exclusivo. Los estadistas han resucitado antiguas discusiones políticas y confesado el error de desdeñar al Austria, que fué amiga de Francia en épocas admirables del Antiguo Régimen. El archiducado austriaco que figura en los planes de anexión de olvidados pangermanistas ha de ser reino firme, centro de gravedad de la raza germana cuando se aleje de Berlín;

metrópoli advenediza. En media centuria ha perdido la dinastía de los Habsburgos los dominios del Santo Imperio, la hegemonía de los teutones, la antigua majestad invulnerable. En el próximo congreso, políticos previsores robustecerán su poder claudicante para que, entre los eslavos en progreso y el prusianismo intruso, se levante un poder aristocrático, civilizado, católico, sin perpetua inquietud guerrera, seguro de paz y de culto arcaísmo en medio de razas trepidantes.

Ningún problema más reacio á soluciones precisas que la descomposición territorial de Austria. Conviven razas tan diversas en esa monarquía triple ó cuádruple que, en la hora melancólica de la disgregación, ningún ministro podrá satisfacer la ambición húngara, las reivindicaciones croatas, alemanas, rumanas é italianas. El pueblo magiar sólo acepta la prepotencia : Tisza y Andrassy han vengado á Kossuth. En los consejos de Viena dominan esos señores húngaros, semiorientales y semieuropeos, violentos, inflexibles, que han construído lentamente la grandeza de su pueblo tributario. Hoy se inclinan ante Berlín despótico, pero, ¿no pedirán á los aliados, en la decadencia de Austria, inspiraciones políticas? Si los croatas permanecen vinculados al Imperio decadente, se perpetuará entre las tres razas la lucha interior. Si se forman distintas monarquías en vez del Imperio triple en que soñara el archiduque que cayó en Serajevo, la Europa central dividida sufrirá pronto la presión alemana. La unión no vence las antiguas rivalidades y la división afirma la hegemonía teutona.

Cierto es que una gran Servia, base de resistencia eslava, enriquecida con los territorios de Bosnia y Herzegovina, con la amistad rumana, la alianza griega y la simpatía italiana, puede luchar contra los ensayos de restauración germánica. Pero, en suma, la guerra prepara luchas futuras en Austria y en los Balcanes,

en vez de eternizar la paz, porque los nacionalismos menudos y confusos no podrán ser definitivamente consagrados.

Italia es nuevo factor en este desmoronamiento de naciones. Indecisa y realista, en perpetuas discusiones de utilidad, avanza á la guerra popular bajo el cetro lírico de d'Annunzio. Se oponen el fervor romántico del pueblo solar y la astucia lenta de su diplomacia. Reclama provincias no redimidas : ha llegado « la hora de Trieste », dicen sus escritores. Y el Trentino y la Istria y Fiume y el dominio del Adriático y el señorío de Venecia — oro, púrpura y el reflejo de mármoles raros en el mar sumiso á la galera ducal — pasan otra vez, procesión inflamada, en la visión de una raza artística y sutil. Desde hoy parece difícil la división de esas regiones en que se mezclan eslovenos, croatas é italianos. Los servios reunidos á los croatas en sus reivindicaciones de expansión necesaria, encontrarán, en su avance al mar, las posesiones italianas. La gran Servia y la Italia mayor van á luchar por el predominio en las islas de Iliria, en Zara, quizás en Fiume. El « statu quo » contradice las reclamaciones de pueblos oprimidos. La reforma amenaza con nuevos choques nacionales.

En Trieste se ha fijado la ambición romana. Es el pueblo del Levante, á donde llega la carga de pueblos armados y remotos. Trieste gobierna á Esmirna, que domina el Asia menor. Y el ministro de la restauración helena, Venizelos, no abandona aquella legendaria costa griega, donde todavía se cantan los himnos homéricos. ¿No combatirán las dos naciones clásicas, Italia y Grecia, al dividirse el Oriente? La estadistica, sierva de Calibán, se une á los recuerdos líricos para demostrar la importancia económica del puerto codiciado.

Rusia ha ofrecido unidad y autonomía á Polonia : ignoramos si el militarismo robustecido por la victoria

tolerará en el imperio sumiso la incrustación de un reino libre. Tantos problemas internos — estatuto de los judíos, extensión de los poderes de la Duma, tutela en Bizancio — van á inquietar á la Rusia infinita y paquidérmica, y la madre de todos los eslavos olvidará quizá la ambición terca de un pequeño dominio rebelde. En Polonia, como en Alsacia, como en Schleswig, los hábitos de una larga separación lucharán con las afinidades morales. Nuevas causas de turbación provincial ocuparán á los estadistas ilusos. Ya en Francia se recuerdan los métodos de Luis XIV para asimilar á Alsacia, el respeto á las particularidades provinciales, la tolerancia religiosa, y se denuncia el peligro de una brusca anexión que destruya las prerrogativas de una región enemiga de centralización jacobina. Adivinando obscuras resistencias, piden los socialistas que voten los habitantes de esas provincias tenazmente franceses; despojan así á la « revanche » de su sentido nacional.

Bélgica espera compensaciones al terrible desastre; el oro no podrá resolver la gran tragedia y darle soluciones armoniosas. Convendrá agregar al reino heroico territorios sobre el Rin, que lo defiendan de futuras violencias. Pero, los geógrafos, como Onésime Réclus, recuerdan que si se anexa Bélgica posesiones germanas, se complica el problema de razas, tan peligroso en su historia política. A la rivalidad entre flamencos y valones, viene á unirse la actitud insumisa de un nuevo territorio y la unidad sufre graves ataques. Empero, la monarquía prolífica, unida en la miseria y en el épico duelo, puede servir de baluarte al mundo latino contra nuevas inmigraciones sangrientas.

España, tierra final en esta Europa guerrera, aislada y sana en medio del frenesí universal, no renuncia á adquisiciones territoriales. Quiere Gibraltar en cambio de su neutralidad. El respetable Sr. Azcárate ha defendido la integridad territorial española. Portugal

se agita y despierta en las mentes ibéricas un olvidado imperialismo. ¿Porqué no volver á la gran unidad y anexar esa Galicia inquieta que amenaza la instabilidad peninsular? Extender las posesiones africanas, incluír á la república portuguesa en los dominios del reino democrático, obtener Gibraltar, dar á la neutralidad quijotesca, en la gran feria europea, un valor preciso, he aquí para la España guerrera un firme ideal. En el congreso de la paz van á exigir cambios de fronteras los ministros españoles. Europa que ignora la furia ibérica y su ímpetu conquistador, pedirá quizá reclusión y silencio, mientras se abisman las viejas naciones dolientes.

Alemania segura del triunfo opone á estas « combinazione » el rígido plan imperial : unión de las grandes naciones de la « Europa central » desde Polonia hasta el Atlántico de Hamburgo á Bagdad, contra la moderna Cartago, dueña de los mares ; el océano libre para todos los pueblos comerciantes, la paz germana en que se organice bajo la tutela de Pótsdam otra Europa laboriosa y religiosa, unida, fuerte, libre, heredera de todos los grandes imperios, maestra del Africa oscura y de la América inquieta. En este duelo de pueblos, no obtendrá Alemania el imperio deseado : buscando místicas inspiraciones en la Biblia de Lutero ha olvidado á Nabucodonosor. Dividida y vencida, sufrirá la dura ley de la guerra. Los reconstructores del mundo viejo, perdidos en operaciones de cirugía trascendental, amputando con elegancia, ligando órganos nuevos á imperios fatigados, preparan nuevas agitaciones. Han desencadenado á todos los poderes de la muerte y sólo un nuevo dios puede transformar el caos en larga armonía.

1915.

LA DEFENSA DE LA MÚSICA FRANCESA

Continúa la doble batalla material é ideal en la Francia tensa y heroica : combate económico, tonante duelo en los campos graves, guerra de ideólogos, antagonismo total de hostiles civilizaciones. El arte también defiende su autonomía mientras libertan las legiones el territorio hollado. León Daudet, el más ágil é implacable de los escritores panfletarios, un Veuillot que ha pasado por anfiteatros y hospitales, ha denunciado la corrupción del espíritu francés bajo la nociva infiltración de ideas alemanas. Enfermedad moral que exige inmediata cura en asilos inviolables. La Sorbona y el bulevar, el teatro sumiso y la prensa venal, importaban de allende el Rin dramas y sistemas, abstrusas sinfonías y prejuicios de una raza enemiga. La guerra franco-prusiana no terminó en Sedán : maestros de escuela y doctores de universidades magistrales continuaron la lenta cruzada, conquistando al pueblo vencido, descastando á una raza orgullosa. Luego, capitanes de industria y mercaderes de alma turbia invadieron las ciudades elegantes. Arquitectos levantaron mansiones extrañas al canon versallesco. Llevaban á la moda y la pintura el humillante « made in Germany ».

Ha sido estudiado por periodistas y académicos este moral vencimiento. Acaba de revelar la ciencia francesa en elegantes monografías su originalidad y su excelencia. Bergson nos enseña que de Descartes procede el

moderno pensamiento francés. Se vuelve á la tesis de Quintón, el eminente biólogo : Francia crea en todas las actividades, en la técnica y en las ideas puras, mientras que el mundo inferior aplica, completa, desarrolla esos magníficos fundamentos. Libre de obscura pasión, lúcida y serena, disocia ideas y penetra, con firme razón, en los meandros de la naturaleza y del espíritu. Como en el símbolo, lanza esta sembradora inquietudes á toda raza anhelante y le devuelve, embellecida y depurada, su confusa aspiración. Ha llegado á ser este imperialismo, superior al apetito geográfico, la profesión de fe de selectos escritores. A la edad heroica de Michelet y Edgar Quinet suceden meses angustiosos en que se reniega de la fraternidad quimerista. Los pueblos exaltan su genio histórico y Francia, que se abandonó á un elegante cosmopolitismo, vuelve, con desencantado fervor, al culto de sus lares.

A los cenáculos y á los teatros llega también la dura voz de la guerra, Saint Saëns octogenario emprende contra la música alemana, desde trincheras oficiales, la más activa campaña. Olvida á Liszt que estimuló sus ensayos, desdeña los honores que colmaron su madurez, en Berlín hospitalario, para prodigarse en manifestaciones de exasperado nacionalismo. Otras selectas figucas, un Vincent d'Indy, un Debussy, esperan que la paz vuelva á la ciudad ideal de los sinfonistas. En los programas de los conciertos no figura Wagner, profesor de vitalidad alemana por sus vastos dramas legendarios. Se discute el origen flamenco de Beethoven para no imponer á sus obras patriótico ostracismo. La enérgica pasión castiza invade los serenos templos de la sabiduría, amados por Lucrecio. El odio avanza fatal, ineludible, pronto á todos los desquites.

Una cruzada menor de escritores tolerantes devuelve á los maestros desdeñados su prestigio. Pero, también afirma, con renovada fe, la virtualidad del arte nacio-

nal. La Francia autónoma en el orden del espíritu, necesita alejar perentoriamente excesivas presiones de afuera. En la Opera el extranjero será el enemigo, porque la invasión de un exotismo petulante debilita las tradiciones francesas y crea, en vez de la unidad necesaria, una babélica y extraña riqueza. París, metrópoli de las artes, capital del gusto, no prestará excesiva hospitalidad á extranjeros conquistadores y sabrá imponer á la estética abigarrada de las razas nuevas reglas saludables. De invadida pasará á invasora, en la fervorosa emulación que seguirá á la guerra : suya será la hegemonía de la belleza, porque ha congregado, en sus talleres, las más altas inspiraciones humanas.

Cubismo y retumbante orquestación, arte de Munich que propaga en claras ciudades la sombra de hipogeos egipcios, modas vienesas, barroquismo enemigo de simples líneas, regresión á la majestad de los templos babilónicos, olvido de la mesura helénica; he aquí viciosos aspectos del arte germanizado que Francia aspira á desterrar.

Mi amigo Jean-Aubry que ha defendido en vastas capitales el ideal francés, fija hoy, en un volumen de elegantes estudios, la excelencia de la música francesa Se libra, naturalmente, de actuales prejuicios, y al comparar dos músicas, explica la importancia de ambas fuentes de sonoridad. « La grandeza de la música alemana, de Bach á Wágner, escribe, es una verdad universal. » Renuncia á odiar en Liszt el origen húngaro, en Schubert el abolengo austriaco. Pero, inclinándose ante la majestad teatral de Wágner, enseña que su influencia sobre las nuevas generaciones se ha agotado; y que al germanismo decadente en música se opone hoy el admirable renacimiento francés. Nuevos maestros proclaman su independencia artística, Debussy y Ravel, Dukas y Magnard. Un inesperado entusiasmo agita á muchachos de excesiva melena, tradicio-

nalistas y novadores que buscan en el pasado nacional seguras direcciones.

Para ellos, Strauss es « el músico de la decadencia alemana, el compositor de falso poder apoyado solamente en la fuerza orquestal y la violencia de la sensación ». De Wagner á Mahler observan un lamentable descenso, signos de fatiga y de estancamiento. Otras razas traen á Europa desencantada su contribución melódica, España, Inglaterra, el norte brumoso : Alemania se detiene en crisis de impotencia. Aubry cita á un apologista de Strauss : « La orquesta de Wagner, de Mahler, de Strauss, leemos, no es la asociación empírica y amable de instrumentos armoniosos de Mozart y de Haydn; es un ejército en batalla con toda su artillería. » Se busca la cantidad, el tumulto de los cobres, el efectismo, la sensación frenética; se desdeña la claridad, la medida y la gracia. De la arquitectura llega al discreto principado de los sinfonistas el vicioso amor á lo colosal.

De 1770 á 1830 pesan sobre la música francesa influencias alemanas é italianas, Meyerbeer y Rossini : la Opera representa brillantes creaciones extranjeras. Dormita la tradición bajo la presión de la moda y sus efímeras imposiciones. Berlioz no funda escuela. En la indigencia castiza van imperando dioses menores de otras razas. Se levanta pronto sobre su frágil señorío la fuerza ciclópea y redundante, teatral y mística de Wagner. Es el conquistador insuperable en París vencido Agente sonoro de imperialismo, envuelve en suntuosas leyendas su terrible dominación. La juventud que va en anual peregrinación á Bayreuth es antipatriótica y anarquista, como si se juntaran, en la crisis francesa, las inspiraciones del arte y de la politíca. De Rin llegan ideas y ritmos como en los años líricos de Michelet y Edgar Quinet.

Un estrecho grupo creador de nuevos valores reac-

ciona en silencio contra el ideal extranjero. Del culto al pasado, de un lúcido tradicionalismo deriva nuevas fuerzas eficaces. En el Conservatorio prepara triunfos nacionales una grave generación curiosa y estudiosa, que abandona las fáciles melodías en que se complaciera un Massenet. Un austero precursor que sigue las inspiraciones del wagnerismo, pero sin exclusivo entusiasmo, Vincent d'Indy, enseña á estos jóvenes apasionados la necesidad del esfuerzo para que de sus ensayos surja una música vigorosamente francesa. Hacía 1890 se inicia el gran resurgimiento.

Claude Debussy ha enseñado el orgullo de la música nacional, del gentil clavicordio, del arte de Rameau y de Couperin, de ese siglo diez y ocho danzante y elegante que daba levedad á las cosas graves y sonreía en la mayor tragedia. En torno á Debussy nuevos nombres singulares: Ravel y Schmitt, Dukas y Sévérac, Roussel y Duparc forman libre escuela sin estrecha disciplina y preparan, cultivando dones propios, un glorioso florecimiento. Germanismo é italianismo representan pronto olvidadas etapas en la evolución castiza; abstracción y facilidad, arquitectura y melodía dulzona de que se alejan estos finos artistas orgullosamente franceses. Armados de la piqueta de novadores, condenan á Berlioz caduco, discuten á César Franck extraviado en el misticismo de « Les Béatitudes », á Gounod oscilante entre dos cultos, el alemán y el transalpino; á Saint-Saens, exquisito diletante, ágil en su misma agresiva senectud. Lalo injustamente olvidado, Chabrier sagitario de años recientes, Bizet que Nietzche amó y exaltó en su campaña contra Wagner, se convierten en penates de este curioso modernismo.

Y aparece entonces en su altivez conquistadora la música francesa, clara y ordenada, reflexiva, pero sin sistema ni brumosa metafísica, enemiga de la retórica,

fina y ágil, irónica en el dulce abandono de la melodía, sentimental sin delicuescencia, amable y amena, expresiva y pintoresca, ufana de sus caracteres nacionales. No renunciará ya á su dirección centenaria para aceptar el yugo de extrañas y admirables enseñanzas. Recordando á Couperin, había escrito Claude Debussy que « su música evitaba toda redundancia y era espiritual. No nos atravemos ya á ser ingeniosos, porque tememos perder en grandeza y nos esforzamos en conseguirla muchas veces sin éxito ». Fijó así el joven maestro la variedad necesaria de la obra musical : á la amplitud germana oponía la sutileza, la gracia, la medida de Francia. Dócil á la presión del espíritu nacional, á las voces infalibles de la tierra ancestral, impuso límites al esfuerzo de sus compañeros de esperanza. Excesiva, retumbante, pedantesca, á esos extremos podía llegar la música alemana mientras que el claro arte de Francia mantendría su elegancia y su armonía.

En Chambonniéres, en los tres Couperin, sobre todo en Rameau, á quien consagró Debussy sonoro homenaje, en su arte amable asociado á la danza, en su discreto lirismo, en su « preciosa » distinción, en su leve gracia, halló la generación de Dukas y de Ravel constantes modelos. Gozo de vivir, inquietud dramática, sonriente frivolidad, amor sin tragedia, volvían al arte extraviado en consideraciones sobre el ser y el número, el destino y la muerte. « La plasticidad de los ritmos, el sentido de la vida ordenada, la delicadeza y la preocupación del equilibrio expresivo, escribe Aubry, son caracteres de Rameau. » En novísimos compositores dominan las mismas virtudes esenciales, polifonía y movimiento, sensualidad é ironía.

Claude Debussy fija, en su arte, la novedad de esta simpática cruzada. Nada prueba su música, no es esclava de una metafísica ó de una moral. Es la expresión de una delicada sensibilidad, millonaria de tonalidades y

matices, de un alma refinada y selecta. « Él ha separado, recuerda Aubry, la idea de poder de la idea de cantidad orquestral. » Es la gran revolución que puso término á la dominación wagneriana. Surge una nueva sinfonía á que bastan pocos instrumentos : « en la extrema sutileza de sus tonalidades, en la profunda humanidad de sus acentos, » en la « calidad » reside su inesperada virtud. Diversa y curiosa, obedece al curso inconstante de la emoción. Abandona la rigidez del cuadro antiguo para referir menudamente la frágil turbación que lleva al alma expectante la hora dulce ó grave que pasa.

A veces introduce lo cómico en el desarrollo musical como en la « Hora Española » de Ravel, se asocia al teatro, al movimiento de las pasiones dramáticas, en « Peleas y Melisanda », en « Ariana y Barba Azul ». Describe el pasajero encanto de las cosas ó comenta las melodías verbales de Baudelaire y de Verlaine. Desconfiando de ambiciosos templos de abstrusa sonoridad; cultiva, según el consejo volteriano, su jardín adecuado á morosas divagaciones y arcaicas galanterías.

¿A dónde llegará esta restauración musical que va imponiendo nuevas curiosidades al mundo contemporáneo? La escuela francesa no ha llegado aún á su plenitud. En España, en Italia, observamos la misma revolución sinfónica que en París. Es el desquite del arte mediterráneo enfeudado á graves tiranías. Se oponen dos músicas excelentes y, en las transformaciones del gusto humano, readquiere el mundo solar la primacía. Schopenhauer celebró los esponsales de la metafísica y de la música. Perdido en el océano de la infinita sinfonía, abandona el orden mediocre de la causalidad para llegar á la quietud, á la desencantada serenidad y al nirvana feliz. La música es « una copia tan inmediata de la Voluntad como lo es el mundo; independiente de los fenómenos, expresa la quintaesencia de la vida y de

sus fases ». Es el lenguaje del ser, « nos da lo que antecede á toda forma, la matriz profunda, el corazón de las cosas », decía el filósofo en su gran tratado doliente. De su pesimismo triunfan Nietzche y cuantos aman la pintoresca ordenación de las apariencias. Resurge el genio de los pueblos tórridos, nervioso, impresionable, que sonríe á los dioses sombríos y despilfarra la vida gallardamente. En la nueva música francesa hallamos lo que en vano buscaba en Wágner y su trágico señorío el poeta de Zaratustra, « la gaya ciencia, los pies ligeros, el espíritu, el fuego, la gracia, la gran lógica, la danza de las estrellas, la insolente superioridad. »

1916.

EL PROBLEMA ALSACIANO

Se discute ya, en torno á la guerra subterránea, los caracteres generales de la paz futura. Alsacia y Lorena, perpetuamente disputadas por Francia y Alemania en siglos de historia bélica, se conviertan en punto central de estos prematuros debates. El socialismo exige, en la reconstrucción de Europa, expresiones de voluntad provincial, definidos y libres plebiscitos. Cada región, cada nacionalidad humillada proclamará, en solemnes comicios, su derecho á vivir libremente, á unirse á un grupo de pueblos de que las separaron, en trágicas horas no olvidadas, impuras manos violentas. La nueva Europa reconoce el principio de las nacionalidades y despoja á los reyes de su viejo derecho de repartir pueblos y obsequiar provincias. A las primeras batallas de esta magna lucha se agregaron promesas de autonomía : el polaco, el judío, el croata, el armenio, esperan, del inminente crepúsculo de una civilización opresora, renovaciones. Con hierro y sangre se fundan derechos dolorosamente como se constituyeron imperios en un planeta habituado á la discordia. Y otra vez triunfa el sombrío doctor de la guerra, Joseph de Maistre, que vió en ella la divina matriz de los resurgimientos humanos.

Francia aceptó la guerra alemana, la científica violencia del gran pueblo militar ; y no puede renunciar hoy á un conflicto que su excesivo pacifismo evitara, sin adquirir las provincias usurpadas por Alemania en el tra-

tado de Francfort. No ha querido el choque de dos razas y dos civilizaciones, la lucha metafísica y guerrera por el dominio del mundo; pero tampoco puede resolverla sin que triunfen las voces nacionales. De allí la suprema gravedad de esta cita sangrienta : el teutón la ha provocado y es incapaz de imponerle término. Ha premeditado la guerra y no logra crear la paz. Surgen tumultuosamente las reivindicaciones en la Europa incierta, y la justicia, fuerza ideal, se transforma en mortero que destruye arcaicas fortalezas.

En la Francia resignada sólo la voz tonante de Déroulède y su quijotesca insistencia, el himno de Barrés á su amada Lorena, convocaban al desquite. La república era, más seguramente que el imperio, la paz firme, la interna lucha de partidos y la exterior quietud. Hoy el pueblo unánime acepta la larga batalla con la seguridad de una nueva ley, ley francesa, para Alsacia y Lorena : la victoria se confunde con la integridad territorial, el nuevo triunfo restaura la antigua unidad. Más allá del Rin ninguna fuerza política tolera una paz que devuelva territorios á Francia, la enemiga eterna.

En nombre de la historia, de la raza, reclamó el poder alemán Alsacia y Lorena; hasta el siglo brillante de Luis XIV conservaron esos territorios el espíritu germano. Francia los considera suyos por la cultura, porque la acción sutil de su civilización los asimiló definitivamente al imperio ideal de su lengua y de sus leyes.

Respetando la originalidad de ese dominio alemán, con hábil política; empleando, en vez de la violencia unificadora, una adecuada tolerancia, conquistaron reyes sabios la voluntad alsaciana. Dió la región afrancesada heroicos generales á la Revolución y al Imperio : Kellermann, Kleber, Rapp. Vivió plenamente de la existencia francesa, adoptó sus costumbres, olvidó ó

desdeñó la rudeza germana. En esos dominios alemanes por tradición, y franceses por vocación, se juntaban las dos culturas. Universidades y escuelas bilingües operaban, entre civilizaciones poderosas, un eficaz acercamiento. Tierra de intercambio moral, encrucijada de grandes razas expansivas destinadas á realizar lentamente la síntesis de sus antiguas ambiciones. Estrasburgo será la ciudad santa de estas peregrinaciones necesarias.

Después de Sedán, Alemania despojó á Francia de sus posesiones sin consultar la voluntad de alsacianos y lorenos. El triunfo se convirtió en razón jurídica, la fuerza disolvió un nexo histórico. En vano Emile Ollivier, en carta al emperador coronado en Versalles, aconsejó la paz sin conquista y prefetizó la futura congregación de las fuerzas latinas y eslavas contra el poder teutón. Bismarck, que había acordado á Austria un tratado de paz y renunciado á adquisiciones territoriales, no quiso aventurar su popularidad en su patria demente aceptando de Francia vencida el oro sin la tierra. Del despojo vivirá medio siglo la inquietud europea. Todos los planes de futuro acuerdo entre dos naciones complementarias, fracasarán ante la voluntad alemana de conservar su conquista y conservarla ruda mente, con sus habituales presiones psicológicas : la fuerza, el terror y la injusticia.

A la anexión se opusieron con indomable energía representantes de Alsacia y de Lorena. En los parlamentos de Francia y de Alemania resonaron graves voces de protesta contra Alemania que desconocía, por la conquista, expresas y enhiestas voluntades. En la asamblea nacional francesa que discutió las condiciones de paz, Keller, diputado del Alto Rin, afirmó, el 17 de febrero de 1871, « la inmutable voluntad » de las provincias de permanecer francesas. « Francia — decía — no puede consentir ni firmar la cesión de Alsacia y

Lorena. » Sufre la presión de la fuerza sin sancionar sus violaciones. El 10 de marzo del mismo año, Grosjean, también representante del Alto Rin, leyó la solemne declaración de las dos provincias insumisas : desconocimiento del pacto que les imponía una odiosa nacionalidad, resuelta reivindicación de su derecho violado, noble esperanza de futuras reparaciones. « Os acompañaremos — exclamaba dirigiéndose á los diputados franceses — con nuestros votos, y esperaremos con entera confianza en el porvenir que Francia regenerada siga otra vez el curso de sus grandes destinos. Vuestros hermanos de Alsacia y Lorena, separados en este momento de la común familia, conservarán á Francia ausente de sus hogares una afección filial hasta el día en que vuelva á tomar asiento en ellos. »

También se escuchó en el Reichstag el indignado acento de rebeldes diputados. El 18 de febrero de 1874, Eduardo Teutcsh, representante de Saverne, exigió el plebiscito, una llamada á la opinión antes de incorporar rudamente territorios conscientes de su pasado y de su cultura. « Si en tiempo lejano y relativamente bárbaro, dijo en esa memorable sesión, se ha transformado á veces el derecho de conquista en derecho efectivo, si todavía hoy se hace absolver cuando se ejerce sobre pueblos ignorantes y salvajes, nada semejante puede alegarse en el caso de Alsacia y Lorena. Conquista Alemania, á fines del siglo XIX, en un siglo de luces y de progreso, y el pueblo que reduce á esclavitud (porque la anexión que no se apoya en el consentimiento constituye para nosotros una verdadera esclavitud moral), es uno de los mejores de Europa, el que pone quizá más alto el sentimiento del derecho y de la justicia. » Ni siquiera un displicente silencio correspondió á esta viril oración : la fuerza abrupta y loca humilla al orador. Desde entonces, continúa en las provincias la protesta y en Francia, según el consejo de Gambetta,

el pensamiento va á « la línea azul de los Vosgos », y la palabra es mesurada y discreta : « pensad siempre en Alsacia y Lorena, decía el tribuno á sus compatriotas, y no habléis nunca de ellas. » Se despueblan las regiones : 160.000 de sus habitantes optan por la nacionalidad francesa y se obligan á emigrar. Cada año una pequeña legión de diez ó doce mil alsacianos abandona la patria pequeña, en gloriosa aventura, y busca en la patria grande libertad y bienestar. De 1905 á 1910, cincuenta mil alsacianos se alejan de las provincias heroicas. La dureza alemana preside á esta triste odisea, sonríe ante el voluntario ostracismo de ciudadanos hostiles y atrae elementos de germanización.

No conquista, sin embargo, el alma formidable de estados que figuran pronto en el martirologio de las poblaciones agregadas á vastos imperios. De todas las formas de resistencia usa el alsaciano : la elección, la deserción, la emigración. Ha comparado dos culturas y ha rechazado adefinitiamente la alemana, sabia y arrogante, minuciosa y lenta. El lápiz de Hansi y de Zislin, aguerridos caricaturistas, persigue al Herr Profesor y á su familia zoológica. El alsaciano mezcla dos inspiraciones : piensa en alemán y siente á la manera francesa.

Ha depurado su gusto, aplicado el ridículo, ácido implacable, á las pesadas costumbres de su antigua patria. Opone su instinto democrático á esa sabia arquitectura teutona construída por junkers y guerreros. Por un terrible privilegio, allí, como en todos los continentes, la clara civilización francesa excluye toda antigua forma de pensamiento y de conciencia : depura, embellece, regenera. Alemania encuentra en las provincias que cree haber conquistado, una difusa hostilidad, el voto, la sátira, la lengua. Puebla las prisiones, cierra escuelas, impone severas penas á rebeldes escritores como el abate Wetterlé. En 1887, á pesar de la cons-

tante presión de Berlín, quince candidatos netamente contrarios á todo pacto con sus nuevos tutores, fueron elegidos por 247.000 votos, compacta y progresiva mayoría electoral. Tenientes de monóculo desdeñoso ensayan luego, contra la burla, la fuerza, y se sienten vencidos.

Pero Alsacia no puede emigrar íntegramente en odio al vencedor despótico. Es necesario vivir, « primum vivere... » Prosperando en la tierra que no quiere ceder al invasor, conserva el provinciano la influencia francesa. Al partir se lleva los penates de la patria chica y deja, al conquistador, posiciones ocupables. Los diputados buscan un « modus vivendi » con el imperio, la autonomía en vez del régimen de excepción, una administración castiza, leyes provinciales, elementos de libre existencia en una federación que respete particularismos. Gobernaban, desde 1871, las « tierras imperiales» directamente sometidas al Káiser, un « statthalter » y un ministerio que reciben de Berlín la consigna. Una burocracia en su mayor parte extranjera rodea á altos funcionarios hostiles. La independencia limitada, una fisonomía propia reclaman periodistas y políticos en las provincias anexadas, el reconocimiento de la función histórica de Alsacia; alquitara donde se funden dos civilizaciones, laboratorio de sutil alquimia que prepara, contra la división de irreductibles elementos, combinaciones saludables.

¿Concederá Prusia, directora de la política alemana, franquicias á esos territorios en que practica un sistema de brutal asimilación? No sin desencanto siguen los nacionalistas franceses esta posible transacción contraria al viril pensamiento del desquite, á la guerra deseable que olvidan beatamente, desde su castillo aristofanesco fabricado en las nubes, radicales y socialistas. Libres de cotidiana tiranía aceptarán quizá los alsacianos la ley germana, se resignarán porque es incapaz de

romanticismo prolongado su sensatez, y á la cultura de ultra Rin llevarán la vivacidad y la ligereza francesas. Jaurès se inclina á un acuerdo fundado en la autonomía alsaciana, á la reconciliación de las dos grandes fuerzas históricas : Alemania organizadora y Francia improvisadora, la república audaz, inventora, humanitaria, y el imperio aplicado, lento, laborioso, de mistico nacionalismo. Cuantos construyen en el futuro brumoso la blanca ciudad de la Paz saludan esta política que funda, en la Europa desconcertada, útiles hermandades. Pero el germano terco no cede. Oprime sabiamente, desdeña y destierra en el país alsaciano; los incidentes de Saverne revelan la voluntad agresiva de rígidos oficiales. En vez de la paz durable viene la guerra, y los destinos de provincias lamentables van á decidirse en próximas batallas.

Alsacia y Lorena han constituído un campo de experiencia para los métodos políticos de Prusia. La áspera nación guerrera desdeña la tolerancia, la simpatía, la difícil victoria moral : anexa territorios y los somete á una injusta violencia, á un terror periódico. No comprende la resistencia sentimental y el patriotismo invariable. Organiza, estimula el progreso material, crea riquezas, multiplica escuelas y ferrocarriles. El espíritu le es indiferente, el yo insumiso de razas extrañas, porque carece de genio político. Un ministro filósofo, Balfour, ha escrito que sabe crear fuerzas, pero no sabe emplearlas. En el libro que consagran á las provincias usurpadas dos alsacianos franceses, Henrí y André Lichtenberger (editor Chapelot), hallo las cifras de la útil acción germana. En 1872, 768 kilómetros de líneas férreas y hoy 2.000; 1560 correos en 1909, 192 cuando imperaba Francia en estas regiones, irrigaciones, canalizaciones, prodigioso avance industrial, transformación de las ciudades. Ha doblado la población de las fábricas : de 245.000 en

1875 á 421.000 en 1907. Lorena es un importante centro minero explotado por la admirable actividad de los conquistadores. Las operaciones de los grandes bancos progresan de 841 millones de marcos en 1876 á 7 mil millones en 1910. Al mismo tiempo se extiende la instrucción general, se multiplican los institutos técnicos y la universidad de Estrasburgo, que contaba con 47 profesores y 220 estudiantes en 1872, posee hoy 176 maestros y 2000 alumnos. En todos los dominios, inclusive en el de la deuda pública, se nota el mismo avance. Los gastos fiscales pasan de 31 millones en 1872 á 72 millones en 1910, y las obligaciones del estado de 3 á 42 millones de marcos.

El sentido de la magnitud domina en la acción alemana : civilización colosal de preciso automatismo que no llega, sin embargo, á anexar almas. En Alsacia, en Polonia, en tierras danesas, la creciente riqueza no conquista á los patriotas. Sorpresa de los administradores que creen en la omnipotencia del progreso industrial. ¿Cómo guardan su arcaico patriotismo estas ciudades, protegidas por el oro del Rin? Sin penetrar en meandros psicológicos, desprecia el poder fuerte á provincias sentimentales que merecen la bíblica maldición porque vuelven los ojos al pasado. Un rigor exacerbado domina en la administración alsaciana desde el primer mes de la guerra : fusilamientos, servicio de espías, terror local, medios que emplea Alemania temerosa de perder su propiedad de medio siglo, sus industrias prósperas, las creaciones de su espíritu organizador.

Ni se retira el germano ni abandona su hermosa esperanza el galo. Nueva faz de un perpetuo drama sangriento. Francia sólo firmará una paz que le devuelva las provincias trágicas. El desquite, la integridad nacional, el recuerdo de cuarenta años de dolor silencioso, la voluntad segura de los muertos heroicos, la unión prodigiosa de todas las fuerzas castizas, socialismo, clero,

aristocracia, pacifistas desencantados y conservadores de tradición napoleónica, monarquistas y anarquistas para la guerra de restauración; el pasado y el porvenir señalan límites precisos al tratado que ponga término á la guerra. Los mismos socialistas que condenaron acerbamente el desquite reivindican los territorios donde reina un perenne duelo. Alsacia y Lorena serán definitivamente francesas para que este combate de dos pueblos fundamentales adquiera un sentido moral inmanente : el derecho fuerte vencerá á la fuerza injusta. Ningún ministro podrá firmar un pacto que no consagre la espléndida voluntad francesa de reacción guerrera, de restauración jurídica y de paz sin conquista.

Pero ¿bastará la incorporación de la nacionalidad alsaciana para detener al teutón guerrero, y fundar un orden perdurable? La Francia de ideólogos apasionados discute la ardua cuestión. Se definen ya dos activas opiniones en relación con el futuro problema. Los nacionalistas piden nuevos límites para la seguridad francesa, el Rin, confín histórico, el río almenado que acucian los políticos y evocan los poetas. Esta flexible civilización francesa que redimió á los alsacianos de la pesadez germana asimilará también á las provincias cisrenenses que conocieron antaño las excelencias de la ley napoleónica. La paz estable la fundarán capitanes violentos poniendo severos términos á la expansión alemanesca. No figurará en los congresos el pacifismo ingenuo, porque el derecho estricto no basta á la vitalidad de Francia. Bajo la dirección napoleónica prosperó la confederación del Rin; de la misma manera crecerán provincias bajo la ley de un elegante invasor. El protectorado de esta exquisita cultura alejará el peligro germánico, levantando contra su avidez periódica nuevas líneas fronterizas.

De este nuevo imperialismo protestan los liberales

franceses. Uno de los más notables espíritus de la Sorbona activa, Gabriel Séailles, acaba de condenar en un folleto « la anexión de la ribera izquierda del Rin que inquietaría á Inglaterra, amenazaría á Bélgica que es, para Francia, una patria intangible, despertaría desconfianzas en Holanda, porque significaría la lógica regresión á la política de las fronteras naturales ». La nación generosa que ha defendido los derechos del hombre imitaría á la Alemania de Treitschke, usurparía, vejaría, impondría á minorías rebeldes su civilización. El dogma francés, escribe Séatlles, recordando los principios que defendiera Renan en los días trágicos del 70, reconoce á la conciencia de los pueblos realidad y eficacia. « Ha afirmado siempre que una nación no es ni una cosa ni un rebaño, sino una persona; ha fundado la unidad del estado moderno no en la presión sino en la voluntaria unión de los ciudadanos que lo componen »; mientras que Alemania somete el destino de las razas á las sangrientas resoluciones de la fuerza, al duelo periódico de las grandes civilizaciones. Antítesis formidable que estudia el eminente profesor francés : la justicia y el poder, la paz y la guerra, la voluntad de la muchedumbre y el derecho eminente de los reyes. « La incorporación brutal viola en la nación el mismo derecho que viola en el individuo la esclavitud, el de ser independiente, de no ser tratado como cosa, simple instrumento de la voluntad y de la pasión de otro. » La conquista de las poblaciones del Rin convertiría á la raza más liberal de Europa en nación militarista, injusta, despótica, agresiva. Los libres espíritus de la Nueva Francia sólo aspiran á la integridad nacional; las provincias disputadas volverán naturalmente á la república que las redime de su servidumbre.

Europa enseña al Nuevo Mundo el vigor irreductible de las nacionalidades oprimidas. Anexión no es asimilación; la violencia es impropia para transformar el

alma oscura de las razas menores. Porque desconocen derechos evidentes, sangran las majestuosas naciones que atribuyeron á la fuerza una divina excelencia. El nacionalismo, como las religiones, tiene su martirologio : en él se inspiran nuevas legiones invencibles. Las guerras de usurpación crean en todos los continentes una angustia perdurable. La victoria sin conquista territorial prepara nuevas amistades políticas, transforma el equilibrio de las naciones, exige al vencido un inmediato y severo examen de conciencia. Rusia vuelve, después del triunfo japonés, á un silencioso y útil recogimiento. España analiza con acerba lucidez su decadencia. Caben entre los pueblos exasperados por el conflicto futuros acuerdos, alianzas que el interés sugiere y el sentimiento tolera. Lentamente, la memoria popular olvida el terror de la invasión y la amargura de la derrota. En cambio, el despojo invita al desquite, eterniza el deseo de venganza, ofrece á los pueblos un ideal inmediato, la futura guerra de liberación. En América, sólo Chile conquistando provincias peruanas y bolivianas ha turbado el antiguo orden del continente y prolongado, en el Pacífico, la inquietud de las relaciones internacionales. La definitiva armonía de un continente uniforme, la síntesis de repúblicas desconcertadas sólo se realizarán cuando renuncien los estados fuertes de ultramar al método prusiano de ocupar y oprimir territorios. Si del Viejo Mundo agotado emigran al incierto continente que busca su unidad moral doctrinas de violencia, conflictos que terminan en despojo, teorías de equilibrio político ; será la América una colonia definitiva de Europa, miserable y perecedera.

1916.

LA CONVERSION DE UN PACIFISTA

En pequeñas revistas de tensa voluntad como « Los Derechos del Hombre », « La Paz por el Derecho », el « Correo Europeo », defendían los pacifistas franceses su credo invulnerable. El desquite les parecía injusto pensamiento de castas militares. Triunfantes en el reino impreciso de las ideas puras, esperaban de la cordura alemana, de la lentitud rusa, del elegante escepticismo de Austria, progresivos acuerdos en que se fundara la definitiva paz. En Berlín, en Wáshington, se entregaron á un peligroso misticismo. Los albergaba en palacios de mármol un millonario quimerista, Carnegie.

Norman Angell y los radicales ingleses, Jaurès y los socialistas de Francia estudiaban las condiciones de la paz. Servían la ciencia y los cálculos de un prosaico utilitarismo á la más generosa ideología. La convivencia pacífica de los pueblos occidentales era provechosa y justa, según el testimonio concorde de la economía y de la moral. Un anciano profético, Passy, veía levantarse en el crepúsculo de los pueblos guerreros la nueva Europa lúcida y armoniosa, sin fábricas de muerte. Juristas elocuentes lo secundaban, universitarios jacobinos contrarios á la voluntad francesa de no olvidar la derrota. Romain Rolland encantaba á los maestros de escuela acercando en una musical epopeya á dos civilizaciones, la francesa y la germana, de cuyo sempiterno antagonismo vivía la agitación europea.

La guerra destruye estos baluartes de ilusión. Repen-

tina, injusta, inexplicable, provoca en conciencias lúcidas, en almas sinceras, un doloroso examen. He asistido en algunos de estos espíritus á un trágico desasosiego. Como pedían la paz claman hoy por la guerra. Un filósofo pacifista, biógrafo del Vinci y de Renán, Gabriel Seailles, me explicaba en años anteriores al gran conflicto que si los alemanes imponían á Francia la guerra, el grupo de la paz exigiría la más decisiva de las campañas, la guerra máxima en nombre del orden futuro, años cruentos y formidables para libertar á Europa de un militarismo intemperante. Sólo piden hoy con segura lógica armamentos destructores y terribles batallas. Rechazan la « paz coja », la discusión prematura, la transacción con el enemigo perdurable. Posición inesperada que sirve á la unión francesa y junta para los choques de mañana á nacionalistas, pacifistas y militaristas. La neutralidad de Romain Rolland exaspera el renovado patriotismo de estos intelectuales dolientes. Ponen en una última guerra, como Wells, su postrera esperanza, Del exceso del mal surgirá el bien amado; de las ruinas, un orden excelente. Un libro acaba de publicar el más joven de estos laicos predicadores, Paul Hyacinthe Loyson, que pertenece á una familia predestinada á las campañas apostólicas. Su padre fundó una iglesia menor, separada del catolicismo tradicional donde se congregaban espíritus libres á escuchar su profética elocuencia. Orador en santas tribunas, se inclinaba como Lammenais ó Savonarola, al pueblo olvidado, á la democracia inferior. Generosas palabras de igualdad y fraternidad tomaban en sus labios agoreros un sentido de dulce misticismo. En todas las patrias buscaba almas idénticas, superior á la hostilidad de las razas y á la miseria de las castas. Pacifismo, internacionalismo, liberalismo debían ser para el vástago de un libre sacerdote aspectos esenciales del credo familiar.

Confiesa « su amor á la vieja Alemania », á la magnífica poesía de sus ciudades legendarias. « Quien no ha oído una tarde, en la agreste ruta de las provincias del Rin, un coro improvisado que entonaba un lied de Schubert, ignora el alma exquisita de esta raza, la verdadera, la antigua, que han asesinado. » A los veinte años le dieron las sinfonías de Beethoven la revelación de lo Eterno. Formó su razón en las sutilezas de la filosofía teutónica, cultivó serias amistades en el país de un sentimentalismo profundo, de una « gemüth » que sólo saben expresar la música y la lírica. Admiraba al imperio fuerte, lento, organizado, laborioso, prolífico que — dice Verhaeren — miraba el porvenir con los ojos más agudos y ardientes que hubiéramos contemplado. De germanófilo le acusaron en los años inquietos que precedieron á la guerra. Quería, como Jaurès ó Ruyssen, como los intelectuales de la Sorbona democrática, un pacifismo agresivo dentro de Francia, el odio á los profesores de desquite que pudieran imponer á la república la reacción y la agresión. De la justicia esperaba renovaciones en la nueva Europa convertida á la blanca religión de la paz. « En los límites de nuestra dignidad, escribe Loyson hacer cuanto es posible para evitar la guerra. » Pero tampoco olvidar en beatos coloquios la enhiesta voluntad de hostilidades vigilantes.

En un libro indignado, « ¿Sois neutros ante el crimen? » recuerda el polemista sus antiguas campañas. En 1910 fundó « Los Derechos del Hombre » en que afirmaba su credo político, el « pacifismo marcial ». Conservar la integridad y la fuerza francesas, porque este noble pueblo vive para la Humanidad. El « respeto á la idea que representa » sólo puede asegurarse con el poder de un ejército disciplinado, fuerza militar al servicio de la paz ineludible, cañones para que el Derecho sea promulgado, desde un Sinaí democrático,

á la nueva Humanidad. Interesante actitud en un mundo violento : ser fuertes para que no se interprete como flaqueza el evangelio de paz y exagerar el pacifismo para que la fuerza consciente de su imperio no pase de la modesta defensa á la orgullosa agresión. Predicar el desarme desde torres blindadas, porque, diría Pascal, es preciso que la fuerza sea justa y que sea fuerte la justicia. « Hoy, como siempre, escribía el periódico de Loyson en 1911, está, en Francia, el ideal de justicia y de derecho contra los bárbaros civilizados que sólo conciben el derecho en la fuerza, porque, más que toda otra nación moderna, persigue Francia en sus instituciones domésticas y en su política extranjera el advenimiento del reino de la fraternidad sobre las fronteras y las clases sociales. Ahora bien, para realizar este sueño, para coronar esta gran obra de la civilización occidental, estamos decididos á sacrificar todo, salvo á la Francia misma. Desde hace mucho tiempo ha sido el pelícano de las jóvenes libertades europeas alimentadas por sus desgracias, abrevadas en sus heridas y no aceptamos que esta vez, al preparar nuevos destinos aun más hermosos, sea, en el altar de la federación de los pueblos, la eterna víctima propiciatoria que paga con su vida la propia obra. »

Se transforma en odio esta voluntad de alejar luchas, en cartas vengadoras á quienes, como el novelista de Jean Christophe, aspiran á una neutralidad protocolar en el despiadado conflicto de ideales y de almas, del pasado y del porvenir. Loyson, sacerdote de amor internacional, expresa su hostilidad á Alemania en páginas de severa elocuencia. « Los pacifistas franceses, escribe, habían hecho una Francia pacífica y de allí su justificación ante el mundo y su fuerza moral ante el agresor. » Son terriblemente guerreros hoy porque fueron ayer pacifistas hasta la locura : el mismo quijotismo les inspira. Su fórmula no ha cambiado :

« paz por el derecho, si la fuerza acepta; guerra por el derecho, si la fuerza provoca; paz ó guerra no son sino medios, el derecho es el único fin absoluto. » Como en la noche angustiosa en que sufrió Jouffroy los asaltos de la duda, han sentido estos publicistas, cuando amenazara á París la más terrible de las invasiones, la ansiedad de la conciencia insatisfecha. ¿Se equivocaron al buscar el desarme y amenguar, en la conciencia francesa, el terco pensamiento de la reparación?

Limitando armamentos esperaban demostrar al estado mayor alemán la sinceridad del pacifismo francés. Sacrificaban á la paz europea el recuerdo doliente de Alsacia y Lorena. Francia daba al mundo atento el ejemplo del desinterés. Pero, en el peligroso juego de la concurrencia, podía interpretarse la renuncia como debilidad y confundirse el gesto sereno de la madurez con el temblor lamentable de la decrepitud. Loyson se inspiraba en esta amenaza al ofrecer al poder germano, como términos ye una disyunt va, la rama de olivo y la punta de la espada. Otros defensores de la paz criticaban los proyectos de reconstitución militar. Déroulède y su exasperado « ritornello » molestaban á los profesores de quietud.

Contemplando el resultado de su empeño idealista se indignan sonoramente. No llegan al odio simple, al instinto primitivo y formidable. Loyson reconoce el « valor alemán tan magnífico como el francés, pero diferente, las estoicas virtudes que lo endurecen ante el duelo y el hambre ». Apresuradamente se ha negado la obra de filósofos y poetas de más allá del Rin. Los intelectuales franceses levantándose sobre la pasión común respetan el pasado. « Vergüenza al odio, leemos, si aspira á suprimir con loca petulancia á un pueblo de cien millones de hombres, si amenaza á Alemania como ella amenaza á Francia y lleva así el Derecho al campo enemigo; si es odiosa é innoble sed de represalias, de

profanar como han profanado, quemar como han quemado, violar como han violado. » Contra la « animal fatalidad » y la brutalidad del instinto protestan en nombre del frenesí galo de justicia.

Odian con precisión, «con las más terribles energías de indignación moral», al hombre ó á los hombres que al sentir el avance de la Fatalidad no le opusieron su voluntad cesárea, á los que premeditaron en mullidos gabinetes la ciclópea matanza. En el erizado poder berlinés, detestan la súbita transformación : roto un tratado, escribe Loyson, « todas las virtudes, todos los pudores, todas las piedades, todas las leyes humanas y divinas, tejidas por la paciencia de los siglos, fueron desgarradas para que apareciera detrás de sus jirones esa bestialidad de cinco millones de fauces que se llama el ejército de la Kultur ». Se comprende en estos germanófilos de la paz el lúcido dolor. En cada ruina la fe antigua los asalta, un remordimiento cuajado en sangre, una constante elegía. Invocan entonces la Odiosidad santa « hermana ultrajada del amor ó hija de ojos claros de la voluntad, defensora del Derecho, servidora del Deber, que surge de las tranquilas profundidades de la Conciencia, incorruptible como la Luz para quedar como centinela al borde del abismo de lo Inolvidable hasta que el Crimen arrepentido implore gracia á la Justicia ».

Retórica de mayúsculas dolorosas que traduce la más aguda desesperanza. El pueblo de Gœthe y de Beethoven, de los claros dioses paganos, de los sinfonistas de la liberación y de la alegría, ha tolerado que « la Prusia feroz depravara su genio », ha esclavizado su conciencia en la suprema hora de las abominaciones. Esto es la tesis predilecta de los pacifistas : dos Alemanias se oponen en la obra del invasor, el pueblo de los lieds y el reino de las avideces, Munich elegante y Berlín militar, el pangermanismo que impera más allá del bien y

de la piedad y el idealismo de Kant y de Schiller que anunciaba la paz perpetua y creía en los derechos del hombre. Es necesario transformar valores y devolver su virtualidad al pasado teutón. La conversión del reino demente la realizarán los soldados de la Libertad. Los aliados presididos por el genio moral de Francia no quieren, según la enseñanza cristiana, que muera el pecador sino que se convierta y viva. Alemania derrotada recibirá, dicen, « el bautismo republicano de la sangre generosa de los hijos de Francia ».

Admirable vocación francesa que lucha siempre por ideales humanos y sólo acepta la guerra en nombre de un quijotismo trascendental. Debe confundirse su derecho violado con la angustia de todas las razas. Cada uno de sus triunfos conquistará generales libertades. Para sentir su antigua furia divina necesita saber que sobre ella pesan los destinos del mundo. Hoy también combate por la Democracia contra el Despotismo, por la Armonía contra la Hegemonía, por la libre Federación de los Pueblos, dicen los elocuentes comentadores de su acción militar.

El furor francés detiene en el Marne, en el Iser y en Verdun la sangrienta odisea de los perennes conquistadores. Y buscan entonces los pacifistas en su alma turbada la « sombría fuente del odio ». Son apóstoles de abstracta justicia, desde los días generosos de la Revolución, creen en los Derechos del Hombre, en la amistad de las razas, en una ideal Humanidad que se levanta sobre los límites provisionales de las patrias. Odian « por deber, un razonado deber », y esperan la resurrección alemana. Combatiendo, entre dos pueblos heroicos, vigilan, en Francia, la excesiva ambición; en Alemania, los signos tardíos del arrepentimiento. Moralistas en el reino de la violencia, piden cañones y artículos de dulce pacificación. Postrero avatar de

un cristianismo desencantado que confía á la fuerza la regeneración de los pueblos y asocia otra vez, como el más pesimista de los poetas, la muerte y el amor.

1916.

UN ESCRITOR PROFETICO. CHARLES MAURRAS

Ha abandonado la crítica, dilecta profesión de su juventud, el libre vagar platónico, las andanzas por tierras solares para fundar una severa doctrina. Es profesor de orden y estabilidad en la Francia entregada á las disputas del Parlamento, al vaivén elegante de la duda, á la incertidumbre esencial en las democracias. Parece un inquisidor extraviado en la turbada Ciudad moderna, un tirano adusto y bueno que cura, con el vigor de la autoridad, á frágiles pueblos anarquizados.

Sólo acepta presiones que unan, teorías de salud política y de concierto moral. Odia el desorden romántico, los enemigos obscuros y tenaces que perturban la armonía francesa. Según la tradición de Bossuet, persigue toda variación excesiva en el pensamiento, en la fe, en la vida. Severamente clásico, exalta claras tradiciones contra los bárbaros. Si la libertad se confunde con la licencia y el libre examen implica discordia, este violento constructor amenaza con duras opresiones. Defiende la autoridad, aun expuesta al error, y prefiere á la crítica destructiva la más imperfecta de las organizaciones. En tierra de Francia, el extranjero, el judío, el protestante, han congregado energías para el desconcierto y fundado á despecho de la unidad, estados menores de peligrosa vitalidad. « La sinagoga, el tem-

plo, sin hablar de la Bolsa, escribe Maurras, ayudaban al germano á adueñarse de salones, academias, teatros, salas de redacción, cátedras de enseñanza. » Por eso la República anterior á la guerra, frenéticamente hospitalaria, carecía de intenso poder eficaz frente á la amenaza del Imperio teutón.

Maurras denunció el peligro con raro tesón, en periódicos conservadores, como la « Gazette de France ». Aceptaba íntegramente la herencia latina, porque en su Provenza rumorosa conoció la gloria del sol y el imponente azul del Mediterráneo tutelar. « No imagino, dice en un célebre manifiesto de 1891, sueño ó pensamiento » que no haya suscitado este mar de los abuelos sonrientes y heroicos. Prefiere Santo Tomás á la lección abstrusa de los metafísicos alemanes y el misticismo de Plotino al de Ruysbroeck el admirable. En los Bárbaros, confusas poblaciones del Norte hostil, gigantes de la niebla y del caos, descubre el prestigio de violentas sensaciones sin medida. La armonía es obra griega y latina, admirable tarea de pueblos refinados que saben del matiz y de la sombra, de una infalible y luminosa geometría.

Como Renán, ponía Maurras en Minerva su última esperanza, invocaba á la diosa ateniense en las horas grises y le podía devotamente que « nos señalase la cadencia del universo ». Restaurando la influencia romana en las letras francesas, venciendo el mal romántico, devolviendo á la razón en la turbia indisciplina de las pasiones, en la vana retórica los sentimientos, en la rebeldía calibanesca del instinto, una segura función de vigilancia, corección y ennoblecimiento, la estable democracia amenazada por rudas invasiones conocerá días de imponente firmeza. Fijaba el precoz maestro los signos de esta piadosa restauración : « Ronsard, Racine, La Fontaine, Molière han reaparecido en nuestras cabeceras. ¡ Cómo volvemos al camino de Versalles ! Sin desdeñar las jóvenes maravillas á lo gótico, devolvemos

su rango á la columnata única del Louvre. » Mistral y Moréas, el provenzal homérico y el griego trasplantado á la isla de Francia, se convierten en guías de una generación clásica, sin timideces de Academia ni frío bizantinismo.

En política impera la misma lección romana. Bonald y de Maistre, á veces Rivarol, Le Play en ciencia social, Fustel de Coulanges, en historia; Renán, no el del entusiasmo democrático, sino el gran maestro de la Reforma Intelectual y de los Diálogos, Taine antirrevolucionario, contribuyen al renacimiento del orden francés. En torno á la monarquía y al catolicismo ha vivido y vivirá siempre la patria de Capetos y Borbones, las provincias asociadas por siglos de admirable tutela real. Maurras me explicaba la perenne coincidencia de dos hechos : vigor francés y reyecía. César venció á los galos que no habían conocido el beneficio de la acción dinástica. La máxima vitalidad del reino se alcanza cuando un señor omnipotente, secundado por ministros realistas, gobierna en nombre de la Francia eterna. Empiezan las invasiones cuando la Revolución destruye el antiguo régimen centenario y entroniza destructoras pasiones románticas en un pueblo de lúcida razón. Avanza el terco germano á conquistar provincias enemigas en 1815, en 1870, en 1914, porque adivina en una democracia que sólo formula derechos y sueña en nivelaciones, en la República de la igualdad y de la libertad, una permanente indisciplina. « Cinco invasiones, recuerda este acerbo escritor, hemos sufrido en los cinco cuartos de siglo transcurridos desde la Declaración de los derechos del hombre. »

Ha publicado Maurras un libro de crónicas recordando la angustiosa edad « en que los franceses no se amaban ». « Quand les Français ne s'aimaient pas, » es el título que da á la reunión de artículos de pasión nacional publicados entre 1890 y 1905. Sólo él no ha cam-

biado de ideal, de amores y de odios. Mientras renacía el patriotismo francés, vencidos el pesimismo y el diletantismo, seguros agentes de disolución, este inalterable pensador creaba esperanza é imponía á la gente escéptica un « súrsum » inmediato. Hoy se complace porque después de la anarquía viene el orden que redime. Orgullosamente recuerda su intervención magistral y la de sus compañeros de restauración, Barrés ó Lemaître, en una Francia incierta y dividida. En 1895, un espíritu de varios dones que ha escrito la novela intensa de la fuerza y de la energía, Paul Adam, decía que « las miserias del 70 se compensaban con los dones intelectuales que el vencedor », Alemania, traería á la República vencida. Se proclamaba hijo espiritual de Gœthe y de Hegel, más bien que de Montaigne. Á la unión franco-alemana consagraban su esfuerzo escritores y estadistas. Desconfiando de inspiraciones nacionales exaltaban sin medida la influencia exótica. Un poeta afirmaba en el mismo año de entusiasmo teutón que « historia, filosofía, música, todas las artes y todas las ciencias nos fueron enseñadas por el genio alemán cuya robusta savia infunde su propio vigor á los pueblos envejecidos del conglomerado francés ». Con excesiva humildad, sostenía que « Kant, Hegel y Schopenhauer, enseñaron á pensar á los franceses ».

Maurras narra la dolorosa historia de estos años de una Francia menor, terriblemente descastada, que buscaba amistades alemanas, y tenunciaba al desquite en un frenesí pacifista. Sus artículos vengadores defienden la tradición y la gloria francesas, la autonomía de su espíritu, de su filosofía y de su arte. Un firme nacionalismo pone límites á sus antipatías y á sus curiosidades. Ibsen, Tolstoi y Nietzche, son sus enemigos, maestros de individualismo exasperado, de piedad enervante, de orgullo satánico, que confina en locura. El verdadero orden, la excelsa sabiduría son latinos :

« Todo lo que hay de bueno, de organizado, de jerárquico, decía de Nietzche, lo hallamos de antemano, expresado en términos infinitamente mejores, en la serie francesa, latina y griega. » Su desdén fulminante va á todos los excesos del sentimiento y á la indisciplina de la razón. Lo definido lo atrae más que lo amorfo, opone á la confusión, « caos obscuro » de razas delicuescentes, la medida y la regla, formas invariables de la razón universal.

Este nuevo libro lógico y grave, en su mismo agresivo fervor, armonioso en el curso apresurado de la pasión, elegante y abundante, nos permite seguir el rectilíneo avance de un espíritu que no desfallece ni cambia en sus predilecciones. Analizando libros ó comentando hechos fugitivos, interpretando una oración de Demóstenes ó el centenario de Kant repite su clara lección saludable. Preferimos á la ondulante indecisión de los críticos la magistral seguridad de este constructor. El mundo en sus transformaciones parece adecuarse al vigoroso cuadro de tan poderoso analista. Cuando nos fatiga la monotonía de tres ó cuatro ideas esenciales, la sonrisa de un paisaje nos calma y reaparece el artista de una lengua densa y precisa, el meridional enamorado del sol y de las tierras fecundas « donde el pino color de bronce extiende su piadoso quitasol y carga el viento cálido con el rudo perfume de sus flores ».

Este doctor de las gentes latinas dirige, más allá de las fronteras, á ideólogos apasionados. En Italia, la Idea Nazionale restaura tradiciones contra intrusos invasores y comerciantes que aspiran á una absoluta dominación. En España, Azorín propaga las doctrinas de Maurras, el mismo estrecho sistema de formidable lógica. En favor de la región autónoma, de las grandes provincias muertas combate su prosa quebrada y sutil. El Parlamento locuaz es el enemigo para el « pequeño

filósofo » que olvida su antiguo escepticismo. Los « integristas » de Portugal, selecta juventud, buscan en el pasado lusitano las bases de un inmediato resurgimiento. En toda la cuenca luminosa del mar de helenos y latinos prospera esta filosofía sin brumosa profundidad; esta útil política que enseña el culto de los lares necesarios, el odio al exotismo intemperante, el orden en el sentimiento y en la razón, la desconfianza del instinto y de toda excesiva libertad. Aun quienes no aceptan íntegramente el sistema del escritor monárquico, escuchan su sólida y perenne lección tan necesaria á la incertidumbre de los pueblos neolatinos.

He querido oír de labios de Maurras opiniones sobre nuestra América revolucionaria y democrática. En el estrecho café de la rue du Bac, á donde la vida artificial del periodista le lleva á almorzar muy tarde todos los días, le esperamos Maurice de Sourges y yo. Prepara Sourges un libro sobre las ideas políticas de Bolívar, en que pulveriza nuestro afán nivelador y estudia en el Precursor graves pensamientos de ciencia social y de conservación política. Llega Maurras, y mientras lee apresuradamente diarios y prepara su firme prosa cotidiana de l'Action Française, me dice su interés por la América española y católica. La doctrina del nacionalismo integral se aplica á todos los continentes, afirma con suave acento. Separado del mundo por una cruel sordera, expresa su mirada enérgica una activa vida interior. Este provenzal revela, en su fisonomía y en su obra, el tesón de los hombres del Norte, una perpetua fe creadora.

« No creo, me dice, que entre los iberos de América hallemos las bases de una reyecía. Conservar es quizá allí defender la República como, en Francia, predicar salud social es volver á la monarquía. Existe, en cada pueblo, una fuerza cardinal cuyo vigor o decrecimiento explica los avatares de la historia nacional. En

Francia, escribía Albert Sorel, historiador republicano, esa fuerza es el rey tradicional; en Inglaterra, el parlamento. » Le pedí que me explicase la actitud de su grupo de admirable cohesión en la grave lucha presente. « Hemos dado, me explica, su vocabulario á los políticos ó siquiera les hemos llevado, por la continua presión de nuestra crítica, á abandonar la retórica de la Revolución. Ya Poincaré y Deschanel han renunciado á ese estéril verbalismo. Briand fluctúa entre dos lenguajes : va del jacobinismo á la doctrina del orden. La juventud adopta vigorosamente nuestra enseñanza. En los debates del parlamento se infiltran ideas nuestras. ¿Recuerda Vd. el discurso de Bérard? »

Nuestra América le parece nuevo campo de experiencia social para la política que defiende en libros imperiosos. « En Estados Unidos, nos dice, se maridan el instinto de los negocios, el positivismo calibanesco y el más frenético sentimentalismo. Es una gran democracia incompleta. Ustedes no cometerán el mismo error cardinal de entregarse á la orgía del oro y olvidar que el hombre, animal político, debe organizar y conservar la Ciudad. De ocultas fuerzas disolventes sólo triunfa el estudio del medio, de la tradición, de útiles presiones, de la necesaria estabilidad, sin la cual el progreso es la anárquica explosión de un romanticismo descontento. Me apasionan esos pueblos amigos de Francia y de su inquietud. Es urgente que funden la República conservadora, hostil al parlamentarismo y á la demagogia. Un poder central fuerte, el municipio libre, la representación de los intereses regionales, y contra el socialismo que sueña en la paz universal el culto de la patria reclusa. Ni conquistadores materiales ni invasores espirituales. La monarquía será quizá el sistema político de una gran América civilizada y próspera. Maurras sonríe y se despide. Me anuncia la publicación de un nuevo libro de ensayos y avanza, con ademán resuelto,

á la conquista de la gloriosa. Ciudad de las barricadas que se ha puesto repentinamente á amar la disciplina, á aceptar el orden y á sonreír maravillosamente en el más grande dolor.

1916.

MR. NORMAN ANGELL Y LA CONVERSION DE EUROPA

Predicando paz entre rumores de guerra, enseñando á naciones desatentadas el error de la gran locura, agrupando cifras contra cañones tonantes, convenciendo con silogismos de economista á la humanidad sanguinaria, era M. Norman Angell pacifista sin quimera ni romanticismo trascendental. En la isla de banqueros precisos y místicos violentos explicaba á aquéllos el imponente negocio de la paz y á éstos el advenimiento seguro de una edad fraternal. He estudiado alguna vez su análisis de la « gran ilusión » en que se juntan armoniosamente el cálculo y la fe. Culminan en drama rojo las fuerzas en conflicto, entregan naciones millonarias el oro acumulado en las orgías del industrialismo á la avidez de un empeño marcial, y Mr. Angell que no ha negado la posibilidad de la guerra sino su utilidad como instrumento de conquistas provechosas, denuncia, en nuevos folletos, la demencia presente y exige á Europa en disolución una enérgica transformación de valores.

A los ejércitos subterráneos que construyen diariamente una epopeya anónima, se agregan batallones de « tracts », hojas leves, una biblioteca en que escritores movilizados agitan ideas graves y comentan, con fatigoso bizantinismo, el origen de la guerra y las condiciones de la paz, el nuevo equilibrio de pueblos, los as-

pectos de la angustia futura cuando Europa ni quieta ni colmada prepare, en sus fábricas y en sus bancos, una nueva cita trágica de naciones. En Francia, en Inglaterra, en Alemania, surge una literatura agresiva, pero sólo entre los sajonea de alma hostil a la unanimidad impuesta por el estado que censura o la pasión que nivela, discuten libremente los escritores el sentido de la lucha actual, critican el pasado inglés y denuncian vicios castizos. Shaw condena el choque de hermanos de raza, ingleses y alemanes, en nombre del sentido común. Wells se exaspera y combina, con la fantasía inexhausta que presidió a las « Anticipaciones », refinados agentes de guerra. Chesterton reduce el conflicto guerrero á sus elementos esenciales la fe, la promesa, primeros vínculos de la horda humana que hoy destruya el anarquismo alemán.

Y los pacifistas como Frederic Harrison, los políticos liberales como lord Morley, los epígones de la edad gladstoniana, protestan contra el delirio bélico de un pueblo comerciante, y despertando de un largo sueño poblado de azules visiones y escuetas figuras, condenan el tumulto presente, la realidad angustiosa que desconocieron o desdeñaron. Impotentes para detener la guerra, quisieran limitar su acción en el espacio y en el tiempo ó imponer al tremendo estallido de pasiones su credo de optimistas tenaces. Aceptan la guerra que ponga fin a la guerra, que dé al hombre lobo de hombres una virtud tranquila y rebañega. Renuncian a la gloriosa estrechez del patriotismo para anhelar tan sólo una guerra que no destruya á un grupo de naciones europeas, un juego trágico que termine en paisaje de Arcadia, la paz inmediata respetuosa de nacionalidades inquietas y ambiciosas de liberación definitiva. Pero los pueblos violentos reniegan de estos olímpicos predicadores de paz que se mantienen extraños á su limitada ambición y á su orgullo enhiesto. Y ellos continúan,

sonores y estériles, su obra evangélica en un mundo de horror y de dolor.

Mr. Angell quiere la conversión de Europa. No le satisface la destrucción de Alemania, porque el espíritu que anima a este pueblo enfermo de megalomanía heroica es común a todo el Occidente orgulloso. Denuncia en Inglaterra el « prusianismo », análoga fe en la majestad de la guerra, en la eficacia de la conquista, en un nietzcheano evangelio de dureza. « Para fondar una Europa mejor, escribe, no basta quizá la derrota militar de una nación determinada, sino el general reconocimiento de que la lucha por el poder político que todas las naciones han perseguido cuando la oportunidad de hacerlo se les ofrecía, es estéril y perversa; que la conquista de tal poder nada agrega al bienestar material ó moral de los que lo ganaron; y que si Europa ha de ser realmente civilizada, debemos honesta y sinceramente abandonar esta lucha y todas las concepciones caducas de orgullo, gloria y patriotismo, á las cuales va unida aquélla en favor de la cooperación de todos para la seguridad y bienestar de todos ». En vez del equilibrio, la organización, escribe Mr. Angell, como Ostwald, el químico de la energía. Acreciendo armamentos y fundando alianzas, se ha preparado la guerra larga. La concurrencia, el sistema de agrupaciones parciales no conduce á la paz. De uno á otro agregado de naciones se prepara para la hora fatal de la ruptura del equilibrio provisorio, la superioridad del poder militar y naval, de oro y de hombres, de espionaje y de agresión, de invenciones industriales y defensas financieras. En la paz exterior anuncian obscuras fuerzas la catástrofe necesaria. Solución purificadora como en la tragedia analizada por Aristóteles, drama de pasiones que redime á estas civilizaciones aletargadas.

Excelente pacifista, acepta el escritor sajón la fatalidad de esta guerra, pero no la paz demente que engen-

dre nuevas luchas. Cuando se pretende despedazar á Alemania, dividir el imperio, imponer la ley de los vencedores á las provincias del Rin, crear contra Prusia guerrera una Baviera artística y pacificadora. Mr. Angell se indigna y exclama : « ¿será éste el término de la guerra de liberación? ¿Terminará nuestra guerra santa contra la doctrina demoniaca del prusianismo por actos de los aliados, análogos á los que hoy se reprochan á Alemania, o sea la extensión de nuestra civilización y nuestro imperio sobre hostiles vecinos? ¿Nos convertiremos también á la doctrina prusiana al concluir la guerra? »

Un nuevo orden de cosas, « novus soeclorum ordo », he aquí la ambición de publicistas apasionados, no el « ricorso » eterno — la guerra, la paz injusta, el antagonismo terco, precursor de auroras rojas para el mundo inquieto y nueva guerra y nueva paz, en dolorosa y monótona sucesión. Pero, en Inglaterra, donde se condena á Treitschke y á von Bernhardi y se denuncia las trágicas consecuencias de la doctrina del poder, subsisten ideas semejantes. Es el prusianismo del interior que llevaba a Bernard Shaw a considerar el Foreign Office como club de Junkers, á la manera de Potsdam. « ¿Cómo fué fundado el imperio británico? — pregunta lord Roberts, alto señor militar. Por la guerra fué fundado, por la conquista y por la guerra ». No cree el vencedor consagrado del Transvaal en el fin de la actividad guerrera y, como él, otros escritores orgullosos del poder sajón, el almirante Mahan o el general Homer Lea, periodistas y estadistas. Es la misma filosofía de von Bernhardi. Cecil Rhodes ambicionaba, ideal de su vida intensa y recia, « el gobierno del mundo por la raza británica ». Earl Grey ha expresado la altiva convicción de que « el inglés representa un tipo más generalmente desarrollado de general excelencia ». En revistas y folletos ingleses se lee también que « la más

alta moralidad tiende a producir mayor fuerza guerrera » ó que « la guerra es el medio instituído por Dios para que la realidad se transforme en forma tal, que sean moralmente los más adaptados á ella los mejores ». El alemán desdeña los tratados y la neutralidad parasitaria de los estados pequeños; el general americano Homer Lea considera que, en la guerra, la neutralidad es un engaño, una excrecencia, y el inglés Steward Murray confiesa que « ninguna nación como la inglesa se burló tanto de los convencionalismos de la ley internacional ».

El prusianismo es el vicio de esta civilización europea, esclava del oro y de la fuerza. Por él se convierte la justicia en valor mediocre y desdeñable. Sólo reconoce la virtualidad de los poderes robustos, de los pueblos vastos, endiosa al estado, se mofa de la humanidad, vacua abstracción, convierte el derecho en idea parasitaria de la fuerza, acepta la conquista y la expansión armada, diviniza la guerra, escapa a las limitaciones de los pactos en batallas é invasiones que son formidables expresiones del instinto libre. ¿ Qué significan el individuo y su ambición, la democracia y su credo igualitario ante el Leviatán político que organiza y combate, desdeñoso de prejuicios morales?

Urge disociar ideas, y éste es el esfuerzo cardinal de publicistas como Mr. Norman Angell. Destruir el prejuicio de que la grandeza política va unida a la extensión territorial y la felicidad individual al número de kilómetros cuadrados que conquista un pueblo, demostrar que la guerra destruye, pero no construye, que las colonias no sirven al poder económico de la metrópoli puesto que Inglaterra y Alemania obtienen mayores provechos en continentes libres que en territorios sumísos. En suma, va a realizarse en virtud de las ideas la más difícil transformación de valores que ha asombrado al mundo desde en advenimiento del Cristia-

nismo. O quizá la regresión antes del segundo milenario a esa moral olvidada del divino Galileo que enseñaba tolerancia y piedad y levantaba sobre las preocupaciones de la tierra el reino de una justicia ideal y de una dulce fraternidad.

Empero, las más fuertes pasiones del hombre están vinculadas a la doctrina del poder : el orgullo colectivo, la necesidad de dominio, el frenesí heroico y el sentido épico de la gloria. Cambiando al constante egoísta, señor activo de la tierra, Calibán satisfecho más que Ariel quimerista ¿ no se destruirá esa voluntad de sacrificio que redime á la especie lamentable? Mr. Norman Angell cree que todas estas « fallacies » son prejuicios que caducan. Suya es la fe tolstoyana, una fraternidad que ingresa triunfalmente en el templo de Mammón. Los apóstoles de la nueva religión son banqueros poderosos y estadistas utilitarios. El mundo necesita de una cura ideológica y los maestros que la anuncian no desmayan en medio de la más imponente de las luchas humanas.

Reconocen observadores eminentes el fracaso de la « balanza de poderes », del equilibrio de alianzas y acuerdos que parecía definitivo. Europa creyó asegurar la paz oprimiendo á pueblos menores ó respetando fronteras artificiales. Ministros pomposos y maquiavélicos defendían el « statu quo ». Hoy se busca un principio de organización de pueblos. Ya Metternich escribía en sus Memorias que, sin un sistema de naciones cooperantes, perduraría la crisis de este viejo mundo insatisfecho. El actual canciller británico, sir Edward Grey, declaraba en julio del año pasado, en los días angustiosos que conducían á la guerra, su propósito de hallar un acuerdo, « un *rapprochement* entre los poderes», y abandonar la política claudicante del equilibrio en nombre de un orden nuevo que hasta entonces parecía utópico.

El anarquismo internacional, escribe Mr. Norman Angell, la creencia de que no existe sociedad de naciones debe ser abandonada. En cambio, es un hecho evidente que aquéllas forman una sociedad. Sólo así, cree el pacifista irreductible, subsistirá la civilización. De Europa discorde va á América esta voz nueva que enseña no la belleza del acuerdo ó la moral del concurso de pueblos, sino la utilidad de la unión. En esas tierras de natural optimismo, sin el peso de odios tenaces, puede la doctrina de economistas convencidos y militantes preparar una civilización pacífica, libre, armoniosa y laboriosa.

1915.

EL INTELECTUAL SOLDADO

En esta guerra de íntegras naciones armadas abandona el intelectual la discreta sombra de su gabinete, sus dudas, su perpetua interrogación al misterio circundante. Y mueren los selectos, las sumidades de la gente moza, los futuros sabios, los creadores de valores nuevos que anhelaba nuestra esperanza. Es la terrible hecatombe del Espíritu. Un amigo de la escuela normal me dice que ya reposa en la gloria anónima de las tumbas guerreras la tercera parte de la nueva generación francesa. Se anuncia un gran silencio en el pensamiento y en las letras. En Inglaterra, en Alemania, la misma desolación en los anfiteatros, la misma tristeza en las graves cátedras de la sabiduría. Esta civilización crepuscular se complace en agotar sus fuerzas en trágico despilfarro cotidiano. Se sumerge la industria, se hace más ligero el periódico, van a escasear los libros, cae una sombra tenaz sobre las ciudades, los surcos reciben la más noble simiente : el espíritu de juventudes que avanzaban a ennoblecer la vida con la violencia de una nueva fe.

Parece que el feudalismo militar germano ha eximido del deber militar a muchachos precoces que darán al imperio fatigado una filosofía y una literatura de elegante desencanto. Pero ¿no se habrá olvidado en esa apurada selección á los espíritus originales, á los rebeldes, que en un pueblo disciplinado y somiso serían

enemigos del arte oficial, de la ortodoxía académica, del pangermanismo vesánico? En Francia, el fervor democrático y la inquieta preocupación de igualdad empujan a todos al más arduo peligro. La novísima juventud de las escuelas que interrogó Agatón, aceptaba la guerra y su duro magisterio. Un nieto de Renán, Ernesto Psichari, expresó su entusiasmo por las grandes batallas depuradoras con el mismo acento del místico apologista de la sangre, de José de Maistre.

En la distribución de las funciones militares ninguna especialidad los aleja de las trincheras voraces. Son infantes en los más rudos encuentros, suboficiales que ejercen el profesorado de la audacia en la hora trágica del ataque. Afirman con el mismo tesón que pusieron en disolver ídeas y sistemas. A veces, como en el caso de Charles Péguy, la muerte es el último acto de un intenso drama trepidante.

Ha caído envuelto en la más pura gloria un soberbio escritor, un maestro de la novela que analizó almas titubeantes, Emile Clermont. Y todos los días la muerte da una luz efímera a nombres que empezaban a vencer la indiferencia del público, a autores da una tesis o de un drama, a celebridades de obscuro cenáculo. Gallardamente continuaban en la trinchera su obra intelectual. Masson revisaba sus manuscritos sobre la religión de Rousseau. Corregía otro su traducción de Sófocles. Entre dos asaltos se sumergía aquél en la metafísica serenidad de Spinoza. Convertidos repentinamente en hombres de acción, de la más grave acción, no olvidan estos refinados escritores el duelo de las ideas y de las almas. En presencia de la muerte infatigable pesan antiguos valores humanos. Examen de conciencia entre las ruinas que, desnudando a estas almas nuevas de toda envolvente convicción, las prepara a disertar sobre el sentido del mundo, la fecundidad del heroísmo y la gravedad del deber.

La gesta diaria del coraje, la familiar sublimidad de la gran guerra se traducen en un inaudito epistolario. De aquí y de allá cartas simples é inmortales nos dicen la tensa voluntad de generaciones que han puesto en el barro humano una suprema exaltación. Preferimos, los que amamos las letras, la lúcida confesión de intelectuales habituados al análisis. Cierto, en breves líneas de rudos soldados hallamos la unánime majestad de almas seguras de su función necesaria. Salvan a la « dulce Francia », defienden el hogar estrecho, el pueblo menor, la rica tierra ancestral, la colina elegante, la fresca sonrisa de los riachuelos y de las muchachas núbiles. Pero escritores atentos á la gracia del paisaje y de la civilización nos entregan más sutiles páginas, en que la excelencia de una tradición literaria transforma en belleza la misma violencia de los arduos combates. El alma ondulante, repentinamente aquietada por la gran tragedia, lleva a un diario sus impresiones y agrega nuevos capítulos dolorosos a la observación apasionada de Benjamín Constant, de Stendhal, de Fromentin.

Escojo, en esta serie de cartas palpitantes, algunas á que la muerte ha dado inmediata trascendencia. Roger Cahen fué muerto en el Argona, en febrero de este año : tenía veincinco años y un alma devota y enérgica. « Admiraba — nos dice — el orden de las constelaciones que le sugerían agradables lugares comunes sobre la eternidad, y gozaba en su corazón de un ambiente muy dulce ».

Ironía, la lucidez en el más duro esfuerzo, temor á la jactancia y a la vulgaridad de los lamentos. En la primera línea de trincheras frente al enemigo vigilante, « sentía entera plenitud de vida » como si se juntaran en firme haz sus fuerzas exasperadas é invadiera su conciencia la crudeza de una nueva luz. « Despercio demasiado las máquinas, decía en una carta — un

desdén » á lo Pascal — para tener miedo al bombardeo. Gozo profundamente de sentirme muy por encima de los acontecimientos de mi vida y señor de mí mismo ». Del diario esfuerzo contra el « cafard », huésped angustioso de las horas grises, contra el cuerpo fatigado y el barro invasor, deriva « serios progresos interiores », y, en cada minuto de esta vida tonante y heroica, « la alegría apacible, unida de los niños y de las religiosas ». El peligro acrece sus facultades de análisis. En la soledad aspira a conocerse y llega á amar la trinchera con « el amor penetrante, áspero, orgulloso con que amaban el circo los primeros cristianos ».

Abundan en estas cartas las expresiones de fruición interior y vital renovación. Un extraño ascetismo florece en los campos trágicos. De los cuidados de la vida vulgar pasan, bajo la saludable presión del dolor, estas almas inquietas á la libertad profunda, á una mística serenidad ó á un estoicismo sin rigidez.

« Cada mañana — anota Cahen — tengo la impresión de que acabo de nacer y contemplo por primera vez el vasto mundo ». Su alma acoge todas las sensaciones, es « fresca y neta », renueva diariamente su fisonomía y su riqueza. En la ausencia de halagos exteriores, en la militar rudeza que debía fatigarlos, descubren tranquilidad y libertad, un áspero goce de sí mismos. Su filosofía es el « Enquiridión » de Epicteto depurado por la piedad. Despojadas de su inhumana sequedad y de su inflexible determinismo, las antiguas máximas intensifican su ardor guerrero y le llevan a descubrir, en el encadenamiento de los hechos humanos, una inmanente y segura razón.

De un soldado anónimo publica el editor Chapelot intensas cartas prologadas por André Chevrillon, sobrino y seguidor de Taine. Se ha querido respetar el misterio que envuelve su nombre, la sombra melancólica que se confunde con la muerte. « Estas cartas

escribe Chevrillon, son de un joven pintor que estuvo en el frente de septiembre a principios de abril (1914 a 1915) época en que desapareció en uno de los combates en el Argona ». La tierra voraz consumió esa precoz actividad. Sorprendente epistolario en que se juntan la visión del artista y la tenaz interrogaciôn del pensador. Esta alma grave ama más febrilmente la vida porque la aventura en frecuentes duelos sangrientos. « ¡ Oh mi país tan bello, exclama, corazó ndel mundo en que reposa lo que hay de divino en la tierra ! » Se complace en describir los aspectos de su patria suntuosa, « el otoño gris azotado por el viento », « la « majestad patética » de los bosques purpúreos en la dulce estación de las añoranzas, el « ámbar obscuro » de los árboles bajo la noche lunar, « la tierna sonoridad » del crepúsculo. El mundo exterior le impresiona como á los grandes coloristas, la perpetua sinfonîa de los matices y de las sombras. Evoca á Durero o á Corot ante el paisaje cambiante, vaga tristeza de los grises o vigor metálico de los contrastes. A veces una nota rápida fija la belleza de un amable rincón de la tierra predilecta, « un pequeño puente sobre un riachuelo, un jinete cerca del pequeño puente, meticulosamente dibujado y después un cochecito; equilibrio delicado de valores discretos, y sin embargo sostenidos, todo ello ante un horizonte de bosques nobles. El tiempo gris que suprimirá, la muy moderna hechicería de matices del último domingo, me llevaba á esa conciencia incisiva que conmueve en un Breughel y en otros maestros cuyos nombres me escapan ».

Admira siempre la elegancia del ambiente francés y penetra con angustiada curiosidad en los meandros de su alma transformada. Ha comprendido la diaria lección de la muerte y cambiado viejos motivos de acción y de esperanza. « No sabéis, escribe, la enseñanza que da el que muere. Yo sí la sé ». Va acumulando belleza,

la difusa hermosura de las cosas, y sabe que « nadie podrá arrancarle el tesoro de alma conquistado ». En las agitaciones humanas, busca « una parte de eternidad ». Le invade un estoicismo menos riguroso que el antiguo, la fe en un orden superior á nuestras miserias. « Nuestros sufrimientos, leemos, provienen de que nuestra paciencia humana se ha orientado en el sentido de nuestros apetitos, aun de los más nobles. Pero, si interroga a las cosas para encontrar su armonía, hallará el perfecto reposo del alma ».

El sentimiento de lo perenne ennoblece aquellas páginas. La muerte pone en las manos trepidantes de esta generación francesa una nueva tabla de valores. En sí mismos distinguen y fijan « la enorme cantidad de lo que es mejor que humano », el « admirable patrimonio de divinidad » que les ha sido generosamente confiado. Elevándose sobre la hora frágil diríase que ingresan en un templo de clásica serenidad : conciencia firme, nobles emociones, « libertad del alma que contempla el espectáculo universal ». Aceptan el dolor que es « en el orden del sentimiento humano lo absoluto ». Iban catalogando antes de la guerra menudas sensaciones, confundían este cinematógrafo tembloroso con la vida profunda. La patética noción del orden universal, el beneficio de una metafísica aquietadora son galardón de los que sufren diariamente en las avenidas de la muerte. Actores del más vasto drama que vieron los siglos, aspiran á conservar una apasionada lucidez como la del Barrés de las idealogías. « De nuestra vida al aire libre, hemos ganado, dice este observador excepcional, una libertad de concepción, una amplitud en el gesto y en el pensamiento tales que serán para los sobrevivientes de la guerra insoportables y artificiales las ciudades ». Así prefieren al majestuoso protocolo de la muerte la humildad de los cementerios de aldea, la

paz de la tierra á que vuelven los héreoes. No renuncian fácilmente a su porvenir profesional : confiesan la tristeza de su sacrificio, el dantesco abandono de la « esperanza de ser porta estandartes » en filosofía, en arte, en literatura. Terrible angustia de la individualidad segura de su fuerza y que va á morir. Conciben la necesidad de la violencia y el sentido eterno de la guerra, ellos que precisamente realizaron, en talleres y gabinetes, claras obras de paz. « Hemos gustado la miel de la civilización », leemos en esta confesión doliente. Los dos términos de una perpetua antinomia, el orden y la lucha se concilian en tales espíritus clarovidentes : el exceso de orden sería la negación de la vida que supone constante movimiento y empleo de las energías utilizables. « La violencia hace circular la vida ». El duelo de las fuerzas individuales y nacionales « no debe hacermos olvidar, dice el artista, lo que nuestro burguesismo estético (el francés) había conquistado de orden durable en la paz y la armonía ».

Trágicamente resuelven estos intelectuales guerreros el viejo antagonismo del pensamiento y de la acción. El análisis se marida sin esfuerzo a la actividad estridente y al terrible frenesí de la sangre. ¿Dónde están los pálidos efebos que perdían la fibra viril en la intimidad amodorrada de los gabinetes? La indecisión de Sénancour y de Amiel caducan en la rudeza de las batallas. El atento examen de la vida interior enriquece el esfuerzo de firmes voluntades, extiende sus perspectivas, exaspera el sacrificio, agrega al impulso heroico una elegante arquitectura de razones. En esta gran lucha del Occidente tembloroso, el espíritu gobierna las pasiones y las fuerzas congregadas; disuelve el terco pasado y crea un inesperado porvenir. Profesores vigilan el curso doloroso de la historia como si quisieran encauzar instintos formidables y formular seguras verdades. Hamlet se reconcilia con la vida intensa. Ya

no enerva sus decisiones la palidez de la contemplación.

And thus the native hue of resolution
Is sickled o'er with the pale cast of thought,

decía el príncipe enfermo de abulía. Una heroica generación que combate y analiza restablece entre la voluntad y la inteligencia la antigua concordancia perdida.

1916.

EL PORVENIR FRANCES

En el terrible presente buscan ya escritores proféticos las líneas generales del inmediato futuro; acumulan augustias mientras llega la larga paz. La democracia esencialmente pacífica adopta la religión de la guerra, porque sabe que sólo de las ruinas del imperialismo surgirá el nuevo orden esperado. Cuando la gloria se haya fijado en el horizonte como un sol sin caducidad, pesarán sobre los hombres de la Francia diezmada los más graves deberes : el crecimiento demográfico, la reconstrucción material, la plenitud de la independencia económica, intelectual y moral, la transformación de los partidos, el mantenimiento de las alianzas, la renovación del sistema administrativo, la aplicación de un estricto nacionalismo á la Sorbona y á la banca.

Crece el fervor ideológico en estos días cruentos : se ambiciona determinar ya la fisonomía doliente de la nueva sociedad. La Liga de los Derechos del Hombre que agitó a la república en la era violenta de Dreyfus defiende la filosofía de la paz. Independencia de los estados menores, progreso de la democracia contra la diplomacia secreta y el maquiavelismo de los cancilleres, plebiscitos y arbitrajes para alejar la funesta solución de la guerra; piden estos radicales de la paz absoluta, solemnemente, ante la sonrisa de los escépticos. Lavisse dice su erudita esperanza en la « Revista de París ». Es el historiador de ideas generales, de magnífica prosa narrativa, que establece útiles paralelos entre los

grandes destinos humanos. Ha estudiado la realidad profunda del genio prusiano a través de sus curiosos avatares. Hoy compara en Francia el pasado de discordia á la poderosa unión actual, la tenacidad a la frivolidad, la querella de sectas y clases á la robusta armonía espiritual que presenciamos; y cree en la desaparición de la guerra como principio inevitable de la civilización occidental y en el advenimiento de plenas realidades republicanas.

En la reunión anual de las cinco academias, Paul Deschanel ha explicado el deber francés. Político entre los doctores de la lengua, académicc en el tumulto democrático del palacio Borbón, concilia opuestas funciones con elegancia. Ha abandonado en su grave oración la pompa retórica, la suntuosa caravana de imágenes. Escuetamente, con dolorida concepción, en estilo directo, incisivo, con notable dialéctica, examina el orden de hechos esenciales, preguerreros y postguerreros, que van a transformar el alma de una Europa claudicante. No se concibe que Francia combatiera sin este rigor de análisis y esta apasionada lucidez. Necesita justificar su instinto profundo; aplicar a los fundamentos de su acción el martillo de la razón aventurera. En Alemania se discute conquistas, se señala, en mapas propicios regiones á que aplicar la voracidad pantagruélica de la raza. Aquí se pesan argumentos, se piensa en la humanidad, noble abstracción realizada, fetiche que inspira pasiones, el Gran Ser de Augusto Comte, para cuya conservación vivimos y laboramos gloriosamente.

Deschanel denuncia el reproche de decadencia que fatigara los oídos de este París altivo y sonriente. Cansado y degenerado el pueblo, dice, que tuvo á Pasteur, á Berthelot, á Henry Poincaré, que ha dirigido las inteligencias desde hace cuarenta años; que ha alimentado un nuevo Renacimiento en música, en pintura en escul-

tura ; que, entre dos guerras, ha creado el segundo imperio colonial del globo, de instituciones tan vigorosas que ha resistido al más vasto cataclismo de los siglos, de tan fuertes alianzas que contra ellas se fatiga y fracasa el último imperio militar. Resumo sus razones, despojándolas del brillante movimiento oratorio. Es admirable la visión de una república en perpetua creación de riqueza y de ideal, sembradora infatigable en ásperos surcos y campos generosos ; Victoria, como la de Samos, que en la proa de la nave humana prepara sin desmayo el vuelo audaz sobre la angustia y la rebeldía de los elementos. Se defiende contra el teutón vigilante y no olvida el más lejano grito del hombre. Vive para sí y para el mundo en tanto que los demás pueblos cultivan su estrecho jardín. A los nacionalismos invulnerables opone el clásico sentido de humanidad.

« Hoy se bate por todos los hombres, ha llegado a la cima de su acción », exclama el primero de los diputados por la unción y la elocuencia. Cuantos condenan a la Francia atea desconocen la eficacia religiosa de su misión. Sus batallas se convierten en etapas de una cruzada. Sufre tribulaciones por la justicia, en su suelo riente, en Polonia o en Armenia, cuando revive el helenismo, y busca Italia, cegada por la nombra de las prisones austriacas, la aurora de una pálida certidumbre. El derecho abstracto é incoercible la enardece porque cree en la dignidad del hombre y en su indefinido progreso. Un calofrío divino la empuja á quijotescas aventuras contra la Fuerza nuda y su imperio tonante. Hoy también lucha en nombre del Espíritu para que vivan libremente los pueblos menores y revelen todas las razas la virtud de su genio propio. Va á perecer en un vasto crepúsculo de sangre el nuevo sueño de universal hegemonía; y otra vez el galo insuperable formula, como en las horas más solemnes de su

historia política, derechos y deberes y pasea por los campos violados el icono santo de la Razón.

Francia ignora á Alemania : bibliotecas de estudios precisos no le habían revelado los caracteres fundamentales del pueblo hostil. Será siempre el enemigo, el invasor. Tal es la convicción presente de los más grandes espíritus de la república desencantada. Concesiones, melodías de arbitraje, tratados que se creyó definitivos parecen, á la raza guerrera, símbolos de flaqueza. No olvidar, prever, enseña Deschanel á apresurados socialistas que vuelven a una temeraria fraternidad. « Un pueblo cuya virtud militar declina está condenado á muerte », y, por tanto, conviene organizar la fuerza, acorazar el derecho, imponer sanciones al agresor. Debe ser contenido el progreso germano por el desencadenamiento de la más cruel violencia. Perecerá por la fuerza quien la endiosa, y se acumularán tratados implacables, contribuciones draconianas, la ley suprema del Occidente regenerado que destruye macizas dominaciones como aquellas de un Oriente, de toro salados y reyes de barba rizada. « ¿Comprenderá Francia mejor que antes, pregunta Deschanel, la amenaza de mañana? ¿Verá el peligro que Prusia, dueña de Alemania y Austria, disminuídas, pero siempre fundidas en un todo y constituídas en bloque de cien millones de hombres, significaría para la paz? » Como los más sutiles publicistas, abandona el orador las tesis envejecidas del jacobinismo. Justicia pura, teoría de las nacionalidades, derechos del hombre alemán ceden ante el pensamiento de la Francia venidera. Invadida perpetuamente ha de mantener inviolables fronteras. París será cubierto por circulos de fortalezas en vasto territorio de defensa y de reserva. « Mientras los ejércitos alemanes, ha dicho á las sumidades francesas en la Academia, estén á algunos días de marcha de París, como lo han estado desde hace cuarenta y tres años, no vivirá tran-

quilo el mundo ». Simpática conjunción de los intereses de Francia y del bienestar del mundo, ó al menos, del Occidente liberal, de los pueblos que deben á Cristo y á Grecia su vida espiritual.

¿ Qué pretende Alemania frente a una república inerme? La hegemonía perdurable. Sólo un pueblo continental detiene su avance hacia el océano de las grandes odiseas humanas. Las columnas del « nec plus ultra » se levantan en tierra de galos, en Chalons, en Valmy, en el Marne, en Verdun. « Alemania — recuerda Deschanel, — obra en nombre del Eterno ! » Es pueblo elegido, define el bien y lo impone. El mal que crea posee la segura virtud de la redención. Santifica á la turba de los pueblos mestizos por medio del oportuno dolor. En su arquitectura la sangre es elemento esencial : representa vigor y permanencia. De Fichte á Nietzche, de Hegel á Treitschke, la misma doctrina orgullosa de preeminencia, agresión y conquista. Tenazmente lo recuerdan á esta democracia que cultiva, entre sus elegancias, la de olvidar, los más eminentes directores de la conciencia pública. Quisieran evitar las querellas de mañana dando larga vitalidad á evocaciones en que se juntan la memoria del dolor y la ansiedad del análisis.

¿Volverán, después de la unión sagrada de las trincheras, la mediocre lucha de las facciones, el anticlericalismo disolvente, la pasión jacobina, la preeminencia del grupo sobre la nación? Preocupa á quienes estudían la evolución política de años cruentos un probable « ricorso » que transforme en comedia peligrosa la inmensa epopeya de treinta meses majestuosos. ¿Será la unidad francesa, como lo sostiene Charles Maurras, imposición del extranjero, creación periódica de la Prusia enemiga? Abundan los vaticinios y la solemne madame de Thébes, sibila de republicanos sin fe cierta, ha agregado su presagio á los de escritores laborio-

sos. Deschanel fija los dos aspectos de necesario acuerdo : armonía de clases y no lucha de clases; paz religiosa en vez del perpetuo conflicto entre la razón displicente y la religión en ostracismo. « Quien desdeña las fuerzas de los credos se expone, en política, a extraños errores; y quien pretende imponer su religión, la altera », ha dicho el orador en un discurso rico de fórmulas. No asistiremos a la clausura de los debates en un pueblo razonador, al fin de la controversia, que es « el alma del progreso ». Si muere Alemania, será porque no ha sabido dudar : la derribará una montaña de apasionadas incertidumbres. Tampoco se llegará, saltando décadas, a una inmóvil jerarquía. « Las pequeñas cruces blancas que señalan — dice el diputado poeta — del Marne a lá Seille y del mar a los Vosgos, nuestros campos de batalla, son terribles maestras de igualdad ». La democracia robustecida por la autoridad, la cooperación y no la división, el libre progreso individual dentro de cuadros firmes y flexibles, el maridaje del orden y de la tradición, como en los mejores tratados de política, es el ideal flamante de estadistas patriotas.

Ante la incontrastable soberanía de la muerte, periodistas, políticos, poetas, formulan, sin precisión, el pensamiento de la guerra redentora. Es la tesis de las « Tardes de San Petersburgo » despojada de su tétrico misticismo. Francia, dividida, recibe el beneficio de la unión; humillada, recobra su antigua dignidad y sorprende, en Verdun, á los pueblos que la aman y á los que la envidian. El oro abandona sus arcas y lo reemplaza un infinito capital de gloria. La república previsora, tacaña, entrega vidas y riquezas en cotidiano frenesí. El país de retóricos se torna silencioso, modesto, tenaz. Una fe imperiosa anima á la democracia que aplicó el ácido volteriano al viejo metal de las religiones. ¿Se ha regenerado Francia ó ha revelado su genio que discretamente ocultaba en la larga historia de su

dolor glorioso? Desconfiemos de este nuevo « ídolo » que olvidó Bacon : la guerra que de la nada levanta vigor y virtud, que transmuta la ligereza en coraje y la laxitud en prodigiosa voluntad. Más simple explicación se ofrece a nuestro asombro : Francia resuelve antinomias, disocia ideas que creíamos definitivamente ligadas. Es heroica sonriendo y del más frívolo festín avanza serenamente á las avenidas de la muerte. Cristianismo y paganismo son fuerzas cooperantes en su alma múltiple. Renunciando al rigor de estrechas fórmulas, aceptemos la más clara revelación de esta guerra. Ninguna definición agota la profunda riqueza del hombre :

There are more things in heaven and earth, Horatio
Than are dreamt of in your philosofy.

1916.

LA GUERRA CREADORA

Es la tesis de escritores alemanes, ingleses, franceses: la guerra destruye y crea, acumula ruinas y prepara resurrecciones. Es latigazo oportuno en la carne de razas adormecidas. Violenta, exorbitante en Treitschke ó en Bernhardi, justifica esta tesis excesos, crímenes, indefinidas extensiones de la fuerza. Asistimos á una trágica restauración de realidades y de valores. En larga paz soñolienta caducaban las grandes virtudes humanas, el sacrificio de sí, el heroico desinterés, la aventura, el entusiasmo. De esa quietud materialista nos redime la guerra. Magnífico duelo y santo desgarramiento que del seno de la universal impureza levanta una extraña flora de regeneración.

Si el germanismo exalta la guerra creadora y el justo holocausto, también conservan los pensadores franceses fragmentos de la mística disertación de de Maistre y de Bonald. Un libro flamante del doctor Le Bon agrega nuevas consideraciones á la clásica posición de un problema insoluble. ¿Aceptaremos la periódica dureza de la guerra como única esperanza en las horas sombrías de estancamiento? ¿No existe, entre las instituciones de la paz, una eficaz virtud que nos dé unidad, que imponga á almas turbadas la concentración, á

inquietos egoísmos el grave pensamiento de la solidaridad?

El doctor Le Bon afirma y demuestra que la guerra transforma moralmente á los pueblos. Transmuta la psicologia de razas viejas, de naciones estables. Por ella revela la mentalidad de un grupo humano inéditos caracteres, fuerzas ignoradas. Sin aceptar la doctrina alemana de la lucha necesaria, el psicólogo de las multitudes y de las razas admira, en las colectividades ensangrentadas, rasgos morales que la paz amenazó extinguir. Su antiguo pesimismo de cuando analizara el alma histórica de los estados latinos se convierte en súbita admiración. Diríase que la realidad se ha adecuado a sus predicciones y que el displicente augur sigue amorosamente, en Francia y en Inglaterra, los signos de un formidable renacimiento.

Si alguna monotonía observamos en los numerosos libros del sociólogo francés, hemos de atribuírla al rigor de un sistema, á la importancia de dos ó tres ideas cardinales. Como Taine, reduce el doctor Le Bon la vida errabunda de los pueblos á cuadros precisos. Pocas leyes esenciales le bastan para fijar la curva de su destino. Anucia la decadencia y rasga sus vestiduras, como los antiguos profetas. Espera sin turbarse que la inflexible concatenación de los fenómenos sociales presente en tal ó cual aglomeración humana, los tristes anuncios de la decrepitud. Más de una vez me repitió, en su gabinete poblado de sombras, que no escaparían á la ruina los pueblos mestizos de América. Fumaba un excelente tabaco oriental, pronunciaba lentamente graves fórmulas; yo le escuchaba y la respetaba como á nigromante. Tal vez contradecirán hechos rebeldes su profecía; pero entonces, como se cuenta de Royer Collard, ideólogo elegante, dirá, encastillado en su sistema, que los hechos no tienen razón.

Los muertos gobiernan á los vivos, enseña el doctor

Le Bon, como Augusto Comte, fundador y doctor de la « política positiva ». No vencemos esta íntima fatalidad. En nuestra alma profunda gobiernan, con afectuosa tiranía, los abuelos. El espíritu de la raza se forma sin premura en siglos de acumulación. Contra ese depósito estable de prejuicios, creencias, ideas, hábitos, nada puede la escuela orgullosa, la educación que imponemos á una generación. Lo inconsciente, inmenso océano de que derivamos nuestras fuerzas limitadas, domina á la estrecha vida lúcida, á la conciencia intemitente. Yerra el nacionalismo que pretende explicar y dirigir nuestra actividad: á la lógica del enterndimiento puro se juntan otras lógicas, mística, afectiva, sentimental, irracional, tan necesarias, tan profundas como la ambiciosa construcción aristotélica. En suma, autómatas ambiciosos, proclamamos nuestra altiva libertad y del fondo del pasado milenario nos empujan formidables presiones psicólogicas. Nuestra lámpara vacilante se alimenta de un óleo antiguo.

Aplicando un estrecho sistema de ideas esenciales á las « primeras consecuencias de la guerra » — es el título de su libro — el doctor Le Bon analiza en el alma turbada de los pueblos beligerantes emociones inesperadas, reacciones, afirmaciones que parecen definitivas. Más allá de los cambios políticos inevitables escruta curiosas transformaciones morales. Los capítulos sobre Francia, Inglaterra y Alemania son como paradigmas armoniosamente construídos frente á la vida todavía confusa y sangrienta.

Francia, más que las demás naciones, resurge maravillosamente. En la fiebre de las batallas se revela su alma incorruptible.

« Avanzábamos, dice el crítico sabio, hacia una de esas decadencias de Bajo Imperio de que no resucitan los pueblos. Seguramente debemos maldecir la guerra que arruinó a Francia y sembró en ella la desolación;

pero, al menos, esta gigantesca lucha ha servido para retroceder en una pendiente que es fatal en el curso habitual de la vida de los pueblos ». La guerra ha engendrado unidad, resistencia, ha devuelto á la vida moral su primacía, ha mostrado la flaqueza de la razón en las grandes crisis de la historia. Una catástrofe como la presente, aniquila ó engrandece : la Marne, Verdun, son poderosas lecciones de exaltación y resurgimiento. Le Bon estudia los años penosos que precedieron á la gran guerra : descubre visible desagregación, odios de clase, conflicto de sectas, un vicioso y locuaz parlamentarismo y, sobre todo, un socialismo que amenazaba, con deplorables concepciones, á la vitalidad francesa. El pacifismo se fundaba en « ilusiones de razón » sobre la imposibilidad de un vasto conflicto de naciones. Queriendo evitar el choque inevitable, debilitaba á Francia y lo preparaba. El socialismo germano era partido de gobierno; el francés aspiraba á destruir el Estado y á crear, sobre las ruinas de una sociedad elegante, una apresurada ciudad utópica. En la crueldad de las batallas se forma hoy un pueblo nuevo que no sueña ya en persecuciones, en programas de beato radicalismo, en la locura del desarme, en la república laica y pacificadora. Vuelven á la democracia fatigada la energía, el hábito del esfuerzo, el gusto de la responsabilidad y se torna silencioso el viejo heroísmo galo. Se organiza rápidamente en la augustia de la primera derrota : la adaptación inmediata suple á una lenta preparación de guerra. El alma ancestral, dice el apasionado doctor, no ha cambiado. Voluntad y flexilibidad, continuidad y amor á la gloria, sonrisa en la mayor angustia, resignación en el imperioso dolor, revelan al mundo escéptico la asombrosa vitalidad de un pueblo que parecía frágil y decadente.

También en Inglaterra indica Le Bon elementos de discordia, presagios ciertos de disolución. « Profunda-

mente turbada por las concepciones del partido radical que había emprendido una verdadera reorganización social, se encontraba amenazada de guerra civil en Irlanda ». Como en Francia, de los excesos de la evolución democrática nacían inminentes peligros : caducidad de las fuerzas conservadoras; olvido, en la batalla interna, de la política exterior, pacifismo exacerbado que olvidaba ó desdeñaba el crecimiento del poder germano, violentas reinvindicaciones populares en una sociedad que recibió del patriciado conquistas, riqueza y majestad imperial. Aquí también inauditas transformaciones preparan la victoria : se organizan las fuerzas militares, el individualismo tradicional se inclina ante el Estado, el misticismo de los « revivals » acepta resignado la ley de la guerra, la conscripción se impone en el pueblo de voluntad secreta é inconquistable. El sociólogo francés sin renunciar á sus fórmulas predilectas nos explica que « gobernaban á Inglaterra sus muertos ». Admirable presión, diremos, puesto que del pasado invencible le vendrá la regeneración. No siempre, insistirá el doctor Le Bon, dando á sus sentencias esa flexibilidad que inquieta á los especialistas : á veces lo que fué expresión de fuerza se transmuta en causa de flaqueza. Sombras pretéritas que unas veces nos sostienen y otras nos deprimen. Para salvarse venció el Imperio inglés á sus muertos, renunció á sus tradiciones y á su estabilidad. Francia reconstruye su poder amortiguado porque obedece á la misteriosa voz de las tumbas; Inglaterra se transforma clausurando sepulcros con gestos desesperados.

Si los grandes estados de Occidente se transforman contrariando ó aceptando su atavismo, Alemania se estabiliza. Una grave religión gobierna su alma lenta : el Estado, la misión de la raza, la regeneración de la humanidad desorientada constituyen artículos de un credo definitivo. Un fanatismo tan peligroso como el

de los árabes explica el formidable vigor de esta nación sabia é industrial. « En pueblos donde es débil la iniciativa y grande la docilidad », explica Le Bon, la constitución de un estado poderoso « representa unidad y poder ». El individuo mediocre, disciplinado, dirigido, colabora á obras imponentes de acción común. En vano acumuláis desilusiones ó derrotas contra ese terco ensueño de hegemonía : no cambiará, porque creencias enérgicas alejan de su espíritu en tensión la duda y la humildad. Se afirmará, en el mismo desencanto, se ofrecerá como mártir á un dios ceñudo que exige holocaustos y entrega, al fin, á sus fieles la gloriosa tierra de promisión, el vasto planeta humillado y titubeante. « Las ilusiones místicas de los alemanes, escribe el sociólogo francés, tienen como tantas otras religiones, historiadores y filósofos ». De allí su permanencia en medio de realidades que huyen y cambian. Solemnes doctores secundan, con pedantescos silogismos, á la sólida casta imperialista. ¿Cuántas batallas, como Verdun, serán necesarias para que la admirada organización de guerra se resigne a la caducidad, lleve á otros dominios su esfuerzo de medio siglo, abandone su plan de redención que las naciones liberales rechazan, en continua hecatombe?

Sin duda llegarán á Alemania las grandes renovaciones que esta guerra impone á Europa. Si escapa á limitadas modificaciones no vencerá el choque inmenso de obscuras fuerzas, los efectos generales del cataclismo universal. Le Bon y otros escritores se esfuerzan por definir ese incierto porvenir, consultan á la esfinge cuyos pies de bronce se hunden en la tierra dolorida y sangrienta. Más que la realidad cotidiana y mediocre, sirve al psicólogo, como dominio de agudas experiencias, la catástrofe de una civilización. « Para conocer el alma de un pueblo, escribe el psicólogo, no se ha de observarle en la vida diaria sino en las grandes circuns-

tancias de la historia »; en sus actos y no en sus discursos, en sus instintos invariables antes que en el barniz retórico con que cubren su rudeza profesores, artistas y políticos. La psicología de la edad pacífica sería completa ó fragmentaria sin nuevos golpes de sonda en la intimidad desorbitada de las conciencias, frente a la guerra de las ideas, de los hombres y de los dioses. El « alma profunda » se traduce por la acción, y esta larga lucha doliente nos revela que varía con lentitud y que vence á las almas provisionales, secundarias, adecuadas á la vida vulgar. Diríase que Le Bon acepta la dualidad de caracteres, la superposición de conciencias que, de Kant á Bergson, es lugar común de la psicología y de la metafísica : la personalidad superior al tiempo, extraña al espacio, permanente, invariable, que el yo « fenomenal » ó « espacial » representa impropiamente en los avatares de la existencia ordinaria. « Los poderes atávicos no aparecen sino en las grandes perturbaciones; en la vida corriente, se mantienen desconocidos ». Entre el germano de Tácito y de Valeyo Patérculo y el actual; entre el galo que describe César y el que combate en Verdun; entre el sajón de las crónicas medioevales y el presente existe una esencial analogía. Reaccionan de la misma manera ante la violenta amenaza, ante las angustiosas interrogaciones del destino. Las transformaciones podrían llamarse restauraciones. En los cambios que se apresura á consignar la historia hallamos nuevas expresiones de un instinto amenguado, nuevas inspiraciones de un demonio silencioso que esperaba en la sombra la hora del terrible frenesí.

Inglaterra, Alemania, Francia de hoy son más verdaderas que las de ayer porque son más profundas. No olvidemos mañana, en la debilidad aparente, en la orgía de palabras estériles, su genio esencial. Cuando han surgido robustas personalidades, su oportuna aparición en la tragedia nos dice que simbolizan la tradi-

ción y la raza en su vigor medular. La guerra es un factor de constancia. Si abandonan su dirección inevitable pueblos que se entregan á apasionada imitación y aceptan del extranjero modelos y lecciones, la guerra detiene esa aventura y les devuelve la conciencia de su ser fundamental. Alemania firmaba convenciones, asistía á congresos de paz, pero su maquiavelismo permanente, su atávico amor á la lucha y á la sangre la llevarán siempre á anular actos onerosos y a buscar la razón de la historia en los combates. Inglaterra no olvidará, aun absorbida por el fervor comercial y la altivez insular, su amor á la libertad y el elegante « fair play ». Francia batallará por ideas generales desde la imperiosa « gesta de Dios » hasta la epopeya revolucionaria que sacude tronos y proclama derechos universales.

Sobre el alma constante se formarán nuevas almas secundarias. Adivinamos ya algunos rasgos psicológicos de la próxima edad de paz. Primero, el difuso socialismo, el crecimiento del Estado, frío monstruo, decía Nietzche, que extiende sus tentáculos sobre la industria y la actividad de los hombres, que corrige el lujo, limita los beneficios, fija los precios, condena la concurrencia, reglamenta la vida privada, canaliza la opinión, usurpa funciones, concentra todas las energías castizas, requisa propiedades. Se avanza invariablemente á la República de Platón, el antiguo poder que exige del hombre, como en las clásicas democracias, completa sumisión. Le Bon anuncia, no este señorío excesivo de las colectividades sobre el individuo disciplinado, sino el debilitamiento del espíritu crítico en los tiempos venideros, la regresión á la fe sin análisis, sin la duda provisional, como en las grandes épocas de revoluciones religiosas o de guerras interminables que acuciaron, para su angustia, sólidas certidumbres. Triunfarán la pasión y el prejuicio de la clara y disolvente razón. A la sombra de las iglesias crecerán generaciones

que sintieron hasta el vértigo el dolor, la fragilidad de la civilización, el derrumbamiento de las más nobles esperanzas del hombre, la irrupción en sociedades pulidas de una arcaica barbarie. Próximo a las avenidas de la muerte se levantará otra vez el templo soberano.

Otras modificaciones traerá el conflicto de todas las razas. La mujer acrecerá su influencia, y de todos los « ismos » que declinan, sólo el feminismo escapará á la disolución. Ejerciendo cargos confiados á la energía del hombre, manteniendo la fuerza del hogar desolado, trabajando, dirigiendo, abandonando su excesiva sumisión, ha extendido la esfera de sus derechos y exigirá mañana el respecto á su actividad necesaria, la intervención en la vida política, la reforma de códigos que la mantenían en tutela. La guerra liberta a los menores, — pueblos esclavizados, mujeres sujetas á la dura « ley del hombre ».

Wells creía en una guerra que pondría término a la guerra. ¿Se cumplirá el voto de un idealista que combina realidades y vaticinios, y surgirá un mundo organizado y justo de la catástrofe? Analizando el poder creador de la guerra, Le Bon no llega á afirmar que seguirá por inesperado contraste, á la lucha exasperada, la paz firme de Europa y del mundo. Aun si renuncian los germanos vencidos a su mística ambición, volverán pronto á ella, serán nuevos cruzados de una gigantesca empresa de dominio porque han demostrado en grandes batallas las excelencias de su técnica militar. Han enseñado al mundo « que una nación preparada para la guerra posee inmensas ventajas sobre las que sólo se organizaron para la paz », han vencido al derecho inerme y revelado á pacifistas ilusos la miseria de su posición moral. No concebimos ya á Bélgica sin triple coraza de fortalezas, á los Estados Unidos sin ejército ni ardor bélico, á Inglaterra cantando himnos de bíblico abandono mientras se organiza contra su flaqueza el

gran asalto. El militarismo robustecido dominará al individuo, estrechará la órbita de la acción libre, del afán quimerista, de la generosa anarquía.

Oteando el porvenir indeciso, escubrimos frágiles expectativas de vida liberal. Le Bon cree que las invenciones científicas aplicadas a la destrucción alejarán la guerra. La ruina del viejo mundo será factor de previsión y de prudentes cálculos de mañana. Entramos quizás en una edad de hierro, en un cuartel universal más duro que la tienda aventurera de las iliadas bárbaras. Crece la tensión peligrosa que multiplicará guerras y hecatombes. Sólo del mundo nuevo, de América, podrá venir la justicia armada en que soñaba Pascal, que ponga límites á la discordia, á la impureza, al duelo interminable de civilizaciones.

1917.

EL PANGERMANISMO DOCTRINARIO

Charles Andler es uno de los más simpáticos representantes de la nueva Sorbona. Activo y sabio, elegante en las más abstrusas disquisiciones, se escapa siempre con gallardía de su estrecha especialidad. Socialista sin excesivos prejuicios, periodista en sus vagares de maestro, orador en selectas asamblea, asocia, en su intensa labor, las más varias curiosidades. Dicen que entre sus abuelos remotos figura un germano : el atavismo explicaría así que, á través de sistemas semejantes, dédalos en cuyo centro dormita la esfinge, el profesor sonriente se mueve sin esfuerzo, expone y analiza, adapta las sutilezas del francés a la amplificación densa y grave del alemán. En libros imponentes va reuniendo documentos para la historia del pangermanismo, de sus precursores, de su ambición continental y colonial, de su filosofía, en fin, altiva construcción de profesores apasionados.

Andler publica en casa del editor Conard extractos lúcidamente ordenados de los creadores de la filosofía pangermanista : Fichte, que en sus discursos a la Alemania vencida, robustece el patriotismo con perspectivas de eternidad; Hegel que, expone la doctrina del Estado adoptada por juristas y políticos, un Treitschke, un Jellineck; los flamantes doctores de la predestinación alemana, el profuso Chamberlain, el antropólogo Woltmann, el estratégico popular Bernhardi, Reimer

que formula las más audaces conclusiones del sistema; los geógrafos, como Ratzel que la enriquecen con nuevos corolarios; los historiadores, como Lamprecht, que definen el estado pólipo, cuyos tentáculos van, el uno al sur del Brasil, otros a las costas de China, a Bagdad capital de cuentos dorados, á la corte de Rusia, á Bizancio en que imperan los Jóvenes Turcos, a la China sin reyes suntuosos, adormecida y remota, a los centros industriales de los Estados Unidos y a la tienda nómada de los caudillos aztecas. Se asccian una ciencia imprudente, una antropología pangermanista, el prejuicio en la geografía y en la historia, el nacionalismo que invade los dominios de la pura investigación.

Alemania crece y ambiciona tierras, expansión constante, posesiones en el trópico, un inmenso dominio colonial como el de Inglaterra. Cenicienta en el reparto injusto del planeta, poder advenedizo y exuberante, reclama á las razas fatigadas la parte que le corresponde en la distribución de territorios, riquezas é influencias. Más tierra, exclaman los pangermanistas, como pedía más luz Goethe al morir. A la olímpica serenidad del precursor sucede la áspera lucha en la tierra : ya no satisface el imperio del aire, que le atribuía Juan Pablo, al pueblo robustecido al contacto de la acción operosa y del trabajo ordenado. Pero un pueblo de filósofos no explica simplemente su avidez de territorios. Agrega un sistema, una metafísica á su empresa de dominio. Su doctrina es la construcción violenta de cerebros desorbitados, la expresión excesiva de un orgullo que confina con la demencia. No puede negarse, sin embargo, que sus tesis esenciales se juntan en severo plan ambicioso. Al servicio de la acción trabaja la más curiosa de las ideologías. La especulación pierde su autonomía y se convierte en auxiliar sumisa de la política de conquista. Si aceptáis una idea esencial, la superioridad de la estirpe alemana, su providencial vocación

para conducir gentes diversas, su apostolado trascendental, deducciones inflexibles os darán todos los aspectos de la brillante teoría que se ha transmutado en guerra fanática. Bossuet descubría en la historia antigua la preparación del cristianismo : para ese advenimiento mesiánico se congregaban los pueblos, caían los imperios, emigraban las razas, combatían las civilizaciones. Al germanismo está destinado igual privilegio. Todos los siglos colaboran á su aparición y su exaltación. El Ario, el Griego, el Romano le anuncian y le preceden. El cristianismo asoció el Oriente y el Occidente, la fe semita y la doctrina helena. El germanismo sintético marida teorías y pueblos, culturas hostiles y tradiciones que parecían discordes.

El alemán es el descendiente privilegiado de las grandes razas humanas. He aquí el primer postulado que no necesita de larga demostración. Hereda del Ario el imperio, la virtud de las creaciones esenciales. Pero no se extravía, como en el Ganges misterioso, en doctrinas de pesimismo trascendental. Agrega á la aptitud metafísica el don de construir y dirigir imperios. Cierto, en largos periodos dolientes, Alemania parece un mosaico de pueblos divididos, un « puzzle » geográfico y etnográfico. El odio francés ó inglés explica esta disociación provisoria. El Santo Imperio que perpetúa la majestuosa arquitectura romana preocupa a las naciones advenedizas, á la Francia de los Capetos, á las turbulentas provincias italianas. Imponer la anarquía á las « Alemanias » es el propósito terco de principios hostiles. Adivinan que una Alemanía mayor dominará á Europa, traerá a los pueblos decadentes la verdadera paz, organizará el mundo sabiamente.

¿Qué facultades faltan á la raza ambiciosa para este justo imperio? Del griego posee la flexibilidad, el indidividualismo, el poder de realizar belleza; del romano el admirable sentido de la comunidad, del Estado á

que se subordina alegremente el hombre efímero. Defiende la autoridad, conserva, ordena y acepta del pasado las construcciones durables. No olvidemos, sin embargo, que la gran cruzada contra la tutela espiritual de Roma la inicia un monje genial, el más genuino de los héroes alemanes, según Fichte, Martín Lutero. La verdadera libertad que ignoran los latinos, es decir, no la indisciplina que conduce al caos, sino la voluntaria aceptación por el individuo de los fines del Estado, la enseña al mundo antiguo decrépito, el bárbaro generoso que ha cultivado, en la austeridad de la selva, su yo indomable. El alemán es idealista y realista, construye sistemas y navíos, conquista mercados y armonías, descubre y aplica, crea y congrega, asocia y liberta. Bismarck y Beethoven pertenecían a la misma raza suprema. Ni la acción escueta le satisface ni se pierde en el tercer cielo de la abstrusa meditación. Agilmente pasa de la industria á la música, de los silogismos á las batallas, del comercio a la metafísica. La retórica es latina, el materialismo es inglés, las grandes palabras sonoras constituyen el enteco idealismo del francés. En tierra alemana descubrimos la verdadera conciliación de la idea y de la acción, del análisis que disuelve y de la voluntad que impone su ley á la discordia del mundo. También la virtud y la fidelidad son monopolios de la raza selecta, como el vino y las mujeres en la célebre canción. Sobre multitudes sin coherencia y excelencia, Alemania; sobre Alemania, Prusia, tal es el orden infalible de la regeneración universal. Que el espectáculo de progresos parciales no nos lleve á olvidar el mal general : sólo un pueblo ha recibido de su viejo dios propicio la misión indeclinable de corregir y enseñar a las gentes. Doloroso privilegio que impone muchas veces la crueldad como regla, la guerra como principio eficaz. Los inquisidores de la cultura celebran oportunos autos de fe para redimir á la humanidad desorientada ó cul-

pable. El holocausto necesario los conmueve, porque no ha vencido la dureza, en sus almas enhiestas, a la triste herencia sentimental del cristianismo. Nietzsche desdeñaría, en el rubio animal de presa, el temblor de las manos que hacen sufrir y morir.

En el mundo moderno las grandes transformaciones morales, el Renacimiento, la Revolución, parecen extrañas al genio del pueblo creador. Los antropólogos intervienen para demostrar que donde se manifiestan nuevas energías, está disfrazado quizá, oculto siempre, el alemán necesario. En Dante, en Vinci, en Miguel Angel, investigaciones pacientes lo demuestran. Son germanos trasalpinos, física y moralmente. En todas partes el creador pertenece á la raza privilegiada, llámese Shakespeare o Beethoven, Montesquieu ó Diderot. Un estudio desapasionado nos lleva á la misma invariable conclusión : entre los abuelos de un gran político, de un general victorioso, de un inventor, de un pensador, figura el teutón, origen indiscutible de su fuerza espiritual. Invasores, fundan la edad moderna los germanos de Tácito. En Roma caótica, que los mestizos dominan, impera al fin la noble sangre rubia. El feudalismo y la tradición caballeresca, las gayas cortes y los romances de platónico amor son el don de una raza pura á la Europa convertida en aquelarre. La flecha gótica que desgarra los cielos en su infinita angustia, el vigor repentino de la ciudad, el crecimiento de la burguesía obedecen al mismo principio esencial. La Revolución francesa es la interna lucha, en un reino decadente, del germanismo que conserva la nobleza del pasado y del pueblo estulto que sueña en absurdas nivelaciones.

El germano es el hombre puro, el restaurador, el renovador, reserva de virilidad para los pueblos agotados. Dóciles a la vocación de una raza, eminentes antropólogos explican cómo mientras degeneran otros

grupos en sucesivos contubernios permanece singular, claro, constante, el conquistador que desciende del norte a redimir obscuras tierras de servidumbre y de dolor. Gobineau, precursor de teorías exclusivas, condenó el mestizaje que va empobreciendo la sangre aria y explica la lamentable degeneración de la Europa señorial. Vacher de Laponge, Otto Ammon definieron los caracteres físicos y morales de la estirpe privilegiada. El gigante septentrional de ojos azules depurará a las multitudes pasivas, á los continentes sin grandeza. Individualista, protestante, incapaz de rebañega sumisión, prodigiosamente activo, descontento en medio de majestuosas creaciones, ofrece la libertad sin el desgobierno, el orden sin reacción ni tiranía. En España, en el sur de Francia y de Italia se detiene su influencia y empieza la decadencia. Turba lamentable de hombres mediterráneos, perezosa y discorde, que urge aniquilar ó reducir á la esclavitud. El « caos de pueblos » que inquieta a los pangermanistas lo hallamos en tierras de violencia solar. Los « agermanos » impotentes, mediocres, católicos, sin étnica altivez amenazan á Europa y al mundo en abundantes hogares confusos. Plebe de razas, nuevos ilotas que destruirán la civilización occidental en la orgía africana ó el abandono asiático.

Disuelven lo que Alemania construye y mantiene. Ella ofrece á continentes rezagados, con sus leyes y su genio, lo que ningún estado actual podría fundar, cultura en vez de civilización, paz firme, organización que somete las más diversas energías humanas á un orden flexible y saludable. En suma, un capital de bienes inesperados que pongan término al desconcierto del planeta, á la concurrencia de razas materialistas, al perpetuo tanteo de pueblos infantes. Pulimento artificial es la civilización para los latinos, amable y artística elegancia sin profundidad. La gravedad de la vida, la

religión que penetra en la conciencia profunda del hombre, la majestad cotidiana del deber sólo el espíritu germano los comprende y adecua su acción á esos magníficos postulados. A la vana superficialidad opone un sentido de intimidad, de recogimiento, de sumisión confiada á grandes voces divinas. En su trabajo hallamos sabia minuciosidad, lentitud que aleja las improvisaciones temerarias. En su hogar dominarán las más serias virtudes, una gloriosa fecundidad; en su esfuerzo industrial o doctoral infatigable previsión, voluntad, amor á la especialidad erudita, limitación de horizontes é intensidad de aplicación. El pangermanismo exalta sin medida las excelencias de la raza predestinada. Es un himno monótono que va del libro denso al ágil folleto y de éste al periodismo que extiende y vulgariza las tesis de la doctrina fundamental. Todos los atributos de la grandeza humana corresponden al pueblo selecto; más allá de sus fronteras encontramos la miseria y la sombra.

Asistimos a una formidable crisis de orgullo colectivo. De ávidos pantanos avanza a tierras sonrientes el prusiano enérgico. Conquista en cruzada de maquiavelismo minucioso. Pone al servicio de su ambición terrestre la vieja Biblia áspera, la austera filosofía del imperativo kantiano, la paciencia invencible que se confunde con el genio. Liberta el pensamiento y encadena voluntades, somete a un designio uniforme millones de seres disciplinados, prosaicos, obedientes. De la dominación de Alemania pasa á la dominación del mundo. Un místico frenesí le ciega y arma sus poderosos tentáculos. La nueva Babel crece y asombra al mundo, torre de altivez que levantan sobre sus hombros rudos innúmeros combatientes de una gesta apasionada. Temen sobre todo la decrepitud. Severos y heroicos, como el Superhombre de Zaratustra, creen en su Estado eterno, en el advenimiento del pangermanismo redentor. Resucitan anti-

guos poderes de que sólo subsisten piedras eminentes en la vasta ironía del desierto. El Asia excesiva los embriaga, los imperios crueles y caducos estimulan su terrible ambición. A un estéril empeño de dominación universal, á un nuevo fanatismo como el de los árabes, sacrifican su poder y su riqueza, su sangre y su futuro. En las leyes del orden internacional sólo ven injustas limitaciones o la lamentable defensa de pueblos interiores. Se agita el orbe desdeñado y un círculo de estados libres rodea á este poder desmesurado y displicente. No comprende Alemania este dantesco círculo en que va a morir su impía ambición. Ha querido escapar a la medida humana y la Moira de los antiguos devuelve a los continentes perturbados el justo equilibrio y el beneficio de una paz sin monopolios, sin el dominio de una autoridad exclusiva y solitaria.

Nosotros los americanos, un fragmento del mundo actual, aceptaremos el germanismo regenerador, su cultura, las reglas infalibles de su organización ó sufriremos inmediato ostracismo político y aun fisiológico. Reimer ha explicado que los pueblos decadentes no deben engendrar. Tristes naciones crepusculares en cuyo ocaso se eleva la verdadera gente altiva y pura, laboriosa y renovadora. Representamos todas las degeneraciones : el español es ya el ibero africanizado, el hombre « mediterráneo » sin la virtud moral de los godos. El abundante mestizaje del Nuevo Mundo es seguro agente de degradación : Chamberlain y Reimer nos citan como ejemplo de miseria física, de caos mental y de irremediable inferioridad. No creen que merezcamos mayor respeto que las poblaciones de Africa á que lleva el Ario presente su útil violencia y su ley magistral. La América mestiza será siempre tierra ubérrima, granero del mundo viejo. El germano le impondrá orden y paz. El « Vollkulturvolk », estado de civilización perfecta y complicada, desdeña a esas

repúblicas de comedia, « pueblos de la naturaleza », « agermanos » sin los últimos vestigios de la grandeza italiana y española, de la elegancia francesa; colonias sin dominador donde se juntan la violencia, la ignorancia y la barbarie

1917.

INDICE

D
210
G37

García Calderón, Francisco
Ideologias

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 16 21 05 09 005 7